

Gemma Herrero Virto



¿Tú me VES?

El regreso de  Sarah Ellen

IV

¿TÚ ME VES? IV

EL REGRESO DE SARAH ELLEN

Gemma Herrero Virto

Copyright 2019 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? IV: El regreso de Sarah Ellen

Autor: Gemma Herrero Virto

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaean

Copyright de la presente edición: © 2019 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 2 de julio de 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Iratxe,
por haber estado en mi vida desde el principio y seguir en ella,
por las confianzas y las peleas a muerte,
por haberme apoyado desde el principio en esto de escribir.
Por ser mi HERMANA, así, en mayúsculas.

ÍNDICE

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PISCO \(PERÚ\) JUNIO DE 1983](#)

[AL Y ELI PROVIDENCE \(RHODE ISLAND\) AGOSTO DE 1991](#)

[AL Y ELI MILFORD \(MAINE\) AGOSTO DE 1991](#)

[ST. ALBANS \(VERMONT\) SEPTIEMBRE DE 1991](#)

[SWANTON \(VERMONT\) OCTUBRE DE 1991](#)

[NOTA DE DISCULPA](#)

[OTRAS OBRAS PUBLICADAS](#)

NOTA DE LA AUTORA

Como ya sabréis por las novela anteriores de esta serie ([La maldición de la casa Cavendish](#), [Carpe diem](#) y [El susurro de los condenados](#)), la música tiene un papel muy importante en esta historia. De hecho, uno de los protagonistas principales es un guitarrista que sueña con convertirse en estrella de *rock*. Por ello, en este nuevo libro también he incluido muchas canciones, que sirven como particular homenaje a la fantástica música que se hacía en los años 80 y principios de los años 90.

Al igual que hice en las novelas anteriores, he reunido todas las canciones que aparecen en este libro en una lista que podéis encontrar en Spotify. Como características en común, todas fueron escritas antes del fin de 1991 y todas ellas son una pasada. Os dejo el enlace de la lista aquí para que podáis escucharlas si no las conocéis o para que las utilicéis como banda sonora de la novela:

<https://open.spotify.com/user/idaean/playlist/1gQ3CFOOenCfBaa2nTunq7?si=CXPVwZYYQxm6quBcoWTdXg>

Esta es la lista de canciones:

Every breath you take – Police

Is this love – Whitesnake

Sacrifice – Elton John

It's only love – Bryan Adams & Tina Turner

Light my fire – The Doors

Hells bells – AC/DC

Come as you are – Nirvana

Vogue – Madonna

Nothing else matters – Metallica

Enter sandman – Metallica

Eternal flame – The Bangles

To be with you – Mr. Big

Stand by me – Ben E. King

I still haven't found what I'm looking for – U2

More than words – Extreme

November rain – Guns 'n' Roses

Everything I do (I do it for you) – Bryan Adams

Wind of change – Scorpions

Dust in the wind – Kansas

The river – Bruce Springsteen

Todas estas canciones forman parte de la historia de la música, de mi propia historia y de la de muchos de vosotros. Espero que las disfrutéis.

PISCO (PERÚ)
JUNIO DE 1983

CAPÍTULO UNO

El sonido de unos pasos apresurados sobre las baldosas del pasillo hizo que el doctor Rojas levantara la cabeza del informe que estaba estudiando. Distinguió al alcalde del pueblo, que se acercaba a él flanqueado por dos hombres. Ninguno de ellos traía buena cara. Aquello solo podía significar más problemas.

—Buenas noches, señor Espinoza —saludó sin esconder el cansancio de su voz—. ¿Qué necesita ahora de mí?

—Asegurarme de que todo está saliendo cómo le pedí.

—Ya sabe que sí y que vamos a cumplir sus órdenes en la medida de nuestras posibilidades. Hemos adelantado el parto de todas las mujeres que lo tenían programado para estas fechas. No debería nacer ningún niño hoy. Solo nos queda ponernos en manos de Dios.

—No es suficiente —masculló el alcalde—. Tiene que asegurármelo.

—¿Qué más quiere? Si aparece una mujer a la que se le ha adelantado el parto, ¿qué sugiere que haga? ¿Que le ate las piernas para que el niño no salga?

Espinoza le lanzó una mirada envenenada, pero, en un primer momento, no contestó. Se limitó a pasarse las manos por la cabeza, como si tratara de apartar un flequillo que había desaparecido décadas atrás.

—Escuche, Rojas... —El alcalde volvió a encararse con él—. Esto es importante. No podemos cometer ningún error.

—No es importante. ¡Son solo supercherías! —gritó el doctor, incapaz de

aguantar aquello un minuto más—. He tenido que medicar a muchas pacientes para adelantarles el parto a pesar de las contraindicaciones y de los riesgos que eso supone. No voy a hacer nada más. Si aparece aquí alguna mujer a punto de dar a luz, se la atenderá de la manera correcta.

—Al igual que hay medicamentos para adelantar el parto, tiene que haber medicamentos para retrasarlo —sugirió el alcalde.

—Claro que existen, pero solo se utilizan en caso de nacimientos prematuros. No puedo poner en peligro la vida de la madre y del bebé por una superstición estúpida.

—No es por la superstición —le contradijo Espinoza—. No lo entiende... Aunque la profecía no se cumpla, cualquier niña que nazca esta noche estará marcada para siempre. Todo el pueblo la repudiará y la considerará maldita. ¿Es eso lo que quiere?

—No será para tanto —objetó el doctor—. Por Dios, ya no estamos en la Edad Media.

—Usted lleva todo el día aquí metido y no sabe lo que está sucediendo fuera —dijo Espinoza—. ¿Hay alguna televisión por aquí?

Rojas asintió y empezó a caminar hacia la sala de descanso de los médicos seguido por el alcalde y los dos hombres que le acompañaban. Cuando llegaron a la pequeña habitación, Rojas se acercó al televisor situado en una esquina.

—¿Qué cadena quiere ver?

—Cualquiera —respondió el alcalde—. Lo están retransmitiendo en todos los canales. Somos noticia nacional.

El doctor frunció el ceño y negó con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba oyendo. En cuanto encendió el televisor, se quedó paralizado. La pantalla

mostraba a una multitud que intentaba traspasar la verja del cementerio del pueblo mientras la policía se esforzaba por contenerla. La imagen cambió y pudo ver a varios chamanes vestidos con los tradicionales ponchos de colores y enarbolando cruces de madera mientras rociaban una lápida con botellas llenas de agua bendita.

—No me lo puedo creer —consiguió pronunciar Rojas.

—Pues créaselo. La Edad Media ha vuelto, al menos por esta noche. De lo que usted haga depende que dentro de unos años la multitud se vuelva loca de nuevo y acabe quemando viva a alguna niña en la plaza del pueblo.

—Ya le he dicho que no depende de mí. No soy un dios. Solo soy un médico.

—Haga todo lo que esté en su mano —insistió el alcalde. Al ver la cara de desesperación del doctor, se apiadó de él, se acercó y puso una mano en su hombro—. Ya son las nueve. Solo quedan tres horas para la medianoche. Tampoco le estoy pidiendo tanto.

—Está bien —contestó Rojas—. Haré todo lo que pueda.

—No necesitamos nada más.

El alcalde y sus hombres se marcharon y el doctor regresó a hacer su ronda. Cada vez que escuchaba pasos por el pasillo, su corazón se aceleraba, temiendo que fuera alguna mujer a punto de parir. Los minutos se deslizaban con una lentitud exasperante mientras él rezaba en voz baja para que llegase la medianoche.

CAPÍTULO DOS

La voz de Sting cantando *Every breath you take* resonaba en el interior del coche. Por desgracia, Tony se empeñaba en acompañar la canción. Le ponía entusiasmo, pero sus capacidades vocales distaban mucho de parecerse a las del cantante de The Police. Lucy se inclinó hacia delante para bajar el volumen. Su enorme barriga, de más de ocho meses de embarazo, convertía cualquier movimiento en una gesta heroica. Tony dejó de mirar hacia la carretera y frunció el ceño:

—Creía que te gustaba esta canción —comentó asombrado.

—Me encanta esta canción —dijo ella alargando la mano para acariciarle la nuca—. Por eso mismo odio escuchar cómo la destrozas.

—¡Qué graciosa! Inténtalo tú, a ver cómo te queda.

—No. Yo sé reconocer mis limitaciones —contestó ella—. ¿Queda mucho para llegar a casa?

—Media hora más o menos. ¿Por qué? ¿Te encuentras mal? —Tony volvió a desviar la vista de la carretera para lanzarle una mirada de preocupación.

—No, tranquilo. Solamente estoy cansada —respondió ella con una sonrisa—. Al final se nos ha hecho muy tarde.

—Has sido tú la que se ha empeñado en cenar en esa marisquería. Te recuerdo que el plan original era ir un rato a la playa y volver antes de que se hiciera de noche.

—Ya, pero se estaba tan bien... —Ella suspiró mientras echaba un vistazo al paisaje por la ventanilla—. Voy a echar todo esto de menos cuando

regresemos a Maine.

Él no contestó nada. La carretera por la que transitaban en aquel momento casi no estaba iluminada y el asfalto estaba lleno de agujeros y baches, así que tuvo que poner toda su concentración en conducir. Lucy se reclinó en el asiento y se removió inquieta, tratando de encontrar una postura en la que se encontrase cómoda. Llevaba un rato sintiéndose mal. Le dolía la tripa y la parte baja de la espalda y se sentía mareada. Esperaba que el marisco que les habían dado estuviese en buenas condiciones.

Tras tomar una curva en la carretera, notó que había más iluminación. Acababan de llegar a Pisco. Siguió mirando por la ventanilla mientras lo atravesaban. No había nadie en las calles, como si estuvieran recorriendo un pueblo fantasma. Tan solo divisó un enorme perro sentado en el arcén. Cuando pasaron a su lado, el animal levantó su hocico hacia el cielo y lanzó un agudo aullido que le heló la sangre en las venas.

—¿Qué le pasará a ese bicho? —preguntó Tony.

—Seguramente te ha oído cantar y está lamentándose por ello.

Tony se ríó y le sacó la lengua. Ella volvió a mirar por la ventanilla mientras se preguntaba dónde estarían metidos los habitantes del pueblo. Salía luz de las ventanas de muchas casas, pero, en una noche de junio cálida y agradable como aquella, era muy extraño que no hubiera hombres en las puertas de los bares, mujeres sentadas a la entrada de sus casas disfrutando de la brisa nocturna e incluso niños jugando a pillar o al escondite. Daba la impresión de que el pueblo estaba despierto pero escondido, de que todos se habían puesto a cubierto de algún peligro que ellos desconocían.

Decidió no compartir sus impresiones con Tony. Él era un hombre de ciencias, un geólogo prestigioso. Se reiría si le comentase que estaba teniendo un mal presentimiento y que quería salir de aquel pueblo lo antes posible. Por suerte,

Pisco no era muy grande y, en menos de cinco minutos, ya lo habían dejado atrás.

La carretera volvía a estar oscura, por lo que les fue muy fácil divisar una extraña fuente de luz más adelante. Tony redujo la velocidad para poder ver su causa. En aquel momento pasaban por delante del cementerio de la localidad. Había cientos de personas reunidas allí. Muchas llevaban linternas o antorchas.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Lucy.

—No lo sé —contestó Tony—. Supongo que será alguna festividad local. ¿Quieres que bajemos a verla?

El presentimiento se hizo más fuerte. No debían parar allí. No tenía ninguna razón para sentirse tan inquieta, pero tuvo la absoluta certeza de que estarían en peligro si se detenían y bajaban.

—No. Ya te he dicho que estoy muy cansada —respondió ella—. Llévame a casa, por favor.

—Está bien. Como quieras. —Tony volvió a apretar el acelerador para dejar atrás a aquella multitud—. Supongo que podremos enterarnos de qué pasa leyendo el periódico de mañana.

Ella sonrió agradecida y volvió a recostarse en el asiento. El dolor se estaba incrementando y lo único que quería era llegar a Independencia y tumbarse en su cama para ver si se le pasaba.

No habían recorrido ni dos millas cuando notó que su abdomen se endurecía. El dolor más intenso que había sentido en su vida la atravesó, partiendo de su espalda hacia delante, como si alguien la hubiera acuchillado desde atrás. Soltó un grito y se movió para ver si así el dolor disminuía, pero no consiguió que desapareciera. Tony le lanzó una mirada asustada desde su asiento.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Es el bebé —contestó ella—. Creo que ya viene.

—No puede ser —repuso él—. Te faltan tres semanas para salir de cuentas.

Lucy echó una mirada a sus pantalones, que acababan de quedar empapados por un líquido caliente. Se giró hacia Tony con el miedo reflejado en sus ojos.

—Acabo de romper aguas. Te digo que ya viene.

—No pasa nada. Mantén la calma. —A pesar de sus palabras, la voz de Tony temblaba—. Quedan menos de veinte minutos para llegar a Independencia. Podrás aguantar, ¿verdad?

La respuesta le llegó en forma de grito desgarrador. Lucy se arqueó en el asiento, atravesada por una contracción aún más fuerte que la anterior. Cuando el dolor pasó, se giró hacia Tony y negó con la cabeza.

—No lo sé. Las contracciones son continuas. Creo que viene ya.

—Pero eso no puede ser —se quejó Tony—. Todavía te quedan tres semanas. Dijiste que querías tener al niño en Maine y tenemos billetes para volver a casa en cinco días.

Lucy volvió a gritar y a arquearse como si estuviera a punto de partirse por la mitad. Cuando pudo volver a hablar, le dirigió a su marido una mirada asesina.

—Eso díselo al bebé. Te digo que viene ya. ¡Para el coche!

Tony se detuvo en el arcén y se quedó mirándola con la cara desencajada. No podía creer que ella fuera a tener al bebé allí, en una carretera solitaria en medio de la nada.

—Cariño, es mejor que sigamos adelante. No tardaremos en llegar al hospital...

—No hay tiempo. ¡Ya viene! —gritó ella mientras abría la puerta del coche.

—¿Dónde vas? —preguntó Tony confuso.

—Al asiento de atrás —contestó ella entre resoplidos—. Ayúdame.

Tony salió a la carrera, rodeó el coche y agarró a Lucy para ayudarla a sentarse al asiento trasero. Ella se tumbó con cara de dolor y volvió a gritar.

—Vamos a tener que hacerlo nosotros solos —le dijo entre una contracción y otra—. Ayúdame a quitarme los pantalones.

Él hizo lo que le pedía y después encendió las luces interiores del coche para poder ver algo. Se asomó entre las piernas de su esposa, sin saber realmente qué se suponía que tenía que hacer.

—¿Y ahora qué? —le preguntó asustado.

—En la siguiente contracción voy a empujar. Tú tienes que estar preparado para sacar al bebé cuando asome.

Tony asintió, aunque solo podía pensar en que habría dado todo su dinero por estar en cualquier otro lugar en aquel momento. Trató de sobreponerse, tomó aire y asintió. Tenía que estar a la altura. Lucy y el bebé le necesitaban. No podía fallarles.

Su mujer dio un nuevo grito y empezó a empujar con todas sus fuerzas. Tony se sorprendió al ver que la cabeza del bebé ya empezaba a despuntar. ¿No se suponía que los partos podían durar horas? ¿Por qué tenía que estar pasándoles eso a ellos? Sintió que el pánico volvía a invadirle. Si surgía cualquier complicación, no iba a poder hacer nada. Lucy volvió a gritar y empujó de nuevo. La cabeza del bebé surgió de forma tan repentina que él tuvo que apresurarse para poner sus manos alrededor. Lucy continuó empujando y, en unos segundos, todo el cuerpo se deslizó fuera de ella. Tony lo cogió con cuidado, temiendo que aquella cosita resbalosa se le escapara. Seguía sin

saber qué hacer, pero, por suerte, el bebé comenzó a llorar por sí solo.

Tony rebuscó en la bolsa que habían llevado a la playa, sacó una de las toallas y envolvió con ella al bebé. Después se lo pasó a Lucy, que se había incorporado y le tendía los brazos, anhelante.

—Es una niña y es preciosa —anunció Tony mientras le pasaba el bebé con una sonrisa en los labios.

Lucy estrechó a la niña entre sus brazos y la contempló hipnotizada. A pesar de la poca luz y de que aún estaba manchada de sangre, se podía distinguir una pelusilla rubia en su pequeña cabecita y unos ojos claros.

—¿Quieres que volvamos a Pisco? —preguntó Tony—. Creo que también tienen hospital y está más cerca que Independencia.

Lucy dejó de mirar a su hija y negó con la cabeza. No sabía por qué, pero sentía que nunca debían regresar a Pisco, que la niña estaría en peligro en aquel lugar.

—No. En Independencia están los médicos que han estado llevando mi embarazo. Ya no hay prisa. Prefiero que me lleves allí.

Tony asintió, la ayudó a ponerse más cómoda en el asiento y, después de volver a buscar en la bolsa, sacó otra toalla para taparla. Cuando estuvo seguro de que las dos estarían bien, cerró la puerta trasera y regresó a su asiento. Arrancó el coche y empezó a conducir. A pesar de que la carretera seguía siendo complicada y oscura, no podía evitar mirar el espejo retrovisor para contemplar a su esposa con la pequeña en brazos.

—¿Cómo la vamos a llamar? —preguntó con una sonrisa embobada en la cara.

—Amy —contestó Lucy—. Significa “La que es amada”. ¿Te gusta?

—No podría haber un nombre más apropiado —contestó él—. Bienvenida a la

vida, Amy.

AL Y ELI
PROVIDENCE (RHODE ISLAND)
AGOSTO DE 1991



CAPÍTULO UNO

Al llegó a la caravana, dejó su mochila en la parte de atrás y se sentó en el asiento del conductor. Eli ya ocupaba el del copiloto y fingía entretenerse mirando por la ventana con cara de pocos amigos. Él sonrió divertido y le dio una palmada en el muslo para llamar su atención.

—Vamos, tienes que decir las palabras mágicas.

—¿Sin música de Springsteen ni nada? Además no tengo ni idea de adónde vamos.

—No, no esas palabras mágicas. —Eli se giró hacia él y le miró confusa—. Tienes que decir “Al, tenías razón. Es increíble que, además de ser tan sexy, seas tan tremendamente listo”.

—Por favor, Al... ¿Hasta cuándo vas a seguir con esas chiquilladas? —preguntó ella molesta—. Vale, has acertado y en este último caso no había ningún fenómeno paranormal, pero tampoco tiene tanto mérito. A mí el marido también me dio mala espina desde el primer momento.

—Claro, claro... Por eso te has pasado una semana haciendo sesiones de

ouija, rituales de limpieza y amuletos —repuso él mientras se reía—. Admítelo. No tenías ni idea.

—¿Cómo iba a esperar que fuera él quien estaba provocando todos esos fenómenos para volver loca a su mujer, conseguir que la declararan mentalmente incapacitada y poder así controlar la fortuna familiar? Hay que ser muy retorcido y muy mala persona para hacer algo así.

—Ay, mi pobre e inocente Eli... —dijo Al soltando un exagerado suspiro—. Para encontrar la maldad no es necesario buscar entre los seres sobrenaturales. Entre los humanos también hay auténticos monstruos.

—¡Qué filosófico! —Ella le miró sorprendida—. ¿Esas frases tan profundas son tuyas?

—Sí. Supongo que me estoy volviendo un pedante por estar tanto tiempo contigo.

Ella le sacó la lengua y, en lugar de contestar, rebuscó en el salpicadero hasta encontrar una cinta de Springsteen y meterla en el radiocasete. Cuando las notas de *The River* empezaron a sonar, se giró de nuevo hacia él.

—¿Y bien? ¿Dónde se supone que vamos?

—Esto no va así, Eli —contestó él tras apagar la música—. La canción la elijo y la pongo yo. Tú mejor que nadie debería saber la importancia de respetar los pasos de los rituales. Además, esa canción no me gusta.

—¿Que no te gusta una canción de Springsteen? Vamos al hospital. Tienes que estar enfermo.

—A ver, la canción me gusta. Es una pasada, pero no es una canción para nosotros. Todo eso de que el amor se apaga y las relaciones se enfrían y los recuerdos te persiguen como una maldición... Eso nunca nos pasará a nosotros.

Eli le sonrío y acarició su mejilla con ternura. Después, sacó la cinta, volvió a dejarla en la guantera y eligió otra al azar. Cuando la puso en marcha, las notas de *Is this love* de Whitesnake inundaron el compartimento.

—¿Esta mejor? —preguntó.

—Sí. No es del jefe, pero nos pega mucho más.

—Vale. Entonces, ahora que la música está a tu gusto, ¿vas a decirme dónde vamos?

—La verdad es que no tengo ni idea —admitió él mientras se encogía de hombros—. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que estamos en una ciudad grande y acabamos de cobrar cinco mil dólares. Cojamos una buena habitación de hotel y salgamos a correr una juerga mítica.

—Me dais miedo tú y tus juergas míticas —contestó Eli riendo.

—¿Vas a decirme que no? ¿Es que te has vuelto una gallina?

—Te voy a hacer tragar tus palabras y todo el alcohol que tengan en esta ciudad. Vas a acabar pidiendo clemencia —contestó ella—. Venga, arranca. Vamos a buscar el mejor hotel de la ciudad y a alquilar la suite más cara que tengan. Nos merecemos un día de gloria.

El *maître* les acompañó hasta la salida del restaurante con una falsa sonrisa en la cara. Al se apoyó en la pared y sacó un cigarrillo mientras miraba al hombre a través de las ventanas del local.

—Creo que se alegra mucho de que nos hayamos marchado —comentó Eli riendo—. Me parece que, cuando reservaste mesa a nombre del señor McNeal, no esperaba a alguien con estas pintas.

—Pero si estamos estupendos —protestó Al—. Estoy seguro de que no han

tenido una pareja tan guapa desde que abrieron el local.

Se separó de la pared y giró sobre sí mismo para que Eli le evaluara. En aquella cálida noche de agosto, había prescindido de su chaqueta de cuero y la camiseta que llevaba era casi nueva y estaba muy poco desteñida. Aún así, sus pantalones ajustados, sus botas de motorista y el brazalete de cuero que le cubría todo el antebrazo izquierdo le daban un aspecto que no casaba demasiado con el de los clientes habituales de un restaurante de cocina creativa.

—¿No has visto cómo nos miraba todo el rato? Creo que se ha pasado toda la cena sudando. No sabía si nos íbamos a marchar sin pagar o si le íbamos a atracar antes de irnos.

—Tonterías... Vaya tío más estirado. No tiene nada de lo que quejarse. Nos hemos portado bien y nos hemos gastado trescientos pavos en una cena. Si alguien tiene que quejarse de que le han robado, somos nosotros.

—Te he avisado de que no pidieras esas dos botellas de *Chardonnay*. —Eli dejó escapar otra risita.

—Mi chica se merece lo mejor. —Al se acercó a ella y la abrazó por la cintura—. Estás guapísima esta noche.

Eli agachó la cabeza y él pudo ver que se había sonrojado. Seguía siendo tan terriblemente insegura... Había cambiado las mallas que vestía habitualmente por una minifalda de cuadros cortísima y unas botas hasta debajo de la rodilla. A él le parecía que estaba muy sexy, pero ella seguía siendo incapaz de creer en sí misma o de aceptar un piropo con naturalidad.

—¿Y ahora dónde quiere ir la chica más bonita de la ciudad?

—No lo sé. No conozco Providence —contestó Eli mientras se encogía de hombros—. ¿Dónde quieres ir tú?

—A cualquier sitio donde me den de beber y tengan buena música.

—¿A beber más? ¿No has tenido bastante con las dos botellas de vino?

—Eso solo ha sido un aperitivo —dijo él mientras se dirigía hacia un puente metálico—. Vamos a ver qué hay en la otra orilla. Esta zona está un poco muerta.

Empezaron a caminar sin prisa, disfrutando de la brisa nocturna que llegaba del río. Aunque la ciudad parecía tranquila y hacía una noche preciosa, Al no pudo evitar pensar que Providence era un lugar bastante feo. Por todos lados se veían chimeneas de fábricas y torres eléctricas. Además, todos los edificios parecían iguales: moles cuadradas de un desvaído tono anaranjado. Cruzaron el puente hasta llegar a una central eléctrica y siguieron caminando para rodearla.

—Esto parece una zona industrial —comentó Eli—. No sé si vamos a encontrar algún bar por aquí.

Cuando dejaron atrás la central, llegaron a un barrio residencial. Aunque los edificios seguían siendo igual de tristes y apagados, había más gente por la calle. De repente, Al se detuvo con la cabeza ladeada y los ojos cerrados y le hizo a Eli una señal para que también se parase.

—¿No oyes eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Música en directo —contestó él con una amplia sonrisa en la cara—. Vamos, a lo mejor me dejan tocar.

Le agarró la mano y empezó a andar a paso rápido, casi tirando de ella. Aquella sí que sería una manera magnífica de pasar la noche. Tenía muchísimas ganas de ponerse delante del público. Aunque hacía años que había abandonado la idea de llegar a convertirse en una estrella de *rock*,

seguía sintiendo la necesidad de cantar frente a la gente, de sorprenderles con sus solos de guitarra, de lucirse y que le admiraran... No eran solo ganas. Era una especie de adicción. Escuchó a Eli suspirar a su espalda y sonrió. Sabía que a ella le desesperaba un poco su extraña necesidad de que le mirasen y le aplaudieran, pero en el fondo le entendía y no protestaría mucho.

Tras cruzar un par de calles, llegaron frente al bar del que salía la música. Abrieron la puerta y se encontraron en un local muy amplio. Casi todas las mesas estaban llenas y los espectadores miraban en aquel momento hacia el escenario. Una banda estaba tocando en directo mientras un chico cantaba *Sacrifice* de Elton John. Sobre el escenario había un cartel enorme en el que podía leerse “Consigue el aplauso de nuestro público y gana todo lo que quieras beber en una noche”.

—¿Has visto? ¡Bebida gratis! —exclamó emocionado.

—¿Te acabas de gastar doscientos dólares en dos botellas de vino y ahora te preocupa lo que te cuesten las cervezas que te puedas beber? —preguntó Eli enarcando una ceja.

—No es por el premio. Es por la competición —contestó él—. Además, ese tío que está cantando les está amuermando a todos. Aquí hace falta un poco de caña. Ahora vuelvo.

Sin decir nada más, se acercó al escenario. Una chica rubia bastante mona estaba sentada en una mesa que tenía un cartel en el que decía “Apúntate aquí”. Al se sentó enfrente y le lanzó su mejor sonrisa.

—Hola, quería apuntarme al concurso. ¿Me explicas cómo va?

—Es muy fácil —respondió ella señalando un panel situado al fondo del escenario en el que se veía una línea vertical que, según iba ascendiendo, iba cambiando del rojo al verde—. Eso es un medidor de aplausos. Si consigues

llegar a la zona verde, te daremos un vale de bebida gratis para esta noche.

—Lo voy a reventar —contestó Al con confianza—. Apúntame.

—Dime canción y nombre.

Al se quedó en silencio durante unos segundos mientras una sonrisa traviesa iba abriéndose paso en su cara.

—*It's only love* —respondió—. Apunta a Al McNeal y Eli Carter. ¿Sería posible que la banda me prestara una guitarra para la actuación?

—¿No vas un poco borracho para tocar? —preguntó la rubia.

—Podría tocar dormido y, aún así, alucinaríais —respondió él con una sonrisa de suficiencia.

—Está bien, campeón —dijo ella soltando una risita—. Hay tres actuaciones antes. Os queda una media hora.

Al le dio las gracias y se levantó para ir a buscar a Eli. Aquella media hora le venía de maravilla para convencerla. Echó una mirada por el local y la vio apoyada en la barra, esperando a que algún camarero le hiciera caso. Se acercó a ella y la abrazó por la cintura desde atrás. Después posó la cabeza en su hombro y le dio un suave beso en el cuello. Ella se giró con una sonrisa y entrelazó las manos detrás de su nuca.

—¿Te dejan cantar? —preguntó.

—Por supuesto. Ya nos he apuntado.

—¿Cómo que “nos”? —Eli abrió los ojos sorprendida mientras empezaba a negar con la cabeza—. A mí no me metas. Ya sabes que no me gusta ser el centro de atención.

—Lo sé, pero he elegido *It's only love* y necesito que seas mi Tina Turner.

—Esa canción también la canta Bryan Adams solo. No me necesitas para nada.

—Pero cantando los dos quedará espectacular y tendremos muchas más posibilidades de ganar —protestó él con cara de cachorrillo abandonado—. Por favoor... Hemos cantado esa canción a dúo un millón de veces en la caravana y te queda de miedo.

—Pero en la caravana no hay nadie que me vea —repuso ella—. Con toda esta gente mirando me voy a morir de vergüenza.

—Venga, no me abandones —insistió él.

Eli le soltó, se giró hacia la barra y apoyó en ella los codos antes de enterrar la cara entre sus manos. Al la dejó tranquila y no le dijo nada más. La conocía bien y sabía que estaba a punto de ceder.

—Está bien —contestó ella antes de darse la vuelta para encararse a él y clavarle su dedo índice en mitad del pecho—. Pero vas a tener que invitarme a un par de tequilas si quieres que me suba ahí.

—Eso está hecho.

Se acercó a la barra a esperar a que algún camarero mirara en su dirección. El local estaba cada vez más lleno y había muchas personas tratando de llamar su atención. Eli se colocó a su lado y se dedicó a mirar las botellas que estaban colocadas en los estantes. De repente, un camarero que estaba atendiendo a otra pareja sacó con disimulo una botella con un líquido verde brillante y una calavera en la etiqueta y sirvió dos copas.

—No quiero tequila. —Eli le dio un codazo a Al para llamar su atención y le señaló las copas—. Estamos en Providence. Tenemos que beber absenta a la salud de Lovecraft.

—¿Quién demonios es Lovecraft? —preguntó él.

—En serio, tienes que leer más. —Ella se apoyó en la barra y le miró con aire de suficiencia—. Era un escritor que nació en esta ciudad. El de Los mitos de Cthulhu... ¿No te suena? —Esperó hasta que Al negó con la cabeza—. Pues son unas historias de terror alucinantes.

—Ya tengo bastantes historias de terror viviendo contigo. Gracias —dijo él mientras negaba con la cabeza—. ¿Y qué tiene que ver ese tipo con esa bebida?

—Lovecraft y su círculo se ponían hasta arriba de absenta para inspirarse. Tiene una graduación altísima y se dice que puede provocar alucinaciones. Fue la bebida de moda entre los artistas a finales del siglo XIX y principios del XX hasta que se prohibió su consumo.

—¿De verdad quieres beberte algo que te puede hacer alucinar y que está prohibido? Estás muy loca...

—¿De verdad quieres subirte a ese escenario para que un montón de extraños te miren y puedan evaluarte? —contestó ella con tono sarcástico—. Cada uno tenemos nuestras locuras.

—Está bien. Lo que la señorita quiera.

El mismo camarero que acababa de servir la absenta a la otra pareja se acercó a ellos con una sonrisa. Al se acodó en la barra y se inclinó hacia él para hablarle en voz baja:

—Queremos dos copas de absenta y dos cervezas.

—No vendemos absenta. Está prohibido —contestó el camarero sin perder la sonrisa en ningún momento.

—Acabamos de ver cómo se la servías a esos dos. —Al le guiñó un ojo, se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y puso sobre la barra un billete de veinte dólares—. Venga, enróllate.

—Lo siento, pero te repito que no tenemos absenta —insistió el camarero con voz firme.

—Está bien —intervino Eli conciliadora—. Pon dos tequilas y dos cervezas.

El camarero les sirvió lo que habían pedido y se marchó para atender a otros clientes. Eli cogió su vaso de tequila y lo miró apenada.

—Deberías haberme dejado insistir más. Estoy seguro de que podía haberle convencido.

—Supongo que solo le sirven absenta a clientes conocidos. No pasa nada. — Ella levantó su vaso para brindar—. Vamos a bebernos esto o no conseguiré reunir el valor suficiente para subirme a ese escenario.

Chocaron los vasos y se bebieron el tequila de un trago. Eli puso cara de asco y, tras dejar el vaso sobre la barra, cogió su cerveza y bebió hasta vaciar casi la mitad.

—Joder, vaya trago. —Se asombró Al—. Si sigues a ese ritmo, estarás en el hospital con un coma etílico para cuando nos toque cantar.

—Igual es lo que intento —respondió Eli burlona.

—Pues no lo vas a conseguir. Ese es todo el alcohol que tienes hasta que llegue nuestra actuación.

Eli frunció el ceño, pero no protestó. Cogió su cerveza y se acercó al escenario para contemplar las actuaciones que les precedían. Al se colocó tras ella y la abrazó por la cintura.

—No tienen nada que hacer —susurró en su oído—. Les vamos a machacar.

Cuando llegó su turno, Al miró a Eli antes de subir. Ella apuró de un trago la cerveza que le quedaba y asintió. Subieron al escenario entre los tímidos aplausos de algunas personas del público. El resto estaba distraído hablando,

comiendo o bebiendo. Mientras se colocaba la guitarra que le habían prestado, Al paseó su mirada entre todas aquellas personas, seguro de que no necesitarían ni diez segundos para tenerlos en el bolsillo. Volvió a mirar a Eli, esperando su asentimiento, y empezó a tocar.

En cuanto comenzaron a sonar las vibrantes notas de la canción y él se acercó al micrófono para cantar, vio como varias personas se giraban hacia ellos y escuchó algunos aplausos. Tal y como había pensado, la gente estaba harta de oír baladitas y quería un poco de marcha. Cuando Eli gritó y se unió a la canción, se escucharon aún más aplausos.

Se giró hacia ella para verla cantar. Parecía que aquel tequila se había llevado toda su timidez. Ella se acercó a él con paso seguro y chocó su cadera contra la suya mientras le guiñaba un ojo. Después, giró sobre sí misma para volver a alejarse. Al se quedó hipnotizado por el vuelo de su falda, por la manera en la que movía su oscura melena, por su forma de sonreír y el modo en el que le brillaban los ojos. ¿Cómo podía decir que no le gustaba cantar en público? En aquel momento, estaba más bonita que en toda su vida, como si tuviera luz propia.

Cuando llegó el estribillo, ella volvió a acercarse a él y dejó de usar el micrófono de mano que llevaba para ponerse a cantar en el de él, con las cabezas juntas. Tenía sus labios tan cerca que Al tuvo que hacer un esfuerzo para seguir cantando y concentrarse en la guitarra en lugar de agarrarla y darle un beso delante de todo el mundo. Consiguió mantener la profesionalidad y terminar el estribillo. Mientras él hacía los últimos punteos de la canción, ella volvió a separarse y a bailar por el escenario, meneando su melena adelante y atrás y girando sobre sí misma. Su falda se levantaba con cada giro, justo hasta el final de sus piernas, sin dejar ver nada más. Tuvo que concentrarse mucho para no fallar una nota. Ya exploraría lo que había bajo aquella falda cuando

estuvieran a solas.

La canción terminó y Eli se acercó a él, le tomó de la mano para caminar juntos hasta el borde del escenario y hacer un par de reverencias al público. La respuesta de la gente fue alucinante. Todo el mundo aplaudía y muchos clientes se habían puesto de pie.

Eli le sonrió, miró hacia el medidor de aplausos y, cuando vio que rebasaba de sobra la marca de la zona verde, le soltó, corrió hacia la barra y se colocó de espaldas. Se apoyó en las manos y, de un salto, se sentó sobre ella. Después se echó hacia atrás, metió la mano tras la barra y cogió la botella de absenta que habían visto un rato antes.

Al se quitó la guitarra y bajó del escenario para correr hacia ella. El camarero se había acercado a Eli y tenía cara de pocos amigos.

—Chica, suelta eso —le dijo el tipo.

—Ni de palo —contestó ella señalando el medidor de aplausos—. El anuncio dice “Consigue el aplauso de nuestro público y gana todo lo que quieras beber en una noche”. Hemos ganado y queremos beber esto.

—Está bien, pero bájate de la barra —insistió el camarero, aún con el ceño fruncido.

Al agarró a Eli de la cintura y la ayudó a bajar. Ella aún llevaba la botella en la mano y parecía dispuesta a no soltarla por nada del mundo. El camarero se resignó y sacó dos vasos.

—No cualquiera puede enfrentarse al hada verde —les advirtió—. ¿La habéis bebido alguna vez?

—No, pero no tenemos miedo —contestó Eli—. Nos hemos enfrentado a cosas mucho peores que a esta botella.

—Vosotros sabréis. Yo no me hago responsable de lo que os pase.

Al cogió su vaso y miró con desconfianza aquella bebida de un color verde tan intenso que parecía brillar como si fuera radiactiva. Eli también contemplaba el suyo, pero tenía un brillo emocionado en los ojos. Pensó que iba a tener que beberse aquello, por muy mala idea que le pareciera. Eli acababa de enfrentarse al público, algo que la aterraba, por hacerle feliz y, además, lo había hecho de muerte. No podía ser él quien se rajara. Para una vez que ella proponía algo un poco loco, no podía negarse. Alzó su copa y la unió con la de Eli, provocando un suave tintineo.

—Por el hada verde —dijo ella.

—Por el hada verde —repitió él antes de apurar la bebida de un trago.



CAPÍTULO DOS

Estoy sentada en el porche de una casa de madera. No he estado nunca aquí, pero, de alguna extraña manera, la reconozco. Sé que es mi hogar y que no tengo nada que temer.

El sol ya declina en un horizonte en el que se dibuja la suave línea de unas lejanas montañas, encendiendo el cielo con el color de un feroz incendio. Frente a mí, a unos pocos pasos de la entrada del porche, comienza un campo plagado de plantas de lavanda. La brisa es suave y mece los tallos, haciendo que me llegue su suave perfume.

Hay alguien en medio de ese campo, una figura pequeña que no reconozco. Me levanto de la mecedora en la que estoy sentada y camino hacia allí. Estoy tranquila. Aunque no sé quién es esa persona, algo en mi interior me dice que es alguien importante para mí. Según me voy acercando, puedo verla con más claridad. Es una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años, y está sentada en el suelo de espaldas a mí. Está cortando tallos de lavanda y va dejando las flores en el suelo, a su lado, con un cuidado infinito.

Me quedo mirándola embelesada. La brisa mueve su pelo negro, alborotado e

indomable como el mío. Cuando se da cuenta de que estoy tras ella, se gira hacia mí y me sonríe. Sus ojos me hipnotizan. Son de un precioso azul claro y sus pupilas están rodeadas por dos pequeños soles. Son los ojos de Al.

—Hola, mamá —dice sin dejar de sonreír.

Esas dos simples palabras hacen que mi alma se llene de una sensación de euforia. Me parece que mi corazón late más rápido, como si quisiera salirse de mi pecho para ir con su verdadera dueña. Me siento a su lado en el suelo y acaricio su pelo.

—Hola, Lara. ¿Qué haces?

—Estoy recogiendo flores para cuando venga papá —contesta.

—Yo creo que ya has cogido muchas —digo mientras señalo el montón que tiene a su lado en el suelo—. ¿Quieres que vayamos a casa y las pongamos en un jarrón?

Ella asiente y se levanta de un salto. La ayudo a recoger todas las flores y, cuando las hemos reunido en un ramo, volvemos a casa. Ella pone su pequeña manita en la mía y ese simple gesto hace que mi corazón se alborote de nuevo. Me da la impresión de que me resulta difícil respirar. Mi pecho está tan lleno de felicidad que no hay espacio para el aire.

Abrí los ojos y, durante unos segundos, ni siquiera supe dónde estaba. No sabía por qué me había despertado. Aquel sueño había sido tan bonito que habría querido permanecer en él más tiempo. Además, lo primero que sentí según desperté fue la resaca más espantosa que había experimentado en toda mi vida. Tenía el estómago revuelto, la boca me sabía a bichos muertos y la cabeza me dolía tanto como si fuera a estallar de un momento a otro. La luz que entraba por la ventana me taladraba los ojos como si el sol estuviera

emitiendo rayos láser.

Me tapé la cabeza con la almohada, dispuesta a dormir de nuevo, pero en unos segundos me di cuenta de que el dolor de cabeza y la sed no me lo iban a permitir. Me senté y miré alrededor en un intento de aclarar mi mente y descubrir dónde estaba. Una cama enorme con dosel y unas sábanas tan blancas que relumbraban, una alfombra persa que debía costar una fortuna en el suelo, una vista preciosa de la ciudad de Providence... Sí, era la carísima suite que habíamos alquilado el día anterior. No tenía ni idea de cómo había llegado allí. Mi último recuerdo era estar llevándome a los labios aquella copa de absenta.

Me di cuenta de que estaba totalmente desnuda. Me giré buscando el cuerpo de Al en la cama, pero no estaba. En un primer momento me asusté, preguntándome si había acabado tan borracha como para haberle perdido, pero entonces escuché el sonido del agua de la ducha llegando del baño. Me quedé tumbada boca arriba mientras recordaba el sueño que había tenido. Había sido extraño. Era tan real... Casi parecía más un recuerdo, como si conociera a aquella niña desde siempre, como si la hubiera tenido miles de veces entre mis brazos.

Al salió de la ducha llevando solo los pantalones vaqueros mientras se colocaba el brazalete de cuero en el antebrazo. Estaba tan guapo con el pelo mojado y el torso desnudo que, durante unos segundos, me quedé embobada mirándole. Tuve ganas de saltar sobre él y obligarle a volver a la cama, pero entonces una duda se abrió paso en mi mente y me dejó paralizada.

—¡Qué mala cara tienes! Parece que has visto un fantasma. —Se giró, mirando todos los rincones de la habitación con cara de susto—. Espera, ¿no habrás visto un fantasma?

—No, no es eso —contesté mientras negaba con la cabeza—. Oye, ¿tú

recuerdas si anoche pasó algo?

—¿Algo de qué? ¿Te refieres a la cama? —Él me lanzó una sonrisa pícar—. Pues la verdad es que no me acuerdo de nada desde que nos bebimos la absenta. No sé ni cómo llegamos al hotel...

—¿No tienes ni el más mínimo recuerdo?

—No, pero seguramente acabamos echando un polvo. O dos... Es lo más lógico —contestó él, encogiéndose de hombros.

—¿Y los condones?

La sonrisa se le borró de la cara en décimas de segundo. Miró a las dos mesillas situadas a los lados de la cama con tanta intensidad como si esperara que fueran a aparecer allí solo porque él lo deseara.

—En la caravana —contestó al fin con un hilo de voz.

Yo me cubrí la cara con las manos mientras negaba con la cabeza. Se sentó a mi lado en la cama y me acarició un brazo para reconfortarme.

—No te preocupes. No tiene por qué haber pasado nada. A lo mejor llegamos tan borrachos que nos quedamos dormidos de inmediato...

—Estoy totalmente desnuda, Al... Y seguro que tú también lo estabas.

—Bueno, estamos en agosto. Igual teníamos mucho calor...

—Claro... También puede ser que, aunque quisiéramos hacerlo, a ti no se te levantara por el alcohol. Ya empiezas a tener una edad —le dije en tono sarcástico.

—No bromees con eso, mujer —contestó dolido—. En serio, no te preocupes. No podemos tener la mala suerte de que te quedes embarazada la primera vez que la cagamos.

Se levantó de la cama, se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios. Después, recogió sus botas y su camiseta para terminar de vestirse.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—A por dos cafés bien cargados y una tonelada de aspirinas. Tengo una resaca que no me deja ni pensar. —Me lanzó una sonrisa de disculpa—. Cuando la cabeza no me esté estallando, podremos seguir hablando de esto. ¿Te parece bien? —Esperó a que yo asintiera—. En serio, no tienes de qué preocuparte. Seguro que no ha pasado nada.

Me acarició la mejilla como gesto de despedida y salió de la habitación. Yo continué sentada en la cama, con la mirada perdida. Mientras hablábamos, algunos recuerdos inconexos habían ido apareciendo en mi mente. Nos vi besándonos en cada rincón oscuro de vuelta al hotel. Recordé a Al inmovilizando mi cuerpo contra la pared del ascensor mientras me cantaba al oído un fragmento de *Light my fire* y cómo recorrimos el pasillo hasta nuestra habitación entre risas mientras nos íbamos soltando la ropa. Aquello solo podía haber terminado de una manera...

El sueño que había tenido regresó a mi mente. Cada vez estaba más segura de que no era un simple sueño. Aunque sabía que era demasiado pronto para sentir nada, llevé la mano a mi vientre y me pareció percibir algo. No podría describir qué era: una sensación de presencia, un leve calor... Se me escapó una risita tonta. No sabía qué pensar, cómo se suponía que debía sentirme. ¿Era aquello realmente lo que quería para nuestro futuro? ¿Una vida normal, una casita en el campo, tener hijos? No nos lo habíamos planteado en ningún momento. Éramos todavía muy jóvenes para pensar en aquellas cosas.

Recordé las palabras de Al: “No podemos tener la mala suerte de que te quedes embarazada la primera vez que la cagamos”. ¿Era así como él consideraba la posibilidad de que tuviéramos un hijo? ¿Mala suerte? Volví a

esconder la cabeza entre mis manos. Estaba hecha un lío. Me sentía tan nerviosa que lo primero en lo que pensé fue en levantarme para fumar un cigarrillo, pero mi mente me avisó de inmediato de que no debía hacerlo. Desde aquel momento, ya no fumaba. Tenía que cuidar de mi pequeña Lara. Se me escapó otra risita y volví a acariciarme el vientre con una sonrisa soñadora en el rostro. Cuanto más pensaba en ello, más segura me sentía de que estaba embarazada. Todavía no podía decírselo a Al. Por mucho que él fuera abriéndose a la posibilidad de los fenómenos sobrenaturales, no podría convencerle de que sabía que estaba embarazada porque había tenido un sueño. Esperaría hasta estar segura, hablaríamos de ello y decidiríamos juntos qué íbamos a hacer con nuestro futuro.



CAPÍTULO TRES

Cuando Al regresó con los cafés y las aspirinas, se encontró a Eli sentada en la terraza de la habitación. Aunque Providence no les había parecido una ciudad muy bonita a nivel de suelo, las vistas desde aquella terraza eran preciosas. Se podía ver un frondoso parque y, al fondo, varias iglesias acabadas en torres picudas.

Dejó los cafés en la mesa y sacó la caja de aspirinas del bolsillo de sus vaqueros. Colocó una al lado del vaso de Eli y, antes de tomarse la suya, alzó su vaso como si hiciera un brindis.

—No pienso brindar contigo nunca más —dijo Eli—. Mira cómo hemos acabado después del último.

—Te recuerdo que fue idea tuya —repuso él—. Yo ya te dije que no quería beber esa cosa verde. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya se me está pasando la resaca. Creo que me he bebido todas las botellas de agua del minibar. —Se inclinó hacia la mesa y recogió su vaso de café—. ¿Qué tal estás tú?

—Destrozado... Hemos dormido más de diez horas y creo que podría dormir veinte más. —Se echó hacia atrás en su silla y se estiró—. ¿Has recordado algo más de lo que pasó anoche?

—No —dijo Eli—. Estoy en blanco. ¿Y tú?

—Tampoco, pero no creo que tengamos que estar preocupados —contestó él, sentándose recto para alargar el brazo y tomar su mano—. La gente no se queda embarazada a la primera.

—¿Tan malo sería?

La miró sin saber qué decir. Ella le observaba con los ojos fijos y brillantes. Pensó que le encantaban sus ojos oscuros, tan profundos y misteriosos como dos pozos, pero que, a pesar del tiempo que llevaban juntos, seguía sin poder leer en ellos. Le habría gustado saber qué estaba sintiendo ella antes de contestar. ¿Estaba asustada o emocionada? ¿Aquella idea le daba miedo o le hacía ilusión? Incapaz de interpretar su mirada, solo le quedó la opción de ser sincero.

—No lo sé, Eli... Nunca hemos hablado de ello, así que no sé qué pensar. —Se derrumbó contra el respaldo del asiento y se echó hacia atrás el flequillo mientras fijaba su mirada en el paisaje, incapaz de seguir enfrentándose al misterio de sus ojos—. No sé... Por un lado, podría ser bonito, pero por otro...

Se quedó en silencio y agitó la cabeza, como si tratara de hacer que los pensamientos encajaran en su sitio.

—¿Por otro lado qué, Al? —preguntó ella al ver que no concluía su respuesta.

—Estamos tan bien así, Eli... Joder, me encanta la vida que tenemos. Somos libres de ir a cualquier sitio, tenemos todo el país a nuestros pies. —Señaló la panorámica que se extendía ante la terraza como si fuera un ejemplo—.

Podemos hacer lo que nos dé la gana sin tener que dar explicaciones a nadie, sin estar atados a jefes, horarios o hipotecas... No sé si quiero cambiar eso.

—Entonces, ¿no te gustaría tener un hijo conmigo? —preguntó Eli con la cabeza baja.

Ya no necesitó buscar su mirada para entenderla. Su tono había sonado tan triste que se levantó de inmediato del asiento y se colocó de rodillas frente a ella. Puso una mano bajo su barbilla y la obligó a levantar la cabeza para que le mirara.

—Claro que quiero. Por supuesto que quiero un hijo contigo. O dos, o tres o media docena. Pensaba que eras tú la que odiabas a los niños.

—Y los odio, pero creo que sería diferente si fuera nuestro.

—Y lo será. Haremos un montón de cosas juntos en el futuro: tendremos una casa y un montón de niños y un perro enorme y peludo. Hasta tendremos trabajos normales, si eso es lo que quieres. —Esperó hasta que ella le devolvió una sonrisa— Pero no tiene por qué ser ahora.

—Sí, tienes razón —contestó ella—. Todavía somos unos críos. Tanta responsabilidad nos quedaría grande.

—No, no te equivoques. Seríamos unos padres fantásticos, pero primero nos quedan un montón de aventuras por vivir. —Levantó la mano y le acarició la mejilla con dulzura—. Ya verás cómo no ha pasado nada. ¿Cuánto tiempo te falta para que te baje la regla?

—Unas dos semanas —contestó ella.

—Bueno, pues no quiero que te pases ese tiempo agobiada. Ya verás cómo en dos semanas nos estamos riendo de esta conversación. —Se levantó y le tendió la mano—. Vamos, te invito a comer.

—Tengo el estómago revuelto —protestó ella, aunque agarró su mano para que la ayudara a levantarse—. No voy a volver a beber nunca más.

—Si nos dieran un dólar por cada vez que hemos dicho eso, no tendríamos que aceptar ni un solo caso más en nuestra vida —bromeó él—. Venga, aunque no tengas hambre, tienes que comer. Verás cómo después te sientes mucho mejor.

Cuando Al terminó su hamburguesa, se quedó unos segundos mirando el plato de Eli. Ella apenas había tocado la comida y se había pasado los últimos minutos contemplando a la gente que pasaba frente a la terraza en la que estaban sentados con expresión distraída. Él sintió que el estómago se le encogía. Le habría gustado poder consolarla y entusiasmarse con la posibilidad de que pudiera estar embarazada, pero la verdad era que aquella idea le provocaba un pánico espantoso. ¿Qué iban a hacer ellos dos con un niño? Acababan de cumplir veinticuatro años. Sabía que a aquella edad mucha gente se casaba y tenía hijos, pero pensaba que Eli y él eran diferentes. No quería condenarse desde tan pronto a una vida aburrida, a pañales, colegios, horarios... Además, le daba miedo cómo aquello podría afectar a Eli. Lo que ella hacía era importante. Ayudaba de verdad a la gente, luchaba contra fuerzas que muy pocas personas podían controlar. Era imposible seguir haciendo esas cosas con un niño. ¿Iba a entrar en casas encantadas con un crío en brazos? ¿Pensaba ponerse a darle el pecho en mitad de una sesión de ouija? Aquello era ridículo. Si tenían un hijo, tendrían que renunciar a lo que hacían y olvidarse para siempre de aquella cruzada personal contra las fuerzas oscuras en la que Eli estaba embarcada. ¿En serio iba a cambiar todo aquello para convertirse en una madre abnegada? ¿Sería feliz atada a un lugar y convirtiéndose en una persona normal con una vida vulgar y aburrida? ¿No acabaría echando de menos lo que habían sido? No quería imaginarse lo que

la monotonía podía hacerle a su relación ni plantearse que aquello pudiera apagar la llama de lo que sentían el uno por el otro.

Se estaba agobiando con todos aquellos pensamientos... No serviría de nada darle vueltas a una situación que no podía controlar ni plantearse problemas que, al menos de momento, solo estaban en su cabeza. Ya cruzarían ese puente cuando llegaran a él. De momento, no pensaba torturarse con algo que solo era una remota posibilidad.

Sacó el paquete de tabaco del bolsillo y, después de coger un cigarrillo, lo deslizó por encima de la mesa hasta hacer que chocara con la mano de Eli. Ella se sorprendió y volvió la cabeza hacia él.

—¿Quieres un cigarrillo? —le preguntó al ver que ella miraba la cajetilla como si no supiera qué era.

—No, gracias —respondió ella con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. No me apetece.

Torció el gesto, pero no dijo nada. Ella llevaba sin fumar desde que se habían levantado. Sabía perfectamente por qué lo estaba haciendo. Eli ya se había convencido de que estaba embarazada y había decidido no fumar para proteger al bebé. Sin saber por qué, sintió que una ola de rabia se instalaba en su interior. No sabían si había un bebé que proteger y no habían hablado de si, en caso de que lo hubiera, lo iban a tener o no, pero ella ya había decidido comerse la cabeza con aquel asunto y actuar como si fuera un hecho consumado. Resopló al imaginarse las dos semanas que tenían por delante hasta que todo aquello pasara y su vida pudiera volver a la normalidad.

—No comes, no fumas... —Se encogió de hombros y se levantó—. Voy a ir a por un café. ¿Quieres uno o también pasas?

—Un café me vendrá bien. Gracias —contestó ella antes de volverse a girar

para seguir contemplando a la gente que paseaba por la acera.

—Voy a aprovechar para llamar a mis padres —le anunció.

—De acuerdo —dijo ella sin mirarle siquiera.

Él negó con la cabeza, se separó unos pasos de la mesa y, cuando estuvo seguro de que ya no podía oírle, resopló de nuevo. Esperaba que la apatía de Eli se debiera en gran parte a la resaca y que, cuando durmiera un poco más y pudiera pensar con claridad, se diese cuenta de que estaba exagerando y comportándose como una desquiciada.

Entró en el bar, pidió los dos cafés y, mientras se los preparaban, se dirigió hacia el teléfono que estaba situado en una esquina. Después de que el teléfono diese un par de tonos, escuchó cómo contestaban al otro lado.

—¿Diga?

—Mamá, soy yo. ¿Qué tal todo?

—Bien, hijo. ¡Qué alegría oírte! —Al notó un cierto tono sarcástico en la voz de su madre—. Pensaba que te habías olvidado de nosotros.

—Llamé hace cinco días. No exageres.

—¿Te parece bonito tener a una madre sin saber nada de su hijo durante cinco días? —protestó ella—. Está bien. Ya sé que no tienes remedio. ¿Qué tal estáis?

Se quedó un par de segundos en silencio, sin saber qué contestar. Sabía que no iba a contarle nada sobre el posible embarazo de Eli ni aunque le clavasen astillas bajo las uñas. Su madre se pondría histérica y empezaría a ilusionarse, a hacer planes, a comprar cunas... Sin embargo, pensó que le habría gustado poder hablar de lo que sentía con alguien tranquilo y sosegado, alguien que le dijera que todo iba a salir bien y que no tenía nada de lo que preocuparse.

Negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa irónica. Su madre no era esa persona. Quizá su padre lo habría sido, si no fuera porque era incapaz de guardar un secreto. Tendría que quedarse aquellos sentimientos para sí mismo.

—Estamos bien. Hemos terminado un trabajo en Providence y ahora mismo no tenemos nada que hacer —contestó—. Llamaba por si habíais oído de algún caso.

—Siempre llamas por lo mismo —protestó su madre—. Te recuerdo que somos tu familia y no una agencia de contratación.

—Mamá, para... Ya sabes que no es eso. También os llamo para saber si estáis bien y para que no os preocupéis. —Escuchó un resoplido indignado desde el otro lado de la línea como toda respuesta—. Supongo que eso es un no.

—Espera. Creo que tu padre me dijo que tenía algo. —Su madre se separó un poco el auricular antes de empezar a llamar a su padre a gritos—. Ahora viene.

—Muchas gracias, mamá. Te quiero.

Ella ni siquiera se despidió. Siguió gritando el nombre de su padre como si la casa estuviera en llamas. Unos segundos después, Al oyó el ruido de unos pasos apresurados bajando las escaleras.

—Hola, hijo —saludó su padre.

—Hola, papá. ¿Qué tal todo?

—Como siempre. ¿Y vosotros?

—Bien. Acabamos de resolver un caso en Providence y te llamaba por si tenías algo para nosotros —contestó Al.

—Sí. Algo tengo. Un hombre llamó hace tres o cuatro días para contactar con

vosotros. —Al escuchó el ruido que hacía su padre al revolver entre sus papeles—. Juraría que lo dejé por aquí... ¡Qué manía tiene tu madre con movérmelo todo! Sí, aquí está. ¿Tienes algo para apuntar?

Al sacó un boli del bolsillo de su chaqueta y cogió una servilleta de papel de una mesa cercana.

—Sí, ya lo tengo. Dime.

—Anthony Matthews, de Milford, en Maine. Era un tío muy misterioso. No quiso decirme absolutamente nada sobre el caso. Dijo que solo os lo contaría a vosotros.

—Vaya, ya estamos. Pues no sé si me hace gracia ir hasta Maine sin saber de qué se trata. Espero que, cuando le llame yo, sea más colaborador —dijo Al, molesto—. ¿Te ha dado su teléfono o también ha querido mantenerlo en secreto?

—Sí, eso sí lo tengo. Apunta. —James le dictó los números—. Espero que sea un caso fácil. Ya me contarás.

—Por supuesto. Un beso para ti y otro para mamá. Y dile que llamaré pronto.

Colgó y se quedó unos segundos mirando el papel en el que había apuntado el número de teléfono. No entendía a esa gente que llamaba para contratar sus servicios pero no quería hablar sobre lo que necesitaba. Comprendía que lo que ellos ofrecían se salía un poco de lo común, pero, aún así, esperaba que aquel hombre fuera más claro con él y no les hiciera ir hasta Maine para nada. Sin pensarlo más, marcó el número y esperó.

—Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Maine. Buenas tardes —contestó una voz de mujer.

—Vaya... No sé si me he equivocado al marcar —se excusó Al—. Estaba buscando a un hombre llamado Anthony Matthews.

—Sí, es aquí. El doctor Matthews es el catedrático de Geología. ¿Podría decirme el asunto de su llamada?

Se quedó en silencio, pensando qué podía decir. Siempre le pasaba lo mismo cuando algún extraño le preguntaba a qué se dedicaban. Además, si aquel tal Matthews ni siquiera había querido contarle a su padre por qué quería contratarles, dudaba mucho de que le apeteciera que le dijera a la secretaria de la facultad algo como “Soy investigador psíquico y me han dicho que el señor Matthews quiere contratarme porque tiene en casa un fantasma, un demonio o algo así”. Carraspeó un par de veces para aclararse la garganta antes de contestar.

—Soy Aleister McNeal. Me han dejado el aviso de que el señor Matthews me llamó porque quería contratar mis servicios. ¿Podría preguntarle si puede atenderme ahora?

—¿Puede darme algún dato más? ¿El nombre de su empresa? —insistió la secretaria.

—No, no puedo —respondió Al con voz cortante—. Pregúntele a él si puede atenderme, por favor.

La secretaria soltó un bufido indignado y le puso en espera. Al aprovechó aquellos segundos para apoyarse contra la pared y masajearse el puente de la nariz con la mano que tenía libre. A pesar de las aspirinas, aquella maldita resaca no acababa de irse y se sentía cansado y de mal humor. Pensó que, si aquel hombre no se ponía al teléfono o le daba largas, pasaría del caso y le dejaría apanárselas solo con el bicho sobrenatural que le estuviese dando problemas. Tal vez sería lo mejor. Así podrían tomarse dos o tres días libres. Quizá en ese tiempo consiguiera librarse de la resaca que le había dejado aquella maldita bebida. Un clic en la línea le sacó de sus pensamientos.

—Buenas tardes. Soy Anthony Matthews —contestó una profunda voz de

hombre.

—Buenas tardes. Soy Aleister McNeal. Mi padre me ha dicho que llamó usted a casa para contratarnos.

—Sí, así es.

Al esperó unos segundos para que añadiera algo más, pero parecía que aquel hombre seguía sin estar dispuesto a darle ningún dato. Resopló y trató de armarse de paciencia. No tenía ninguna gana de andar sacándole la información a aquel tipo, pero Eli le había dicho un millón de veces que debía ser amable, que a los clientes les costaba contar lo que estaba sucediendo porque tenían miedo de parecer locos y un montón de bobadas más. Decidió darle una última oportunidad.

—Bien, señor Matthews... ¿Podría contarme qué es lo que le está sucediendo?

—preguntó con la voz más amable que fue capaz de fingir.

—No, no quiero hablar de esto por teléfono. Tendrán que venir aquí.

—Ahora mismo estamos a más de trescientas millas de Maine —repuso Al, abandonando por completo el tono cordial—. Como comprenderá, no vamos a recorrer esa distancia sin saber nada del caso.

—Les ofrezco mil dólares solo por escucharme —respondió Matthews—. Si, después de oírme, creen que pueden ayudarme y yo considero que son de fiar, hablaremos de sus tarifas. Les espero mañana a las doce en mi despacho de la universidad.

El hombre colgó sin darle tiempo a decir nada más. Al se quedó un momento con el teléfono en la mano, pensando si volver a llamar para dejarle claro que aquella no era la manera adecuada de hacer negocios. Sin embargo, colgó y se encogió de hombros. Mil dólares por un viaje de trescientas millas era un trabajo muy bien pagado. Si el caso no les resultaba interesante, sería él quien

dejaría a aquel tipo tirado, pero con mil dólares más en el bolsillo.

Mientras regresaba a la mesa, observó a Eli a través de los ventanales. Seguía teniendo una expresión triste y la mirada perdida. Les vendría bien un caso nuevo en el que ella pudiera ocupar su mente en lugar de estar preocupada por algo que muy probablemente no iba a pasar. Sus pensamientos de segundos atrás desaparecieron de inmediato. Ojalá aquel caso fuera interesante.



CAPÍTULO CUATRO

Estoy sentada en un cómodo sofá, tapada con una espesa manta y casi sepultada entre una montaña de cojines. Lara está en mi regazo, recostada contra mi cuerpo. Detengo por un instante la lectura de *La bella durmiente* y fijo mis ojos en la chimenea. Las llamas se han apagado hace tiempo, pero siguen quedando unos brillante rescoldos que mantienen el salón caliente.

Lara no protesta ni me pide que continúe la lectura. Me inclino con cuidado hacia delante y veo que se ha quedado dormida. Observo su respiración regular, sus espesas pestañas oscuras, tan parecidas a las mías, y esa dulce sonrisa de labios finos, tan similar a la de Al. Vuelvo a conmoverme ante este pequeño milagro que hemos creado entre los dos. Creo que no me cansaría nunca de mirarla.

Con mucho cuidado, consigo sacar las piernas de debajo de su cuerpo y sentarme en el sofá. Ya es muy tarde y hace horas que deberíamos habernos acostado, pero Lara es insaciable cuando pide que le cuente cuentos. Siempre quiere otro y otro más y yo aún no he aprendido a resistirme al embrujo de su mirada ilusionada. Me levanto y la cojo en brazos tratando de no despertarla.

Ella me echa los bracitos al cuello y enrosca las piernas en mi cintura. Pienso con tristeza que ya empieza a pesar demasiado para llevarla a upas y que debo guardar cada uno de estos momentos como un tesoro en mi memoria.

Mientras subo con esfuerzo las escaleras, entierro mi nariz en su pelo. Huele a flores frescas y a golosinas, a todas las cosas dulces y bonitas del mundo. Cuando llegamos a su habitación, consigo hacerle un hueco entre todos los peluches y muñecas que abarrotan su cama. No puedo quitarlos. Ella dice que la protegen, que hacen que los monstruos se queden lejos. Sé las cosas que ve, porque yo veía lo mismo cuando era pequeña. He colocado tantos amuletos y símbolos de protección por toda la casa como para convertir este lugar en un santuario en el que nada pueda atacarla, pero, aún así, me alegro de que esté encontrando sus propias maneras de vencer el miedo y aceptar lo que es.

Parece que esta noche está tranquila. Se coloca de lado y se abraza a uno de sus osos de peluche. Una preciosa sonrisa adorna su cara. Me inclino hacia ella, la arropo y deposito un beso sobre su mejilla sonrosada mientras le acaricio el pelo. Después salgo de su habitación de puntillas y me dirijo a la mía.

Hay un bulto en la cama. Reconozco la respiración profunda y acompasada de Al. Aparto las mantas y me tumbo a su lado, abrazándole por la espalda. Su cuerpo está muy caliente y el contraste con el mío le provoca un estremecimiento, pero no se queja. Se gira en la cama, me abraza y me da un beso de buenas noches mientras musita un “Te quiero” en sueños. Yo sonrío, le abrazo con fuerza y cierro los ojos.

Cuando volví a abrir los ojos, ya no estaba en aquella casita de madera ni en aquella cómoda cama tapada con un grueso edredón. Me costó un rato ubicarme. Me senté y miré la caravana como si no la reconociera. Aquellas

imágenes y sensaciones habían parecido tan reales que no podía creerme que solo hubieran sido un sueño.

Poco a poco, la realidad fue abriéndose paso. Estaba en la caravana. Al estaba a mi lado, profundamente dormido. La plateada luz de una enorme luna llena entraba por la ventana posterior. Meforcé a hacer memoria para recordar dónde estábamos exactamente. Estaba acostumbrada a sentirme así de desorientada. Llevar una vida nómada y andar todo el día de un lado para otro hacía que muchas noches me despertara sin saber dónde nos encontrábamos. Lo recordé al cabo de unos segundos. Íbamos de camino a Maine para encontrarnos con un profesor de universidad que quería contratarnos. Como estábamos muy cansados para hacer el viaje del tirón, habíamos conducido unas horas hasta detener la caravana en un área de descanso cercana a Portland, más o menos a mitad de camino.

Salí de la cama despacio para no molestar a Al. Él se revolvió un poco hasta quedar boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos. Sonreí al pensar que regresar a la cama iba a resultar un poco más complicado que salir de ella. El muy capullo acababa de ocuparla por completo.

Hacía mucho calor dentro de la caravana, así que decidí salir un momento para disfrutar del fresco aire nocturno. Me habría encantado sentarme fuera con un cigarrillo a contemplar aquella luna enorme y la ingente cantidad de estrellas que adornaban el cielo, pero no podía fumar... No después de aquellos sueños.

Me senté en las escalerillas y, con una sonrisa adornando mi cara, pasé mi mano con delicadeza sobre mi vientre mientras susurraba un “Hola, Lara”. Cada vez estaba más convencida de que aquellos sueños no eran solo un producto de mi mente. Eran una visión, una premonición... Al contrario de lo que me había pasado aquella mañana, ya no me sentía preocupada ni asustada.

Me parecía que mi pecho iba a estallar de alegría, que mi corazón bailaba con un ritmo nuevo y que nunca podría borrarle aquella sonrisa estúpida de la cara. Aquel sueño era una imagen de cómo iba a ser mi futuro, nuestro futuro. Tendría a esa niña y Al estaría conmigo y me seguiría queriendo. Viviríamos en una preciosa casita de madera situada frente a un campo de lavanda y seríamos felices para siempre, como en los cuentos de hadas. ¿Podía pedir algo mejor para el resto de mi vida?

A pesar del entusiasmo que me embargaba, decidí que, al menos de momento, no podía decirle nada a Al. Él no se creería aquellas visiones de un futuro idílico. Por mucho que hubiera cambiado y se hubiera vuelto más abierto respecto a las cuestiones sobrenaturales, necesitaría pruebas. Lo mejor sería dejarle tranquilo de momento. Ya no me preocupaba que él pareciera no aceptarlo y que lo considerara un error. Cambiaría de opinión y sería feliz con su nueva vida. Lo había visto en mi sueño.

Desperté varias horas después y miré el reloj, preocupada por si habíamos dormido demasiado. Acababan de dar las nueve de la mañana y, si queríamos recorrer las ciento cincuenta millas que nos quedaban hasta la universidad de Maine, teníamos que darnos prisa. Puse mi mano sobre el hombro de Al y le agité con suavidad. Su única respuesta fue refunfuñar, girarse para darme la espalda y taparse la cabeza con la almohada. En lugar de insistir, decidí dejarle dormir un poco más y hacer el desayuno.

Unos minutos más tarde, tras haber preparado unas tostadas y una jarra de café recién hecho, volví a plantarme a los pies de la cama para despertarle. Había pensado que el aroma del café haría que abriese los ojos, pero parecía que aquel día las sábanas se le estaban pegando más de lo acostumbrado. Le agarré por una pierna y volví a menearle, pero él tiró para soltarse y gruñó de

nuevo.

—Joder, Eli... Déjame un poco más —murmuró desde debajo de la almohada —. Tengo sueño.

No pude evitar sonreír. Normalmente él se levantaba antes que yo, pero parecía que la juerga de hacía dos días seguía afectándole. Volví a la parte delantera de la caravana sin poder abandonar la sonrisa diabólica que se había instalado en mi cara. Rebusqué entre el montón de cintas esparcidas entre los dos asientos hasta encontrar la que buscaba, la metí en el reproductor y rebobiné hasta el principio. Después subí a tope el volumen y, en un ataque de buena conciencia, me giré hacia Al para darle una última oportunidad de levantarse por las buenas.

—Al, cariño... El desayuno está listo y, si no te levantas, vamos a llegar tarde —anuncié con voz cantarina.

—Que me dejes —volvió a refunfuñar él—. Ahora voy.

Pulsé el botón para que la cinta empezara a reproducirse y la primera campanada de *Hell Bells* resonó en la caravana a tal volumen que los cristales empezaron a vibrar. En un solo segundo, Al estaba sentado en la cama con los ojos totalmente abiertos y cara de susto.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó mirando a todos lados como si esperase que la caravana estuviera en llamas.

—Tu nuevo despertador —contesté gritando para hacerme oír por encima de la música.

Él gruñó, se levantó a toda prisa y, en tan solo tres zancadas, alcanzó la parte delantera de la caravana y apagó la música. Después se giró hacia mí con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Esto no tiene ninguna gracia, Eli. Yo siempre te despierto con cariño...

—Sí que la tiene. Si hubieras visto tu cara... —dije sin poder contener una carcajada—. Y siento decirte que no impresionas nada en calzoncillos. Deberías vestirte.

Él no contestó. Se limitó a clavarme sus ojos azules, que parecían echar chispas, se acercó a mí y me empujó contra la pared de la caravana. Me agarró de los brazos y los puso por encima de mi cabeza mientras presionaba su cuerpo casi desnudo contra el mío. Se inclinó hacia mi oído para susurrarme.

—¿De verdad que no te impresiono? ¿Crees que me harás más caso si llevo más ropa?

Intenté hablar, pero las palabras se atascaron en mi garganta. Sentir su aliento en mi cuello, el calor de su cuerpo contra el mío y sus labios tan cerca que casi rozaban mi piel no me permitía pensar con claridad... y el muy desgraciado lo sabía.

—Eso pensaba yo —dijo él con tono burlón antes de liberarme y separarse de mí—. Pues que sepas que esta bromita te va a costar estar castigada sin sexo una semana.

—Ni que tú pudieras estar sin sexo tanto tiempo... —comenté yo.

—¿Me estás retando?

Enarcó una ceja y me lanzó una de esas medias sonrisas que me desarmaban. Me maldije a mí misma por seguir siendo incapaz de resistirme a sus encantos a pesar de llevar años con él. Me maldije aún más cuando se giró para ir a vestirse y me di cuenta de que había vuelto a quedarme hipnotizada mirando su culo. Me prometí a mí misma que el día en que mis hormonas dejaran de controlar mi cerebro, iba a hacerle pagar por todos aquellos años de “esclavitud”.

Serví café para los dos mientras él se vestía para estar ocupada en algo y

dejar de mirarle. Al regresó a la mesa un par de minutos después, vestido con una de sus camisetas desteñidas y unos vaqueros ajustados. Se sentó frente a mí y sonrió mientras cogía una tostada.

—Parece que hoy estás de mejor humor —comentó.

—Sí. Me he dado cuenta de que me estaba preocupando por una tontería —mentí mientras me encogía de hombros—. No merece la pena que nos agobiamos por algo que no sabemos si va a suceder.

—¡Gracias a Dios! —Miró hacia lo alto y agitó las manos como un telepredicador barato en pleno éxtasis—. No puedo creer que hayas entrado en razón. Con esto vas a conseguir que te rebaje la condena a cinco días.

—A lo mejor dentro de cinco días soy yo la que no quiero nada contigo —dije antes de sacarle la lengua.

—Claro... Y a lo mejor mañana llueven billetes de cien dólares.

—Sigues siendo un chulo insoportable.

—Lo sé... y a ti te sigue encantando.

No pude contener la risa. Era imposible discutir con él. Terminé mi café de un trago y le arrojé la servilleta antes de levantarme.

—Conduzco yo para que te dé tiempo a acabar de desayunar —dije mientras me ponía al volante.

—Joder, qué prisa. ¿Vamos a algún sitio?

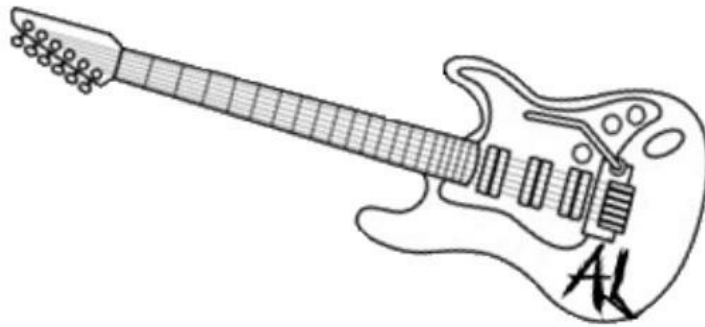
—Claro. Hemos quedado en la universidad con el tipo ese en unas dos horas y media. ¿No te acuerdas?

—Se me había olvidado por completo... Estoy seguro de que es por la mierda esa verde que me hiciste beber —comentó con gesto compungido—. Creo que me ha frito el cerebro.

—Sí, claro... La culpa es mía, como siempre.

—Por supuesto —contestó él encogiéndose de hombros como si acabara de enunciar una obviedad—, pero te perdonaré si vuelves a poner esa canción de AC/DC a un volumen normal.

AL Y ELI
MILFORD (MAINE)
AGOSTO DE 1991



CAPÍTULO UNO

Tuvieron que dejar la caravana aparcada a la entrada de la universidad. Nada más pasar las puertas, se sorprendieron de lo grande que era aquel campus. Había decenas de edificios, casi todos iguales: ladrillo rojo, tejado de pizarra y ventanales blancos. Estaban separados por amplias parcelas de cuidado césped y frondosos árboles que ofrecían su sombra en aquel caluroso mediodía. Iba a ser difícil encontrar la Facultad de Ciencias Naturales. Empezaron a andar por los asfaltados caminos, rodeados por estudiantes que paseaban a pie o en bicicleta.

—¿Qué hará toda esta gente aquí? —se preguntó Al en voz alta—. Estamos en agosto. No debería de haber clases.

—Supongo que habrá cursos de verano o que están estudiando para las recuperaciones o habrán venido a hacer algún trámite...

—Pues si yo estuviera estudiando aquí, no me veían el pelo hasta octubre —comentó él.

—Menos mal que esta gente no piensa como tú, porque tendremos que preguntarle a alguien cómo se va al despacho de ese tal Mathews. —Eli miró

su reloj y resopló—. Vamos a llegar tarde. No esperaba que este sitio fuera a ser tan grande.

—Tranquila, yo me encargo —se ofreció Al.

Se separó de ella, caminó unos pasos y paró a un grupo de cuatro chicas. Nada más saludarlas, notó el mismo despliegue de encantos femeninos que siempre despertaba con su presencia. A su alrededor, las cuatro estudiantes le lanzaban sus sonrisas más encantadoras, pestañeaban como si se les hubiera metido algo molesto en el ojo y se arreglaban los escotes. Escuchó a Eli resoplando a sus espaldas y contuvo la risa mientras intentaba memorizar las instrucciones para llegar a la Facultad de Ciencias Naturales. Cuando se despidió de las chicas, que se alejaron cuchicheando entre ellas y lanzando miradas hacia atrás, volvió a acercarse a Eli, que le esperaba negando con la cabeza.

—Yo no he hecho nada —se defendió antes de que ella pudiera abrir la boca para acusarle.

—Podías haber preguntado a un grupo de tíos...

—Entonces no habría visto lo guapa que te pones cuando te enfadas —respondió él agarrándola por la cintura y estampándole un sonoro beso en la mejilla.

Ella se rió y no protestó más. Levantó la mano derecha y le enseñó el anillo que él le había regalado.

—Ya sabes que soy tuyo. No hace falta que me muestres las pruebas —dijo él, conciliador—. Vamos, que llegamos tarde.

Le agarró la mano y tiró de ella para que se pusiera en movimiento. Según le habían dicho aquellas chicas, tenían que caminar por una calle larguísima llamada Munson Road hasta llegar al cruce con Sebago Road, pero aquella segunda calle parecía no llegar nunca. Cuando empezaba a plantearse que

aquella calle no existía y que era imposible que aquella universidad fuera más grande que muchos pueblos en los que había estado, por fin la encontraron. La Facultad de Ciencias Naturales era otro edificio rojizo con ventanales blancos. Sin soltar la mano de Eli, subió los escalones de entrada y se dirigió al mostrador de recepción. Después de presentarse, la recepcionista les indicó que podrían encontrar al doctor Mathews en la segunda planta, en el despacho 217.

Cuando llegaron a la puerta, Eli agarró su mano para hacer que se detuviera e intentó arreglarse el pelo y la ropa.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Ponerme un poco presentable. Hemos tenido que correr por medio campus para llegar a tiempo y estamos hechos un asco —contestó Eli, riendo—. Seguro que hasta olemos mal.

—Que se joda. Fue él quien nos dijo la hora a la que teníamos que estar aquí sin preguntarnos siquiera si nos venía bien. —Al dio un par de golpes en la puerta del despacho sin esperar más—. De hecho, espero oler muy mal para que aprenda a ser más educado.

Contuvieron la risa al escuchar una voz que les invitaba a pasar. Cuando abrieron la puerta, se encontraron a un hombre de unos cuarenta años sentado tras una mesa de despacho abarrotada de libros y papeles. Cuando les vio, inclinó la cabeza hacia un lado y les observó con atención desde detrás de sus gafas de pasta antes de hacer un gesto con la mano para invitarles a marcharse.

—Lo siento, pero no es hora de tutoría, chicos —dijo con una voz suave pero firme—. Me gustaría atenderos, pero estoy esperando una visita.

—Creo que nosotros somos la visita que está esperando. —Al se adelantó y le tendió la mano—. Soy Aleister McNeal y esta es mi compañera, Eloise Carter.

El hombre enarcó una ceja mientras seguía observándoles con la boca abierta. Paseó su mirada de uno a otro, como si no pudiera decidir cuál de los dos le sorprendía más. Cuando reaccionó, estrechó la mano de Al y después la de Eli y les invitó a sentarse frente a él con un gesto.

—Disculpad... Para ser sincero, esperaba a alguien más... —Matthews volvió a quedar en silencio, como si tratara de buscar las palabras adecuadas para no ofenderles.

—Más adultos, más elegantes, con más aspecto de eruditos —le ayudó Eli con una sonrisa burlona en los labios—. No se apure. Nos pasa mucho.

—Bueno, da igual... —dijo el hombre—. Las personas que me hablaron de vosotros me aseguraron que sois los mejores en estos temas, así que tendré que confiar en su palabra.

—No se preocupe, señor Matthews —intervino Al—. No encontrará unos cazafantasmas mejores que nosotros en toda la costa este.

Recibió una patada por debajo de la mesa. Cuando se giró hacia Eli, su mirada le advirtió de que sería mejor que dejara que ella llevara la voz cantante.

—Mi compañero quiere decir que somos especialistas en fenómenos paranormales y que esperamos poder ayudarle —dijo ella con tono profesional—. ¿Podría contarnos qué es lo que está sucediendo y para qué nos necesita?

El hombre se quedó en silencio mientras negaba con la cabeza. Se pasó la mano por la frente para secarse el sudor, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la máquina de agua que tenía en una esquina. Después de beberse un vaso de un solo trago, regresó a su asiento y volvió a mirarlos. Abrió la boca, como si por fin fuera a contarles su problema, pero la cerró de nuevo sin pronunciar una sola palabra.

—Sé que hablar de estas cosas es difícil. Mucha gente piensa que se van a reír de ella o que la van a tomar por loca si cuenta que ha vivido una experiencia paranormal, pero puede confiar en nosotros —explicó Eli con voz tranquila y segura—. Nos dedicamos a esto. Nada de lo que nos cuente nos va a sorprender.

—Está bien... La cosa es que yo no creo en estos temas... Nunca lo he hecho —comentó el hombre, dubitativo—. Os he llamado porque estoy desesperado y ya no sé a quién acudir.

—Díganos cuál es su problema —insistió Eli.

—No soy yo... Es mi hija. —Matthews se puso recto en su asiento y afirmó con la cabeza, como si se acabara de convencer a sí mismo de que contarle todo era la mejor opción en aquel momento—. Se llama Amy y es una niña adorable: guapa, lista, cariñosa... Un tesoro para su madre y para mí.

—¿Y cuál es el problema que tienen con ella?

—Su salud siempre ha sido muy delicada. Es una niña débil, que enferma y se cansa con mucha facilidad. Además de eso, tiene múltiples alergias y hay que cuidarla como a una princesa. —El hombre esbozó una sonrisa triste—. Por esa causa, mi mujer tuvo que dejar su carrera como periodista y dedicarse en exclusiva a cuidarla.

—De momento, todo lo que nos está contando tiene una explicación médica —comentó Eli—. No sé cómo podríamos ayudarle nosotros.

—Porque no tiene ninguna explicación médica —la cortó Matthews—. Mi mujer la ha estado llevando a todos los especialistas del estado y no han encontrado ninguna causa física que explique su fatiga, su debilidad, sus alergias... Según todas las pruebas que le han realizado, es una niña perfectamente normal.

—Espero que no se ofenda, pero... ¿han visitado a algún psiquiatra infantil?

—Sí, por supuesto. Ha estado con los mejores especialistas, le han aplicado todos sus tests, sus entrevistas... No hay nada. Lo único que han dicho es que Amy es una niña muy inteligente para su edad, pero no han podido encontrar ningún problema en su desarrollo cognitivo, emocional ni social.

—Bueno... Todo lo que nos cuenta es extraño, pero podría tratarse de alguna enfermedad rara —insistió Eli—. ¿Ha pasado algo que le haga pensar en fenómenos sobrenaturales?

—La situación ha empeorado en los últimos meses —dijo el hombre esquivando su mirada—. Ha empezado a escaparse de casa por las noches y no regresa hasta la madrugada.

—Yo también hacía eso para ir a tomarme unas cervezas con los amigos —comentó Al, burlón. Sus palabras merecieron otro puntapié de parte de Eli.

—¿Con ocho años recién cumplidos? —preguntó Matthews, molesto—. No es rebeldía. No se escapa para ir con ningún amigo. Vivimos fuera del pueblo, casi en medio del bosque. Es imposible que salga para quedar con nadie. Además, siempre cerramos la puerta principal con llave por la noche y ella no tiene esa llave.

—¿Y cómo cree que sale? —preguntó Eli.

—Por la ventana... Es la única explicación posible, pero ella duerme en el segundo piso y no hay ningún árbol por el que pueda escalar. Es muy difícil que una niña tan pequeña y débil pueda bajar por ahí... y no hablemos de volver a subir. —El hombre se inclinó hacia delante y escondió durante unos segundos el rostro entre sus manos—. No sé si ella se escapa o si alguien se la lleva. Necesito que lo averigüéis.

—¿Han hablado con ella? —dijo Eli—. ¿Le han preguntado por qué sale o

dónde va?

—Sí, pero no se acuerda de nada. Según lo que ella dice, no se mueve de su cama en toda la noche.

—Lo que nos cuenta es extraño, pero podría ser sonambulismo o algún otro trastorno del sueño —explicó Eli—. No se preocupe. Lo investigaremos, aunque, por lo que nos ha contado, no puedo asegurarle que se trate de ningún fenómeno paranormal.

El hombre asintió y les dirigió una tímida sonrisa. Al se inclinó hacia delante y, antes de hablar, le lanzó a Eli una mirada para avisarla de que no iba a soportar más patadas por debajo de la mesa.

—Tengo una duda... Si no han visto salir ni entrar a la niña y ella dice que no va a ningún sitio, ¿cómo saben que sale?

—Porque por la mañana tiene los pies manchados con la tierra del bosque. — El hombre se echó hacia atrás en la silla y clavó la mirada en el techo, como si buscara allí las fuerzas para seguir hablando—. Y porque siempre vuelve con el camisón manchado de sangre... De una sangre que no es suya. No sabemos qué le está pasando a nuestra pequeña. Puede que alguien se la esté llevando para hacer con ella Dios sabe qué... Puede que ella esté haciendo cosas horribles... No quiero ni pensar en ello. Ayudadme.

El hombre parecía desesperado. A pesar de que, cuando habían hablado por teléfono, Al había pensado que era un gilipollas, en aquel momento le comprendió. Uno no podía ir contando por teléfono a cualquier desconocido que tenía miedo de que su niña estuviera matando gente. Miró a Eli y asintió para expresarle que, por su parte, estaba dispuesto a aceptar aquel caso.

—Está bien. Le ayudaremos —anunció Eli—. ¿Cuándo podremos conocer a la niña?

—Hay un problema con eso... —respondió Matthews, dubitativo—. Como os he contado, Lucy, mi esposa, lo dejó todo para cuidar de la niña. Se ha dedicado a ella en cuerpo y alma todos estos años. Hasta su salud se ha resentido por ello... Es muy protectora con Amy, incluso demasiado. No sé si aceptará que unos investigadores psíquicos aparezcan en nuestra casa para vigilar a nuestra pequeña.

—¿Y qué sugiere que hagamos? —preguntó Al—. ¿Investigar a distancia? Necesitamos entrar en contacto con la niña, con la casa...

—Lo entiendo, pero creo que tendréis que disimular un poco.

—¿A qué se refiere? —preguntó Eli.

—Creo que sería mejor que le contásemos a mi mujer que os he contratado para otra cosa. Había pensado que él podría fingir que está allí para construir un cobertizo para la leña y que tú podrías dedicarte a las labores de la casa y a cuidar de la niña para liberar de presión a mi esposa.

—Sabe que esto va a subir la tarifa y que el cobertizo va a quedar de pena, ¿verdad? —preguntó Al.

—Sí, lo supongo. —Por primera vez desde que entraron en el despacho, el hombre esbozó una sonrisa—. Será algo temporal. Si en unos días podéis asegurarme que está sucediendo algo sobrenatural en mi casa, me encargaré de hablar con mi mujer y explicárselo todo, pero, si en realidad no hay nada, no quiero asustarla sin motivo.

—Está bien. Lo comprendemos —dijo Eli, asintiendo—. Serán mil dólares por día, empezando desde hoy. Si descubrimos que hay algún ser que está atormentando a su hija, la tarifa podrá variar dependiendo de su peligrosidad. ¿Puede usted permitírselo?

Matthews asintió, sacó su cartera y depositó varios billetes sobre la mesa para

que ellos los recogieran.

—Estos son los mil dólares que os prometí por venir a escucharme —explicó—. Quiero que vayáis a comprar las herramientas que necesitéis para construir el cobertizo y una ropa más adecuada para que pueda presentaros a mi esposa. Luego podéis entregarme la factura y os la pagaré. Os esperaré a la entrada del edificio a las cinco de la tarde para que podáis acompañarme a mi casa. —El hombre fijó su mirada desesperada en ellos dos y lanzó un largo suspiro—. De verdad, el dinero no es problema, pero necesito que ayudéis a mi Amy.



CAPÍTULO DOS

Tuvimos que recorrer unas diez millas hasta el centro comercial de Bangor para poder comprar todo lo que necesitábamos. Dejé a Al muy emocionado en una tienda de bricolaje con la misión de encontrar las herramientas necesarias para construir el cobertizo que el señor Matthews le había encargado. Teniendo en cuenta lo poco que él sabía de cobertizos y lo mucho que le gustaba trastear con aquellas cosas, supuse que tendría para más de una hora, así que me marché con la excusa de ir a comprar algo de ropa más adecuada para mi nuevo papel de niñera y chica de servicio. No tenía ninguna intención de ponerme un uniforme de doncella. Tan solo iba a buscar un par de vaqueros, unas cuantas camisetas que no fueran negras y unas zapatillas. Sabía que aquello no me llevaría mucho rato y que me dejaría tiempo para comprar lo que realmente necesitaba: una prueba de embarazo.

Por suerte, había visto una farmacia al entrar en el centro comercial y me dirigí hacia allí. Sabía que no estaba haciendo nada malo, pero notaba que las piernas me temblaban y que las manos me estaban sudando. Esperé pacientemente hasta que llegó mi turno, maldiciendo en mi interior a la señora

que tenía delante y que no era capaz de comprender algo tan simple como que tenía que tomarse una pastilla cada doce horas y que no daba igual que se tomara dos en el desayuno. Cuando por fin la mujer se marchó, me adelanté hasta poner las manos sobre el mostrador. No me gustó el farmacéutico. Era un hombre mayor, calvo y con gafas de montura metálica. Según me puse frente a él, me pareció que la sonrisa paciente y amable que había estado dedicándole a la clienta anterior desaparecía para dar paso a una mirada suspicaz y cargada de prejuicios. Bajé la cabeza, fingiendo estar muy interesada en los caramelos para la garganta expuestos en el mostrador.

—¿Me da un test de embarazo, por favor? —dije con la voz ahogada mientras sentía como mi cara enrojecía hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre, inclinándose hacia mí.

—Quiero un test de embarazo —repetí en un tono de voz más alto, aunque temía que pudiera escucharme todo el centro comercial.

El farmacéutico asintió y, sin decir más, pasó a la trastienda y regresó con una caja alargada de color blanco y rosa. La puso sobre el mostrador y me miró mientras enarcaba una ceja.

—¿Has usado uno alguna vez? ¿Sabes cómo utilizarlo?

—Sí, sí... Muchas gracias —contesté nerviosa—. ¿Cuánto le debo?

Pagué mientras él envolvía la caja. Me sentí tremendamente estúpida. Comprar una prueba de embarazo no era ningún delito y Al no se iba a presentar de repente en aquella farmacia, en la que ni siquiera sabía que yo estaba, para descubrirme. Aún así, cuando salí de allí con el paquete en las manos, me sentí mucho más tranquila.

No podía esperar a regresar a la caravana y a que Al se durmiera para hacer la prueba. Necesitaba hacerla ya. Seguí las señales hasta los baños, entré, elegí

uno libre y cerré la puerta. Me senté sobre la taza y abrí el paquete con las manos tan temblorosas como para rasgar la caja. Meforcé a detenerme un par de segundos y a respirar profundamente. No había ninguna razón para que me pusiera así. Yo ya estaba totalmente segura de mi embarazo. Lo único para lo que iba a servir aquel test era para tener una prueba que enseñarle a Al y, gracias a mis sueños, sabía que él se lo iba a tomar bien. Había visto mi futuro con claridad y todo en él era hermoso. No había nada por lo que estar tan histérica.

Cuando conseguí que mis manos dejaran de temblar, abrí el prospecto y lo leí por encima. No parecía muy difícil. Solo había que orinar sobre la punta de aquel cacharro y esperar durante tres minutos. Aquello iba a ser fácil. Siempre que estaba nerviosa, me entraban ganas de hacer pis. Lo difícil iba a ser aguantar aquellos tres minutos sin que me diera un ataque de nervios. Si al menos hubiera podido fumar un cigarrillo mientras esperaba...

Me pasé los minutos siguientes mirando mi reloj, resistiéndome a comprobar si la dichosa rayita rosa que tenía que aparecer estaba ya allí o no. Cuando pasó el tiempo, levanté el aparato hasta la altura de mis ojos con una amplia sonrisa en la cara, segura de lo que encontraría. La sonrisa desapareció en milésimas de segundo. La puñetera rayita no estaba. Era imposible. Esperé otro minuto y otro más, pero siguió sin aparecer. Negué con la cabeza y volví a mirar el prospecto. Tenía que haber seguido mal algún paso. Una frase escrita en letra pequeña al final de la página me explicó lo que había pasado.

Para unos resultados óptimos, se recomienda realizar la prueba una vez hayan transcurrido siete días desde el retraso de su regla.

Genial, fantástico, maravilloso... Qué manera de tirar el dinero. Salí del baño furiosa y arrojé la prueba a una papelería. Iba a tener que esperar al menos tres semanas para poder demostrarle a Al que estaba embarazada. Sentí el escozor

de las lágrimas en los ojos, pero, en lugar de ponerme a llorar, me miré en el espejo y negué con la cabeza. Me estaba portando como una cría histérica. ¿Qué más me daba el tiempo que tuviera que esperar para contárselo a Al y convencerle de que aquello era cierto? Yo lo sabía, al igual que sabía que todo iba a salir bien. No había razón para llorar ni para enfadarse ni para estresarse. Me levanté la camiseta y acaricié mi vientre, a pesar de que todavía no se podía notar nada. Tenía que centrarme en estar tranquila y vivir aquella experiencia con ilusión y alegría. Estaba segura de que los nervios y el mal humor no serían buenos para mi bebé.

Miré el reloj y salí del baño a la carrera. Había quedado con Al para comer en menos de media hora y todavía tenía mucho que comprar.

El viaje desde la universidad hasta la casa del señor Matthews, en Milford, no fue muy largo. Tan solo nos separaban unos veinte minutos, que recorrimos detrás del coche del profesor. Tras dejar atrás el campus y salir de la ciudad de Orono, cruzamos un pueblo llamado Old Town, formado por casitas bajas de dos pisos y amplias zonas verdes. Pasamos junto a una iglesia con una picuda torre de color blanco antes de llegar a los dos puentes que atravesaban el río Penobscot. Nada más cruzar el río, llegamos a la ciudad de Milford. El coche del señor Matthews continuó adelante sin detenerse. Poco después, salimos de la ciudad y seguimos conduciendo. El profesor ya nos había dicho que vivía en una casa a las afueras del pueblo, pero no habíamos imaginado que estuviera tan lejos y tan aislada. El paisaje a ambos lados de la carretera, menos ancha y cuidada que las que habíamos estado recorriendo, se componía de una infinita masa de árboles, interrumpida muy de vez en cuando por una casita con jardín.

Siempre me habían gustado aquel tipo de paisajes. Me sentía mucho más

tranquila paseando por un bosque que en un bar o en una fiesta o en cualquier otro sitio que implicara la compañía de seres humanos. Sin embargo, aquellos bosques no me produjeron la sensación de calma que esperaba. Me sentía intranquila, con los músculos en tensión, como si esperara que, en cualquier momento, la espesura fuera a abrirse para dejar entrever la mirada sanguinaria de algún animal salvaje o de un monstruo que se lanzaría furioso contra la caravana. Sabía que aquellos sentimientos eran ridículos y ni siquiera estaba segura de qué era lo que temía. La sensación era muy extraña. Me parecía presentir un peligro indefinido, pero tan real que conseguía erizar el vello de mi cuerpo.

La canción que en aquel momento sonaba en la radio no estaba ayudando a que me sintiera mejor. Era *Come as you are*, y, aunque me gustaba Nirvana, la voz triste y rasgada de Kurt Cobain y las graves notas de aquel bajo me hablaban de malos presagios, de una sensación de pérdida que no conseguía comprender. Me incliné hacia el dial y lo giré hasta que la canción fue reemplazada por la voz aguda y el ritmo pop del *Vogue* de Madonna. Al se giró hacia mí con tanto ímpetu como para dar un volantazo que hizo que la caravana se tambaleara.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —preguntó con los ojos desorbitados—. ¿Es que quieres que nos matemos?

—No pasa nada. Simplemente me apetecía escuchar algo más alegre.

—¿Quién eres y qué has hecho con Eli? —Me miró muy serio e imitó el tono autoritario y firme que yo usaba en las invocaciones—. Ser infernal, te ordenó que salgas del cuerpo de mi novia.

—No seas tonto —dije sin poder contener la risa—. Lo siento, pero me apetecía cambiar un poco.

—Pero si te encanta Nirvana... —insistió él.

—Sí, pero me estaba poniendo de mal rollo... Esta música tampoco nos va a matar.

—No te matará a ti. —Al apagó la radio—. No llevo escuchándola ni medio minuto y ya estoy sintiendo ganas de arrancarme las orejas de cuajo o de tirarme en marcha de la caravana.

—Eres un exagerado. Tampoco te vas a morir por escuchar otras cosas...

—Con esto no juegues, Eloise —dijo, llamándome por mi nombre completo para dar un tono más ceremonioso a sus palabras—. Sabes que te quiero mucho, pero esto no podría perdonártelo.

—Eres más tonto... Anda, presta atención, que creo que ya llegamos.

El coche de Matthews acababa de dejar la carretera por la que transitábamos para girar a la izquierda e internarse por un camino empedrado que llevaba a una bonita casa de dos pisos de madera blanca con el tejado negro y amplios ventanales pintados en un alegre color verde. La casa estaba situada en una amplia y cuidada pradera que se extendía hasta la linde de un frondoso bosque de pinos. En aquella luminosa tarde de agosto todo parecía brillar como en un paisaje de cuento, pero, al bajar de la caravana, sentí un estremecimiento. Algo en mí me decía que deberíamos volver a montarnos, arrancar y marcharnos de aquel lugar para no volver jamás.

—Vamos. —La mano de Al en mi brazo me sacó de mi ensimismamiento—. Creo que nos van a presentar.

La puerta de la casa se había abierto y en el umbral había aparecido una mujer de unos cuarenta años. En un primer momento, mientras nos acercábamos, me pareció una mujer hermosa: alta, delgada, con una larga cascada de pelo rubio que caía por su espalda. La impresión cambió en cuanto estuvimos cerca. Aquella mujer no estaba delgada. Estaba demacrada. La manera en la que los

huesos de sus hombros se marcaban a través de su camisa y su piel pálida y cenicienta me recordaron a una rama seca que podría romperse en cualquier momento. Alrededor de sus ojos grises se dibujaban unos profundos surcos morados. Matthews nos había dicho que su mujer llevaba años desviviéndose por la niña y que su estado de salud se había resentido por ello, pero aquello era excesivo. Aquella mujer parecía muy enferma y débil. Se diría que se mantenía en pie, sin desmoronarse, gracias a la fuerza de voluntad y la determinación que se percibía en su mirada de acero. Si yo hubiera sido médico, habría solicitado su ingreso de forma inmediata.

—Chicos, esta es Lucy, mi mujer —nos presentó Matthews—. Estos son Aleister McNeal y Eloise Carter.

—Puede llamarme Al.

—Y yo soy Eli. —Le estreché la mano que me tendía y me sorprendió la frialdad de su piel.

—Encantada —dijo la mujer clavándome sus ojos grises—. Tony me ha comentado que vas a ayudarme con Amy y con las tareas de la casa. Ya le he dicho que me valgo por mí misma, pero podemos probar unos días.

Me quedé tan sorprendida por aquellas palabras que no supe qué decir. Estaba claro que aquella mujer no estaba dispuesta a ponérmelo fácil y que me consideraba un estorbo del que quería librarse cuanto antes. Por suerte, el señor Matthews se acercó a su mujer, la abrazó por la cintura y nos lanzó una sonrisa de disculpa.

—No seas así, Lucy. Van a pensar que no son bienvenidos —dijo, soltando una risita nerviosa—. Sé que eres perfectamente capaz de llevar la casa tú sola. Llevas años haciéndolo, pero una ayuda nunca viene mal. Ya te he dicho que deberías descansar más y cuidarte un poco.

—Y yo ya te he dicho que no me hace falta. Estoy bien. —La mujer le lanzó una mirada que destilaba veneno—. Sabes que no me gusta tener extraños en casa.

—No se preocupen por eso. —Se apresuró a añadir Al—. Nosotros dormiremos en la caravana. No nos tendrán todo el día dando vueltas por su casa.

—Tranquilos, no molestáis en absoluto —dijo el hombre, forzando una sonrisa—. Sois bienvenidos.

—Muchas gracias, señor Matthews —contestó Al.

—Llamadme Tony. —Se giró hacia el interior de la casa—. ¿Dónde está Amy? Habrá que presentársela.

—Está jugando en su habitación —respondió la mujer antes de apartarse de la puerta para permitirnos el paso.

Los tres se internaron en la vivienda, pero yo me mantuve unos segundos parada en la entrada, mirando hacia fuera. Tenían un jardín precioso y una amplia pradera para correr y jugar. Incluso había un columpio atado a la rama de un árbol, que se mecía con suavidad ante el empuje de la suave y cálida brisa. Cualquier cría de ocho años habría estado allí fuera y no encerrada en su habitación. Amy debía de ser una niña bastante rara. Decidí dejar de hacer suposiciones y entré en la casa.

Lucy abrió la marcha hacia el piso de arriba, seguida por Tony y Al. Apresuré el paso para darles alcance mientras echaba un rápido vistazo al interior. En el piso de abajo había un amplio y elegante salón en el que destacaba una enorme chimenea de piedra oscura y un piano de pared. Vislumbré un pasillo que debía de conducir a la cocina. Las cortinas, de color borgoña, eran muy tupidas y dejaban el salón en sombras, impidiendo que pudiera fijarme en más

detalles.

Llegamos al piso de arriba y caminamos hacia una puerta situada al fondo del pasillo. Lucy se adelantó mientras los demás esperábamos, abrió y entró en la habitación:

—Amy, cariño... Han venido unas visitas y quieren conocerte.

—¿Quiénes son, mamá? —preguntó una voz dulce e infantil.

—Han venido a ayudarnos con la casa. Ven, te los presentaré.

Lucy volvió a aparecer en la puerta llevando a su hija de la mano. Me quedé hipnotizada al verla. Nunca en la vida había visto una niña tan bonita. También estaba pálida y delgada, como su madre, pero lo que en Lucy parecía enfermedad, en ella resultaba encantador. Mirarla era como mirar la muñeca de porcelana más preciosa que jamás se hubiera creado. Su pelo rubio, tan claro que parecía casi blanco, caía por su espalda hasta la cintura. Sus ojos también eran grises, aún más claros que los de su madre, y estaban rodeados por unas espesas pestañas. Aquella palidez de su piel resultaba romántica y misteriosa, como las de las damas de las novelas antiguas. Casi daba la impresión de ser etérea, de estar formada por la niebla del alba o por retazos de sueños. Aquella imagen se potenciaba con su ropa: un vestido vaporoso de color azulado que parecía de princesa de cuento. Cuando conseguí superar mi impresión inicial, me acerqué un par de pasos y le tendí la mano.

—Hola, Amy. Yo soy Eli y he venido a cuidarte. Espero que seamos amigas.

Sus finos labios se curvaron en una sonrisa mientras me estrechaba la mano. Su piel también estaba fría, pero no me resultó desagradable. Al sentir su mano en la mía, tan pequeña y frágil, apreté con cuidado, temiendo que el más leve roce pudiera dañarla.

—Este es Al —dije, volviéndome hacia él—. Va a construir un cobertizo en el

jardín para guardar la leña para el invierno.

—¿Sois novios? —preguntó mientras se adelantaba para agarrar la mano que él le tendía.

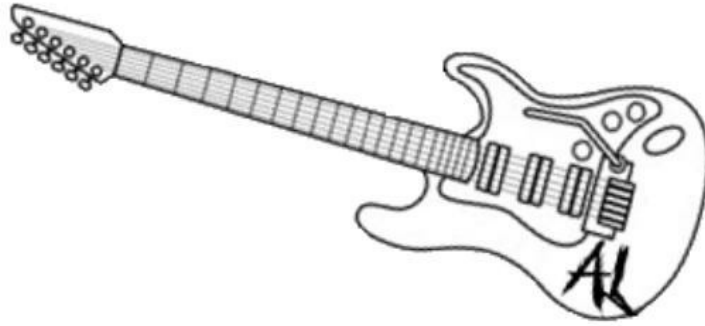
—Vaya, eres una niña muy lista y observadora —comentó Al, riendo—. Sí, somos novios. ¿Cómo lo has sabido?

—Hacéis buena pareja —contestó en un susurro mientras el rubor teñía sus mejillas.

—Muchas gracias —intervine yo.

—Bueno, Amy, puedes volver a entrar a jugar. —Nos interrumpió Lucy con voz seca—. Los mayores tenemos cosas que hablar.

Sin decir nada más, la mujer recorrió el pasillo de vuelta hacia las escaleras, seguida por Tony y Al. Amy abrió la boca durante un segundo, como si quisiera protestar, pero, en lugar de decir nada, me miró con ojos tristes, bajó la cabeza y se metió de nuevo en su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Me dio mucha pena pensar en ella, encerrada en aquel cuarto, aburrida y sola, callada y obediente. Me giré y seguí a los demás escaleras abajo. No era un momento adecuado para discutirle a Lucy sus decisiones y, además, me daba la impresión de que, si quería descubrir qué le pasaba a aquella niña, conseguiría mucha información hablando con su madre. El problema era que no parecía que aquella mujer tuviera ninguna intención de ponérselo fácil.



CAPÍTULO TRES

Cuando regresaron a la caravana, Al se sentó y extendió sobre la mesa los planos que Tony le había entregado. Eli se colocó frente a él y se quedó contemplándolos unos segundos.

—¿Te ves capaz de construir el cobertizo? —preguntó interesada.

—No me veo capaz ni de entender este plano —confesó él—. Ni siquiera estoy seguro de si lo estoy mirando al derecho.

—Pero si tú eres muy bueno con estas cosas —repuso Eli—. Te gusta mucho la mecánica.

—¿Qué tendrá que ver? Conozco los motores, sé dónde va cada pieza, cómo tiene que sonar... Pero esto... Esto es un plano en tres dimensiones y no tengo ni idea de cómo se interpreta.

—¿Y qué vas a hacer?

—Disimularé un poco. —Apartó la vista de los papeles y le guiñó un ojo—. Tomaré medidas, limpiaré el terreno, haré algún agujero, lo volveré a tapar... Después de todo, tampoco nos han contratado para que lo termine. Tan solo

tenemos que ganar algo de tiempo.

—Sí. Eso es verdad. Espero que en un par de días tengamos algo.

—¿Qué tal te ha ido a ti con Lucy? ¿Te va a hacer trabajar mucho?

Eli frunció el ceño, se puso de pie y sacó un papel del bolsillo trasero de sus pantalones. Lo desplegó y lo extendió sobre la mesa.

—Este es mi horario de trabajo: tengo que preparar los desayunos, limpiar la casa de arriba abajo, hacer la colada y planchar, preparar la comida y la cena, fregar los platos, arreglar el jardín...

—Joder, menos mal que se bastaba ella sola y que no necesitaba a nadie que la ayudase —comentó Al, sarcástico—. Además de eso, ¿también tienes que cuidar de la cría?

—Eso es lo que me preocupa. —Eli negó con la cabeza—. Me da la impresión de que me ha asignado todas estas obligaciones para que no me quede tiempo de acercarme a la niña.

—Bueno, Tony ya nos advirtió de que era muy protectora con Amy. No querrá que una extraña se acerque a su hija hasta que sepa si puede fiarse de ella.

—No es eso. Me da la impresión de que esa mujer oculta algo.

—Ya estás viendo fantasmas por todas partes —bromeó Al.

—No. No he visto nada raro y esa es otra cosa que me preocupa —admitió ella—. No he notado nada que indique algún tipo de actividad paranormal, nada que recuerde a espíritus o demonios. Sin embargo, desde que llegamos, me siento intranquila. Hay algo extraño, perturbado... No sé explicarlo, pero noto que algo no va bien y no sé qué es.

—Bueno, ya lo descubriremos... —Al se encogió de hombros—. ¿Por dónde crees que deberíamos empezar a investigar?

—Como ya te he dicho, sospecho de la madre. Creo que oculta algo. —Eli se quedó unos segundos pensativa—. Podría ser Munchausen.

—Eso sé lo que es —interrumpió Al—. ¿No era un tío loco que volaba encima de una bala de cañón?

—Sí. Sí lo era... —Eli no pudo evitar reírse—. Pero también es un síndrome psiquiátrico en el que uno de los progenitores, normalmente la madre, hace que sus hijos enfermen para sentirse necesaria y conseguir la admiración de los demás por ser tan abnegada y dedicarse a ellos en cuerpo y alma. Pueden llegar incluso a envenenar a los niños.

—¿Crees que Lucy puede estar haciéndole eso a su hija? —preguntó Al, abriendo mucho los ojos—. Viven aquí aisladas. No creo que consiga muchos admiradores.

—Quizá solo quiera que su marido la considere imprescindible o acaparar a la niña y no compartirla con nadie más. No lo sé. Tenemos mucho que investigar.

—¿Y por dónde empezamos?

—Haciendo guardias. Se supone que Amy se escapa casi todas las noches, así que, cuando lo haga, tendremos que estar preparados para seguirla y ver qué hace o si se reúne con alguien.

—Perfecto. Yo haré la primera guardia hasta las tres de la mañana. Luego te despertaré y así ya estarás levantada para hacernos el desayuno. Quiero café cargado y tortitas —dijo burlón.

—Yo haré el desayuno, pero solo para los Matthews. Nosotros desayunaremos aquí y el desayuno lo harás tú.

—¿Y eso por qué? —preguntó él enfadado.

—Te he dicho que sospecho que esa mujer puede estar envenenando a su propia hija. Mientras no descartemos esa hipótesis, no vamos a beber ni comer nada de lo que nos ofrezcan en esa casa.

Hacía ya rato que habían dado las tres de la mañana. Se suponía que a esa hora tendría que haber despertado a Eli para que le sustituyera en la guardia, pero había decidido dejarla dormir un poco más. Él podría aguantar perfectamente durmiendo solo cinco o seis horas. Además, no le hacía ninguna gracia dejarla allí, en medio de la oscuridad, esperando a ver si pasaba algo. Por mucho que Eli se empeñara en que notaba algo tenebroso en aquel caso, él solo veía a una madre medio loca y una cría totalmente controlada. No sabía si aquella niña se escapaba de noche o si la madre estaba metida en el asunto o si alguien venía y se la llevaba, pero, fuera lo que fuera, no quería que Eli tuviera que enfrentarse sola a una mujer desquiciada o a los miembros de alguna secta satánica que venían por la noche a llevarse a la cría.

Por si aquello fuera poco, tenía que reconocer que a él también le parecía que el lugar era un poco tenebroso. A la luz del día era una casa idílica situada en la linde de un pacífico bosque, pero, desde que había anochecido, ya no le daba esa impresión. No había farolas ni luces procedentes de ninguna casa cercana. Solo la pálida luz de la luna iluminaba el lugar. Estar allí sentado acompañado tan solo por un farol de camping y con la vista clavada en los ventanales de la casa, que parecían ojos enormes que le devolvieran la mirada, no era nada tranquilizador. El sonido tampoco ayudaba. Llevaba horas sin escuchar una voz ni un motor. Tan solo se oía el canto de los grillos, el ulular lejano de un búho y, de vez en cuando, el sonido de la maleza, como si alguien corriera más allá del alcance de la luz de su farol. Cada vez que aquello sucedía, notaba que el corazón se le subía a la boca. A pesar de que se

decía a sí mismo en cada ocasión que no debía asustarse y que solo serían ardillas, conejos o mapaches, se iba sintiendo más y más nervioso.

Volvió a mirar su reloj. Ya casi eran las cuatro de la madrugada. Los ojos empezaban a pesarle y le dolía todo el cuerpo por llevar horas sentado en aquella incómoda silla de camping. Sintiéndolo mucho por Eli, iba a tener que pedirle que le relevara. Echó un último vistazo a la ventana de la habitación de Amy. Seguía cerrada, a pesar del calor pegajoso de aquella noche de agosto, y no salía luz de ella. La niña debía de llevar horas durmiendo tranquila y él no estaba haciendo otra cosa que el ridículo. Cada vez le daba más la impresión de que lo único que se salía de lo normal en aquel sitio era la histeria de dos padres excesivamente preocupados porque su hija les había salido débil y enfermiza.

Se levantó de la silla y se estiró, tratando de desentumecer sus músculos. Le dolía todo y llegar hasta la caravana ya le parecía un triunfo. Abrió la puerta, se coló dentro y recorrió la distancia hasta la cama a oscuras. Se tumbó al lado de Eli y la observó durante unos segundos mientras dormía. Estaba tumbada de medio lado, abrazada a la almohada. Una sonrisa curvaba sus labios. Debía de estar soñando algo bonito y le dio pena despertarla, pero sabía que él no podría aguantar hasta el amanecer y, aunque cada vez estaba más convencido de que Amy no iba a ir a ningún sitio, no podían arriesgarse a que se les escapara. Retiró un mechón de pelo que cruzaba el rostro de Eli, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la punta de la nariz. Ella entreabrió los ojos, le sonrió y se giró hacia el otro lado de la cama para seguir durmiendo. Él soltó una risita apagada, la agarró por un hombro y la agitó.

—No tengas tanta cara. Es tu turno de vigilancia —le susurró al oído.

Ella volvió a refunfuñar en sueños, agarró la almohada y se cubrió la cabeza. Él volvió a agitarla, un poco más fuerte esta vez.

—¿Quieres que ponga *Hell Bells* a todo volumen para que veas cómo sienta?
—preguntó sarcástico.

Ella gruñó un poco más fuerte, pero se quitó la almohada de la cabeza y se sentó en la cama con el ceño fruncido y los labios apretados, como una niña enfadada.

—Ya voy. ¿Ha pasado algo en tu turno?

—Nada aparte del tiempo. Empiezo a pensar que los padres de Amy están locos y que la niña no va a ninguna parte —dijo él encogiéndose de hombros—. Me he tirado horas mirando esa pared y es imposible que una cría suba y baje por ahí.

—¿Y qué hay de las manchas de barro en sus pies y la sangre en su camisón?

—Eli se levantó y empezó a vestirse.

—Eso es lo que nos ha contado su padre, pero yo no lo he visto.

—Al, por Dios... Una cosa es que no quieras creer en fantasmas y otra es que no creas en manchas mientras no las veas. Tendremos que confiar en el testimonio de nuestro cliente.

—Lo que tú digas, pero yo cada vez estoy más seguro de que a la cría no le pasa nada y que los que están mal de la cabeza son sus padres.

Eli lanzó un suspiro resignado y pasó a la cocina para prepararse un café cargado. Al se desvistió y se metió en la cama. Nada más tocar el colchón sintió que todos sus músculos se relajaban y, antes de que Eli llegara a salir de la caravana, ya se había quedado dormido.



CAPITULO CUATRO

Estaba terminando de preparar el desayuno para los Matthews cuando escuché unos pasos a mi espalda. Al darme la vuelta, me encontré con la mirada fría y escrutadora de Lucy. Aquella mujer me ponía muy nerviosa. Después de mirarme durante un par de segundos, empezó a observar todo lo que yo había colocado sobre la mesa. Movi6 un vaso un par de pulgadas a la derecha, enderez6 una cucharilla... Daba la impresi6n de que estaba buscando cualquier peque6o detalle que pudiera calificar como un desastre imperdonable para echarme de su casa para siempre. Por suerte para m6, no lo encontr6. Cuando termin6 su recorrido alrededor de la mesa, se sent6 en su sitio y me habl6 sin mirarme siquiera.

—Sube a ver si Amy ya est6 preparada y dile que baje a desayunar.

Asent6 con la cabeza y sal6 a toda prisa de la cocina para no darle tiempo a arrepentirse. Me sent6 muy aliviada de no tener que continuar en su presencia y, adem6s, ten6a que aprovechar cualquier oportunidad para hablar con Amy e ir gan6ndome su confianza. Sub6 las escaleras a paso r6pido y, al llegar a la puerta de la habitaci6n de la ni6a, di un par de golpecitos y esper6 a ser

invitada.

—Adelante —se escuchó desde dentro.

Abrí y entré en la habitación. Las cortinas de aquel cuarto también estaban cerradas, al igual que las del resto de la casa. En lugar de aprovechar la luz natural de la mañana, Amy tenía encendida la pequeña lámpara de su mesilla. Estaba de pie frente a un espejo de cuerpo entero. Llevaba un vestido blanco lleno de volantes con unos cuellos redondos bordados con hilo rosa y estaba tratando de colocarse un lazo a juego en el pelo. Me acerqué a ella con una sonrisa y acaricié su cabello. Era muy fino y suave y se deslizó entre mis dedos como si fuera de seda.

—¿Quieres que te ayude a peinarte? —pregunté—. Sé hacer trenzas.

Ella se giró hacia mí con los ojos brillantes y emocionados y me devolvió una amplia sonrisa. Me pasó el cepillo y se sentó en la cama, poniéndose de espaldas a mí.

—¿No crees que podríamos abrir la ventana? Hace mucho calor aquí y veríamos mejor.

—¿Mi mamá no te ha dicho lo de mi alergia? —preguntó.

—No, no me ha dicho nada.

—Tengo alergia al sol. Mi piel es muy sensible y se quema. —Su rostro se había ensombrecido, como si le diera vergüenza confesar aquello—. No puedo salir sin echarme un montón de crema y mamá no me deja ir al cole cuando hace mucho sol. Por eso me enseña ella en casa.

—No te preocupes. Veo bastante bien así. —Me senté tras ella y empecé a cepillar su pelo—. ¿Y en invierno tampoco vas al colegio?

—Casi nunca. En invierno hace mucho frío y mamá dice que soy muy débil y

que podría ponerme muy enferma. —Amy se giró hacia mí y me dirigió una mirada triste, como si se disculpara—. Mamá enseña muy bien, pero casi nunca puedo jugar con otros niños. Cuando sea más grande, seré más fuerte y podré ir a jugar cuando quiera.

Fingí una sonrisa y asentí, a pesar de que me sentía fatal al escuchar sus palabras. Esperaba estar equivocada, pero la idea de una madre loca que utilizaba la enfermedad de su hija para sentirse útil y valorada cada vez cobraba más fuerza. Empecé a trenzar el largo pelo de Amy, aliviada al tener a la niña de espaldas y saber que no podría ver mi expresión de lástima.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunté mientras anudaba el lazo al final de su trenza—. ¿Quieres que juguemos a algo aquí dentro?

—No puedo jugar. Tengo clase.

—¿Clase de qué? Estamos en verano.

—Ya, pero mamá dice que pierdo muchas horas cuando estoy enferma y que en verano tengo que recuperarlas —contestó sumisa—. Además, el piano no se puede dejar ni siquiera en verano. Hay que tocar todos los días.

Cada una de las palabras de la niña me enfurecía más. Aquella arpía le estaba robando la infancia a su hija y ella estaba tan convencida de que su madre lo hacía por su bien que ni siquiera se planteaba protestar. Acabé de atar el lazo y me levanté.

—Ya estás preparada —dije forzando otra sonrisa—. Te están esperando para desayunar. Nos vemos luego.

Amy se levantó, se contempló en el espejo y sonrió, encantada con el peinado que le había hecho. Se giró hacia mí, tiró de mi mano para que me agachara y me plantó un beso en la mejilla antes de salir de la habitación. Pasé la mano por mi rostro, por el lugar en el que aún podía notar el frío contacto de sus

labios, y sentí que la rabia y la pena bullían en mi interior. No era aquello para lo que me habían contratado, pero, si acababa descubriendo que aquella mujer le estaba haciendo daño a Amy, no pararía hasta detenerla.

Me detuve en la puerta del salón y carraspeé para tratar de llamar la atención de Lucy. No me atrevía a levantar la voz y distraer a Amy, que estaba tocando el piano mientras su madre la observaba sin perder detalle. Sin embargo, mi carraspeo debió de sonar más alto de lo que yo esperaba, porque la niña se detuvo y se giró hacia la puerta. Cuando me vio, una amplia sonrisa se formó en su cara y pareció iluminar la estancia.

—No quería molestar —me disculpé—. Solo venía a avisarte de que ya he acabado de limpiar la cocina y los baños. No sé qué quieres que haga a continuación.

Lucy frunció los labios y me lanzó otra de sus severas miradas. Tras levantarse y alisarse la falda, se acercó a la puerta.

—Voy a comprobar si están limpios —dijo, enarcando una ceja—. Ahora vuelvo.

Conseguí retener un resoplido de agobio hasta que desapareció por el pasillo. Estaba segura de que aquella mujer encontraría mil fallos y que me tendría limpiando todo el día para satisfacer su obsesión por la limpieza y el orden. Tendría que hablar de aquello con Tony. Los mil dólares que nos pagaba no eran suficientes si tenía que aguantar las manías de su esposa.

Escuché una risita divertida de Amy y me giré hacia ella. Se tapaba la boca con las manos, como si supiera que no debía reírse.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté acercándome a ella.

—Mamá te está volviendo loca —contestó entre más risas.

—¡Amy! No te oigo tocar —gritó Lucy desde la cocina.

—Ya voy, mamá —respondió Amy, obediente.

La niña volvió a poner sus manos sobre las teclas y retomó la pieza que había estado tocando antes de que yo entrara en el salón. Me quedé un rato observando el movimiento de sus manos. Nunca me había interesado mucho la música clásica, pero incluso para mí resultaba claro que aquella era una pieza difícil. Sus dedos se deslizaban a toda velocidad por encima de las teclas. No me sorprendí tan solo de su técnica impecable. Su manera de tocar era especial. La intensidad y la emoción que le ponía a su interpretación consiguieron tocar mi alma. Decidí salir del salón para no distraerla, pero ella se giró hacia mí sin dejar de tocar.

—No te vayas, Eli —pidió—. Quédate un poco a hablar conmigo.

Lo dijo con tal tono de pena que no pude negarme. Por un segundo, me planteé el infierno que tenía que estar viviendo aquella niña, aislada en aquella casa, sin amigos con los que jugar, sin nadie con quién hablar o compartir secretos, siempre bajo la presencia autoritaria y exigente de su madre.

—Vale —contesté mientras me sentaba en un sillón cercano—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Tú tocas algún instrumento musical?

—No. Intenté aprender a tocar la guitarra, pero se me da muy mal. Sin embargo, Al toca muy bien.

—¿Qué clase de música toca? —preguntó interesada.

—*Rock, trash metal, grunge...* —Sonreí al ver la cara de desconcierto con la que me miró—. ¿Tú no escuchas nada de esa música?

—Yo solo puedo escuchar los discos que pone mamá en el tocadiscos —dijo

mirando hacia la esquina en la que estaba—. Bach, Beethoven, Mozart, Rachmaninov... Esos no tocan la música que has dicho, ¿verdad?

—No. No tocan nada de eso —contesté sin poder contener una risa—. ¿Sabes lo que podríamos hacer? Esta tarde, cuando Al y yo hayamos acabado de trabajar, podrías venir a nuestra caravana a escuchar unas cintas. Si tu madre te lo permite, claro.

—Se lo pediré a papá cuando vuelva de trabajar. —Una sonrisa pícaro se abrió paso en su cara—. Él siempre me deja hacer todo lo que quiero.

Escuchamos unos pasos recorriendo el pasillo. Amy volvió a sentarse recta al piano y continuó tocando, mientras yo me levantaba para esperar con las manos cruzadas frente al regazo como una chica obediente. Lucy entró en el salón y me miró con su perpetuo ceño fruncido.

—Ya he comprobado la limpieza y no está mal, aunque espero que en los próximos días te esfuerces más. Puedes ir arriba a hacer las camas y recoger las habitaciones —dijo como si me estuviera haciendo un favor.

Asentí y me dirigí a las escaleras. Cuando llegué al pasillo de arriba, me asomé y miré hacia abajo. En la penumbra del salón pude distinguir las figuras de Amy, que seguía con su interpretación, y de su madre, que había vuelto a sentarse para vigilar a su hija. Me di cuenta de algo muy extraño. Mientras habíamos estado hablando, Amy había continuado tocando sin mirar ni una sola vez la partitura. De hecho, con la oscuridad que reinaba en aquella estancia, era casi imposible que pudiera leerla, pero continuaba tocando sin fallar una nota. No supe explicar por qué, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo antes de que me decidiera a seguir mi camino y volver al trabajo.

Cuando el sol empezó a ocultarse tras la línea del horizonte, me sentía tan

agotada que entré en la caravana y me derrumbé sobre la cama. Llevaba en pie desde que, a las cuatro de la mañana, Al me había despertado para hacer mi turno de guardia. Después de eso, Lucy me había tenido ocupada todo el día. Me había hecho limpiar la casa, lavar y colgar un montón de sábanas, limpiar los cristales de la planta baja... Se veía a las claras que no le gustaba tener a una extraña en su casa y que consideraba una traición que su marido hubiera contratado a alguien. Supuse que, con toda aquella carga de trabajo, la mujer trataba de espantarme y hacer que dimitiera. Si yo hubiera sido realmente una chica de la limpieza con un sueldo acorde a ese puesto, no habría durado ni medio día en aquella casa. Por desgracia para Lucy, tenía otras razones más importantes para quedarme.

La puerta de la caravana se abrió y entró Al. Me senté en la cama y le observé con el ceño fruncido. Se suponía que se había pasado todo el día construyendo un cobertizo, pero nadie lo diría por su aspecto. Ni siquiera había sudado. Se le veía tan fresco como si viniera de dar un agradable paseo por el campo.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté—. ¿Avanzas con el cobertizo?

Por toda respuesta, él se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y sacó un papel. Cuando me lo tendió, lo desdoblé y vi que estaba repleto de números.

—¿Qué es esto?

—Mediciones —contestó mientras se encogía de hombros—. Es un truco que aprendí de mi padre. Cuando no avanzaba en alguna investigación, le pasaba al cliente una hoja llena de números y cálculos inventados y les decía que estábamos avanzando mucho.

—¿O sea que no has hecho nada en todo el día?

—Por supuesto que no y mi intención es acabar con este caso antes de haber

clavado ni siquiera una tabla. —Se dirigió a la parte delantera de la caravana, rebuscó entre las cintas y eligió una—. ¿Qué tal te ha ido a ti con la investigación? ¿Has descubierto algo?

—He descubierto que odio las tareas domésticas —respondí volviendo a dejarme caer sobre la cama—. Lucy es una tirana. Me ha tenido todo el día esclavizada. No había limpiado tanto en toda mi vida.

—Vaya... ¿Y no has encontrado nada sobrenatural?

—No he sentido nada raro en la casa. Lo único que he visto es lo que ya sospechaba: que esa mujer está mal de la cabeza y sobreprotege a la niña como si fuera un tesoro que quisieran arrebatarse. —Me quedé pensativa durante unos segundos—. Bueno, sí he descubierto algo raro. Amy toca el piano demasiado bien.

—¿Y eso es raro? Llevará muchísimos años practicando.

—Tiene ocho años recién cumplidos. No puede llevar muchísimos años practicando nada —insistí—. En serio, su manera de tocar no es normal. A una edad a la que los niños están aprendiendo a recortar con tijeras de punta redonda sin sacarse un ojo, ella es capaz de tocar una sonata de Beethoven como un concertista experto y sin mirar siquiera la partitura.

—Será un genio, como Mozart. —Al volvió a encogerse de hombros—. De todos modos, por muy bien que toque, eso no nos ayuda en nuestro caso. ¿O es que crees que ha sido poseída por el espíritu de un pianista experto?

—No, tonto... Lo más seguro es que tengas razón y no signifique nada. Tan solo es sorprendente. —Lancé un suspiro mientras negaba con la cabeza—. La cuestión es que no he podido descubrir nada más porque su madre casi no nos deja a solas. Le he dicho que se pasara por aquí para escuchar algo de música, a ver si podemos hablar tranquilos y nos vamos ganando su confianza.

Como si aquellas palabras hubieran sido una señal, escuchamos dos tímidos golpes en la puerta de la caravana. Me levanté de la cama de un salto y fui a abrir. Amy estaba de pie sin atreverse a entrar, con su vestido de muñeca y una sonrisa de ilusión en la cara.

—Hola, Amy —saludé—. Pensé que ya no vendrías.

—Ha sido difícil convencer a mamá —confesó mientras, aún sin moverse, echaba un vistazo al interior de la caravana—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Entra.

Al haber dedicado los segundos que estuvimos en la puerta a recoger la ropa que teníamos tirada por la caravana, hacer una bola con ella y meterla debajo de las sábanas. Amy debió de darse cuenta, porque se quedó mirando el sospechoso bulto de la cama y sonrió.

—No hace falta que os preocupéis por ordenar —dijo con voz dulce—. Me gusta mucho vuestra caravana.

Sin decir más, se dirigió hacia la mesa y se sentó en una de las sillas. Yo me senté enfrente y contemplé extrañada cómo la niña cerraba los ojos y empezaba a mecerse al ritmo de la música.

—¿Qué canción más bonita! ¿Qué es? —preguntó sin abrir los ojos.

—*Nothing else matters*, del último disco de Metallica —contestó Al—. ¿Los conoces?

Amy negó con la cabeza y continuó meciéndose mientras alargaba los brazos hacia delante y movía las manos como si estuviera tocando. Sentí un estremecimiento. Estaba segura de que, si hubiera tenido un piano delante, no habría fallado una nota de aquella canción que estaba escuchando por primera vez. Nos quedamos en silencio contemplándola hasta que la canción terminó y ella volvió a abrir los ojos.

—¡Me encanta! —exclamó con una amplia sonrisa adornando su cara—. No sé por qué mamá no me deja escuchar estas cosas.

—Bueno, eso tiene arreglo. ¿Tienes un *walkman*? —preguntó Al.

—Sí, pero todas las cintas que me compra mamá son de conciertos de música clásica.

—Eso no es problema. —Al se dirigió hacia la parte delantera de la caravana, rebuscó en la guantera y volvió con un casete que le tendió—. Es una recopilación con la mejor música de los últimos treinta años. Escúchala y ya me dirás qué te parece.

—Pero mamá se enfadará si escucho esto. —Amy miró la cinta como si Al acabara de pasarle un alijo de droga.

—Será nuestro secreto —dijo Al tras guiñarle un ojo.

Ella sonrió, divertida, y asintió con la cabeza. De repente, sus ojos se iluminaron aún más.

—El sábado hay una fiesta en el pueblo —anunció—. Hay un concurso de talentos. Si aprendo a tocar al piano alguna de estas canciones, ¿me acompañarías con la guitarra?

—Por supuesto —contestó Al—. Y Eli puede cantar.

—Conmigo no contéis para eso —repuse—. Ya sabes que no me gusta actuar en público.

—Por favoor —suplicó Amy poniendo cara de cachorrito abandonado.

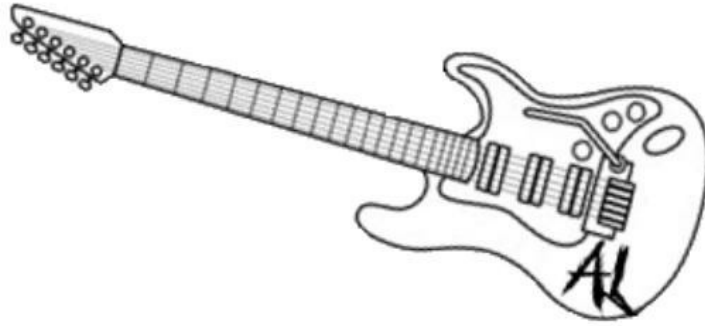
—Lo pensaré —cedí—, pero primero tienes que conseguir que tu madre te dé permiso.

—Ya he mirado el tiempo y el sábado va a estar nublado. Además, el concurso se celebra en el gimnasio del colegio, así que no me dará el sol. Seguro que mi

padre sí que me deja. —Se levantó de un salto y estampó un sonoro beso en la mejilla de Al y otro en la mía antes de salir corriendo de la caravana—. Voy a preguntarle.

Me acerqué a la puerta y la vi correr hacia su casa. Justo antes de entrar, se detuvo unos segundos para levantarse la falda y esconder la cinta que le había dado Al en la cinturilla de su ropa interior. Solté una carcajada. Aquella niña tenía recursos.

Cuando desapareció, llevé una mano a mi mejilla, al lugar en el que me había besado. No pude evitar pensar en mi Lara, en si sería tan dulce, simpática e inteligente como Amy. Sabía que sí. Lo había visto en mis sueños. Y también sabía que yo lo haría mucho mejor de lo que lo estaba haciendo la madre de aquella niña.



CAPÍTULO CINCO

Los párpados empezaban a pesarle demasiado. Se frotó los ojos, luchando por mantenerse despierto, y echó un vistazo a su reloj. Las dos y veintitrés de la mañana. Era imposible. Habría jurado que, la última vez que miró, hacía ya muchísimo tiempo, había visto que ya eran casi las dos y media. Aquella guardia se le estaba haciendo eterna.

Se levantó de la silla en la que llevaba sentado más de cuatro horas y se estiró para desentumecer los músculos. Después, entró en la caravana y, sin encender la luz, se dirigió al cuarto de baño para lavarse la cara y despejarse. Cuando salió, se quedó un par de segundos en silencio, escuchando la rítmica respiración de Eli mientras dormía. Lo sentía muchísimo por ella, pero aquella noche no se sentía con fuerzas como para aguantar despierto y hacer parte de su turno de guardia. Tendría que dejar lo de ser su caballero andante para otra ocasión.

Antes de salir, recogió su chaqueta de cuero. A pesar de que estaban en agosto, por la noche refrescaba bastante. No hacía tiempo como para pasarse horas quieto en mitad del campo. Se sentó de nuevo en la silla, se colocó la chaqueta

por encima a modo de manta y echó un nuevo vistazo a la casa. Continuaba exactamente igual, con todas las luces apagadas.

Se recostó en la silla, notando como, poco a poco, iba entrando en calor. Los párpados pesaban cada vez más y, de vez en cuando, tenía que luchar para que la cabeza no se le cayera hacia delante. Llegó un momento en el que su fuerza de voluntad ya no fue suficiente para mantenerle despierto.

Abrió los ojos un rato después. Miró el reloj, sobresaltado, y vio que ya eran más de las tres de la mañana. No sabía cuánto tiempo había dormido, dejando la casa sin vigilancia. Miró hacia la fachada y sintió que el estómago se le subía a la garganta. Salía luz de la habitación de Amy. Por suerte, su ventana continuaba cerrada, así que no había escapado y seguía dentro de la casa. O eso esperaba... Se levantó de la silla de un salto y entró a toda prisa en la caravana para despertar a Eli, mientras rezaba para que la niña solo se hubiera levantado para ir al baño o a buscar un vaso de agua y que no le hubiera sucedido nada malo.

Cuando llegó al lado de Eli, ella se revolvió y refunfuñó en sueños. Él encendió la luz de la caravana y volvió a agitarla. No tenía tiempo para ser sutil.

—Eli, levántate —gritó—. Amy se ha despertado. Sale luz de su habitación.

Ella se incorporó en la cama y se frotó los ojos para despejarse. Al le dio un par de segundos, aunque estaba poniéndose cada vez más nervioso. Su parte racional le decía que no había razón para asustarse, que no había peligro ni estaba sucediendo ningún fenómeno paranormal del que preocuparse. Lo único que sabía era que la niña se había levantado de la cama, pero podía estar paseando por su casa, un sitio conocido y seguro en el que no tenía por qué pasarle nada malo. Sin embargo, por alguna razón que desconocía, algo en sus tripas le decía que no era así.

—¿Tienes llaves de la casa? —preguntó al ver que Eli no se movía.

—Sí, Lucy me las dio para que pudiera entrar a preparar el desayuno. Están en mi chaqueta.

Al se lanzó a por ella y rebuscó hasta encontrar un llavero. Se lo metió en el bolsillo de los pantalones y se dirigió a la puerta de la caravana.

—¡Espera! —gritó Eli—. ¿No sería más normal que entrara yo?

—Ni de palo —contestó él—. No tenemos ni idea de lo que hay ahí dentro y, además, estás muy atontada todavía. Levántate y vigila la casa, no sea que se nos escape por una ventana mientras yo la busco dentro.

Ella asintió y saltó de la cama para empezar a vestirse. Al no esperó más y, tras salir de la caravana, recorrió a la carrera el jardín hasta llegar a la entrada de la casa. Abrió la puerta, la volvió a cerrar y le dio dos vueltas de llave para evitar que Amy pudiera salir por allí.

La casa estaba oscura y silenciosa. Tan solo se percibía una débil claridad en el descansillo del piso de arriba, que debía proceder de la habitación de Amy. Aguzó el oído, tratando de percibir alguna voz o algún paso, pero no se escuchaba nada. En aquel momento se le ocurrió que la niña podría haber tenido una pesadilla o haber llamado a su madre pidiendo algo y que podría haber sido Lucy quien hubiera encendido la luz. Si ese era el caso y le descubría allí dentro, iba a ser muy difícil darle una explicación que no desvelara su auténtica identidad. Sin embargo, algo en su interior le decía que la causa de aquella luz era algo más oscuro, algo peligroso. No le gustaba dejarse llevar por aquellas premoniciones sin sentido, pero, aun así, subió los peldaños despacio para que no rechinaran. Al llegar al piso de arriba, se agachó, tratando de quedar oculto por la barandilla de la escalera, y observó el pasillo.

Había una figura pequeña parada de espaldas a él, a tan solo un par de pasos de la habitación de Amy. La puerta estaba abierta y la luz que salía del interior del cuarto le deslumbraba, pero, aun así, reconoció a la niña. Echó un vistazo al otro lado del pasillo y vio que la puerta de la habitación de sus padres también estaba abierta, pero de ella no salía luz. Supuso que la habrían dejado así para poder escuchar si Amy les llamaba o se levantaba, pero no parecía haber funcionado. Desde donde estaba, podía escuchar con claridad las respiraciones profundas y acompasadas de dos personas.

Volvió a fijarse en la figura de Amy. Continuaba en la misma postura, sin mover un músculo. Tenía los brazos estirados, paralelos al cuerpo, y la cabeza un poco inclinada hacia delante. Al se incorporó y recorrió despacio los escasos pasos que le separaban de ella. Sintió un aguijonazo en el estómago y el sabor del miedo en la boca. No sabía por qué estaba asustado. Tan solo era una niña pequeña quieta en mitad de un pasillo, pero seguía sintiéndose intranquilo. No sabía bien cómo había que comportarse con los sonámbulos. Había oído historias que decían que, si los despertabas bruscamente, podían morir de un ataque al corazón. Trató de convencerse de que aquellas leyendas urbanas eran la causa de su inquietud, aunque en su interior sabía que no era eso, que había algo más... Mientras extendía la mano para agarrar a Amy por el hombro y hacer que se diera la vuelta, se dio cuenta de que estaba sudando y de que todo su cuerpo temblaba. Tenía miedo de que, cuando tocara a aquella niña y se girara, ya no fuera Amy, sino un ser terrible, deformado y putrefacto, un horrible monstruo con garras y colmillos afilados.

Luchó contra aquellos estúpidos pensamientos. Una cosa era que se hubiera vuelto más abierto respecto a los fenómenos sobrenaturales y otra muy diferente empezar a ver monstruos donde no los había. Se repitió a sí mismo que no había nada que temer, le puso la mano en un hombro e hizo que se volviera hacia él.

Tal y como se había dicho a sí mismo, no había nada raro en el rostro de Amy. Aún así, dio un respingo al mirarla. Tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en el infinito. No le miró a la cara ni le reconoció. Se quedó quieta, en la postura en la que él la colocó, meciéndose levemente hacia los lados, como si una suave corriente la empujara. Estaba claro que, aunque estuviera de pie, se encontraba profundamente dormida.

Se puso en cuclillas frente a ella y la agarró por los hombros para agitarla con suavidad.

—Amy, despierta —le dijo en susurros—. Estás en medio del pasillo. ¿Dónde ibas?

La niña se estremeció, pestañeó varias veces y miró alrededor. Cuando vio a Al, agachado frente a ella en la oscuridad, hizo lo peor que cabría esperarse: se puso a berrear como una histérica y a llamar a su madre. Al escuchó ruidos en la habitación del otro lado del pasillo y, en un par de segundos, una potente luz se encendió, cegándole.

—Amy, ¿qué ha pasado? —Lucy recorrió el pasillo a la carrera, apartó a Al de su niña y se lanzó a abrazarla—. ¿Te ha hecho algo este chico?

—No le he hecho nada —contestó Al, girándose hacia Tony para que le ayudara a defenderse—. Vi que había luz en la casa y pensé que podrían haber entrado ladrones, así que vine corriendo a investigar y me la encontré de pie en medio del pasillo. Creo que estaba andando en sueños.

—¿Es eso verdad, Amy? —insistió Lucy mientras miraba a Al con tanta rabia como si quisiera fulminarle—. ¿Te ha hecho algo malo?

La niña negó con la cabeza, pero continuó llorando angustiada. Tony se adelantó y agarró a su mujer para hacer que se incorporara.

—Lucy, cariño... La estás asustando más con esos gritos —dijo con voz

pausada—. Llévala a su habitación y acuéstala. Yo hablaré con el chico.

Lucy abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Apoyó una mano en la espalda de su hija y la acompañó hasta su habitación. Antes de cerrar la puerta a su espalda, volvió a lanzarle a Al una mirada asesina.

—Tony, en serio... No le he hecho nada. Creo que la he asustado al despertarla —se excusó Al.

—Te creo. No te preocupes. —Tony se acercó a él para poder hablar en voz baja—. ¿Habéis descubierto algo?

—Todavía no, pero parece que la hipótesis de que tu hija es sonámbula se refuerza. —Señaló hacia la puerta del dormitorio de Tony—. Vuestra puerta estaba abierta. ¿La dejasteis vosotros así?

—No. La cerramos antes de dormir —dijo Tony, extrañado—. Tiene que haberla abierto ella, pero no sé para qué.

Volvió a sentir un estremecimiento al imaginarse a la niña quieta al lado de la cama de sus padres, observando su sueño con aquellos ojos que parecían muertos. No encontraba ninguna razón lógica que explicara que Amy se hubiera levantado para ir a mirar cómo sus padres dormían, pero la mayoría de los comportamientos de los sonámbulos no la tenían.

—¿Entonces no la has oído andar por la habitación?

—No. No he oído nada... —Tony negó con la cabeza mientras se rascaba la nuca—. La verdad es que, desde que estáis aquí, duermo como una marmota. Debe de ser porque estoy más tranquilo al saber que estáis vigilando. No sabéis lo que os lo agradezco. Las últimas semanas dormía tan mal que estaba agotado.

—Será mejor que te deje volver a la cama. —Al se dirigió hacia las

escaleras, pero se frenó antes de poner un pie en el primer peldaño—. ¿Tendremos problemas con Lucy? Parecía muy enfadada...

—Tranquilo, yo hablaré con ella. Buenas noches.

Tony regresó a su habitación y Al bajó las escaleras. Cuando salió de la casa y volvió a cerrar la puerta con dos vueltas de llave, se sintió tan aliviado que no pudo contener un largo suspiro. Él no tenía la sensibilidad de Eli para los fenómenos paranormales, pero podía darse cuenta de cuándo había algo que se salía de lo común. Estaba seguro de que en aquella casa estaban pasando cosas muy raras.

A mediodía decidió que no podía seguir tomando medidas por más tiempo si quería evitar que Lucy empezara a sospechar. Ya la había visto asomarse entre las espesas cortinas del salón un par de veces y estaba seguro de que, si no le veía trabajar, pronto se presentaría en el jardín para preguntarle qué hacía.

Echó un nuevo vistazo a los planos para calcular dónde debería ir el cobertizo y empezó a arrancar la maleza y los arbustos. Aquello no era tan fácil como había imaginado. Nunca habría pensado que los hierbajos pudieran tener unas raíces tan largas ni que se agarraran a la tierra con tanto empeño. En menos de diez minutos, tenía la camiseta empapada de sudor. Se la quitó y la arrojó a un lado. Mientras seguía arrancando las malas hierbas, solo podía pensar en que él no se había metido a investigador psíquico para acabar trabajando como una mula.

Unos minutos después, escuchó el golpe de la puerta principal al cerrarse. Levantó la mirada y vio a Amy en el porche. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella, preocupado. El sol lucía radiante en un cielo sin nubes. No era el mejor momento para que una niña con su problema de piel saliera a dar una vuelta.

Cuando se acercó, se sorprendió por la ropa que llevaba: un vestido de manga larga, guantes y sombrero. Incluso había sacado una sombrilla de color rosa con puntilla, que abrió mientras él se acercaba. Era la representación perfecta de una de aquellas muñecas de porcelana que a Eli le encantaban y a él le daban un poco de repelús.

—¡Hola, Amy! —saludó cuando llegó a su lado—. Perdona que te lo pregunte, pero ¿es seguro que estés aquí con este sol?

—Sí, voy tapada y llevo crema —respondió, señalándose la cara, que estaba cubierta por un espeso potingue de color blanco—. Mamá me ha dejado porque me aburría mucho dentro, pero me ha dicho que no salga de la sombra del porche.

—Pues tampoco te vas a divertir mucho aquí —comentó Al.

—Te miraré trabajar —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Como quieras, pero tampoco soy tan entretenido. ¿Has escuchado la cinta que te di?

—Sí, la he oído ya un par de veces. Las canciones son muy bonitas. Gracias por dejármela.

—Te la regalo —dijo Al tras guiñarle un ojo—. ¿Has escogido alguna para el concurso de talentos?

—Todavía no. —Amy frunció el ceño, como si se esforzara por pensar—. Hay muchas que me gustan. Es difícil.

—Tranquila, todavía hay tiempo. Bueno, vuelvo al trabajo. ¡Que te diviertas!

Regresó a la zona en la que tenía que construir el cobertizo y siguió arrancando malas hierbas. No conseguía concentrarse. Le parecía que sentía los ojos de Amy clavados en él y, sin saber por qué, aquello le hacía sentirse

incómodo. Era extraño. Nunca le había importado que le miraran, aunque nunca antes le habían evaluado mientras hacía algo que se le diera tan mal como lo que estaba haciendo en aquel momento. Arrancar cada arbusto le estaba costando un triunfo. No paraba de sudar y se le estaban empezando a despellejar las manos.

Volvió a oír el ruido de la puerta principal y se giró. Vio a Eli a un par de pasos de Amy y escuchó su voz dirigiéndose a la niña, aunque desde la distancia a la que estaba no pudo entender qué le estaba diciendo. Amy no respondió en el primer momento. Se limitó a quedarse quieta, con la vista fija en él, sin reaccionar en absoluto. Eli tuvo que llamarla varias veces para que la niña reaccionara. Cuando por fin consiguió captar su atención, intercambiaron unas cuantas palabras y después Eli se despidió y se acercó a él.

Cuando estuvo a su lado, ella se agachó para recoger la camiseta que había dejado tirada, le agarró por un brazo y tiró de él.

—¿Dónde vamos? —preguntó Al—. Estoy trabajando.

—Te estás quemando con el sol —respondió ella—. Ven dentro de la caravana.

Se sorprendió por aquellas palabras. No notaba dolor ni que su piel estuviera tirante. Echó la cabeza hacia atrás para verse los hombros y ni siquiera le pareció que estuvieran enrojecidos. Aún así, se dejó llevar. Cuando entraron en la caravana, Eli cerró la puerta detrás de ellos.

—¿Estás segura de que me estoy quemando? Yo no noté nada.

—No te estás quemando, tranquilo. Es solo que... —Eli se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza—. No podía seguir soportando el modo en el que te estaba mirando.

—¿Quién? —preguntó él, sorprendido.

—Amy... Ya lo has visto. Le estaba hablando y ella ni siquiera se enteraba. No podía apartar los ojos de ti.

—¡Eli, por Dios! Tiene ocho años. —Al no pudo contener una risa—. Estaría distraída pensando en sus cosas.

—Tú no has visto su mirada —insistió ella—. No era normal. No era la mirada de una cría de ocho años.

—Venga, sorpréndeme... ¿Qué había en su mirada?

Eli se quedó en silencio durante unos segundos. Después, resopló y fijó los ojos en el techo de la caravana, como si no se atreviera a mirarle a la cara mientras contestaba.

—No lo sé... Era deseo, hambre...

—Eli, tía... Estás enferma. —Al negó con la cabeza, incapaz de creerse lo que estaba oyendo—. Es una niña, una cría. ¿De verdad te vas a poner celosa de ella?

—No es eso... Yo sé lo que he visto, aunque no pueda explicarlo —dijo ella bajando la cabeza para mirar al suelo, avergonzada.

Él se acercó, le rodeó la cintura con un brazo para atraerla y, con la otra mano, levantó su barbilla para hacer que le mirara a los ojos.

—Eloise, cariño... Estás viendo fantasmas donde no los hay. —Sonrió y le dio un beso en los labios—. Si te quedas más tranquila, a partir de ahora trabajaré con camiseta.

—Te lo estás tomando a broma —protestó ella.

—Si me lo tomara en serio, tendría que ir buscándote un psicólogo. —Le guiñó un ojo, burlón, para dar por finalizada la conversación—. Voy a volver

al trabajo.

Recogió la camiseta que ella había dejado tirada sobre una silla, se la puso y extendió los brazos a ambos lados, como si le preguntara a Eli si así estaba mejor. Ella asintió con la cabeza, pero no contestó. Por su expresión, podía adivinar que no estaba contenta. Decidió no insistir más y salir de la caravana. Sabía lo cabezota que se podía poner cuando se empeñaba en que había visto algo fuera de lo normal. Ya se le pasaría con el tiempo. Además, ya no tenía que preocuparse de que aquella niña le estuviera mirando de manera rara. Amy ya no estaba sentada a la sombra del porche.



CAPÍTULO SEIS

Llamé con dos tímidos golpes a la puerta de la habitación de Amy y esperé a que me invitara a pasar. Cuando entré, me la encontré peinando su largo pelo rubio frente al espejo de la habitación. Llevaba un vestido blanco con pequeñas flores estampadas y un enorme lazo azul a la espalda. Cuando me vio, sonrió, rebuscó en una caja que tenía sobre el escritorio y sacó dos lazos a juego.

—Hola, Eli —saludó mientras me tendía los lazos—. ¿Me haces dos trenzas?

—Claro. —Me senté en la cama y di un par de golpecitos para que se pusiera a mi lado—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Gracias. ¿Y tú?

La verdad era que yo había dormido de pena. En lugar de los hermosos sueños que tenía últimamente, en los que aparecían Al y Lara y aquella cabaña frente al campo de lavanda, aquella noche me habían visitado las pesadillas. No las recordaba bien. Solo me había quedado la sensación de que algo intangible y peligroso me rondaba y que debía escapar fuera como fuera. Además, Al me había despertado a las cuatro de la mañana para que le relevara en la guardia,

así que, a pesar de que solo eran las nueve, me sentía agotada y con ganas de volver a dormir. Al menos no habíamos visto nada raro en toda la guardia. Amy no había escapado por la ventana y ni siquiera se había encendido ninguna luz dentro de la casa.

—Yo también he dormido bien —mentí mientras empezaba a trenzar la mitad de su pelo.

Estaba terminando de hacer la primera trenza cuando se me ocurrió que ya llevábamos tres días en aquella casa y no habíamos avanzado absolutamente nada. Tony empezaría a impacientarse pronto si no podíamos darle algún resultado. No era solo eso lo que hacía que sintiera prisa por conseguir algo. Las pesadillas de la noche anterior me tenían intranquila. No sabía si lo que había soñado tenía algo que ver con Amy, con su madre o con aquella casa, pero la sensación de que había algún peligro rondándonos y que deberíamos marcharnos cuanto antes se mantenía. Por ello, a pesar de que no sabía si ya tenía la suficiente confianza con la niña, decidí empezar a interrogarla.

—Al me ha dicho que eres sonámbula —comenté, tratando de mantener un tono casual—. ¿No te levantaste anoche?

—No, creo que no. De todos modos, nunca recuerdo esas cosas.

Pude ver su rostro en el espejo que teníamos enfrente. Su sonrisa había desaparecido y sus ojos parecían asustados. Aún así, decidí seguir preguntando mientras trenzaba la otra mitad de su pelo.

—Tus padres nos han dicho que andas en sueños y que incluso a veces has salido de la casa. ¿No recuerdas adónde vas ni qué haces?

Ella negó con la cabeza y la agachó para clavar su mirada en el suelo de la habitación. Parecía que aquella conversación la estaba poniendo muy nerviosa, pero no podía dejarla en paz. No sabía cuándo iba a tener otra

oportunidad de hablar con ella lejos de la vigilancia de Lucy.

—Nos han contado que esto no te pasaba antes, que comenzó hace pocos meses. —Esperé un par de segundos por si quería responder algo, pero continuó en silencio y con la cabeza baja—. ¿Sabes si pasó algo antes de que empezaras a caminar en sueños?

Amy siguió en silencio, aunque volvió a negar con la cabeza. Terminé de anudar el lazo de su segunda trenza. Se me acababa el tiempo y no había conseguido nada, así que, a pesar de que temía que pudiera asustarse, decidí preguntarle algo más.

—¿Conoces el juego de la ouija? —Ella asintió tímidamente—. ¿Has jugado a eso con alguna amiguita? —Volví a esperar unos segundos antes de insistir—. Amy, si hay algún espíritu acosándote y obligándote a levantarte y hacer cosas que no quieres, tienes que decírmelo. Puedo ayudarte.

—¿Se puede saber de qué demonios le estás hablando a mi hija? —gritó Lucy desde la puerta de la habitación.

Me quedé paralizada, sin saber qué decir. Amy se levantó de la cama y corrió a abrazarse a las faldas de su madre. Yo también me levanté y alcé las manos, pidiéndole un segundo para explicarme, como si tratara de demostrarle que no era peligrosa.

—¿Por qué le estás hablando a mi hija de esas cosas? ¿Es que estás loca? —siguió chillando Lucy, fuera de sí.

—No te pongas así —dije tratando de calmarla—. Todo esto tiene una explicación.

—No. No la tiene. No te hemos contratado para que llenes la cabeza de mi niña con historias de demonios y fantasmas —chilló ella—. Quiero que te vayas ahora mismo de mi casa.

Escuché unos pasos apresurados que subían la escalera y Tony apareció en la puerta de la habitación. Paseó su mirada entre el rostro airado de Lucy, la figura de su hija, que lloraba agarrada a la cadera de su madre, y mi cara de desconcierto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Esta loca le estaba contando a Amy cosas sobre ouija y brujería —contestó Lucy—. No creo que sea bueno que la niña escuche ese tipo de historias. Quiero que se marche.

Esperé unos segundos para darle a Tony la oportunidad de defenderme, pero, cuando vi que no abría la boca, sentí que la ira se desataba en mi interior. Comprendía que quisiera proteger a su mujer y a su hija, pero era él quien nos había contratado. No iba a permitir que dejara que su mujer me insultara y me gritara de aquella manera.

—Tony, creo que ha llegado el momento de que los cuatro tengamos una conversación. —Erguí la cabeza, saqué pecho y me dirigí a la puerta con andares de reina—. Voy a avisar a Al. Os esperaremos en la cocina.

No sabía de dónde había sacado aquella seguridad, pero funcionó. Lucy se me quedó mirando con la boca abierta, incapaz de decir una sola palabra, y Tony se apartó para dejarme pasar. Cuando bajé las escaleras y estuve segura de que no podían verme, solté un largo suspiro antes de salir de la casa para buscar a Al. Esperaba poder volver a encontrar a esa Eli tranquila y orgullosa para la reunión que íbamos a tener, porque tenía la impresión de que no iba a ser una conversación fácil.

Cinco minutos después, cuando regresé con Al, Tony y Lucy ya estaban esperándonos en la cocina. Él se había sentado a la mesa y le daba vueltas con

la cucharilla a una taza de café. Lucy, por el contrario, permanecía de pie, andando de un lado a otro mientras se retorció las manos. La ignoré y me senté frente a su marido con la espalda estirada y la cabeza alta.

—¿Has hablado con ella, Tony? ¿Le has explicado lo que pasa o prefieres que lo hagamos nosotros?

Él agachó la cabeza y continuó dándole vueltas a su bebida. No pude evitar fijarme en la palidez de su rostro y en los surcos oscuros que rodeaban sus ojos. Parecía más delgado. Incluso tenía las mejillas hundidas. Aunque Tony le había comentado a Al que descansaba mejor desde que nosotros estábamos en casa, nadie lo habría dicho viendo su aspecto. Solo llevábamos allí tres días y parecía haber envejecido tres años.

—No le he dicho nada —contestó al fin mientras me lanzaba una mirada suplicante.

—Creo que Lucy lo llevará mejor si se lo explicas tú —insistí.

—¿Qué está pasando aquí? —intervino Lucy gritando de nuevo—. Me da igual quién me lo cuente, pero que lo haga ya.

Tony negó con la cabeza y volvió a mirarme. Me encogí de hombros, aceptando su decisión. Después de todo, nos estaba pagando mil dólares diarios y todavía no habíamos hecho nada por él. Tendría que asumir que la bronca con su mujer iba implícita en el sueldo.

—Lo que sucede es que Al no se dedica a montar cobertizos ni yo a las labores del hogar. —Lucy me dirigió una mirada sarcástica, como si quisiera expresar que ya lo sospechaba—. Somos investigadores psíquicos. Tony nos ha contratado para que averigüemos si hay algo sobrenatural en el comportamiento de Amy de los últimos meses.

—¿En serio? —Lucy negó con la cabeza y en su boca se dibujó una O perfecta

—. No me lo puedo creer, Tony. Eres un científico, un reputado catedrático... ¿Cómo te has dejado embaucar por unos charlatanes?

—No hace falta insultar —protestó Al—. Nosotros no hemos embaucado a su marido. Ha sido él quien nos ha llamado y nos ha pedido ayuda.

—No necesitamos vuestra ayuda para nada —chilló Lucy fuera de sí—. A mi niña no le pasa nada malo.

—Lucy, por favor, cálmate —intervino por fin Tony—. Los chicos tienen razón. Fui yo el que les busqué y les hice venir. Ellos no tuvieron que convencerme de nada. Aunque no quieras verlo, sabes que les necesitamos. El comportamiento de Amy no es normal.

—¿Qué es lo que no es normal? La niña es sonámbula, ya lo viste la otra noche —rebatía ella—. Se levanta dormida y pasea, pero no hay nada sobrenatural en eso.

—¿Y cómo sale de la casa y vuelve a entrar? Es imposible que escale la pared.

—A lo mejor hemos olvidado cerrar la puerta o quizá nos roba la llave... — Lucy dejó de chillar, se sentó al lado de su marido y tomó su mano—. Sé que es un comportamiento extraño y a mí también me asusta que pueda pasarle algo en esos paseos, pero no hay nada paranormal en ellos. Quiero que estos chicos se marchen.

—¿Y las manchas de sangre de su ropa? —insistió Tony.

—Ni siquiera sabemos si es sangre. Puede que pasee por alguna zona con tierra rojiza... En serio, cariño, te estás preocupando por nada.

Contuve la respiración, esperando la respuesta de Tony. Todo lo que había dicho su mujer tenía sentido. De hecho, si tenía en cuenta nuestras observaciones de los últimos días, no podíamos rebatirle ni una coma. Si Tony

estaba de acuerdo en que nos marcháramos, no disponía de ningún argumento para convencerle de lo contrario.

—Te comprendo, pero quiero que se queden unos días más —dijo él al fin, levantando la mirada y clavándola en los ojos de su esposa—. Me quedaré más tranquilo si me aseguran que no hay nada raro.

—No. No voy a permitir que esta gente esté en mi casa. —Lucy volvió a levantarse y se enfrentó a Tony con los ojos echando chispas y los puños apretados—. Todo esto es una locura y le va a hacer daño a Amy. Si insistes en esta estupidez, me marcharé y me llevaré a la niña.

—Sabes que no puedes. —Tony también se puso en pie para encararse con ella—. En tu estado no puedes llevártela a ningún sitio.

Lucy reculó un paso, como si las palabras de Tony la hubieran golpeado. Abrió y cerró la boca varias veces mientras de sus ojos empezaban a manar las lágrimas. Sin decir nada, se giró hacia la puerta de la cocina y salió corriendo. Tony volvió a derrumbarse en su silla y se tapó la cara con las manos. Me giré hacia Al, preguntándole con la mirada si había entendido algo, pero se limitó a encogerse de hombros y a sentarse frente a él. Me levanté para colocarme al lado de Tony y puse mi mano en su hombro para hacer que reaccionara y me mirase.

—¿Puedes explicarnos qué ha pasado aquí? —pregunté—. ¿Qué has querido decir con eso del estado de Lucy? ¿Le pasa algo?

Tony lanzó un largo suspiro de agobio mientras clavaba la vista en el techo. Me di cuenta de que tenía los ojos anegados en lágrimas, pero aún mantenía el ánimo suficiente para luchar por contenerlas. Tomé su mano y la apreté para transmitirle que estábamos de su lado.

—Lucy lleva años en tratamiento psiquiátrico por depresión. —Se quedó en

silencio unos segundos y tomó una profunda bocanada de aire antes de seguir hablando—. No sé cómo contaros esto...

—No te preocupes. Tenemos tiempo —le animó Al—. Ya sabes que no vamos a juzgar nada de lo que nos digas.

Tony asintió, tomó un sorbo de su taza de café y después se quedó mirando a Al.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó—. Lo dejé hace años, pero creo que ahora necesito uno con urgencia.

Al asintió, sacó el paquete del bolsillo trasero de sus pantalones y, después de ofrecerle uno a Tony, sacó otro para él. Me enseñó el paquete por si yo quería uno, pero negué con la cabeza. Tony encendió su cigarrillo, le dio una larga calada que le provocó un par de toses y después asintió.

—Amy debía de tener un año y medio más o menos. —Empezó a contar—. Regresé del trabajo y, nada más bajar del coche, me di cuenta de que pasaba algo raro. Lucy no salió a recibirme con la niña en brazos para darme la bienvenida como hacía siempre. Entré en casa intranquilo y la llamé, pero no recibí respuesta. Empecé a buscarlas por toda la casa, sintiéndome cada vez más angustiado. Entonces, al llegar al baño de arriba, las encontré...

Volvió a quedarse en silencio y agachó la cabeza. Pude oír cómo contenía un sollozo, así que apreté su mano con más fuerza. Él me miró y me dirigió una sonrisa triste antes de seguir hablando.

—Lucy estaba en la bañera, vestida. Estaba muy pálida y con los ojos cerrados. El agua había rebosado y era de color rosado, del color de la sangre diluida... Se había cortado las venas. —Las lágrimas empezaron a manar sin control de sus ojos—. Amy estaba en el suelo, totalmente empapada, jugando con aquella agua mezclada con la sangre de su madre. Corrí hacia Lucy,

pensando que la había perdido, pero noté que aún respiraba. Por suerte, los servicios de emergencia llegaron muy rápido y pudieron salvarla.

—¿Qué pasó después? —pregunté al ver que él se detenía.

—La policía vino a investigar. Dijeron cosas horribles sobre ella... Decían que la niña estaba demasiado mojada como para deberse solo a las salpicaduras del agua que había caído, que era muy probable que Lucy la hubiera metido con ella en la bañera para que se ahogara y que, cuando perdió la consciencia, la niña debió de escapar... Nunca he querido creer esa barbaridad. Es imposible que Lucy quisiera matar a nuestra hija y una niña tan pequeña no podría haber salido de la bañera por sí sola.

—¿Qué dijo Lucy cuando recuperó la consciencia?

—Nada... Decía que no se acordaba de nada. La tuvieron un par de meses ingresada en la unidad de psiquiatría, pero no pudieron descubrir qué era lo que le había pasado. Algunos médicos dijeron que era depresión, otros que era un trastorno psicótico breve... Sea como sea, lleva medicada desde entonces. Con esos antecedentes, ningún juez le daría la custodia de la niña y ella lo sabe. Odio haber tenido que utilizar eso en su contra, pero no me ha quedado más opción. Espero que al menos sirva para algo.

—No te preocupes —le dije tratando de que mi voz sonara segura—. Resolveremos esto lo antes posible, pero, para poder hacerlo, necesitamos unas cuantas cosas de ti.

—Lo que sea —contestó mientras afirmaba con energía.

—Ya no es necesario que sigamos disimulando, así que Al no va a seguir perdiendo el tiempo construyendo ese cobertizo ni yo voy a ayudar con las tareas de casa. —Esperé hasta que Tony volvió a asentir—. Y necesitamos acceso ilimitado a la niña. No podemos hablar con ella con libertad si tu

mujer está todo el día interponiéndose.

—Otra cosa... —intervino Al—. Mañana hay una fiesta en el pueblo y Amy quiere ir. ¿Os ha comentado algo?

—Sí. Nos pidió permiso, pero Lucy se negó —contestó Tony.

—Pues tendrás que convencerla —dijo Al lanzándole una sonrisa comprensiva—. Necesitamos ganarnos la confianza de Amy y es una ocasión perfecta para conseguirlo.

—Está bien. Hablaré con Lucy —Tony soltó un largo suspiro, anticipando la difícil discusión que iba a tener con su mujer—. Solo espero que todo esto sirva para algo.

—Servirá —dijo mientras sonreía confiada—. Tan solo déjanos investigar a nuestro modo unos cuantos días más.



CAPÍTULO SIETE

Tony les había comentado que Amy tenía clase de piano hasta las cinco de la tarde y que, por más que le había insistido a Lucy, se había negado a dejar que estuviesen con la niña antes de esa hora. No había mucho que hacer en aquel lugar, así que, después de comer, decidieron dar un paseo por el bosque que rodeaba la casa. Se internaron entre los pinos y empezaron a seguir un sendero que, poco a poco, iba ascendiendo hacia la cima de una colina. Cuando llegaron arriba, pudieron ver que el bosque de pinos seguía extendiéndose ladera abajo hasta llegar a un río de aguas oscuras. Parecía un buen lugar para sentarse a la sombra y escapar del calor de aquella tarde de agosto, así que, sin decir nada, ambos empezaron a descender la colina hacia la orilla.

Eli caminaba por delante, abriendo la marcha. Como ya no era necesario que disimulara lo que era en realidad, había podido volver a vestirse con sus camisetas oscuras y sus mallas negras con agujeros. Mientras la seguía, Al observó su largo cabello cayéndole despeinado por la espalda y se quedó hipnotizado por la manera en la que sus caderas se movían al caminar. Llevaban noches durmiendo por turnos en una cama que el otro dejaba vacía. Echaba mucho de menos acostarse a su lado, que ella pusiera la cabeza en su

hombro, sentir su aliento cálido en el cuello y la manera en la que ella paseaba su dedo índice por su pecho o depositaba suaves besos en su piel... Sería mejor no continuar con aquellos pensamientos. Llevaba los vaqueros demasiado ajustados y su entrepierna acababa de avisarle de que se quedaba sin espacio. A pesar de ello, no pudo evitarlo. Sabía que todavía les quedaban unos días de hacer vigilancia por las noches y de tener a los Matthews rondando su caravana durante el día. Sin embargo, en aquel bosque no había nadie. No iban a tener una oportunidad mejor en mucho tiempo.

Cuando llegaron a la orilla, antes de que ella pudiera sentarse, alargó el brazo y agarró una mano de Eli para hacer que se detuviera. Ella se giró y, nada más mirarle a la cara, sonrió y negó con la cabeza.

—¿Qué estás pensando, Aleister? Conozco esa mirada y no es buena...

A pesar de sus palabras, se acercó hasta que sus cuerpos se juntaron. Él la rodeó por la cintura e inclinó la cabeza hacia un lado para enterrar su cara en el hueco de su hombro y aspirar el aroma de su cabello. Le dio un par de suaves besos en el cuello antes de subir hasta su oreja para susurrar:

—¿Te has dado cuenta de que es la primera vez que estamos solos desde hace días?

—Sí. Me he dado cuenta. —Durante un segundo, pareció que ella iba a protestar, pero él había vuelto a besar su cuello y su voz se cortó por un gemido—. Al, nos pueden ver. No sabemos si vive más gente por aquí.

—Nos han dicho que no —respondió él—. Los Matthews no tienen vecinos cercanos, Tony está en la universidad y Lucy y Amy estarán estudiando piano hasta las cinco.

A pesar de que continuaba agarrándola con firmeza por la cintura para que no se separara, dejó de besar su cuello y la miró a los ojos. Si ella se sentía

demasiado incómoda, podrían seguir con el paseo y olvidarse de aquello, por mucho que su entrepierna le mandara mensajes desesperados rogándole para que insistiera. Por suerte, parecía que a Eli la idea no le desagradaba. Entrelazó las manos en su nuca y acercó sus labios. Sus ojos estaban brillantes y su respiración agitada. Juntó su boca con la de él y, mientras sus lenguas se unían y luchaban por recorrer la boca del otro, ella metió las manos bajo su camiseta y empezó a acariciar su piel. Al sintió que cada roce de sus dedos despertaba todas sus terminaciones nerviosas y hacía arder su piel. Se separó de ella, se quitó la camiseta a tirones y la arrojó a un lado. Eli hizo lo mismo y se tumbó en el suelo, sobre la hierba fresca, esperándole con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Él se recostó a su lado y volvió a besarla, mientras notaba como ella jugueteaba con los botones de sus vaqueros, volviéndole loco y haciendo que no pudiera pensar con claridad.

Su mente tuvo un breve momento de lucidez. Tenían la caravana a unos minutos y podrían haber vuelto allí para estar más cómodos y seguros de que nadie iba a sorprenderles. Todo aquello era muy lógico, pero cada beso de Eli y cada roce de sus dedos desterraban la lógica a años luz de distancia. Solo sabía que quería seguir besándola y no separarse nunca, que necesitaba poseerla en aquel momento como si fuera el último. No entendía a qué venía aquella urgencia, aquel deseo incontrolable, pero, cuando ella terminó de soltar los botones de sus vaqueros y consiguió colar su mano dentro, ya no fue capaz de pensar en nada más.

La cabeza de Eli reposaba sobre su pecho mientras él se fumaba un cigarrillo. La rodeaba con un brazo mientras ella descansaba con el cuerpo tan pegado al suyo que casi parecían uno. Clavó la mirada en lo alto, en los trozos de cielo azul que se veían entre las copas de los altos pinos y en el modo en que las

partículas de polvo en suspensión brillaban bajo los rayos del sol como si estuvieran lloviendo estrellas. No se oía nada más que el arrullo del río, los cantos de los pájaros y sus respiraciones acompasadas. Era todo tan perfecto como un sueño del que no quería despertarse. A pesar de que separar una sola pulgada su piel de la de Eli le parecía un sacrilegio, se giró un poco para quedar tumbado de medio lado y poder observarla. Con mucha delicadeza, retiró un mechón de pelo que cruzaba su rostro y se lo colocó detrás de la oreja. Después, siguió deslizando los dedos por su mejilla hasta llegar a sus labios. Ella sonrió ante su caricia y depositó un suave beso en sus dedos.

—¿Qué estás mirando tan interesado? —preguntó ella conteniendo una risa.

—A ti. Eres lo más bonito que he visto en la vida.

Ella apartó la cabeza para mirar a otro lado y enrojeció. Siempre estaban igual. Era imposible decirle un piropo sin que se avergonzara. La agarró por la barbilla e hizo que volviera a mirarle. En cuanto sus ojos se cruzaron, deseó perderse para siempre en aquellos dos pozos que eran a la vez tan oscuros y tan brillantes. Se movió para colocarse sobre ella y, mientras le acariciaba el pelo, volvió a besarla. Ella le abrazó las caderas con las piernas y él notó que su cuerpo volvía a responder.

—Vaya, parece que no has tenido suficiente —bromeó ella soltando una risita.

—Nunca voy a tener suficiente de ti —contestó él.

Eli volvió a agarrar su cuello para atraerle hacia ella y sus bocas se unieron de nuevo con ansía, como si hubieran estado caminando perdidos por un desierto durante días y solo la saliva del otro pudiera aplacar aquella sed abrasadora. De repente, notó que el cuerpo de Eli se ponía tenso. Ella separó sus labios y se quedó quieta, mirando el sendero por el que habían llegado.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—Sí. ¿No lo oyes? Hay música...

Él se quedó muy quieto y aguzó el oído. Al cabo de unos segundos, le pareció percibir algo: las agudas notas de una guitarra y los chasquidos de una batería.

—Es música grabada y parece Metallica —aventuró a pesar de que la música llegaba de lejos.

—Sí y yo te diría que viene de nuestra caravana —dijo Eli separándose de él para empezar a vestirse.

—¿Cómo se va a haber metido alguien en nuestra caravana?

—¿Te has acordado de cerrar? —Ella le lanzó una sonrisa sarcástica—. Pues ahí tienes la respuesta.

—Pero la tenemos aparcada en el jardín de los Matthews —repuso él—. No creo que ningún extraño se haya metido en una propiedad privada para entrar a nuestra caravana a escuchar música.

—Son Amy y su madre las que me preocupan —contestó Eli con el ceño fruncido—. No quiero que husmeen en mis cosas.

Él asintió con la cabeza y se puso los pantalones tan rápido como pudo, a pesar de que no consideraba que fuera tan urgente. Comprendía que Eli tenía libros, objetos mágicos, tarots, amuletos y demás cosas raras que no quería que nadie tocara, pero tampoco hacía falta que se pusiera tan nerviosa. Además, sentía mucha pena por tener que marcharse de allí. No sabía por qué, pero habría dado todo su dinero por poder quedarse tumbado con ella sobre la hierba y olvidarse de los Matthews y de sus problemas, de cualquier caso que tuviera que ver con fantasmas o demonios, del mundo entero en general... La mirada impaciente de Eli, que ya había terminado de vestirse y le esperaba con los brazos en jarras, le hizo apartar aquellos pensamientos.

Cuando estuvo preparado, Eli volvió a abrir la marcha para emprender el

camino de regreso. Caminaba con paso seguro, con grandes zancadas, sorteando con agilidad los arbustos, piedras, troncos caídos y charcos que se cruzaban en su camino. Él no estaba acostumbrado a andar por lugares que no estuvieran asfaltados, así que, poco a poco, le fue dejando atrás. Cuando Eli llegó a la linde del bosque y pudo ver su caravana aparcada en el prado frente a la casa de los Matthews, echó a correr sin esperarle.

Tal como ella había dicho, la música salía del interior de la caravana. Reconoció la canción. Era *Enter sandman* de Metallica. No supo por qué, pero, a pesar del calor del sol de aquella tarde de agosto, sintió que un frío extremo recorría su cuerpo y le hacía estremecerse.

Eli llegó hasta la caravana, abrió la puerta y entró dentro. Pensó que no era buena idea perderla de vista, así que echó a correr y en unos segundos le dio alcance. Se asomó por la puerta que Eli había dejado abierta y miró dentro.

Amy estaba sentada en el suelo. Sobre la falda de flores de su vestido tenía abierto uno de los libros de hechizos de Eli. Había más libros por el suelo, abiertos y desperdigados, como si el lugar hubiera sido azotado por un huracán.

—¿Qué haces? —gritó Eli, lanzándose hacia ella para arrebatarse el libro de las manos—. ¿Quién te ha dado permiso para tocar mis cosas?

Amy no contestó. Se quedó mirándola con la boca abierta mientras un par de lágrimas empezaban a resbalar por sus mejillas. Al supo que tenía que hacer algo. Si la niña empezaba a berrear, iban a tener a Lucy allí en menos de cinco segundos gritándoles que se marcharan de su casa. Apartó a Eli a un lado, se inclinó hacia la niña y le tendió la mano. Ella le agarró como si fuera una tabla de salvación, aunque no separó su asustada mirada del rostro enfadado de Eli.

—Amy —la llamó—, vamos a salir fuera mientras Eli ordena esto. ¿Te gustaría aprender a tocar la guitarra?

Ella asintió y se levantó. Al descolgó su guitarra de la pared y, sin soltar a la niña, salió al jardín. Ella se detuvo antes de poner un pie fuera para recoger una pequeña sombrilla floreada que había dejado apoyada junto a la puerta de la caravana. Después de abrirla, le siguió.

—Tendremos que ir a un sitio que tenga sombra —dijo con la cabeza baja, como si le preocupara molestar.

—Perfecto. ¿Qué te parece ese árbol? —Señaló un grueso roble que se elevaba en el centro del jardín, a pocos pasos de la caravana.

Ella asintió y, sin decir nada más, le adelantó y fue avanzando bajo su sombrilla dando saltitos. Cuando llegó a la sombra, se arrodilló en el suelo, dejó la sombrilla y dio un par de golpes para indicarle a Al que se pusiera a su lado. Él sonrió y se sentó con las piernas cruzadas.

—Veamos... —dijo mientras empezaba a afinar las cuerdas—. ¿Has tocado la guitarra alguna vez?

—No. Solo he dado clases de solfeo y de piano, pero no creo que sea muy difícil —contestó ella con seguridad.

—Vaya, vaya... La niña se me está poniendo chulita —bromeó él—. No es tan fácil como crees. Ya lo verás.

Cuando estuvo seguro de que la guitarra estaba afinada, tocó un par de acordes antes de tendérsela a Amy.

—Ahora tú —le dijo con una sonrisa burlona—. Veamos lo que sabes hacer.

La niña tomó la guitarra y, a pesar de que le quedaba enorme, consiguió colocar bien las manos y repetir los movimientos que acababa de realizar Al. Cuando terminó, le devolvió la guitarra y la sonrisa burlona.

—No está nada mal —admitió él—. Ahora voy a tocar unos acordes y

veremos si eres capaz de imitarlos así de rápido. —Fue colocando los dedos y tocando mientras hablaba—. Do, Sol, La menor, Fa... Ahora tú.

Amy recogió la guitarra, colocó los dedos y tocó los cuatro acordes con facilidad. Ella volvió a tenderle la guitarra, pero Al, en lugar de cogerla, negó con la cabeza mientras fruncía el ceño.

—Me estás engañando, pequeña mentirosa. Tú ya sabes tocar la guitarra.

—No, de verdad —contestó ella riendo—, pero se me da muy bien la música. Toca una canción, a ver si me la aprendo.

Al aceptó la guitarra, colocó los dedos y se tomó unos segundos para elegir. Se acordó de una canción bastante fácil y que seguramente le gustaría.

—Esto es una balada de The Bangles. ¿Las conoces? —Levantó la vista de la guitarra para ver como la niña negaba con la cabeza—. Ya, claro... A ti no se te puede sacar de Mozart y Beethoven... Bueno, pues es un grupo de chicas muy famoso y esta canción, que se llama *Eternal Flame*, es uno de sus éxitos más conocidos. ¿Entiendes cómo va?

—No parece muy difícil —Amy frunció el ceño y se quedó mirándole a los ojos—. ¿Eli y tú lleváis mucho tiempo de novios?

—Bastante, unos seis años —contestó él sin dejar de tocar.

—¿Y la quieres mucho? —insistió la niña con gesto serio.

—Sí, muchísimo... ¿Por qué preguntas eso?

—Creo que podrías tener otra novia con la que estuvieras mejor —contestó ella sonrojándose—. Igual podría ser yo.

—Vaya, lo siento, pero estoy con Eli —dijo él sin poder contener una risita.

—Y si Eli se muriera, ¿te quedarías conmigo?

Los dedos se le quedaron paralizados. Desvió la mirada de la guitarra y contempló los ojos grises de Amy, que, en aquel momento le parecieron muy serios, muy sinceros, llenos de una determinación que no parecía propia de una niña tan pequeña. La voz se le quedó atascada en la garganta, aunque tampoco se le ocurría qué podía contestar a una pregunta como aquella. Por suerte, escuchó la voz de Eli, que se había acercado a ellos y les observaba desde un par de pasos de distancia, con los brazos cruzados frente al pecho y una expresión de enfado en la cara.

—Amy, tu madre debe de estar preocupada. Hace mucho que no sabe nada de ti —dijo en un tono que no admitía réplica—. Creo que es mejor que vuelvas a casa.

La niña se levantó sin discutir, recogió la sombrilla y echó a correr hacia la casa protegida bajo su sombra. Eli se sentó en el sitio que ella había ocupado segundos antes y la siguió con la mirada hasta que la vio desaparecer. Al decidió no decir nada y retomó la canción, esperando a que ella hablara.

—¿Te vas a quedar ahí tocando como si no hubiera pasado nada? —dijo Eli, furiosa.

—¿Y qué es lo que ha pasado exactamente? —preguntó él enarcando una ceja.

—Pues para empezar, me prometiste que yo sería la última chica a la que enseñarías a tocar la guitarra...

—Bueno, técnicamente Amy no es una chica. Es una niña —repuso él.

—No lo parece con esas preguntas que hace. ¿A ti te parece normal que vaya pidiendo vez para cuando yo me muera?

—*Esperando en una línea de verdes y azules, solo para ser el siguiente en estar contigo* —canturreó él mientras tocaba *To be with you* de Mr. Big.

—No tiene ninguna gracia, Al. —Eli cruzó los brazos frente al pecho y apretó

los labios hasta casi hacerlos desaparecer—. Esa niña está deseando que me muera para levantarme el novio y tú te lo tomas a cachondeo.

Él dejó la guitarra a un lado, se puso de rodillas frente a ella y agarró sus manos para hacer que dejara de tener los brazos cruzados frente al pecho. Ella se resistió y le esquivó la mirada.

—Venga, Eli... Ya sabes cómo son los críos. Juegan a que los muñecos se mueren y vuelven a levantarse y a estar vivos al minuto siguiente. No entienden la muerte como la entendemos nosotros.

Ella dejó de resistirse y dejó que él le abriese los brazos, la empujase hacia atrás y se tumbara sobre ella, a pesar de que siguió manteniendo su mirada de enfado.

—Amy ya tiene ocho años y es una niña muy inteligente para su edad — protestó, a pesar de que tener el cuerpo de Al tan cerca hacía que se le olvidaran los argumentos—. Estoy segura de que su concepto de la muerte es muy parecido al nuestro.

—¿Y eso qué más da? Tú no vas a morirte y yo no pienso separarme de ti nunca. —Él se perdió durante unos segundos en la profundidad de sus ojos negros antes de soltar una risa nerviosa y depositar un beso en la punta de su nariz—. Bueno, ahora sí voy a separarme, porque, si no lo hago, vamos a montar un espectáculo en el jardín y Lucy tendrá todas las razones del mundo para echarnos de su casa para siempre.

Se levantó, se frotó las rodillas para quitarse los restos de tierra y hierba del pantalón y recogió la guitarra. Antes de entrar en la caravana, se giró hacia Eli, que se había vuelto a sentar y vigilaba la casa con una arruga de preocupación en el ceño.

—En serio, no se lo tengas en cuenta —dijo con una sonrisa despreocupada en

el rostro—. Son cosas de crías.

Eli asintió y le devolvió una sonrisa falsa, pero siguió con la mirada clavada en la fachada de la casa. Él miró hacia allí y pudo distinguir un movimiento en las cortinas de la habitación de Amy, como si hubiera alguien tratando de espiarles sin ser descubierto. Volvió a sentir un estremecimiento para el que no encontró razón. Por lo que sabían, no había nada raro en aquella casa ni en aquella niña, pero se sentiría mucho más tranquilo cuando hubieran solucionado aquel caso y se encontraran a un montón de millas de distancia.



CAPÍTULO OCHO

—Chicas, hemos llegado —anunció Al tras detener la caravana frente al patio del colegio.

Amy soltó un grito de emoción y se asomó por una de las ventanillas. Me di cuenta de que, tal como nos había comentado, aquel día el cielo estaba cubierto de espesas nubes grises. Se giró hacia mí con los ojos brillantes y una sonrisa iluminando su cara.

—No hay sol. ¿Puedo dejar aquí la sombrilla? —preguntó mientras se quitaba el sombrero de paja adornado con cintas azules que su madre le había obligado a ponerse.

La miré y, sin poder evitarlo, le devolví una sonrisa y asentí. Comprendía perfectamente cómo se sentía. Debía de resultar muy difícil encajar entre sus compañeros asistiendo tan pocos días a clase y teniendo que llevar aquellos vestidos de muñeca que su madre le obligaba a ponerse. Llevar también una sombrilla la convertiría en la diana para las burlas de todos.

Al se había acercado a nosotras y, tras descolgar su guitarra de la pared, le dio

la mano a Amy. Ella me tendió la otra. Durante un segundo, me planteé que debería estar enfadada con ella por haber estado cotilleando entre mis cosas y por lo que le había dicho a Al, pero, al verla tan bonita, tan sonriente e ilusionada, decidí olvidarme de todo.

—Adelante —dijo Al saliendo el primero de la caravana—. Vamos a enseñar a esta gente lo que es buena música.

Mientras recorríamos el patio hasta la entrada del colegio, me di cuenta de que éramos el centro de atención de todas las miradas. La verdad era que formábamos un grupo muy peculiar: Al y yo con nuestras ropas oscuras y nuestras pintas de adoradores de Satán, escoltando a una princesa cubierta con tules y lazos. Por un momento, me planteé que pronto haríamos lo mismo con nuestra propia hija, con nuestra Lara. En unos meses, la tendríamos en nuestros brazos y, en un par de años, podríamos pasear con ella, agarrándola cada uno por una mano. Sonreí al pensar que la escena sería un poco diferente. No me imaginaba a Al permitiendo que nuestra hija llevase un vestido como el que llevaba Amy. Habría apostado todo mi dinero a que Lara tendría unos pantalones vaqueros antes de haber dado su primer paso.

Cuando llegamos a la puerta del gimnasio, Amy se soltó de nuestras manos y corrió hacia un grupo de niños que la recibió con los brazos abiertos y gritos de alegría. Parecía que me había equivocado con la pequeña. No tenía nada que ver con la niña solitaria e impopular que yo había imaginado. Todo el mundo parecía tan feliz de verla que habían hecho un corro alrededor de ella y esperaban turno para abrazarla.

—Bueno, habrá que apuntarse a la competición. —Al me dirigió una sonrisa burlona—. ¿Te atreves a cantar con nosotros o eres tan gallina que te da miedo una competición escolar?

—No me da miedo, pero no le veo el sentido. —Señalé el escenario. En aquel

momento una madre y sus dos hijos interpretaban, sin mucha gracia, la canción *Soy una taza*—. Mira el nivel, tío. ¿En serio quieres enfrentarte a eso?

—No solo quiero enfrentarme a ellos. Quiero hacerles morder el polvo.

—Estás enfermo —dije riendo—. No se puede ser tan competitivo.

—Claro que se puede. Van a flipar con el número. —Sonrió emocionado y me estampó un beso en los labios—. Nos apunto a los tres: Amy al piano, yo a la guitarra y tú a la voz principal.

Iba a protestar, diciéndole que ni siquiera me había avisado de qué canción íbamos a interpretar, pero él ya se alejaba entre la gente, rumbo a la mesa de la organización. Me giré buscando a Amy y vi que estaba sentada con varias amigas cerca de una mesa repleta de chucherías. Me acerqué hasta ella a toda prisa.

—Amy, cariño —dije cuando llegué a su lado—, recuerda que tu madre nos ha dicho que no debes comer nada por tus alergias.

—Tranquila, Eli. No comeré nada —contestó tras guiñarme un ojo.

Vi que, a pesar de que sus amigas no paraban de coger chokolatinas y caramelos a dos manos, ella mantenía las suyas sobre el regazo. Aquella niña era tan responsable que casi no hacía falta ni cuidarla, así que decidí no molestarla y dejarla a solas con sus compañeras. Seguro que tenían un montón de cosas que contarse.

Me alejé unos pasos y me apoyé contra una de las paredes del gimnasio a esperar a que volviera Al. No tenía ninguna gana de relacionarme con las madres de las otras alumnas. Me di cuenta de que, a un par de pasos de mí, había una niña sentada en el suelo. Debía de tener la misma edad que Amy y era muy probable que fuera una de sus compañeras de clase, porque no quitaba ojo de las risas y conversaciones que mantenían Amy y sus amigas. Me dio

pena aquella niña, con su cuerpo regordete, sus enormes gafas y su cara tan cubierta de pecas que no había sitio para una más. Yo había estado muchas veces en su lugar, aislada y separada del grupo por miedo a un rechazo que no tenía por qué producirse. Pensé que me habría gustado que, en aquellos momentos en los que me sentí tan sola y fuera de lugar, alguien se hubiera acercado para decirme que no había nada que temer. Quise ser ese alguien para esa niña.

Me acerqué a ella y me senté en el suelo a su lado, con las piernas cruzadas. Ella se giró hacia mí y me miró con unos enormes ojos de cervatillo asustado.

—Hola, soy Eli —me presenté mientras le tendía la mano.

Ella se quedó mirándola como si fuera una serpiente venenosa, pero, al cabo de unos segundos, me devolvió el saludo con timidez, apenas rozando mis dedos. Daba la impresión de que temía que fuera a agarrarla con fuerza y evitar que huyera si lo necesitaba.

—¿Cómo te llamas tú?

—Mildred —respondió con un hilo de voz.

Me dio lástima. Hasta su nombre era feo, de tía solterona que vivía rodeada de gatos. Escuché un coro de risitas procedente de la mesa en la que estaban Amy y sus amigas y noté que la niña se encogía aún más en sí misma.

—¿Por qué no vas con ellas? —pregunté—. ¿Te tratan mal?

—No. Son mis amigas —contestó ella mientras jugaba con los cordones de sus zapatillas para evitar mi mirada.

—Si son tus amigas, ¿por qué no estás con ellas?

—No quiero estar con Amy. Me da miedo.

Aquello despertó todas mis alarmas. Desde que habíamos conocido a Amy,

habíamos presenciado como todo el mundo la adoraba y se desvivía por ella. Incluso Al y yo habíamos caído subyugados ante su encanto, a pesar de que deberíamos habernos mantenido distantes e imparciales para poder investigar con objetividad. Por fin encontraba a alguien con una opinión diferente.

—¿Te ha hecho algo? —La niña esquivó de nuevo mi mirada, así que la agarré por un brazo y tiré de ella para llamar su atención—. ¿Por qué te da miedo?

Mi gesto debió de ser demasiado brusco porque, en lugar de contestar, Mildred me lanzó una mirada aterrada y tiró de su brazo para intentar liberarse. Yo seguí agarrándola, decidida a no dejar que se marchara sin darme una respuesta.

—Contéstame, Mildred —dije con tono firme y autoritario—. ¿Por qué te da miedo?

—Porque muerde... —contestó ella entre lágrimas.

—Eli, ¿vienes? —escuché a mi espalda.

Me giré y vi a Amy de pie a nuestro lado, con las manos cruzadas sobre el regazo y una sonrisa angelical en la cara. Me volví hacia Mildred y vi que tenía los ojos desorbitados y la cara desencajada por el terror. Solté su brazo y ella se levantó, trastabillando con sus propios pies, y cruzó el gimnasio a la carrera para ir a refugiarse en el cuarto de baño. Volví a mirar a Amy, que seguía sonriéndome como si no se hubiera percatado de la extraña escena.

—Salimos a actuar en cinco minutos —anunció con su voz infantil—. Al ya nos está esperando al lado del escenario.

Me agarró la mano y tuve que hacer un esfuerzo para no retirarla ante su contacto helado. Miré un par de veces hacia atrás, hacia la puerta por la que Mildred había desaparecido. Me habría encantado volver a hablar con ella y conseguir respuestas, pero, teniendo en cuenta que aquella niña había visto que

yo estaba relacionada con Amy, dudaba mucho que quisiera volver a hablar conmigo.

Seguí a Amy hasta la parte baja del escenario. Al ya estaba allí, con la guitarra colgada, afinando las cuerdas para que sonara perfecta. Eché un vistazo a la actuación que estaba a punto de terminar. Una madre, con su hijo de cuatro o cinco años en brazos, destrozaba el himno nacional mientras el niño lloraba a moco tendido.

—En serio, Al... No puedo creer que quieras subir ahí. —Negué con la cabeza, burlona—. ¿De verdad te vas a sentir mejor por ganarle a estos críos?

—Ganar es ganar. Yo no tengo la culpa de que sean tan penosos. —Hizo que nos colocáramos en corro, como los jugadores de fútbol americano antes de comenzar una jugada—. Vamos a tocar *Stand by me*. ¿Te sabes la letra? — Esperé hasta que yo asentí—. Perfecto, vamos tocando los dos la melodía principal y, cuando acabe toda la letra, yo sigo tocando y Amy improvisa algo al piano, algo con mucho rollo. Sabes improvisar, ¿verdad? —Fue el turno de Amy para asentir—. Genial, cuando te guiñe el ojo, retomas la melodía principal y yo me marco un solo de guitarra que lo van a flipar.

—Te estás emocionando demasiado. ¿Tú estás viendo el nivel? —pregunté sin poder contener una carcajada.

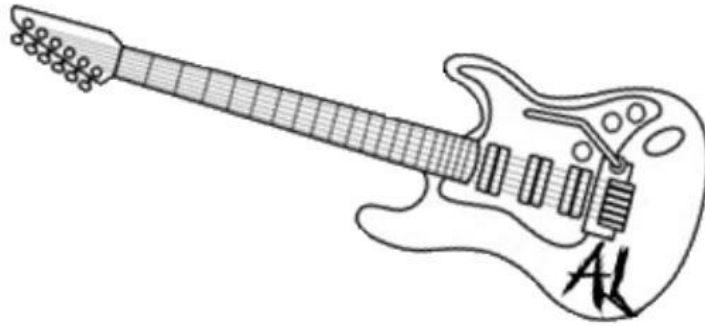
—Siii... y les vamos a destrozar.

Una de las profesoras de la escuela acababa de presentarnos como “Amy y los dioses del *rock*”. Me dio tal ataque de risa que, durante unos segundos, temí que no fuera a ser capaz de cantar, pero Al me lanzó una mirada envenenada, advirtiéndome de que no me perdonaría que estropease su gloriosa actuación. Asentí con la cabeza para avisarle de que estaba preparada y empecé a cantar cuando él me lo indicó. Era una canción sencilla y no era difícil que sonara bien, así que, a pesar de la vergüenza que me daba que la gente me mirara, no

pude evitar sonreír al ver que todo el mundo en el gimnasio dejaba de comer y conversar y se acercaba al escenario para contemplar nuestra actuación. Parecía que, en cuestión de música, éramos lo mejor que había pasado por Milford en las últimas décadas. Cuando mi parte terminó y Amy empezó a tocar su solo de piano, la gente prorrumpió en aplausos. Todos nos quedamos hipnotizados mirándola. Nunca había escuchado a nadie tocar tan bien, con tanto sentimiento y metiendo tantas notas por segundo. Aquella niña estaba convirtiendo una canción tan sencilla como *Stand by me* en una interpretación digna de un concertista virtuoso con años de carrera a sus espaldas. Tocó tan bien que, ante el aplauso que despertó en el público, Al renunció a su solo de guitarra y dejó que ella se llevara todas las felicitaciones.

Nadie quiso actuar después de nosotros. Hicieron una ridícula votación en una urna de cartón y arrasamos. Cuando nos llamaron al escenario para recoger el trofeo, dejé que fuese Amy quien lo levantara, triunfante. Desde allí arriba, recorrí con la vista las caras del público, buscando a Mildred. Cuando la encontré, en una de las últimas filas y agarrada a una mujer que debía de ser su madre, le hice un gesto para indicarle que me esperara y bajé para hablar con ella. Vi que la niña empezaba a llorar y a tirar del brazo de su acompañante, tratando de llevársela hacia la salida, y decidí detenerme. No podía forzar a aquella niña a hablar conmigo ni montar una escena. Sería mejor que fuera discreta.

Por desgracia, cuando me giré de nuevo hacia el escenario, vi que mis movimientos no habían pasado desapercibidos. Amy había dejado de saltar y gritar de alegría y se mantenía quieta, agarrando su trofeo con tanta fuerza como para que los nudillos se le pusieran blancos, mientras seguía con la mirada el recorrido de Mildred y su madre hasta la salida del gimnasio. Sentí que mi cuerpo se estremecía como si la temperatura hubiera descendido de repente. No me había gustado nada aquella mirada.



CAPÍTULO NUEVE

Al entró en la caravana por la puerta del copiloto, abrió la guantera y estuvo un rato revolviendo entre las cintas hasta darse por vencido. Normalmente había dos o tres paquetes de tabaco allí guardados, pero, por más que miró, no encontró ninguno. Era normal que se hubieran acabado. Eli era la encargada de comprar el tabaco para los dos, pero parecía que, al haber dejado de fumar, había decidido dejar también de comprar sin comentárselo.

Bajó enfadado de la caravana y se dirigió hacia el roble que se alzaba a pocos pasos. Eli estaba a su sombra, tumbada boca abajo sobre la hierba, rodeada de libros y cuadernos. A pesar de que llevaba puestos unos cascos, tenía el volumen tan alto que podían oírse los chasquidos de la batería. Aprovechó que ella estaba ensimismada en su música y sus apuntes para acercarse poco a poco, arrodillarse a su lado, inclinarse sobre ella y depositar un beso en su cuello. Eli pegó un grito, asustada, y él no pudo evitar reírse mientras ella se sentaba en la hierba y se quitaba los cascos.

—Casi me matas del susto —le riñó.

—Lo siento, es que me lo pones a huevo —contestó él, encogiéndose de

hombros. Llevó la mano al bolsillo de sus pantalones y le enseñó que solo tenía dos cigarrillos en el paquete—. ¿No sabrás si tenemos más tabaco en la caravana?

—En la guantera —contestó ella antes de volver a tumbarse para retomar su lectura.

—Ahí ya he mirado y no hay. ¿Algún otro sitio?

—No. Lo siento.

—Joder, ahora voy a tener que ir hasta el pueblo a por tabaco. —Al se incorporó, puso las manos en sus caderas y resopló.

—Cualquiera diría que tienes que ir hasta el Polo Norte. No hay ni dos millas.

—No me apetece caminar dos millas con este calor —protestó él.

—Pues llévate la caravana, vago.

—¿No vas a necesitar nada de dentro? —Esperó hasta que ella negó con la cabeza—. ¿Quieres acompañarme? Te invito a una cerveza en el pueblo.

—Lo siento, pero no puedo. —Ella volvió a sentarse, cerró el libro que había estado leyendo y lo depositó en el suelo a su lado—. Ya llevamos aquí cinco días y no tenemos nada sobre el caso. Quiero hablar con Tony esta tarde y poder decirle algo.

—¿Algo como qué? —preguntó Al sentándose a su lado.

—Sinceramente, creo que no hay nada raro aquí —admitió ella—. Esta mañana, mientras ellos aún dormían, he paseado por toda la casa con un péndulo y no he encontrado energías alteradas. También he hecho una sesión de ouija en su salón y no he conseguido nada. Este sitio está limpio.

—¿Y cómo explicamos entonces el comportamiento de Amy?

—Será sonámbula, como dice su madre. —Eli negó con la cabeza, apenada—. Ya ni siquiera se levanta y no hemos visto que haya salido nunca de la casa. No podemos seguir aquí, cobrándole mil dólares diarios a Tony. De hecho, estoy pensando en decirle que no nos debe nada.

—No vayas tan rápido —la cortó Al—. Hemos venido hasta aquí, hemos dedicado varios días a investigar, yo he tenido que estar arrancando malas hierbas bajo un sol abrasador y tú has tenido que aguantar a la histérica de su mujer. Gratis no le va a salir. Voy al pueblo a por tabaco y, cuando vuelva, hablamos.

Ella asintió, se despidió de él con un rápido beso y volvió a tumbarse boca abajo para repasar otro de sus libros de ocultismo. Él regresó a la caravana, pero, antes de entrar, se detuvo y volvió a mirarla. Si incluso ella decía que leer aquellos libros no iba a servir para nada, podría dejarlos y acompañarle a tomar una cerveza al pueblo. Pensó en regresar a su lado e insistir, pero ella ya había vuelto a ponerse los cascos. Estaba seguro de que se enfadaría si se acercaba y volvía a asustarla. Lo mejor sería ir al pueblo, comprar tabaco y unas latas de cerveza y regresar. No tardaría ni veinte minutos.

Escogió una cinta al azar, la metió en el casete y subió el volumen al máximo. Las vibrantes notas de *I still haven't found what I'm looking for* de U2 ocultaron el sonido del motor de la caravana al arrancar. Dio un par de toques al claxon como despedida y salió de la propiedad de los Matthews en dirección al pueblo.

A pesar de que la carretera era estrecha y estaba mal asfaltada, llevó la caravana a la máxima velocidad permitida durante todo el trayecto. No sabía qué le sucedía. El cielo estaba despejado y el sol brillaba con fuerza. El bosque, a pesar de seguir siendo espeso y oscuro, resultaba mucho menos tenebroso con aquella luz. La canción que estaba sonando siempre le ponía de

buen humor e incluso había ido dando golpecitos en el volante, siguiendo el ritmo. Todo parecía ir bien, pero tenía muchas ganas de terminar sus recados y volver al lado de Eli. De hecho, algo en su interior le decía que no debería haberse marchado, que no debía ir a aquel pueblo.

Llegó a Milford en menos de cinco minutos y aparcó frente al área de servicio de una gasolinera. Entró en la tienda y recorrió a grandes zancadas la distancia que le separaba de las neveras en las que se guardaban las bebidas. Tras coger un par de packs de cerveza, se dirigió al mostrador. El dependiente, un chico pelirrojo con un ridículo intento de bigote bajo la nariz, le saludó con una sonrisa.

—¿Desea algo más, señor?

—Sí, un cartón de Lucky —respondió Al mientras sacaba la tarjeta de crédito del bolsillo de la chaqueta.

—Al, ¿eres tú? —Escuchó una voz conocida a su espalda—. ¿Aleister McNeal?

Se giró para ver quién le hablaba y una expresión de sorpresa inundó su cara. A pesar de las bermudas de colores, las gafas de sol y los ridículos sombreros que llevaban, reconoció a los dos hombres que tenía enfrente. Eran Ethan Morris, el sheriff de Rockport, y su primo Stan, el director de la prisión de Sing Sing.

—¿Ethan? ¿Stan? —dijo, lanzándose hacia el sheriff para darle un abrazo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Stan tiene una cabaña en estos bosques. Nos ha invitado a pasar unos días —contestó Ethan mientras le abrazaba y le plantaba unas cuantas palmadas en la espalda con tanta fuerza como para alinearle las vertebras—. La pregunta es qué haces tú aquí.

—Bueno, estamos resolviendo un caso... Ya sabéis —dijo Al, bajando un poco el tono de voz.

—¿Sigues con esa chica?

Se sintió incómodo ante el tono con el que Ethan le había hecho aquella pregunta, echándose un paso hacia atrás y arrastrando las últimas palabras, como si le diera asco pronunciarlas. Ya había pasado el tiempo suficiente como para que le perdonara a Eli lo que había pasado con John. Además, ellos no habían dudado cuando les pidió que acudieran a Sing Sing a ayudar a su primo Stan. Tanto él como su primo deberían estar agradecidos por todo lo que Eli había hecho por ellos. Antes de contestar y poner a Ethan en su sitio, dirigió la mirada hacia el otro hombre. Stan parecía muy incómodo en su presencia. Cambiaba el peso de una pierna a otra y paseaba la vista por todas las estanterías de la tienda, en un intento de no cruzarse con su mirada. Parecía que habría dado cualquier cosa por estar muy lejos de aquel lugar y que estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no pedirle a Ethan que se marcharan.

—Sí. Sigo con Eli. —Se volvió hacia el mostrador y le pasó al dependiente la tarjeta de crédito—. Ha sido un placer encontraros. Espero que paséis unas buenas vacaciones.

El dependiente le tendió una bolsa de papel marrón, en la que había colocado las cervezas y el tabaco. Al la recogió y se apartó a un lado para permitir que Ethan y su primo se acercaran al mostrador, pero este alargó el brazo y le agarró por la manga de la chaqueta.

—Escucha, Al —dijo con tono grave—. Creo que hay algo importante que tenemos que hablar contigo.

—Ethan, olvídalo —rogó Stan—. Seguro que el chaval ya lo sabe.

Aquellas palabras despertaron el interés de Al. ¿Qué era aquello que tenía que

saber? ¿Y por qué Stan parecía tan aterrado? Daba la impresión de estar a punto de salir corriendo de la tienda y no detenerse en varias millas.

—No. Estoy seguro de que no lo sabe —contestó Ethan encarándose con su primo—. Conozco bien a este chaval y sé que es un tío con valores. Si lo hubiera sabido, se habría negado. Y, si ella se lo hubiera contado, ya no seguirían juntos.

Al sintió un leve mareo, como si el suelo hubiera temblado y la luz del sol hubiera perdido brillo. No sabía de qué estaban hablando aquellos dos y empezaba a temer que no iba a sacar nada bueno de saberlo. Parecían insinuar que Eli le ocultaba algo, algo tan grave como para que él no quisiera continuar a su lado. En cuanto dedicó un segundo a pensarlo, la desconfianza desapareció y una sonrisa sarcástica se abrió paso en su cara. No había nada en el mundo tan malo como para hacer que él abandonara a Eli.

—¿Podéis dejaros de misterios y decirme de qué demonios estáis hablando? —preguntó, impaciente.

—Sí. Creo que mereces saberlo. —Ethan le cogió del brazo y le llevó hacia la puerta, mientras señalaba un bar situado al otro lado de la carretera—. Vamos ahí. No creo que mi primo pueda hablar de esto sin tener un buen trago delante.

Cuando Stan terminó de hablar, Al le dio un sorbo a su cerveza, esbozó una de sus sonrisas de medio lado y se limitó a mirar por la ventana mientras negaba con la cabeza.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Ethan.

—¿Qué quieres que diga? —Al cogió su paquete de tabaco de encima de la mesa, encendió un cigarrillo y le dio una larga calada antes de volver a hablar

—. Lo que me estáis contando es imposible. Conozco a Eli...

—Quizá no la conozcas tanto como tú crees —sugirió Stan con un hilo de voz.

—La conozco mil veces mejor que vosotros. —Notó que había gritado y que varios clientes del bar se habían girado hacia ellos, así que bajó el volumen—. Llevo seis años viviendo con ella. No hay nadie en el mundo que la conozca como yo. Lo que me contáis es ridículo.

—Solo te he contado lo que pasó —insistió Stan—. Esa chica escogió a uno de los presos y lo sacrificó frente a mis ojos.

—¡Que no, joder! —Al dio un golpe con la mano abierta sobre la mesa, consiguiendo que incluso el camarero se girara hacia ellos con el ceño fruncido—. No te digo que no te pareciera ver eso, pero tuviste que entenderlo mal.

—Se lo pregunté, Al. Le pregunté si sabía que ese hombre iba a morir antes de hacer el ritual y me dijo que sí... Y después me amenazó con lanzar contra mí a todos los espíritus de la prisión si no os pagaba. Esa chica no es lo que tú crees.

Al volvió a forzar una sonrisa de incredulidad mientras negaba con la cabeza. No podía creerse lo que le estaban contando. No quería creérselo. Le habría gustado pensar que todo aquello era una broma o una retorcida venganza de Ethan por lo que pasó con John, pero la mirada de Stan parecía sincera y cargada de lástima por él.

—Te lo advertí en Rockport, hace ya años —intervino Ethan—. Esa chica no es una buena persona. Esa cruzada personal contra las fuerzas del mal, o lo que demonios crea que está haciendo, la está volviendo cada vez más loca. Ya no sabe lo que está bien y lo que está mal. Tienes que detenerla, Al... o al menos separarte de ella para que no te salpique.

Al apretó los dientes y cerró los puños con tanta fuerza que se hizo daño. Tenía ganas de gritar, de golpear a aquellos dos hombres... Sabía que ellos no eran los culpables de la rabia que sentía, que solo eran los mensajeros, pero en aquel momento quería destrozarlos a puñetazos, hacerlos desaparecer... Aquellos pensamientos eran inútiles, además de injustos. Nada podría hacer retroceder el tiempo para que nunca se hubieran encontrado, para que nunca le hubieran contado todo aquello.

—Gracias por vuestro interés, pero seré yo quien decida qué hacer con mi vida —dijo, tratando de ocultar el veneno que impregnaba sus palabras.

Acabó su cerveza de un solo trago y se levantó dispuesto a irse sin decir nada más, pero Ethan le agarró por el brazo para impedirselo. Tiró con fuerza para soltarse, pero el hombre le tenía bien sujeto y no se lo permitió.

—Al, en serio... Piénsalo... Primero fue John, después ese preso... ¿Quién será el siguiente en su lista de sacrificios? ¿Las personas para las que estáis trabajando ahora? ¿Tú mismo? Hay que pararla.

—¿Y vas a hacerlo tú? —preguntó Al, sarcástico—. ¿O tu primo? ¿Quién de los dos le tiene más miedo? Si tan seguro estás de que hay que detenerla a cualquier precio, puedo deciros dónde está. Podéis ir a por ella y quemarla en la plaza mayor del pueblo.

—Sabes que no es eso lo que queremos, Al —contestó Ethan desviando la mirada.

—¿Y qué es lo que queréis?

—Que hables con ella. A ti te escuchará...

—¿Y si no lo hace?

—Espero que, al menos, te alejes de su camino —respondió Ethan, levantando la cabeza para mirarle con gesto preocupado—. Eres buen chaval y estás a

tiempo de salvarte.

Volvió a mover el brazo bruscamente y, en aquella ocasión, consiguió que Ethan le soltara. Sin decir nada más, salió a paso rápido del bar. En cuanto estuvo fuera, se detuvo. Se sentía mareado, como si el suelo hubiera perdido consistencia bajo sus pies. Sus pensamientos iban tan deprisa y eran tan confusos que se habían convertido en una maraña sin sentido. Lo único real y claro era lo que sentía en el centro de su pecho: un agujero negro, punzante y doloroso que amenazaba con seguir creciendo y tragarse todo lo que alguna vez había significado algo para él.

Tomó aire unas cuantas veces en un vano intento de tranquilizarse. Quería correr hasta caer rendido de agotamiento, gritar hasta expulsar todo el dolor, llorar hasta acabar con la angustia que se le estaba instalando dentro, golpear a cualquiera, destrozarse cualquier cosa... Lo que fuera menos pensar y empezar a creer que lo que le habían contado era cierto.

Trató de aferrarse a los pensamientos que había tenido mientras se lo contaban: era un error, lo habían entendido mal o querían mentirle por alguna razón que no alcanzaba a comprender. Tenía que ser eso. Tomó aire un par de veces más y cruzó la calle a la carrera para dirigirse a la caravana. Solo había una persona que podía aclararle lo que había pasado, solo ella podía hacer que sus dudas se desvanecieran y el dolor desapareciera. Tenía que mirarla a los ojos y pedirle que le contara la verdad.



CAPÍTULO DIEZ

Hacía ya rato que había dejado de leer mis libros. Seguía sentada debajo del roble con las piernas cruzadas y la vista fija en el pedazo de carretera por el que Al se había marchado hacía una hora. Estaba tardando demasiado. No debería haberle llevado más de un cuarto de hora llegar hasta Milford, comprar tabaco y volver. Trataba de decirme a mí misma que no había nada por lo que preocuparse. Lo más probable era que hubiese encontrado alguna sala de juegos en la que echar unas partidas. Aquello sonaba muy razonable, pero, aunque no sabía explicar por qué, me sentía intranquila.

Escuché cómo se abría la puerta de la casa de los Matthews y vi salir a Tony, vestido con una camiseta vieja y unos vaqueros desgastados. Me saludó con la cabeza y se dirigió a la parte del jardín en la que se suponía que iba a levantarse el cobertizo. Una vez allí, desenrolló los planos y empezó a mover tablas de un lado para otro. Por su cara de desconcierto, pude adivinar que tenía la misma idea que Al sobre construcción.

Pensé en acercarme a él. En algún momento tendría que hablarle y admitir que no estábamos avanzando en la investigación y que no me parecía ético

cobrarle el dinero que le habíamos pedido. Pensaba que, si era sincera con él, quizá podría conseguir que nos dejara pasar unos días más allí para asegurarme por completo de que no había nada paranormal rondando a su hija.

Ya estaba levantándome para dirigirme hacia él cuando escuché el ruido de un motor acercándose por la carretera. Conocía tan bien aquel sonido que no tardé ni un segundo en saber que era nuestra caravana y que Al la estaba conduciendo a toda la velocidad que daba el motor. Tony también debió de notarlo, porque dejó en el suelo las tablas que llevaba en brazos y se quedó mirando el camino de entrada con las manos apoyadas en las caderas y una expresión de interés en la cara.

La caravana apareció en el camino levantando una nube de gravilla. Siguió avanzando hasta llegar a mi lado y frenó en seco. Me acerqué hasta la ventanilla del copiloto, que estaba bajada, y me puse de puntillas para asomarme.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté, enfadada—. ¿Es que quieres matarte?

—Sube a la caravana.

Pronunció aquellas palabras sin mirarme siquiera. Tenía la vista fija más allá del cristal delantero, en un punto del infinito. Me di cuenta de que agarraba el volante con tanta fuerza como si quisiera arrancarlo y que los músculos de su mandíbula estaban en tensión. Una extraña sensación de frío invadió mi cuerpo. No sabía qué le pasaba, pero no me parecía buena idea ir con él a ningún sitio en aquel momento.

—¿Qué te pasa? —insistí—. ¿Dónde quieres ir?

—¡He dicho que subas a la puta caravana! —gritó.

Se giró hacia mí y pude ver en sus ojos una rabia tan intensa que me dio

miedo. Si el fuego fuera de color azul, habría brillado con la intensidad de aquellos ojos. Sin ser consciente de ello, reulé un par de pasos hasta chocarme con algo. Me giré y vi a Tony. El hombre me lanzó una sonrisa y puso una mano en mi hombro.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Nada de tu incumbencia —respondió Al, casi escupiendo las palabras—. Eli, sube de una vez.

—No tienes que ir con él si no quieres —me dijo Tony.

Al apretó los dientes con tanta fuerza que los escuché rechinar. No sabía qué le pasaba, pero conocía aquella expresión. Tenía ganas de pelea y, si no accedía a ir con él, era capaz de liarse a puñetazos con el pobre Tony. Me giré hacia él y le lancé una sonrisa tranquilizadora.

—No pasa nada. Volveremos enseguida.

Me quedé mirando la mano que aún mantenía en mi hombro. Parecía que no le hacía mucha gracia tener que ceder, pero acabó soltándome. Subí a la caravana y volví a dirigirle una sonrisa para convencerle de que estaría bien. Al arrancó de inmediato, sin dar tiempo a que Tony dijera nada más.

—¿Se puede saber qué te pasa? —grité en cuanto dejamos la casa a la suficiente distancia como para que no nos oyeran—. ¿Crees que esa es manera de hablarle a un cliente?

—Me la pela muchísimo lo que piensen los clientes —gruñó.

—¿Me vas a decir qué te pasa de una puñetera vez? —insistí furiosa.

—Espera.

No dijo nada más. Siguió conduciendo como un loco sin mirarme ni una sola vez. Durante aquel par de minutos, me dio tiempo a repetirme una y mil veces

que no tenía nada por lo que preocuparme. Era Al. Él nunca me haría daño.

Sacó la caravana de la carretera y aparcó en un pequeño prado. Antes de que pudiera preguntarle nada, cerró los ojos y respiró profundamente un par de veces. Cuando se giró hacia mí, su mirada había cambiado. Parecía calmado, incluso frío, como si hubiera conseguido encerrar la rabia que había mostrado segundos antes. No me engañó ni por un segundo. Sabía que seguía allí.

—Me he encontrado con Ethan y Stan en el pueblo.

Lo dijo lentamente, casi saboreando cada palabra, mientras mantenía sus ojos fijos en mí, lanzándome una mirada tan penetrante como si estuviera tratando de ver en mi alma. Sentí que un abismo se abría bajo mis pies. No hacía falta que Al me explicara nada más. Sabía perfectamente qué le habían contado y por qué estaba tan furioso. Aún así, decidí disimular. No iba a inculparme sin estar segura de que se lo habían contado todo.

—¿Y qué te han dicho? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Qué crees tú que me han dicho? —Se mantuvo en silencio, esperando a que yo contestara, pero lo único que pude hacer fue agachar la cabeza para esquivar su mirada—. ¡Joder, Eli! Déjate de chiquilladas. Me han contado todo lo que pasó en Sing Sing.

Continué en silencio. Me daba la impresión de que el aire no llegaba a mis pulmones y mi garganta se había cerrado por completo. No habría podido hablar ni aunque hubiera querido, pero, además, no quería hacerlo. Solo podía pensar que aquella situación tenía que ser la misma pesadilla que ya había tenido docenas de veces en los últimos dos años, esa pesadilla en la que él descubría que le había estado mintiendo y me abandonaba para siempre.

—Stan me ha dicho que, para terminar con Fish, escogiste a un preso en particular y que lo sacrificaste en su presencia —continuó él al ver que me

negaba a hablar—. Dice que reconociste que sabías que iba a morir desde antes de hacer el ritual y que te dio igual. ¿Es verdad eso? ¿Mataste a un hombre a sangre fría? ¿Le condenaste a muerte para realizar uno de tus putos rituales?

—¡No! Le condené a muerte para salvarte. Lo hice por ti.

—¡Yo no te lo pedí! —gritó fuera de sí antes de darle un puñetazo al volante.

—No pude preguntártelo. No podía hablar contigo.

—No hacía falta. —Volvió a mirarme con una furia infinita—. Me conoces. Sabes perfectamente que te habría dicho que no.

—Me da igual. —Las primeras lágrimas escaparon sin control de mis ojos—. Tenía que salvarte. Habría hecho cualquier cosa por recuperarte, habría matado a cien personas, a mil, a las que hubieran sido necesarias...

—¿Te estás oyendo? ¿Te das cuenta de lo desquiciada que sueñas? —El brillo de su mirada había cambiado. Me dio la impresión de que me tenía miedo—. ¿En qué te diferencias ahora de la mujer de Rockport que invocaba a Apolyon para salvar la vida de su hijo? Tú misma dijiste que lo que hacía aquella mujer no tenía justificación, que debíamos detenerla... Incluso sugeriste que debíamos matarla... ¿En qué se diferencia lo que hacía ella de lo que hiciste tú?

—En nada... —contesté en un susurro—. En aquel momento no entendía que se puede amar tanto a alguien como para que todo el resto del mundo deje de importar. ¿No harías tú lo mismo por mí?

Él se quedó mirándome con la boca abierta y los ojos desorbitados, como si acabara de preguntarle algo en un idioma extranjero, antes de negar con la cabeza.

—No. Yo estoy dispuesto a morir por ti, pero no podría matar a alguien. Mi

conciencia no me permitiría vivir con eso. Y la tuya tampoco debería permitirte haber matado a un inocente y seguir durmiendo tan tranquila por las noches. Si has sido capaz de eso, estás mucho más perdida de lo que yo creía.

—No era un inocente. —Traté de disculparme—. Lo comprobé antes de elegirle. Había matado a sangre fría a su propia hermana. Hablé con el espíritu de la chica y me dijo que estaba esperando venganza...

—Ya basta, Eli... Joder, cada palabra que pronuncias me da más asco. — Volvió a fijar la vista en un punto lejano del horizonte, como si ni siquiera se atreviera a mirarme—. Ese hombre ya estaba pagando por lo que había hecho y la pena de muerte está abolida en el estado de Nueva York desde hace décadas. ¿Qué derecho tenías tú para volver a instaurarla? ¿Crees que saber que te pasaste horas escogiendo a una víctima que cumpliera con los requisitos que te permitieran tener la conciencia tranquila va a hacer que te comprenda? ¿No entiendes lo enfermizo que es todo esto?

Me quedé en silencio, con la cabeza baja, dejando que las lágrimas resbalaran por mis mejillas. Sabía que él tenía razón. Por supuesto que lo sabía. Lo había sabido desde antes de hacerlo y no había habido día desde entonces en el que no me hubiera sentido culpable. Sin embargo, seguía pensando que no había tenido otra opción y que, de encontrarme en la misma situación, volvería a hacerlo una y mil veces. También sabía que él no me comprendía y que no lo haría nunca, así que solo pude quedarme en silencio esperando mi sentencia.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto? —Su voz fue solo un susurro, pero se me clavó en el alma como el más hiriente de los gritos—. Que has vuelto a mentirme, que llevas dos años mintiéndome...

—No lo habrías comprendido...

—Claro... —Dejó escapar una risita que me sonó desquiciada—. Por eso es mejor mantener engañado al tonto de Al, dejarle que crea que conoce a la

persona que tiene a su lado, que piense que vive una relación perfecta, que confiamos el uno en el otro, que somos un equipo... Es eso, ¿verdad? Dejemos que el gilipollas de Al viva en una mentira.

—No es eso...

—¿Y qué es? ¿Qué cojones es? —gritó de nuevo—. Te lo avisé cuando murió John: no más mentiras, nada de ocultarnos cosas el uno al otro. Te dije que no pensaba ser tu chófer ni tu chico de los recados, ni el imbécil que está a tu lado mientras tú haces lo que te dé la gana sin consultárselo siquiera... Te dije que éramos dos o no éramos nada.

Ahí estaba lo que tanto había temido: el veredicto definitivo, la despedida, el final de todo... Me habría gustado explicarle tantas cosas, luchar para que me entendiera... Sin embargo, de mi boca no salió ni una sola palabra.

—No puedo continuar a tu lado mientras tú te pierdes. —Su voz sonaba forzada, como si arrastrara las palabras, como si pronunciar cada una de ellas le doliera—. No puedo quedarme contigo mientras te conviertes en uno de los monstruos contra los que se supone que luchamos. Bájate de la caravana.

—No, Al... Escucha.

—¡Que te bajes de la caravana!

Se giró hacia mí con los ojos arrasados en lágrimas. Había tantas emociones en aquella mirada que me asusté: dolor, tristeza, rabia, asco, miedo... No pude seguir mirándole, así que, sin decir nada, abrí la puerta del copiloto y bajé de un salto. En cuanto cerré, él volvió a arrancar y, en unos segundos, desapareció carretera adelante.

Me quedé totalmente paralizada. Aquel trozo de arcén en medio de la nada se convirtió en mi versión particular del infierno. Me sentí tan sola, tan perdida, tan vacía y muerta por dentro, que no supe reaccionar. De repente, todo mi

mundo se había convertido en un abismo, en un túnel sin salida. Mis piernas no me sostenían, así que tuve que sentarme en el suelo. Me tapé el rostro con las manos y lloré sin consuelo posible.

No sé cuánto tiempo estuve así. Lloré y lloré, sollozando como una cría perdida, hasta que las lágrimas se llevaron mi angustia. Cuando paré de llorar, no me sentí mejor. Me sentía vacía, apagada, muerta por dentro... Mi cerebro había decidido que yo no era capaz de soportar tanto dolor y se había desconectado de mi alma.

Me levanté del suelo torpemente y empecé a andar como un zombi hacia la casa de los Matthews. Era el único lugar al que se me ocurría volver. No tenía dinero ni ropa ni medio de transporte... Ni siquiera tenía un lugar en el que pasar la noche. Además, me resistía a creer que Al se hubiera marchado para siempre. Regresaría. Tenía que regresar y, cuando lo hiciera, iría a buscarme a aquella casa.

Por suerte, no nos habíamos alejado ni dos millas, pero me llevó casi media hora recorrer aquella distancia. Caminaba despacio, con la cabeza baja, regando cada paso del camino con lágrimas amargas. Me daba la sensación de haber envejecido cincuenta años en aquel corto trayecto.

Cuando entré en el camino que llevaba a la casa, escuché a Tony gritar mi nombre. Levanté la cabeza y le vi acercarse a la carrera. Casi no le conocía, pero, cuando llegó a mi lado, me estampé contra su pecho y le rodeé con los brazos mientras mi cuerpo volvía a sacudirse por los sollozos. Él me devolvió el abrazo y acarició mi pelo mientras me mecía como si fuera una niña pequeña.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó preocupado.

Por supuesto que me había hecho daño, a un nivel que nadie en el mundo podía comprender, pero sabía que Tony no se refería a eso, así que negué con la

cabeza y traté de hablar a pesar de que sentía que me ahogaba.

—No. No me ha hecho nada. Se ha ido y no sé si va a volver.

Él volvió a acunarme y me dejó unos segundos de tranquilidad, esperando a que mi ataque de llanto se redujera un poco. Cuando pude volver a respirar, me aparté y le miré a la cara, avergonzada.

—No tengo dónde ir... No sé qué hacer.

—No te preocupes por nada de eso. —Me dirigió una sonrisa paternal—. Esta noche te quedas en casa. Mañana por la mañana lo verás todo más claro y podrás decidir qué hacer.

Asentí y me dejé llevar hacia la casa. Levanté la cabeza y vi que Lucy estaba en la puerta, con los brazos cruzados frente al pecho y una mirada de reproche en los ojos. Me dio igual. Ya no había nada en este mundo que pudiera causarme más dolor del que sentía.

Llevaba ya un rato sentada en la cama de la habitación de invitados con el cuerpo girado hacia la ventana. Aunque era de noche, había descorrido las cortinas con la esperanza de ver la caravana acercándose por el camino de entrada. Ni siquiera era consciente del tiempo que llevaba en aquella postura. Tampoco podía recordar en qué había estado pensando. Me sentía confusa y mis pensamientos eran inconexos y fugaces, como si tuviera fiebre.

Escuché dos tímidos golpes en la puerta y me giré para ver cómo se abría poco a poco. En el umbral apareció la figura de Amy. Llevaba en las manos un tazón y estaba muy concentrada tratando de no derramar una sola gota.

—Hola, Eli. —Aunque su voz trataba de sonar alegre, vi en sus ojos que estaba preocupada por mí—. Mamá me ha dicho que estás triste y me ha pedido que te traiga este tazón de chocolate caliente. Dice que te ayudará a

sentirte mejor.

—¿Lo ha preparado ella? —pregunté incrédula.

—Sí. —Amy se acercó a la cabecera de la cama y dejó el tazón sobre la mesilla de noche—. Bébetelo.

Fingí una sonrisa mientras miraba el tazón. No iba a beberme aquello ni por todo el dinero del mundo. Sabía que Lucy me odiaba y que le daba igual si me moría o no. Aquella preocupación repentina por mi bienestar tenía que esconder algo más.

—No me gusta mucho el cacao —mentí—. ¿Por qué no te lo bebes tú?

—No puedo. Soy alérgica al chocolate —contestó ella—. Además, mamá ha dicho que te lo bebas tú.

—Dile que se lo agradezco mucho. Me lo beberé después.

—Pero se va a enfriar —protestó la niña.

—Me gusta frío. Si me lo tomo caliente, me da dolor de tripas. —Le dirigí una sonrisa—. Si no te importa, estoy muy cansada y me gustaría irme a dormir.

Amy se quedó unos segundos quieta en mitad de la habitación, paseando su mirada entre el tazón y mi cara. Me pregunté si Lucy le habría insistido para que se asegurase de que me bebía aquello y si se iba a meter en problemas por mi culpa.

—Dile a tu mamá que ya me lo he bebido y que estaba buenísimo —dije mientras le guiñaba un ojo en señal de complicidad.

La sonrisa volvió al rostro de la niña. Asintió, se acercó a mí con pasos rápidos y depositó un beso en mi mejilla antes de salir de la habitación. Cuando cerró la puerta, cogí el tazón y aspiré su aroma en un vano intento de descubrir si llevaba algo raro. Volví a dejarlo sobre la mesilla. Aquello era

inútil. El olor del chocolate era tan intenso como para enmascarar cualquier otro y, además, yo no tenía ni idea de a qué podía oler un veneno o un sedante. Para colmo de males, mi estómago rugió, recordándome que no había comido nada en horas. Me dio igual. No pensaba tomarme aquello ni aunque fuera el último alimento de la Tierra. Por suerte, la habitación de invitados contaba con un pequeño aseo y pude tirarlo por el váter.

Cuando regresé a la habitación, me planteé qué podía estar intentando Lucy. Pensar que estaba planeando asesinarme era una locura. Era cierto que no quería tenerme allí, pero envenenar a alguien en tu propia casa porque te cae mal era demasiado incluso para una mujer tan desquiciada como ella. Lo más seguro era que hubiera intentado drogarme, pero no se me ocurría para qué. Fuera como fuera, y a pesar de que no pensaba dormir en toda la noche, me acerqué a la puerta de la habitación y empujé una pesada cómoda hasta colocarla delante. En cuanto me aseguré de que nadie podría entrar en mi cuarto sin que yo me enterara, me sentí más tranquila.

Regresé a la cama, a la misma postura que había mantenido en las últimas horas. El camino de entrada seguía desierto y no se oía el ronroneo de ningún motor acercándose. Al cabo de un rato, me tumbé y empecé a darle vueltas al anillo que Al me había regalado años atrás. Aquello era una prueba de que él me quería. Me había dicho que era mío, en cuerpo y alma. Me había jurado una y mil veces que nunca me abandonaría, que siempre estaría a mi lado. Era imposible que algo tan hermoso como lo que teníamos se hubiera acabado de aquella manera. Él tenía que volver y, cuando lo hiciera, tenía que ser capaz de explicarle lo culpable que me sentía por lo que había hecho. Tenía que hacerle entender que lo había hecho por él, porque le amaba más allá de toda lógica. Tenía que convencerle de que lo nuestro todavía era posible.

Dejé de darle vueltas al anillo y posé la mano derecha sobre mi vientre. Me

pareció sentir una tenue oleada de calor, como si Lara quisiera decirme que no estaba sola, que nunca lo estaría. Por un segundo, pensé en contarle a Al que íbamos a tener una niña. Aquello seguro que le convencería de quedarse conmigo. Deseché la idea de inmediato. Lara no debía ser una cadena con la que atarle a mí ni una jaula en la que atraparle. Si quería quedarse conmigo, debía hacerlo libremente. La única razón para permanecer a mi lado tenía que ser que me amaba y me perdonaba.

Continué dando vueltas a aquellos pensamientos con la mano posada en mi vientre y la vista clavada en el pedazo de sendero que veía desde la cama durante mucho tiempo, hasta que, sin darme cuenta, me quedé dormida.

Cuando desperté, me sentí confusa y desorientada. No sabía dónde me encontraba ni por qué Al no estaba a mi lado en aquella habitación desconocida. Poco a poco, los recuerdos volvieron a mi mente y las lágrimas inundaron mis ojos. Iba a ponerme a llorar de nuevo como una cría desvalida cuando escuché un sonido procedente de la puerta que detuvo mi respiración y me hizo quedarme muy quieta en la cama, con los músculos en tensión y los sentidos alerta. Aquel sonido debía de ser lo que me había despertado. Alguien estaba bajando el picaporte muy despacio, tratando de no hacer ruido.

Me senté en la cama con cuidado para que los muelles del colchón no chirriaran, aunque me daba la impresión de que mi respiración acelerada y el retumbar de mi corazón tenían que estar oyéndose en toda la casa. Sin embargo, quién se encontrara al otro lado de la puerta no debía de estar escuchándolo, porque seguía bajando el picaporte poco a poco. Cuando estuvo abajo del todo, escuché como empujaban la puerta para abrirla. Por suerte, la cómoda no cedió. El ser del otro lado empujó un par de veces más. Me permití respirar con más tranquilidad. La cómoda pesaba demasiado como para que Amy o Lucy pudieran abrir. El único que podría haberla movido era Tony,

pero estaba totalmente segura de que no era él quien estaba al otro lado.

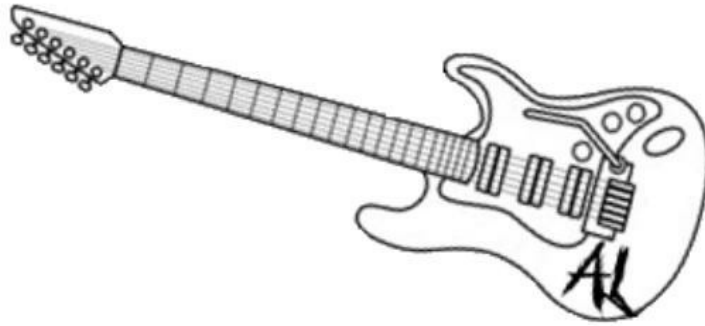
Me levanté de la cama y me acerqué de puntillas a la puerta. Escuché cómo empujaban un par de veces más y, después, oí el ruido de unos pasos descalzos por el pasillo alejándose de mi habitación. El miedo que me había paralizado desapareció en un instante. Me coloqué a un lado de la cómoda y la empujé con todas mis fuerzas para retirarla. Cuando tuve el paso libre, respiré profundamente para infundirme valor y abrí.

No había nadie en el oscuro pasillo. Tanto la puerta de la habitación de Amy como la de sus padres estaban cerradas. No había ninguna luz, tan solo la claridad que salía de mi propio cuarto. Agaché la mirada y noté que mi corazón volvía a acelerarse. A un paso de mi puerta había una muñeca en el suelo. Estaba de pie, con los bracitos alzados hacia mí, casi como si me invitara a cogerla y abrazarla. No me atreví a tocarla, pero me agaché para verla mejor.

Había estado muchas veces en la habitación de Amy, pero nunca me había fijado en aquella muñeca. Parecía antigua. Su cabeza y sus brazos eran de porcelana blanca. Tenía unos largos tirabuzones castaños, las mejillas cubiertas de pecas y los labios sonrosados. A pesar de que era una auténtica obra de arte, no pude evitar un estremecimiento al mirarla. Sus ojos de cristal azul parecían demasiado vivos en aquel pasillo oscuro. Habría jurado que me observaba y que un brillo burlón iluminaba aquella mirada muerta.

Volví a cerrar la puerta de la habitación y coloqué de nuevo la cómoda para bloquearla. Después me dirigí a la ventana y la abrí para respirar un poco de aire puro y fresco. Decidí que me quedaría allí, de pie, esperando a que se hiciera de día. No pensaba volver a dormirme mientras esa cosa estuviera ahí fuera. Además, estaba impaciente. Aquella muñeca tenía que haber llegado a mi puerta de alguna manera y estaba segura de que Amy podría sacarme de

dudas cuando la interrogara a la mañana siguiente.



CAPITULO ONCE

Al se inclinó sobre la barra e intentó atraer la atención del camarero. A pesar de que a aquella hora y en aquel antro de carretera casi ya no quedaba gente, el hombre fingió no haberle visto y se puso a sacarle brillo a unos vasos que ya estaban limpios. Parecía que no quería servirle más *whiskys*. De hecho, ya le había puesto mala cara al servirle los dos anteriores... O quizá los tres anteriores. No lo tenía nada claro.

Se levantó, apoyándose en la barra, y tropezó con sus propios pies. Por suerte, consiguió mantener la verticalidad y, sin soltar su apoyo en ningún momento, avanzó hasta colocarse delante del camarero. Se sentó con dificultad en un taburete y le lanzó una sonrisa amigable mientras ponía un billete de veinte sobre la barra.

—Ponme otro *whisky*, amigo.

—Vamos a cerrar en media hora —contestó el hombre sin cejar en su empeño de eliminar manchas inexistentes del vaso que tenía entre manos.

—Pues entonces ponme uno doble, que hay prisa —dijo soltando una risita.

—No creo que debas beber más, chico. ¿Sabes cuántos llevas?

—Ni idea... He perdido la cuenta hace un rato largo —contestó arrastrando las palabras.

El camarero lanzó un suspiro, dejó a un lado el vaso y el trapo y cogió la botella de *whisky* para servirle lo que había pedido. Al se lo agradeció con una sonrisa y levantó el vaso a modo de brindis.

—Mira, chaval... Sé que no es asunto mío y no tengo ni idea de qué problema tienes, pero no vas a encontrar la respuesta por muchos *whiskys* que bebas.

—Lo sé —respondió mientras se encogía de hombros—. Pero, si bebo muchos, a lo mejor olvido las preguntas.

El hombre negó con la cabeza, recogió su trapo y su vaso y se marchó a la otra esquina del bar, quizá con la esperanza de que Al no fuese capaz de llegar hasta allí para pedirle más bebida.

Se acodó en la barra, pegó otro trago y dejó que aquel líquido calentara su interior y le quemara el estómago. Desde que se había separado de Eli, sentía un frío que solo se pasaba durante los breves segundos en los que el alcohol le abrasaba por dentro. Sin embargo, no era evitar ese frío lo que le hacía beberse un vaso tras otro. Aquella sensación le parecía normal. ¿Cómo no iba a tener frío si se sentía muerto por dentro? Lo que buscaba era el olvido, pero no llegaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía la mirada dolida de Eli, las lágrimas surcando su cara, sus labios temblorosos... La veía de pie al lado de aquella carretera, haciéndose cada vez más pequeña en el espejo retrovisor, mirando cómo él se alejaba sin moverse ni decir nada, tan desolada y perdida como un perrillo abandonado. Se odiaba por haberle hecho aquello, pero se había sentido tan engañado, tan dolido, que no había soportado permanecer a su lado un segundo más.

Pegó otro trago. En lugar del sabor contundente que esperaba, le supo amargo, a lágrimas contenidas. Joder, cuanto más bebía, peor se sentía. Solo habían pasado unas horas desde que se había alejado de ella y se moría de ganas de volver a su lado, de abrazarla, de decirle que estaba todo perdonado y que podían fingir que todo aquello no había sucedido nunca. Sin embargo, sabía que no podía hacer eso. Él estaba enamorado de Eli, más enamorado de lo que nunca pensó que podría estarlo. La necesitaba para sentirse vivo, para respirar, para que el mundo tuviera sentido... Pero estaba enamorado de la Eli que creía conocer, de la que le volvía loco con solo una sonrisa, de la que hacía que los problemas se desvanecieran con una caricia, de la que cantaba con él todas las canciones, de la que le hacía el amor cada noche... Esa chica no tenía nada que ver con una hechicera maligna y poderosa capaz de matar gente a sangre fría. Pensar en aquella parte oscura de su alma le hacía sentirse enfermo y asustado.

—¿Mal de amores, chaval? —preguntó una voz a su lado.

—¿Qué si no? —dijo Al, levantando de nuevo su vaso.

Observó al hombre que le había hablado. Estaba a unos pasos, a tres taburetes de él. Era un tipo de unos cincuenta años con el pelo gris y despeinado. Llevaba barba de tres días y una camisa de franela a cuadros que le daba aspecto de rudo leñador. Frente a él tenía un vaso y una botella de *whisky* casi vacía de la que él mismo se iba sirviendo. Se levantó, se tambaleó un poco hacia ambos lados y, cuando se sintió seguro, recogió su vaso y su botella y se acercó renqueante hasta sentarse al lado de Al. Quitó el tapón de la botella y llenó ambos vasos.

—Brindemos por el amor entonces —le dijo levantando su bebida.

—No es que me apetezca brindar por eso ahora mismo —contestó Al, aunque chocó su vaso con el del hombre—. No hay nada que te pueda joder más la

vida que el puto amor.

—Y no hay nada que pueda darle más sentido —repuso el hombre antes de darle un par de palmadas en la espalda—. Quizá si le cuentas al viejo Joey lo que te pasa, te sientas mejor.

—No lo creo. Lo mío no tiene remedio. —Al negó con la cabeza y clavó la vista en el fondo de su vaso mientras daba vueltas al líquido ambarino.

—Todo tiene remedio en esta vida menos la muerte. ¿Qué ha pasado? ¿La chica que te gusta te ha dado calabazas?

—Ojalá fuera eso... Ojalá hubiera pasado de mí hace años... Ojalá no la hubiera conocido nunca. Así no me dolería tanto.

—Ay, siempre el eterno dilema. —Joey soltó un largo suspiro antes de dar un trago con el que vació la mitad de su vaso—. ¿Es mejor haber amado y haber perdido o no haber amado nunca?

Al no pudo evitar una sonrisa sarcástica. Aquel hombre era un recopilatorio de frases hechas. Se giró hacia él y le evaluó. Parecía tan borracho como para no recordar al día siguiente nada de lo que le contara y en aquel momento no tenía nada mejor a mano, así que decidió sincerarse. Esperó hasta que el hombre volvió a llenar los dos vasos y empezó a hablar:

—No sé por qué te voy a contar todo esto, porque seguramente te importa una mierda, pero tú has preguntado, así que allá voy. —Respiró hondo y le dio otro trago a su vaso—. Estoy con una chica, con una chica increíble... Es perfecta...

—Ninguna lo es —le cortó el hombre.

—Eli sí. Me hace más feliz de lo que nunca pude imaginar.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—Digamos que tiene un lado oscuro. Hay una parte de su personalidad que no es buena y que cada vez va cobrando más fuerza... y empieza a darme miedo.

—Joey le miraba con una ceja levantada, esperando a que se explicara—. El caso es que ella le hizo algo horrible a otra persona, algo imperdonable...

—Joder, por como lo cuentas, parece que hubiera matado a alguien...

Prefirió no contestar a aquello. No podía arriesgarse a que aquel hombre recordara más de lo esperado a la mañana siguiente. Fingió una risita, negó con la cabeza y pegó otro trago.

—El caso es que ella dice que hizo eso por mí. —Soltó un bufido y golpeó con el vaso contra la barra—. ¡Por mí! No tiene ningún derecho a cargarme con esa culpa, a echarme encima una mierda que no es mía. Ella lo decidió sin preguntarme y me ha estado mintiendo durante dos putos años.

Volvió a clavar la vista en la barra y trató de calmar la furia que había vuelto a invadirle. Se había equivocado. Contarlo no había hecho que se sintiera mejor. De hecho, al escucharlo en voz alta aún le había parecido más horrible, más grave, más definitivo...

—Y, a pesar de esas cosas horribles que dices que ha hecho y de sus mentiras, la sigues queriendo y no te la puedes arrancar de dentro. Es eso, ¿verdad?

Al no se atrevió a mirar a los ojos del hombre. Siguió con la cabeza agachada y contempló, avergonzado, como un grueso lagrimón escapaba de su control y aterrizaba en la barra.

—¿Tú crees que ella te quiere? —preguntó el hombre.

—Sí. Sé que me quiere. —Se permitió una sonrisa triste—. Eso es lo único de lo que estoy seguro ahora mismo: de que ella me quiere y de que yo la quiero a ella.

—Entonces seguro que tiene arreglo, pero no vais a encontrarlo llorando cada

uno por separado. —Joey volvió a palmearle la espalda—. Creo que tenéis mucho de lo que hablar.

—No creo que hablar sirva de nada —repuso Al, dolido—. Ya hablamos de ello hace años y me prometió que no volvería a hacer algo así. A veces no basta con las promesas y los buenos deseos...

El hombre no contestó. Levantó una mano para pedirle que dejara de hablar antes de llevarse el índice hasta su oreja para pedirle que escuchara. Por los altavoces del local estaba sonando *More than words* de Extreme.

—Vaya, creo que el destino quiere hablarte —dijo el hombre con una sonrisa antes de empezar a canturrear—. *Más que palabras es todo lo que siempre necesité que mostraras. Entonces no tendrías que decir que me quieres, porque yo ya lo sabría.*

—No entiendo lo que quieres decir —admitió Al confuso.

—Deja que te demuestre que te quiere. No sé... Seguro que hay algo que ella puede hacer para que tú te sientas seguro y sepas que no va a volver a hacer esas cosas horribles que dices que hace y que no me quieres contar.

Al se quedó en silencio unos segundos, reflexionando. En realidad sí había algo que ella podía hacer. Había una solución que permitiría que pudieran seguir juntos y sin miedo a que ella siguiera perdiéndose por aquel camino oscuro y peligroso que había tomado y que la alejaba cada vez más de él. Iba a ser difícil olvidar, perdonar y recuperar la confianza, pero era posible. Al menos más posible que aprender a vivir sin ella... Le dirigió una sonrisa al hombre y se levantó. Volvió a tropezarse y su compañero tuvo que agarrarle por un brazo para que no acabase de narices en el suelo.

—Estoy bien. Gracias —dijo tras recuperar el equilibrio—. Me has ayudado mucho.

Empezó a andar camino de la salida, pero, de repente, notó que una mano enorme le agarraba por el brazo. Se giró con dificultad para encontrarse con el camarero, que le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó el hombre.

—A mi caravana —contestó confuso—. ¿Se me ha olvidado pagar alguna de las copas?

—No, tranquilo. No es eso. —El hombre le acompañó hasta la salida sin soltar su brazo—. Voy contigo.

Al frunció el ceño, sin entender qué era lo que estaba pasando, pero se dejó guiar. De hecho, estaba agradecido de contar con el apoyo de su brazo. Eso le aseguraba poder llegar hasta la caravana sin dejarse los dientes contra el suelo. Cuando llegaron a la puerta, Al metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó su llavero. El hombre se lo quitó y abrió la puerta lateral de la caravana.

—Eh, tío... Devuélveme las llaves. Esto no tiene gracia.

En lugar de devolvérselas, el hombre se metió las llaves en el bolsillo. Al resopló y se frotó las sienes, tratando de aclarar sus pensamientos. Aquel hombre era grande como un armario ropero y él estaba demasiado borracho como para recuperar sus llaves a puñetazos.

—Ningún cliente mío se va a matar en la carretera después de salir de mi bar —dijo el hombre antes de empujarle suavemente por la espalda para hacer que entrara en la caravana—. Ahora vas a entrar ahí y vas a dormir la mona. Mañana, cuando te despiertes, te devolveré las llaves y podrás marcharte.

—Pero tengo que ir a hablar con mi novia —protestó Al.

—Eso haberlo pensado antes de pillarte esta cogorza. —El hombre volvió a empujarle con un poco más de ímpetu que en la ocasión anterior—. Venga,

Romeo, a soñar con tu Julieta. Ya le darás explicaciones mañana.

Sin decir nada más, el camarero se giró y regresó al bar. Al se quedó unos segundos quieto, preguntándose si podría decir algo que convenciera a aquel hombre para que le dejara marcharse. Decidió desistir. Se sentía tan mareado que estaba seguro de que no sería capaz ni de acertar con la llave para poner en marcha la caravana.

Fue apoyándose en las paredes hasta llegar a la cama y se dejó caer sobre ella. Le pareció que todo a su alrededor daba vueltas, pero, aunque fuera extraño, sintió que por primera vez en muchas horas el mundo volvía a ser firme y consistente. Iba a buscar a Eli, iba a hablar con ella e iban a arreglarlo. Estaba seguro de ello.



CAPÍTULO DOCE

Me desperté sobre las nueve de la mañana, confusa y con todo el cuerpo dolorido. Había acabado por dormirme medio sentada, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y la cabeza caída hacia delante y, en aquel momento, mis vertebras parecían piezas de un puzle que no encajaran bien y que hubieran sido incrustadas a la fuerza.

Me levanté de la cama y me estiré todo lo que pude mientras echaba un vistazo a la puerta de la habitación. La cómoda seguía bloqueando el paso, tal y como la había dejado. Decidí no moverla de momento y darme una ducha rápida.

Cuando acabé de prepararme, volví a arrastrar la cómoda hasta su sitio y me dirigí a la puerta. Mi estómago se contrajo mientras alargaba la mano hacia el picaporte. En cuanto abrí la puerta un par de pulgadas, me asomé y miré al pasillo. La muñeca ya no estaba allí. Abrí del todo y salí. Las puertas de las habitaciones de Amy y de sus padres ya estaban abiertas y no salía ruido del interior. Tampoco salía luz porque, a pesar de que ya era de día, en aquella puñetera casa nunca se abrían las cortinas ni se permitía que el sol entrara. Me di cuenta de que, a pesar de la obsesión de Lucy por la limpieza, toda la casa

olía a cerrado, a vejez, decrepitud y tristeza. Sentí un estremecimiento al pensar en tener que vivir encerrada en aquel lugar año tras año. Era normal que Lucy tuviera depresión y que Amy hubiera empezado a comportarse de manera rara. Cualquiera persona se volvería loca viviendo en aquel ambiente.

Pensé que ya estarían todos levantados, así que bajé a la cocina. Me encontré a Lucy de pie, al lado de la mesa. Amy estaba sentada delante de un cuenco lleno de algo espeso y pegajoso que supuse que serían gachas de avena. Tony no estaba. Seguramente ya había salido rumbo al trabajo. Me arrepentí de haber bajado sin asegurarme de que él iba a estar presente. Desde la tarde anterior, se había convertido en mi persona favorita de aquella casa.

Cuando entré, Lucy dejó de mirar a su hija y me dirigió una sonrisa tan falsa y forzada que, más que resultar amistosa, me pareció amenazadora.

—Buenos días, Eli. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —mentí—. Muchas gracias.

—¿Quieres un café? ¿Unos cereales?

Pensé en responder de forma automática y decirle que iba a ir a desayunar a la caravana, pero recordé que la caravana no estaba... ni Al tampoco. Tenía mucha hambre, pero seguía firme en mi decisión de no tomar nada preparado por aquella mujer.

—No, gracias. Tengo el estómago revuelto. —Me senté al lado de Amy y volví a mirar su tazón—. ¿Tú tampoco tienes hambre?

—No me gusta esto. Es una porquería —contestó la niña mientras seguía dándole vueltas con la cucharilla, como si pudiera cambiarle el sabor si lo meneaba lo suficiente.

—Me da igual que no te guste. Tienes que comer —repuso su madre—. Voy a ir a vestirme. Te espero en el piano en cinco minutos y espero que tu tazón esté

vacío para entonces.

Lucy salió de la cocina. Esperé hasta que escuché sus pasos en las escaleras y volví a mirar la cara de Amy. Contemplaba su cuenco con la expresión con la que un condenado a muerte miraría la horca. Decidí que era una ocasión magnífica para ganarme aún más su confianza. Le guiñé un ojo y, con una sonrisa traviesa en la cara, recogí su cuenco de gachas y lo vacié en el triturador de basuras. Ella abrió mucho la boca, como si no pudiera creer lo que yo acababa de hacer. Después se tapó la boca con las manos para contener una carcajada.

—¿Qué haces? Mamá te va a matar...

—No lo hará si no se entera. Será nuestro secreto. —Coloqué el cuenco vacío frente a ella y me senté de nuevo a su lado—. Y hablando de secretos... Anoche recibí una visita que no esperaba.

Ella me miró con los ojos muy abiertos y una expresión de inocencia total en la cara. O aquella niña no tenía ni idea de lo que le estaba hablando o se merecía el próximo Óscar a la mejor actriz.

—Escuché como alguien trataba de abrir la puerta de mi habitación y, cuando salí, encontré una muñeca de pie en mitad del pasillo. Supongo que la muñeca será tuya. ¿Sabes algo de eso? ¿La pusiste tú ahí?

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros, pero tenía los labios apretados y evitaba mi mirada. Sus cualidades interpretativas no llegaban tan lejos como había parecido en el primer momento.

—Puede que te levantas dormida y la colocaras allí en sueños. Igual por eso no te acuerdas. —Esperé un par de segundos por si quería decir algo, pero se limitó a seguir negando con la cabeza baja—. Aunque no te acuerdes, si te describo la muñeca, podrás decirme si es tuya, ¿verdad? Es una muñeca de

porcelana preciosa y parece antigua. Tiene unos largos tirabuzones de color castaño, los ojos azules y un montón de pecas. ¿Te suena de algo?

—Es Sarah —contestó la niña en un susurro.

—¿Sarah es una muñeca normal? —pregunté, apoyando los codos en la mesa para inclinarme hacia Amy—. ¿Alguna vez ha hecho algo raro, algo que te haya asustado?

Amy continuó en silencio, totalmente quieta, como si estuviera paralizada. Puse una mano bajo su barbilla para hacer que me mirase a la cara y me encontré con sus ojos rebosantes de lágrimas. Su labio inferior y sus hombros empezaron a temblar. Temí que fuera a empezar a gritar y llorar y que atrajera a su madre con un berrinche, pero las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas sin que de su boca saliera un solo sonido.

—Amy, ¿qué pasa? —pregunté preocupada.

Ella negó con la cabeza y continuó en silencio, con los labios apretados, como si estuviera forzándose a sí misma a no hablar.

—Si no me lo cuentas, no podré ayudarte —dije mientras secaba con mis manos las lágrimas de sus mejillas—. ¿Por qué no hablas? ¿Tienes miedo?

Ella asintió y después metió el dedo en su cuenco, recogió un poco de la papilla que quedaba en el fondo y dibujó dos palabras con su dedo sobre la mesa:

SIEMPRE ESCUCHA

Lo dejó ahí apenas un segundo y después lo limpió a toda prisa con su servilleta, frotando con fuerza para que no quedara el menor rastro. Se levantó para marcharse, pero yo agarré una de sus manos y la retuve.

—Voy a ayudarte. No tengas miedo —prometí mientras la miraba a los ojos.

Ella me devolvió una pequeña sonrisa. En su rostro todavía podía verse el miedo, pero me pareció que aquella sonrisa reflejaba un poco de esperanza. Escuché a Lucy bajar las escaleras y la solté para que pudiera reunirse con su madre.

A pesar de que estaba cansada, triste y hambrienta, me sentí mejor. Por fin tenía un hilo del que tirar, cosas que investigar... Debía descubrir si aquella muñeca albergaba algún espíritu maligno o un demonio o si era depositaria de algún tipo de maldición. Había mucho que leer y estudiar.

Me levanté y subí corriendo a mi habitación. La tarde anterior, Tony había recogido los libros que yo había estado utilizando hasta que llegó Al y los había dejado allí, ordenados sobre un pequeño escritorio. Rebusqué entre ellos. Sabía que tenía un ejemplar que hablaba sobre esas cosas, uno titulado *Objetos poseídos, embrujados y malditos*, pero no lo encontraba por ningún sitio. Seguramente estaba en la caravana. Recordé que el día que encontré a Amy cotilleando entre mis cosas había estado tan enfadada que en lugar de recoger los libros y dejarlos ordenados en su sitio, los había dejado apilados en un rincón. Seguro que el libro que necesitaba estaba allí.

Me derrumbé sobre la cama y me tapé la cara con las manos. Al se había marchado llevándose mis libros, mi ropa, mi tablero de ouija, todos los objetos que necesitaba para los rituales... También se había llevado toda la comida y había más de dos millas hasta el pueblo. Pronto tendría que buscar una solución para aquello si no quería morir de hambre.

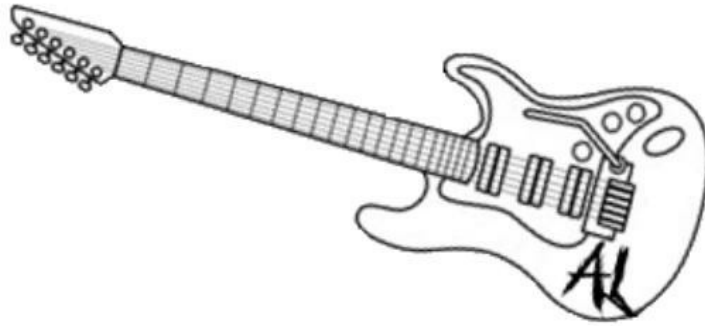
Volví a sentarme en la cama y negué con la cabeza. En realidad, lo único que me importaba de todo lo que Al se había llevado, era el mismo Al. Me daba igual si nunca recuperaba ninguna de mis cosas; me daba igual morir de inanición. Solo quería volverle a ver. Desde que me había levantado, había tratado de centrarme en el caso para no pensar en que él no estaba, pero era

imposible. Todo me daba igual si no le tenía a mi lado.

Sentí de nuevo el escozor de las lágrimas en los ojos. No quería llorar, pero el mundo me parecía demasiado vacío, triste y oscuro sin él. Escuché el ruido de un motor avanzando por el camino de entrada. En un primer momento, pensé que mi mente me engañaba, que le echaba tanto de menos que estaba empezando a alucinar. Por suerte, había dormido con la persiana levantada, así que corrí hacia la ventana y miré fuera. Aquello no era una alucinación. Era nuestra caravana.

Me olvidé de todo al instante, salí corriendo de la habitación y bajé los escalones de dos en dos. Abrí la puerta de la casa y corrí por el jardín hasta él, deseando abrazarle y besarle, pero, cuando estuve más cerca, reduje la velocidad. Él se había bajado de la caravana y estaba fumándose un cigarrillo apoyado en la parte delantera. Tenía ese aire rebelde e indolente de tío al que nada le importaba, de alguien que estaba muy por encima del resto del mundo. Siempre me había encantado el aura orgullosa que desprendía, pero, en aquel momento, me dio miedo. ¿Y si realmente yo ya no le importaba? Cuando escuchó mis pasos, levantó la cabeza y me lanzó una mirada fría. No parecía nada contento de verme.

—Hola, Eloise —saludó—. ¿Podemos hablar?



CAPÍTULO TRECE

Las palabras de Al hicieron que Eloise se parase en seco, como si hubiera sido alcanzada por un rayo. La había visto salir de casa y acercarse a él a la carrera, ilusionada como una niña. Ver aquella sonrisa y aquel brillo en sus ojos le había hecho desear olvidarse de todo, lanzarse a sus brazos y seguir adelante fingiendo que nada de lo que había pasado importaba, pero sabía que no podía hacer eso. Supondría cerrar en falso la herida y permitir que se infectara y acabara por arrasar con todo. Si querían seguir juntos, tendrían que arreglarlo de verdad, por mucho que doliese.

Cuando le dijo que tenían que hablar, ella asintió y bajó la cabeza. Aquello también le hizo daño. No quería verla derrotada, arrepentida y temerosa. Ella no era así. Era fuerte, orgullosa y valiente y aquellas eran las cualidades que más admiraba de su personalidad. Sabía que, con dar un par de pasos, abrazarla y decirle que todo estaba bien, podría recuperar a la Eli de siempre, pero tampoco podía hacer eso. Sin decir nada más, se dirigió a la puerta lateral de la caravana, entró y se sentó a un lado de la mesa.

Ella entró tras él y se sentó enfrente, manteniendo la cabeza baja y sin

atreverse a mirarle a la cara. Él le dio un par de caladas a su cigarrillo antes de empezar a hablar.

—He estado pensando mucho en nuestra discusión de ayer... Sigo creyendo que lo que hiciste es horrible y que no tiene justificación.

Ella levantó la cabeza y le mostró sus ojos, anegados por las lágrimas contenidas. Elevó la barbilla y asintió orgullosa como una reina a la que se hubiese condenado al cadalso. La conocía demasiado bien como para dejarse engañar por aquel gesto. Sabía que cada una de sus palabras le estaba haciendo daño y le habría gustado poder detenerse, pero era importante que dejase claro lo que sentía.

—Me da igual que lo hicieras por mí o que pienses que, gracias a esa muerte, evitaste que Fish escapara y pudiera hacer mucho más daño. No hay nada que puedas decir para convencerme de que lo que hiciste era lo correcto. Y lo peor de todo es que tú lo sabes.

Una gruesa lágrima escapó de uno de los ojos de Eli y se deslizó por su mejilla. Se la secó con gesto enfadado y trató de conservar su porte orgulloso, aunque le era imposible contener el temblor de su labio inferior. Tragó saliva y empezó a hablar.

—Sé que tienes razón. —Su voz ahogada revelaba su lucha por no empezar a llorar—. Claro que sé que la tienes... ¿Crees que no me he sentido culpable desde el mismo momento en que lo hice? Me sentía culpable incluso desde antes de hacerlo, pero no encontré otra opción... Quizá la había, pero estaba sola y asustada y solo quería salvarte... No ha habido un solo día desde entonces en el que no me haya arrepentido de lo que hice y, a pesar de ello, tampoco he encontrado en todo este tiempo otra forma de haberte salvado.

—Lo sé, Eloise, pero no quiero que me salves... No así... —Él negó con la cabeza y se mordió el labio inferior mientras buscaba las palabras para

expresar lo que sentía—. No creas que no te agradezco que sacaras a Fish de mi interior. Aún recuerdo lo que se sentía al tenerlo en mi cabeza, al compartir sus recuerdos y deseos, al saber que al final me atraparía... No soy un desagradecido, pero no quiero que vuelvas a hacer algo así por mí, ni que vuelvas a hacer algo como lo que pasó con John.

—Eran situaciones límite. Tienes que comprenderlo.

—¿Y si volvemos a estar en una situación límite volverás a hacerlo? ¿Volverás a matar a alguien para salvarme a mí o a ti o al mundo? —Esperó unos segundos, pero ella no contestó—. Volverías a hacerlo. Crees que hay ocasiones en las que matar a alguien está justificado y es correcto. Si sigues así, cada vez te parecerá más normal y eso te convertirá en uno de los monstruos que pretendes combatir... No quiero ser yo quien tenga que detenerte cuando hayas perdido tu humanidad.

Ella volvió a bajar la cabeza sin responder nada. Se quedó quieta mientras las lágrimas empezaban a manar sin control de sus ojos. Al se quedó unos segundos hipnotizado, viendo como aquellos lagrimones se estrellaban sobre la mesa. Le pareció la imagen más triste que hubiera visto jamás. Aquellas lágrimas no eran solo agua salada. Eran pena destilada, la muestra de todo el daño que le estaba haciendo. No pudo contenerse y alargó el brazo para tomar una de sus manos. Ella volvió a mirarle y, con la voz rota, le hizo una sola pregunta:

—¿Eso quiere decir que se ha acabado?

Tuvo que contenerse para seguir sentado y no abrazarla y decirle que él nunca podría alejarse de su lado. Se sentía muy cruel y miserable por el daño que le estaba haciendo, pero necesitaba que ella se diera cuenta de lo importante que era todo aquello para él antes de ofrecerle la solución que había pensado. Sabía que lo que iba a pedirle era egoísta, que iba a obligarla a renunciar a

una parte esencial de sí misma, pero tenía que hacerlo. Necesitaba que ella aceptase, porque no podía imaginarse la vida sin tenerla a su lado. Pensó que él también era un monstruo por estar manipulándola de aquella manera, pero no veía otra solución.

—Creo que hay una posibilidad —susurró mientras acariciaba su mano.

—¿Y cuál es? —preguntó ella, esperanzada.

—Que dejemos todo esto para siempre. No más casos, no más espíritus que expulsar, no más demonios que exorcizar, no más casas encantadas que limpiar. Solo tú y yo.

—Pero esto es lo que hacemos. Es lo que somos —repuso ella.

—No, somos Eli y Al. No necesitamos nada más para ser felices. —Como ella no contestaba, él apretó su mano con más fuerza y siguió hablando—. Tenemos suficiente dinero para comprar una casa y empezar una nueva vida en cualquier sitio. Yo puedo buscar trabajo como mecánico y tú puedes hacer lo que quieras. Puedes buscar trabajo o estudiar en la universidad. Eso era lo que querías cuando todo esto empezó, ¿verdad?

—Sí, pero ahora no sé lo que quiero.

—¿Me quieres a mí? —Esperó hasta que ella asintió—. Pues entonces ya está. Podemos dejar todo esto y olvidar lo que pasó, llevar una vida normal y vivir felices para siempre.

—Como en los cuentos de hadas —dijo ella, sonriendo por fin.

—Sí, como en los cuentos de hadas. —Él se levantó, tiró de ella y la atrajo para abrazarla por la cintura—. ¿Podrías hacer eso? ¿Podrías vivir así?

Eli inclinó la cabeza hacia delante y la apoyó en su pecho. No contestó durante unos segundos, que a Al le parecieron los más largos de toda su vida. ¿Y si

ella decía que no, que lo que hacía era demasiado importante como para abandonarlo y dedicarse a vivir una vida normal? ¿Sería él capaz de abandonarla y continuar sin ella? Sintió un pinchazo en el corazón al darse cuenta de que acababa de marcarse un farol que no sabía si podría cubrir. Por suerte, ella se separó un poco, le miró a los ojos y asintió.

—Sí. Puedo hacerlo... Y quiero hacerlo. Quiero vivir contigo sin importar nada más. —Levantó su mano y le acarició el pelo mientras sonreía—. Pero tengo dos condiciones.

—¿Cuáles son?

—La primera es que, pase lo que pase, nunca volverás a marcharte como lo hiciste ayer. —Su mirada había cambiado y reflejaba la furia que llevaba encerrada dentro—. No volverás a abandonarme sin decirme si vas a volver o no y sin dejar que te dé una explicación. ¿Prometido?

—Prometido. Si tú no matas a nadie más, yo no volveré a abandonarte —bromeó él, tratando de quitar hierro a la situación—. ¿Cuál es la segunda condición?

—Que, antes de dejarlo para siempre, terminemos este caso.

—Pero si seguimos sin tener nada. ¿No decías que, en realidad, ni siquiera había un caso?

—He descubierto algo mientras no estabas. Creo que la culpable es una muñeca que controla a Amy. No podemos marcharnos y dejarla así.

—De acuerdo. Solo un caso más —dijo Al antes de volver a sentarse—. Cuéntame todo lo que has descubierto y acabemos con esto cuanto antes.



CAPÍTULO CATORCE

Tal como había sospechado, el libro sobre objetos malditos estaba en la caravana. Me pasé un par de horas leyendo sobre diferentes casos de muñecas relacionadas con sucesos paranormales. A pesar de que encontré información muy interesante, nada de aquello me servía en ese momento. El libro solo me confirmó lo que ya pensaba. Había varias posibles explicaciones para lo que le estaba sucediendo a Amy. Aquella muñeca podía estar poseída por algún espíritu, llevar un demonio dentro o estar encantada por algún hechizo o maldición. Lo primero que tenía que descubrir era a qué nos enfrentábamos exactamente y para ello necesitaba volver a hablar con Amy y que fuera sincera conmigo. Con lo asustada que me había parecido aquella mañana, pensé que no iba a ser fácil conseguirlo.

Tenía que lograr que Amy confiara en mí, pero, aunque era una cría, no pensaba hacerlo con engaños. No sabía cómo de peligrosa era aquella muñeca y no podía arriesgarme a que le hiciera daño en venganza por abrirse a mí y contarme sus secretos. Tenía que hacer algo para que pudiera hablar conmigo sin que fuera a sucederle nada malo por ello.

Pasé un rato hojeando algunos libros de rituales hasta que encontré lo que necesitaba. Cuando escuché el ruido del motor del coche de Tony entrando por el sendero que llevaba a la casa, recogí todo lo que iba a precisar para el ritual y salí de la caravana para dirigirme hacia él. Divisé a Al y a Amy sentados bajo la sombra de un frondoso árbol. Amy llevaba una sombrilla de color rosa adornada con bordados a juego con su vestido, cuya falda se extendía sobre la hierba como una flor. Parecía una imagen de otro tiempo. A su lado, la figura de Al, con su camiseta desteñida, sus vaqueros ajustados y sus botas de cuero, ofrecía un extraño contraste. Parecía que en algún lugar se hubiera abierto un portal que conectara dos mundos. Al estaba tocando *November rain* a la guitarra y Amy, con su vocecita aguda e infantil, intentaba imitar los falsetes de Axl Rose. Llevaban toda la tarde juntos y parecía que se lo estaban pasando muy bien. Me habría encantado unirme a ellos, pero tenía la sospecha de que Al se había marchado con Amy para no estar conmigo, de que, a pesar de que habíamos hablado y estábamos arreglando lo nuestro, él necesitaba espacio. Además, tenía cosas importantes que hacer, así que les saludé con la mano y me encaminé hacia Tony, que ya había salido de su coche.

—Hola —saludé cuando estuve a su lado—. Necesito hablar un momento contigo. Es importante.

—Podemos hablar aquí mismo, ¿no?

Eché un vistazo a mi alrededor. Amy y Al estaban lo bastante lejos como para no oírnos y, aunque divisé un movimiento tras las cortinas del salón que delataba la presencia de Lucy, estuve segura de que no podría escucharnos con las ventanas cerradas.

—Sí. Sin problema. Creemos que hemos descubierto qué es lo que está causando el extraño comportamiento de Amy.

—¿Y qué es? —preguntó ansioso.

—Una muñeca. —Ante su gesto de incredulidad, le hice un gesto con la mano para pedirle que me permitiera explicarme—. Ya sé que eres un hombre racional y que no sueles creer en estas cosas, pero, si nos has contratado, es por algo. No sé si la muñeca está poseída o maldita. Todavía tengo que descubrirlo, pero Amy está tan asustada que no quiere hablar conmigo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quieres que hable yo con ella?

—No. Eso solo empeoraría la situación. La niña no quiere hablar porque dice que la muñeca podría oírla, así que voy a hacer un ritual para que nadie escuche lo que hablemos. Así ella podrá sentirse a salvo y abrirse a mí. ¿Estás de acuerdo?

—¿Es algo peligroso?

—No, en absoluto. Solo te aviso para que sepas que voy a meterme con tu hija en una habitación y que ni tú ni Lucy debéis molestarnos.

—De acuerdo. —Resopló y se pellizcó el puente de la nariz—. Todo esto es una locura, pero espero que sirva para algo.

—Servirá. No te preocupes. —Le dirigí una sonrisa sincera y confiada para tranquilizarle—. Necesito una habitación en la que realizar el ritual.

—Puedes ir a mi despacho. Acompáñame.

Entramos en la casa y cruzamos el salón. Lucy estaba allí, mirándonos con el ceño fruncido y los brazos cruzados frente al pecho. Tony la saludó al pasar, pero no se detuvo. Atravesamos un pasillo y llegamos a una puerta cerrada con llave. Tony sacó un llavero de su bolsillo.

—Siempre tengo esta habitación cerrada porque me gusta trabajar con luz y no cierro las cortinas —explicó mientras abría—. No quiero que Amy entré, se

ponga a jugar dentro y se queme.

—¿Tan grave es su alergia?

—Sí. Con tan solo un par de minutos de exposición, empiezan a salirle ampollas y quemaduras. —Soltó un suspiro apenado—. Pasa. Espero que este sitio te sirva.

Entramos en una amplia estancia con las paredes cubiertas por estanterías de madera clara repletas de libros. El centro de la habitación estaba ocupado por un amplio escritorio. A pesar de estar abarrotado de papeles, se apreciaba un orden en ellos. Todo estaba limpio e iluminado por los brillantes rayos del sol de aquel atardecer de verano. Asentí mientras lo observaba todo.

—El sitio es perfecto. Solo necesito que me ayudes a poner el escritorio contra las estanterías para tener más espacio.

Después de mover el escritorio, Tony sacó la llave del despacho de su llavero y me la tendió.

—Voy a hablar con Lucy para convencerla de que lo que vas a hacer es necesario y de que no le va a pasar nada malo a Amy. —Por su cara deduje que temía que no iba a ser fácil—. Mucha suerte. Espero que consigas algo.

Salió del despacho, dejándome a solas. Cerré por dentro para estar más tranquila y empecé a preparar los elementos que necesitaba para cerrar un círculo de protección. Cuando lo tuve todo dispuesto, corrí las gruesas cortinas y salí a buscar a Amy.

Continuaba sentada bajo el árbol en compañía de Al. Ella tocaba la guitarra mientras Al sostenía su sombrilla para protegerla del sol. Tuve que contener una risita al ver lo gracioso que estaba con una pequeña sombrilla de color rosa. Me quedé parada a un par de pasos, admirada. Aunque Al solo le había dado un par de clases de guitarra, Amy ya estaba tocando acordes que a mí me

había llevado días aprender. Parecía claro que aquella niña tenía un don para la música. Como si se hubiera dado cuenta de que estaba mirándola, Amy levantó la cabeza y me dirigió una amplia sonrisa.

—Hola, Eli. ¿Quieres cantar con nosotros?

—No. Lo siento —me disculpé—. Vengo a hacer de aguafiestas. Necesito que me acompañes a hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

—Es secreto —contesté mientras le tendía la mano—. Vamos, te lo enseñaré.

Ella se levantó y cogió la sombrilla que Al le tendía antes de salir de la sombra protectora del árbol. Al me lanzó una mirada de curiosidad.

—¿Quieres que os acompañe?

—No, gracias. Son cosas de chicas. Luego te cuento.

Él frunció el ceño, pero no protestó. Recogió su guitarra y empezó a tocar unos acordes que no reconocí. Me habría gustado invitarle a venir con nosotras, pero me daba la impresión de que era mejor que pasara un tiempo lo más alejado posible de todo lo que tuviera que ver con rituales y fenómenos paranormales. Ya había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con aquellas cosas, así que trataría de resolver nuestro último caso manteniéndole al margen.

Amy me tomó de la mano y caminamos juntas hacia la casa. Sus padres estaban en el salón, sentados cada uno en un sillón con un libro sobre el regazo. Aunque fingían leer, sentí sus ojos clavados en mi espalda mientras recorríamos el pasillo hasta llegar a la puerta del despacho. Cuando llegamos y saqué la llave, Amy me tiró de la mano para llamar mi atención.

—Es el despacho de papá —dijo en susurros—. Ahí no se puede entrar.

—Tranquila, me ha dado permiso —expliqué mientras abría la puerta—. Pasa.

Amy entró en el despacho y se quedó muy quieta. Me miró con expresión sorprendida mientras yo cerraba desde dentro y después paseó sus ojos sobre las velas blancas esparcidas por el suelo, el incensario ya encendido que había comenzado a esparcir su aroma profundo y embriagador por toda la estancia y el athame y la bolsa de sal que yo había dejado sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —Su voz temblaba, a pesar de que intentaba no parecer asustada.

—No te preocupes. Nada de esto te hará daño. —La tomé de nuevo de la mano y la guíé hacia el centro de la habitación—. ¿Confías en mí?

Ella dudó un par de segundos, pero acabó asintiendo con la cabeza. Hice que se sentara en el suelo y, tras encender las velas, fui trazando el círculo de protección alrededor de nosotras con el athame, el agua y la sal. Amy lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. Tenía las manos sobre el regazo y las apretaba para que no se notara que estaba temblando. Intenté darme prisa para evitar que me dijera que no aguantaba más y que quería marcharse. Comprendía que todo aquello debía de darle mucho miedo. Estaba sola en una habitación cerrada con una chica a la que solo conocía desde hacía unos días y que estaba haciendo cosas que para ella no tenían ningún sentido y que seguramente solo había visto en cuentos o películas sobre brujas malvadas. Me habría encantado explicarle qué era lo que estaba haciendo, pero, si era cierto que su muñeca podía escucharlo todo, no podía arriesgarme a que nos oyera.

Realicé la llamada a los Guardianes de los Elementos y a los Dioses y fui encendiendo sus correspondientes velas. Cuando terminé, me coloqué en el centro del círculo para pronunciar las palabras que lo cerrarían por completo:

—El círculo está cerrado por el poder de los Dioses y de los Guardianes. Que

estos me guíen y me protejan. —Alcé los brazos a ambos lados, cerré los ojos y pronuncié el hechizo que necesitaba—. Este es un tiempo que no es tiempo y un sitio que no es sitio. Estamos en el umbral de dos mundos, en un lugar que no existe, ocultas por el velo de los misterios. Cualquier palabra que se pronuncie en el interior de este círculo será secreta y ningún ser de ningún plano podrá acceder jamás a ella.

Cuando terminé de pronunciar aquellas palabras, me senté frente a Amy, le obligué a separar sus manos y las cogí entre las mías. Estaba helada y continuaba temblando, como si, en lugar de estar en pleno verano, se hallara sentada en una llanura ártica, a merced de la nieve y el viento. Le dediqué una sonrisa para reconfortarla e indicarle que todo iba a salir bien.

—¿Qué has hecho? —preguntó en un susurro.

—He hecho un círculo mágico para que tu muñeca no pueda oírnos.

—Eso no se puede hacer —dijo negando con la cabeza.

—Yo sí puedo. Soy bruja.

—Mi mamá dice que las brujas solo existen en los cuentos —insistió ella.

—Lo siento, pero tu mamá no tiene razón en todo —dije mientras me encogía de hombros—. Sí que existimos y algunas somos brujas buenas y ayudamos a la gente.

—¿Y cómo puedo saber que dices la verdad?

—Es muy fácil. ¿Qué pasaría si te pusieras a gritar pidiendo ayuda y diciendo que yo te estoy haciendo daño?

—Que mis papás vendrían a sacarme aunque hayas cerrado con llave —contestó ella con seguridad.

—Prueba. Ya verás cómo no te oyen.

Ella entrecerró los ojos y me lanzó una mirada suspicaz, como si intentara descubrir dónde estaba el truco antes de empezar a gritar a pleno pulmón.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Socorro! Eli me está pegando...

No se escuchó un solo sonido: ni gritos, ni pasos, ni una sola voz. Amy se detuvo y me miró de nuevo. Había miedo en sus ojos, como si estuviera pensando que yo de verdad podría hacerle daño y que nadie iba a acudir en su ayuda. Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas y que sus hombros empezaban a temblar.

—¡MAMÁ! —gritó en voz aún más alta—. ¡MAMÁ, VEN!

Volví a agarrar una de sus manos con dulzura para que no se asustara y le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

—No llores. No te va a pasar nada. Estoy haciendo esto para ayudarte.

Asintió y dejó de gritar. Se limpió los ojos con el dorso de las manos y luchó por contener los sollozos. Esperé a que se tranquilizara antes de seguir hablando.

—Nadie puede escuchar nada de lo que digamos dentro de este círculo, ni siquiera tu muñeca.

—¿Estás segura? —preguntó—. Ella es mágica.

—Estoy totalmente segura, porque este círculo también es mágico y es muy poderoso. —Apreté su mano con cariño—. Amy, necesito que me hables de esa muñeca para poder ayudarte. ¿De dónde la sacaste?

—Mamá me la regaló. Fuimos a una feria y, cuando mamá la vio, dijo que era muy bonita y que me la quería regalar. —La niña volvió a soltar un hipido—. Yo le dije que no me gustaba y que me daba miedo, pero ella dijo que eso eran tonterías y que era una muñeca preciosa, así que me la tuve que llevar.

—¿Le pusiste tú el nombre de Sarah?

—No. Me lo dijo la muñeca. —Amy clavó sus ojos en mí, como si quisiera asegurarse de que la creía—. Me habló esa noche y me dijo que se llamaba Sarah y que íbamos a ser amigas. Yo no quería ser amiga suya, así que me tapé las orejas con la almohada para no oírla, pero no sirvió de nada porque ella hablaba dentro de mi cabeza.

Amy no pudo controlarse más. Las lágrimas manaron de sus ojos como dos ríos y todo su cuerpo empezó a temblar. Se abrazó a sí misma y agachó la cabeza mientras sollozaba. Me dio tanta pena que me acerqué hasta ella, me puse de rodillas y la abracé para tranquilizarla. La mecí en mis brazos y deposité besos en su pelo mientras le prometía una y otra vez que iba a ayudarla y que no permitiría que le pasara nada malo. No sé cuánto tiempo tardó en calmarse, pero, finalmente, suspiró, separó su cabeza de mi pecho y asintió para indicarme que estaba preparada para seguir hablando.

—¿Qué más cosas te dijo la muñeca?

—Yo no quería hablar con ella y le decía que me dejara en paz, pero ella empezó a amenazarme. Dijo que, si no era su amiga y hacía lo que ella me mandara, mataría a papá y a mamá.

—¿Y qué cosas te mandaba?

—Hizo que robara una de las llaves de la puerta de casa. Sarah me dijo que mamá tiene muchas guardadas en un cajón del salón y que no se daría cuenta de que faltaba una.

Asentí para animarla a continuar mientras pensaba que aquello tenía mucho más sentido que imaginar a aquella niña débil y enfermiza escapándose por la ventana de su cuarto y trepando por las paredes.

—¿Para qué quería que salieras de casa? —pregunté.

—Me enseñó a cazar, a estar muy quieta en el bosque, a no hacer ningún ruido... Tenía que esperar durante horas hasta que algún animal pasaba muy cerca: un conejo, un pájaro, una rana... Cuando cazaba uno, me dejaba volver.

—¿Te dijo para qué quería que aprendieras a cazar?

Amy volvió a bajar la cabeza, como si estuviera avergonzada. Yo alargué mi mano, la puse bajo su barbilla y la obligué a mirarme. Ella asintió, aunque las lágrimas volvían a bañar su rostro.

—Quería que practicara hasta que me saliera bien.

—¿Hasta que te saliera bien qué?

—Matar —contestó Amy en un susurro.



CAPÍTULO QUINCE

Al estaba empezando a preparar la cena cuando la puerta de la caravana se abrió. Eli entró llevando en brazos una muñeca de porcelana que parecía antigua. La colocó sobre la mesa y se separó un paso para contemplarla con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Es ese el bicho contra el que tenemos que luchar? —preguntó Al tras colocarse a su lado.

—Parece que sí. Ya sé que no aparenta ser muy peligrosa...

—Eso lo dirás tú. A mí me da muy mal rollo. No pienso dormir con esa cosa en la caravana.

—¿Pero tú no eras el escéptico? —preguntó ella burlona.

—Te he dicho mil veces que soy escéptico pero no gilipollas —contestó él—. Las muñecas me han dado mal rollo desde que era pequeño. Esas caras pálidas, esos ojillos brillantes que parece que te miran... No me gustan y mucho menos si dices que esta puede llevar un fantasma o un demonio dentro.

—Tranquilo. Espero haber descubierto lo qué es antes de que nos vayamos a

dormir. ¿Le queda mucho a la cena?

—Solo había encendido el fuego. Puedo apagarlo y ayudarte... Si quieres, claro.

—Por supuesto —contestó ella con una sonrisa—. Voy a hacer una sesión de ouija. Amy me ha dicho el nombre de la muñeca. Si es un espíritu, tendrá que acudir a mi llamada y decirnos lo que quiere.

—Me parece increíble que Lucy te haya dejado interrogar a su hija sobre esos temas —comentó él.

—No solo me ha dejado hablar con ella, sino que me ha permitido llevarme la muñeca, a pesar de que le he dicho que es posible que no se la vaya a devolver —dijo Eli—. Es un regalo que ella le hizo a su hija y tiene pinta de ser muy cara, pero no ha protestado. Creo que Tony ha podido convencerla de que nos deje trabajar en paz.

—Me alegro, así acabaremos antes con todo esto. —Al se giró hacia la nevera y sacó un par de cervezas—. Vamos a preparar la sesión.

—Me da la impresión de que no estás tomándote esto muy en serio —dijo ella mientras sacaba el tablero de ouija y lo colocaba sobre la mesa.

—¿Ahora a los fantasmas les va a molestar que nos tomemos una cerveza mientras hablamos con ellos? —Abrió su lata y le dio un largo trago.

—No tienes remedio. Compórtate, por favor.

Él resopló, pero recogió las cervezas y las dejó sobre la encimera de la cocina. Después apagó la mayoría de las luces y regresó a la mesa, en la que Eli ya había dispuesto el tablero, el máster y un par de velas blancas. Después colocó a la muñeca sentada a un lado del tablero y extendió el brazo para poner un dedo sobre el máster. Al la imitó y cerró los ojos para concentrarse. A pesar de la cantidad de veces que había realizado sesiones con Eli, notó que

en aquella ocasión le costaba relajarse y respirar profundamente. Había sido él quien se había ofrecido a ayudarla, pero, en aquel momento, le habría gustado estar en cualquier otro lugar. Sabía que era ridículo lo que sentía, que Eli controlaba aquellos temas y no iba a pasar nada malo, pero se sentía incómodo, sucio, enfermo... Ya no quería tener nada que ver con aquellas cosas que ella hacía. Ni siquiera el consuelo de pensar que aquel era su último caso le hacía sentirse mejor. Abrió los ojos y se encontró con la mirada preocupada de Eli.

—No puedes, ¿verdad? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza, se levantó de la silla y se dirigió a la cocina. Volvió a dar un largo trago a la cerveza y se encendió un cigarrillo. Escuchó como Eli soltaba un largo suspiro. Cuando se giró, ella había colocado su mano de nuevo sobre el máster y tenía los ojos cerrados. Permaneció en silencio unos segundos antes de empezar con su invocación.

—Quiero hablar con Sarah, el espíritu que habita en esta muñeca. Por el poder que los Dioses me han concedido, te ordeno que te presentes ante mí.

Eli esperó durante unos segundos, pero el máster no se movió ni una pulgada. Ni siquiera vibró. Ella tomó aire y volvió a pronunciar la invocación.

—Quiero hablar con Sarah, el espíritu que habita en esta muñeca. Por el poder que los Dioses me han concedido, te ordeno que te presentes ante mí.

En aquella ocasión, Eli esperó más de medio minuto para dar tiempo a que el máster realizara algún movimiento, pero tampoco sucedió nada. Al empezó a temer que fuera por su culpa, que su energía negativa estuviera bloqueando la sesión de algún modo. Deseaba con todas sus fuerzas que no se presentara nada, que todo aquello acabara, que pudieran cerrar aquel maldito último caso y partir sin mirar atrás hacia una nueva vida en la que no hubiera cabida para todas aquellas cosas que nunca había querido vivir ni comprender.

—¿No funciona? —preguntó rompiendo el silencio.

—No, no contesta. No está sucediendo nada —explicó ella—. No es que el espíritu esté aquí y se niegue a contestar. No percibo ninguna presencia ni ninguna energía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no es un espíritu. —Eli levantó el dedo del máster y negó con la cabeza—. La verdad es que lo esperaba. Si hubiera habido algún espíritu en la casa, hace días que habría detectado su presencia.

Al se acercó hasta situarse a un paso de la muñeca y la observó. La fluctuante luz de las velas despertaba brillos en sus ojos de cristal, creando la ilusión de que estuviera viva. Su sonrisa parecía cruel y diabólica. Pensó que no le extrañaría nada que, de repente, aquella cosa abriera más la boca para revelar unos dientes largos y puntiagudos.

—Pues por mucho que digas que no lleva fantasma dentro, a mí me sigue dando muy mal rollo —confesó.

—Que no tenga dentro el espíritu de alguien, no quiere decir que esté limpia ni que sea inofensiva —explicó Eli—. Amy dice que le habla y que la obliga a salir de casa a matar animales.

—Insisto en lo que he dicho antes: no pienso dormir con esta cosa aquí dentro.

—Volvió a sentarse en la silla y, a pesar de que le daba asco tocarla, la giró para dejar de ver su rostro—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Voy a tratar de exorcizarla —respondió Eli.

—¿Se puede exorcizar un objeto? Pensaba que solo se podía hacer con las personas poseídas.

—Se pueden exorcizar personas, casas, animales, objetos... Los demonios

pueden esconderse en cualquier parte —explicó ella mientras volvía a guardar el tablero de ouija para dejar la mesa libre—. ¿Vas a ayudarme o prefieres salir fuera?

—Te ayudaré. ¿Qué quieres que haga?

—En ese armario de ahí arriba hay una bolsita negra. Pásamela.

Buscó la bolsa mientras ella tumbaba a la muñeca en el centro de la mesa y empezaba a rodearla de velas blancas. Cuando le dio la bolsa, ella sacó una pequeña botella, un rosario de piedras blancas y un pequeño saquito.

—Mierda... Casi no me queda agua bendita —dijo Eli mirando el contenido de la botella. Después abrió el saquito y extrajo unos pequeños trozos de algo blanco parecido a una galleta muy fina.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Trozos de hostia consagrada.

—¿Y de dónde has sacado todo eso?

—De una iglesia —respondió ella encogiéndose de hombros—. El agua bendita puede robarse de las pilas que tienen a la entrada y para conseguir las hostias solo hay que ir a comulgar y escupirlas sin que te vean.

—¡Pero si ni siquiera eres católica! —se escandalizó él—. Como un día te pillen, a la que van a exorcizar es a ti.

Ella soltó una risita y siguió encendiendo las velas.

—Necesito estas cosas para mi trabajo y no van a querer vendérmelas. A mí tampoco me gusta tener que robar objetos sagrados, pero no me dejan otro remedio. —Cuando encendió la última vela, puso las manos en sus caderas y observó la mesa durante unos segundos—. Creo que lo tenemos todo. ¿Estás preparado?

Al tragó saliva con esfuerzo y asintió. Ya había participado en exorcismos en otras ocasiones y nunca eran una experiencia agradable, pero supuso que en aquella ocasión sería mucho más suave. La muñeca no se iba a poner a vomitar papilla verde, ni a levitar sobre la mesa, ni a adoptar posturas antinaturales, ni iba a empezar a gruñir y a hablar en lenguas muertas... O eso esperaba.

Eli cerró los ojos, respiró de forma tranquila y profunda durante unos segundos, abrió los brazos y empezó a recitar.

—San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y las asechanzas del demonio. Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el Divino Poder a Satanás y a todos los espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas.

Tras pronunciar aquellas palabras, Eli abrió la botella de agua bendita y roció unas gotas sobre el cuerpo de la muñeca. Al se acercó un poco para observarla con detenimiento. La muñeca seguía totalmente quieta, con los ojos brillantes y los brazos alzados hacia el cielo, como si estuviera pidiendo que alguien la abrazara.

—Ordeno y mando con la fuerza de Dios omnipotente a todos los espíritus inmundos, a todas las presencias que molestan a esta casa, que la abandonen definitivamente y que se vayan al infierno eterno, encadenados por san Miguel arcángel, por san Gabriel, por san Rafael, por nuestros ángeles custodios, aplastados bajo el talón de la Virgen Santísima Inmaculada.

Mientras pronunciaba la oración, Eli fue atando el rosario alrededor de los brazos extendidos de la muñeca. Al continuó mirándola, expectante, pero en aquella ocasión tampoco sucedió nada.

—¿Estás segura de que lo estás haciendo bien? Ya sé que es una muñeca, pero ¿no debería pasar algo?

Eli le miró con el ceño fruncido, como si le hubiera molestado su interrupción. Después, se encogió de hombros y continuó con su trabajo.

—Oh, Señor, tú eres grande, tú eres Dios, tú eres Padre, nosotros te rogamos, por la intercesión de María y con la ayuda de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, que nuestros hermanos y hermanas sean liberados del maligno que los ha esclavizado. Oh, santos, venid todos en nuestra ayuda. Concédenos ser liberados de toda maldición y gozar siempre de tu paz. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Eli cogió uno de los trozos de hostia consagrada y lo colocó en la frente de la muñeca. Tampoco sucedió nada en aquella ocasión. La muñeca siguió con la mirada de cristal perdida en el infinito y aquella sonrisa turbadora en la cara que parecía indicar que conocía algo que no sabían y que se estaba riendo de ellos. Eli soltó un largo suspiro y se derrumbó en la silla.

—No funciona. Creo que tampoco es un demonio.

—¿Y entonces qué es? —preguntó Al mientras se sentaba frente a ella.

—La única hipótesis que nos queda es que sea un objeto maldito, pero no me cuadra. —Eli se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y se masajeó las sienes con los dedos, como si eso la ayudara a concentrarse—. Amy dice que la muñeca le habla, que le da órdenes. Tendría que haber algún ente atrapado dentro de ella, algo con conciencia, pero, si no es un espíritu ni un demonio, no sé qué puede ser.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Sal y fuego —contestó Eli—. Sea lo que sea, no creo que pueda sobrevivir a eso.

La hoguera que habían encendido en el jardín empezaba a extinguirse. Al se

sintió incómodo y se giró hacia la casa. Las cortinas del salón se movieron, revelando que había alguien observándoles que no quería ser descubierto. Ya había visto aquel movimiento varias veces durante el tiempo que habían estado quemando la muñeca y estaba seguro de que era Lucy. Decidió ignorarla. No supondría un problema mientras se limitara a mirar y no saliera a molestarles.

—Echa más leña —le pidió Eli, interrumpiendo sus pensamientos.

—Puedo echar toda la leña que tú quieras, como si quieres hacer arder todo Maine, pero ya te he avisado de que no va a servir de nada —dijo él mientras colocaba otros dos troncos a ambos lados de lo que quedaba de la muñeca.

—No lo entiendo. ¿Por qué no arde? —preguntó Eli con el ceño fruncido—. ¿Estará protegida por algún hechizo?

—No todo tiene que ver con hechizos, maldiciones y fenómenos paranormales. Esto tiene una explicación muy lógica: la porcelana no arde. Es un material que resiste muy bien el calor. No vamos a conseguir que se reduzca a cenizas.

Se quedaron en silencio observando cómo los dos nuevos troncos empezaban a arder y a acariciar a la muñeca con unas tímidas llamas. No quedaba ni rastro de su pelo, de sus pestañas o de su ropa, pero el cuerpo continuaba igual. Incluso daba un poco más de miedo contemplar aquella cosa cubierta de cenizas que seguía mirándoles con los brazos extendidos, como si esperase que la rescataran del fuego.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Eli.

—Tú eres la experta en esto —contestó Al encogiéndose de hombros.

—No te veo muy implicado en este caso —dijo ella molesta.

—Sabes que no lo estoy. Lo único que quiero es acabar con esta mierda y marcharnos de aquí. —Se puso en cuclillas, recogió un palo del suelo y lo

acercó a las llamas hasta que la punta prendió para encender un cigarrillo—. ¿No conoces alguna otra forma de acabar con un maleficio que no tenga que ver con quemar cosas que no pueden quemarse?

—Sí. Algo podemos hacer... —Eli negó con la cabeza—. Vamos a apagar el fuego y a golpear esta cosa hasta convertirla en polvo. Luego la rociaremos con agua bendita y la enterraremos en tierra consagrada. Espero que eso la neutralice.

—¿Y por qué tienes esa cara? ¿No crees que vaya a funcionar?

—No lo sé... —Eli resopló con la mirada perdida en el horizonte, concentrada en sus pensamientos—. Amy dice que esta muñeca se llama Sarah y que habla dentro de su cabeza. Eso tiene que significar que hay un ser en su interior. Estoy segura de que no es una maldición ni un hechizo. Hay un ser inteligente habitando ahí.

—Pero ya hemos comprobado que no hay un espíritu ni un demonio dentro... —protestó Al.

—Lo sé, pero algo no cuadra. Nada de esto me convence.

Sin decir nada más, Eli regresó a la caravana y salió con una garrafa de agua. La vertió sobre la hoguera y una nube de humo negro se elevó en el aire. Mientras ella apagaba el fuego, Al se dirigió al lugar en el que Tony había decidido levantar el cobertizo y regresó con un martillo y una pala.

Eli ya había sacado la muñeca de los restos de la hoguera y la había extendido sobre una toalla. Tendió la mano para que Al le pasara el martillo y empezó a golpear a la muñeca como si estuviera poseída por una furia asesina. Él decidió dejarla tranquila. Para ser alguien que disfrutaba con los fenómenos extraños e inexplicables, Eli se ponía muy nerviosa cuando las cosas escapaban de su lógica. Cuando notó que los golpes se volvían menos

violentos, regresó a su lado y se sentó en el suelo.

—Cuando termines, tendremos que ir a colarnos en el cementerio del pueblo, ¿verdad? —preguntó.

—Exacto.

—¿Y cómo vamos a saber si todo esto ha servido para algo?

—Tendré que hablar mañana con Amy —contestó ella—. Si la niña ha dejado de escucharla, estaremos seguros de que hemos terminado con esta cosa.



CAPÍTULO DIECISEIS

Di un par de suaves golpes en la puerta de la habitación de Amy, pero no recibí respuesta. Abrí con cuidado y entré. A pesar de que no entraba ni un solo rayo de sol, la habitación estaba tenuemente iluminada por la luz de una lámpara de mesa de color lila adornada con estrellas blancas. Me quedé a los pies de la cama contemplando cómo dormía. Estaba abrazada a un oso de peluche mientras sonreía. Pensé que podría quedarme mirándola durante horas. Estaba preciosa con su largo cabello rubio esparcido sobre la almohada y aquella expresión de paz en el rostro. Sin embargo, ella parpadeó un par de veces, abrió los ojos y me miró. En lugar de asustarse, amplió su sonrisa y se sentó en la cama mientras se frotaba los ojos.

—Hola, Eli. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos diez —contesté—. Me parece que se te han pegado las sábanas. ¿Has dormido mal?

—¡Qué va! He dormido de maravilla —respondió ella mientras daba patadas a la colcha para salir de la cama a toda prisa—. Mamá me reñirá si llego tarde a desayunar.

—Te ayudaré. ¿Qué vestido quieres ponerte?

—El amarillo con lunares blancos.

Rebusqué entre sus vestidos hasta encontrar el que me había pedido. Cuando me giré, ella ya se había quitado su largo camisón blanco y esperaba con los brazos hacia arriba para facilitar que se lo pusiera. Después se giró para que pudiera atarle los botones de la espalda.

—Ya sé que no te gusta hablar de esto, pero tengo que preguntártelo. ¿Has vuelto a escuchar la voz de Sarah?

Ella se dio la vuelta para mirarme y negó con la cabeza.

—No. No me ha dicho nada desde anoche.

—¿Alguna otra vez había estado tiempo sin hablarte?

—No. Todos los días me decía cosas. —Amy tomó aire para atreverse a hacer la pregunta—. ¿Ya no está? ¿La habéis echado?

—Creo que sí.

Sin dejarme tiempo a decir nada más, Amy se arrojó hacia mí y me echó los brazos al cuello antes de estampar un fuerte beso en mi mejilla.

—Muchas gracias, Eli.

Cuando se separó, vi sus ojos brillantes y su amplia sonrisa y no fui capaz de reconocerle que tenía dudas, que había algo que no acababa de convencerme en aquel caso. De repente, su rostro se nubló y volvió a abrazarme, aún con más fuerza.

—¿Esto quiere decir que os vais a marchar?

—Sí. Ya hemos acabado nuestro trabajo aquí —respondí apenas mientras acariciaba su pelo.

—Me gustaría que os quedarais conmigo para siempre. —Se separó de mí y me miró mientras hacía un adorable puchero—. ¿Dónde vais a ir?

Me puse en cuclillas frente a ella y le dirigí una amplia sonrisa. Me sentí conmovida por el cariño que aquella niña nos había cogido en tan poco tiempo. Sin darme cuenta, yo también me había encariñado, así que decidí sincerarme con ella.

—Al y yo vamos a empezar una nueva vida —contesté ilusionada—. Vamos a comprar una casa con jardín y a buscar un trabajo. Incluso es posible que compremos un perro... ¿Puedo contarte un secreto? —Amy asintió, emocionada—. Vamos a tener un niño... Una niña, en realidad. Y espero que sea tan guapa, tan lista y tan encantadora como tú.

—Me gustaría mucho conocerla. ¿Vendréis a vernos alguna vez?

Dudé durante un segundo. Estaba segura de que a su madre no le haría ninguna gracia vernos aparecer de nuevo por su casa, pero se la veía tan ilusionada que no pude negarme.

—Por supuesto. Si algún día pasamos cerca de aquí, vendremos a hacerte una visita —dije poniendo la mano derecha sobre el corazón para sellar mi promesa—. Y ahora tenemos que acabar de prepararte. Ya llegas tarde a desayunar y tu madre se va a poner hecha una furia.

Terminé de atar su vestido, cepillé su pelo y le di la mano para acompañarla hasta la cocina. Lucy y Tony ya estaban sentados cuando entramos. Ella nos lanzó una mirada envenenada tras comprobar la hora en el reloj de la cocina, pero no dijo nada. Solté a Amy para que se sentara en su sitio. En cuanto vio el bol de gachas de avena, la sonrisa desapareció de su cara. Metió la cuchara y empezó a darle vueltas mientras apoyaba la cabeza en su mano con gesto de hastío.

—Si me disculpáis, voy a buscar a Al —dije—. Tenemos cosas que hablar con vosotros.

Salí de la casa y me dirigí a la caravana. Al estaba sentado en las escalerillas de entrada, fumándose un cigarrillo. En cuanto me vio, se levantó para venir a mi encuentro.

—¿Has hablado con la niña? —preguntó.

—Sí. Dice que ya no oye la voz. Parece que ese ser, fuera lo que fuera, se ha ido.

—Genial. ¿Cuándo nos vamos?

—Tenemos que entrar primero a hablar con sus padres —respondí—. Ven, nos están esperando.

Cuando entramos en la cocina, vi que Lucy estaba acabando de preparar una taza de café para cada uno. Le lancé a Al una mirada de advertencia y él movió la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible. Me daba igual haber descubierto al ser que causaba el extraño comportamiento de Amy y haberlo expulsado. Seguía sin fiarme de aquella mujer.

—¿Queréis azúcar? ¿Leche? —preguntó Lucy con voz amable cuando nos sentamos.

—No, gracias. No queremos nada. Ya hemos desayunado —respondí fingiendo una sonrisa.

Ella frunció el entrecejo, pero volvió a sentarse sin decir nada. Yo la ignoré y me giré hacia Tony para hablar con él. Nada más mirarle, sentí que mi estómago se contraía. No sabía cómo no me había fijado al entrar en la cocina por primera vez. Tenía un aspecto horrible. Su cara estaba pálida y grisácea y sus ojeras estaban muy marcadas. Había perdido mucho peso e incluso parecía tener muchas más arrugas que cuando le habíamos conocido. Si no estuviera

segura de que no llevábamos en aquel lugar más de una semana, habría jurado que habían pasado años desde que nos encontramos por primera vez.

—Bueno... Como ya os comenté ayer, creemos que hemos descubierto por qué Amy se levantaba de noche y hemos eliminado la causa —dije con voz dubitativa.

—Perfecto. Habéis sido de gran ayuda —intervino Lucy lanzándome una sonrisa bondadosa y posando su mano sobre la mía—. Os echaremos de menos.

Meforcé a mantener mi mano en su sitio para no parecer descortés antes de retirarla despacio. Aquella situación me gustaba cada vez menos. ¿Por qué Lucy se comportaba con nosotros de esa forma tan amable? Pensé que debería disimular un poco lo encantada que estaba de que fuéramos a marcharnos.

—Lo que quería comentaros es que nos gustaría quedarnos dos o tres días más —dije sin haberlo pensado siquiera.

Escuché un carraspeo a mi lado. Al mirarme sorprendido, sin saber a qué se debía aquel deseo de quedarme. Yo tampoco podía explicarlo bien, pero algo en mi interior me decía que debíamos continuar en aquella casa. Miré a Tony y a Lucy, que también esperaban una explicación. La única que parecía feliz con mis palabras era Amy, que había soltado su cuchara para aplaudir entusiasmada.

—No. No vais a seguir aquí sacándole dinero al incauto de mi marido. —Lucy se puso en pie y plantó con fuerza las manos sobre la mesa—. Quiero que os marchéis de mi casa ya.

—Lucy, ¿qué haces? —la regañó Tony—. Deja que se explique.

La mujer le lanzó una mirada furiosa y volvió a sentarse. Tenía los puños apretados y sus hombros temblaban. Me dio la impresión de que solo

conseguía controlar el llanto usando toda su fuerza de voluntad.

—No vamos a cobrarles ni un solo dólar más por los días que pasemos aquí.

—Sentí una patada de Al por debajo de la mesa, pero le ignoré—. Ha habido ciertos detalles en los rituales que hemos realizado que se salen un poco de lo normal, así que me gustaría que nos permitieran quedarnos para asegurarme de que todo es correcto y de que hemos eliminado el mal de esta casa para siempre.

Escuché un bufido enfadado procedente de Lucy, pero continué mirando a Tony con ojos suplicantes. Él dio un trago a su café, se levantó y asintió.

—Si no vais a querer cobrar más, no veo por qué no vais a quedaros. Yo también prefiero que os aseguréis de que todo esto ha acabado. —Le dio un beso en la mejilla a su hija y otro a su mujer antes de dirigirse a la puerta—. Tengo que ir al trabajo. Mantenedme informado.

Cuando le vi desaparecer por el pasillo, me levanté sin decir nada y corrí hacia él. Le agarré por el brazo y le hice volverse. Al tenerle tan cerca, pude apreciar que su aspecto era aún peor. Tenía los labios resecaos, la piel cuarteada y los ojos enrojecidos.

—Perdona, Tony... ¿Estás bien? Te veo mal aspecto.

—La verdad es que estoy agotado —confesó—. Me siento muy débil y cansado. Supongo que estaré incubando alguna gripe.

—¿Crees que puede deberse a nuestra presencia aquí? Puede que estés muy nervioso por todo lo que le estaba sucediendo a Amy y que no descanses bien.

—No. No creo que sea eso. De hecho, desde que llegasteis, duermo mejor que nunca. En cuanto me tomo mi vaso de leche caliente antes de acostarme, caigo dormido y no me despierto en toda la noche.

—¿Puedo preguntarte quién te prepara ese vaso de leche?

—Lucy. ¿Por qué lo preguntas? —Cuando se dio cuenta de lo que estaba sugiriendo, negó con la cabeza y soltó una risita—. Eli, por favor, ¿estás insinuando que mi mujer me droga? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tienes razón. Estoy viendo fantasmas donde no los hay —dije devolviéndole la sonrisa—, pero deberías ir al médico.

—Lo haré si no mejoro —contestó él antes de dirigirse de nuevo a la puerta—. Gracias por preocuparte.

Cuando cerró tras de sí, me giré y me encontré a Al en medio del pasillo. Tenía los brazos cruzados frente al pecho, las piernas abiertas y una mirada desafiante. Comprendí que no iba a permitir que me marchara sin darle una buena explicación.

—No te enfades —le pedí.

—¿Cómo voy a no enfadarme? Ya hemos resuelto este caso. Lo que toca es cobrar y largarnos a seguir con nuestra vida, no ofrecerles varios días gratis de trabajo a nuestros clientes sin que haga falta y sin consultármelo siquiera.

—Lo sé, pero no me gusta el aspecto que tiene Tony. Le está pasando algo.

—Nuestra misión era descubrir qué le pasaba a Amy y detenerlo. Ya lo hemos hecho y la niña dice que todo ha acabado —insistió él—. No es nuestro problema si el padre está bien o mal.

—Lo sé, pero sospecho que le están drogando y haciéndole algo malo. No sé si están realizando algún ritual con él o si le han echado mal de ojo...

—Eli, basta ya... Ese hombre ha estado sometido a mucho estrés. Es normal que su salud se resienta. —Resopló y se removió el flequillo antes de acercarse a mí—. No tienes ninguna prueba de que le esté pasando nada malo.

—Sé que no tengo pruebas, pero estoy segura de que hay algo extraño en todo

esto. No quiero marcharme y dejarle así.

—El problema es que no quieres marcharte y punto. —Se inclinó hacia mí hasta que nuestros rostros estuvieron a un par de pulgadas de distancia—. No quieres abandonar esta vida, no quieres dejar de ser una bruja poderosa y convertirte en una persona normal. ¿Qué pasará cuando descubras que a Tony no le pasa nada? ¿Te inventarás que Lucy es un demonio o que hay fantasmas en el desván o que la casa está infestada de duendes malignos?

—No es eso, Al.

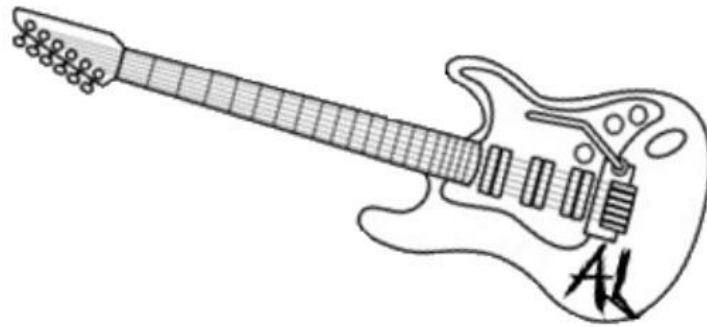
—¿Y qué es? —preguntó rabioso—. Decide de una vez qué es lo que quieres hacer con tu vida. Yo no voy a esperarte eternamente.

Sin darme tiempo a decir nada más, me apartó con brusquedad y salió de la casa dando un portazo. Tuve ganas de correr detrás de él y obligarle a escucharme, pero no pude porque Lucy acababa de salir de la cocina y se aproximaba a mí con paso decidido. Resoplé y negué con la cabeza, mientras apoyaba las manos en mis caderas. No tenía humor para aguantar los insultos de aquella mujer.

Ella se colocó a mi lado y miró hacia atrás, en dirección a la cocina. Se inclinó hacia mí y susurró en mi oído.

—Escucha lo que te digo: marchaos de aquí hoy mismo y no miréis atrás. —Volvió a comprobar el pasillo antes de seguir hablando—. Os lo digo por vuestro bien.

No esperó a que contestara. Se marchó a paso rápido y subió las escaleras rumbo a su habitación. Yo me quedé parada en mitad del pasillo, sin saber qué pensar o cómo reaccionar, mientras sentía como una sensación de frío invadía mi cuerpo. Las palabras de Lucy no habían sonado a amenaza, sino a advertencia, y en sus ojos no había rabia ni enfado. Había miedo.



CAPÍTULO DIECISIETE

Al entró en la caravana y cerró de un portazo. Después se tiró sobre la cama y se quedó un rato totalmente quieto con los ojos abiertos fijos en el techo. Pensó que cualquiera que le viera en aquella postura pensaría que se había muerto. ¿Qué más quisiera él? En aquel momento se sentía tan mal que le parecía que la muerte sería un consuelo.

Acababa de comportarse como un auténtico gilipollas con Eli y no tenía excusa. La verdad era que llevaba dos días portándose con ella como un capullo. Primero le había montado la escena de dejarla tirada en medio de la carretera sin decirle siquiera si iba a volver y después la amenazaba diciéndole que no iba a esperarla eternamente. Si lo que buscaba era que ella tuviera claro si elegir su vida como bruja y sus poderes o a él, le estaba poniendo la decisión muy fácil.

Era aquello precisamente lo que le sacaba de sus casillas y le volvía medio loco. Ella decía que le amaba, que quería estar con él y empezar una vida nueva, pero sus actos indicaban lo contrario. Le daba tanto miedo que ella acabara dándose cuenta de que él no merecía tanto la pena como para

renunciar a todo... Era increíble. Toda la vida había sido alguien seguro de sí mismo, pero, en aquel momento, se sentía una mierda. ¿Cómo iba a compararse él, un tío normal y corriente, con una chica como Eli? ¿Cómo iba a preferir ella una vida aburrida y monótona en lugar de seguir siendo una bruja poderosa que recorría el mundo enfrentándose al mal y salvando gente?

Se sentó en la cama y se frotó las sienes en un intento de eliminar el dolor de cabeza que se le había levantado. No podía con aquella tensión y sabía que no se le pasaría hasta que Eli le dijese que ya estaba dispuesta a marcharse con él, que abandonaba aquella vida para siempre. Había pensando que ya estaba, que aquel mismo día lo dejarían todo atrás y podrían empezar a olvidar y a ser felices, pero ella le pedía dos o tres días más. Soltó un rugido de furia. No sabía si sería capaz de aguantar esos días, pero no le quedaba más remedio que soportarlo, poner buena cara y esperar. Ella merecía aquel último sacrificio.

La puerta volvió a abrirse y Eli entró en la caravana. Él bajó la cabeza, incapaz de enfrentarse a sus ojos. Seguro que ella estaba enfadada y venía a montarle una escena. Sabía que se la merecía y que lo mejor era que fingiera que había recapacitado y que estaba de acuerdo con su idea de quedarse unos días más, pero no estaba seguro de ser tan buen actor.

Ella caminó hasta la cama, se sentó a su lado y colocó una mano sobre su pierna.

—De verdad que lo siento —susurró ella—. ¿Estás muy enfadado?

Se sorprendió tanto ante aquellas palabras que tuvo que alzar la cabeza y mirarla. Eli debía de sentirse muy culpable o muy preocupada por perderle si renunciaba de aquella manera a su orgullo y no le echaba la bronca de su vida. Le lanzó una media sonrisa y negó con la cabeza.

—No, tranquila. En realidad, me he portado como un imbécil. No debería

haberte hablado así.

—¿De verdad? —preguntó ella asombrada—. ¿Te estás disculpando? ¿Tú?

Él soltó una risita, alargó el brazo y le acarició la mejilla con dulzura.

—Sí. Incluso los tíos perfectos como yo nos equivocamos algunas veces. Si necesitas unos días para poder decir adiós a la vida que has llevado, te los daré. No hace falta ni siquiera que te inventes que hay monstruos horribles en esa casa haciéndole Dios sabe qué al pobre Tony.

—No me lo estoy inventando —insistió ella con el ceño fruncido—. Te digo que en esa casa pasa algo.

—No quiero discutir, Eli. Olvida lo que te he dicho antes y tómate el tiempo que necesites. Yo te esperaré.

—Ahora vas de perdonavidas. —Ella soltó un bufido antes de seguir hablando—. Lo que me faltaba. Está bien. No me creas si no quieres, pero, cuando descubra qué es lo que está pasando, vas a tener que disculparte.

—Tranquila. Si tienes razón por una vez en la vida, te pediré perdón —bromeó él.

—No va a valer con que pidas perdón, chulito de mierda —le cortó ella—. Si acabo descubriendo que hay algo sobrenatural en esta casa, vas a estar fregando los platos hasta que te jubiles.

—Trato hecho. Y si, como yo pienso, no hay absolutamente nada, lo harás tú.

—Al se levantó de la cama, la agarró de la mano y tiró de ella.

—¿Dónde vamos?

—A dar un paseo por el bosque. Creo que nos vendrá bien.

—¿No pensarás llevarme al lado del río, como el otro día? —preguntó ella con una sonrisa pícaro en la cara.

—No era mi intención, pero, si quieres, te dejo guiar —contestó él guiñándole un ojo—. Si te pierdes y acabamos allí, yo no me voy a quejar.

Regresaron una hora después, dados de la mano. Al final no habían ido hasta el río, tal y como a Al le hubiera gustado, pero estar los dos solos, fingiendo durante un rato que el resto del mundo no existía, le había sentado bien. Giró la cabeza para mirar a Eli y dirigirle una sonrisa y, en aquel momento, ella se quedó parada con expresión concentrada, como si hubiera percibido algún peligro.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Sí... ¿No oyes la música? —Ella se quedó callada unos segundos para darle tiempo, pero, por mucha atención que puso, no consiguió escuchar nada —. Es *Enter Sandman* otra vez.

—¿Tienes algo contra esa canción? Es un temazo.

—Es la canción que puso Amy el otro día cuando se coló en nuestra caravana.
—Le soltó la mano y empezó a correr—. Estoy segura de que ha entrado otra vez.

Al se quedó un par de segundos paralizado, sin comprender, antes de empezar a correr tras ella. Cuando la alcanzó, la agarró por un brazo y la obligó a detenerse.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó.

—No me gusta que toque mis cosas. Seguro que está cotilleando en mis libros de hechizos y en los objetos que utilizo en los rituales.

—Es una niña, Eli. Tendrá curiosidad...

—Ya sé que sigues sin creer del todo en los fenómenos sobrenaturales, pero

esas cosas son peligrosas. Vamos.

Sin decir nada más, volvió a echar a correr. Al la siguió sin protestar. Sabía que no serviría de nada y no quería volver a discutir con ella. Según fueron acercándose, pudo escuchar la canción y los versos que en aquellos momentos cantaba James Hetfield.

Cállate, pequeño. No digas una palabra

Y no importa el ruido que oigas.

Son solo las bestias bajo tu cama

En tu armario, en tu cabeza.

Sin poder explicar por qué, sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. ¿Cómo podía gustarle aquella canción a una niña tan dulce y encantadora como Amy? Estaba seguro de que, si él hubiera escuchado aquellos versos con su edad, se habría pasado varias noches teniendo que dormir con la luz encendida.

Eli llegó a la caravana, abrió la puerta y entró sin esperarle. Él se apresuró para darle alcance, pero, cuando aún le quedaban unos pasos para llegar, escuchó los gritos de Eli.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí dentro? Te dije que no tocaras mis cosas.

Cuando entró, se encontró a Eli roja de ira y a Amy mirándola aterrada, con un libro abierto en el regazo. Eli se lo arrebató de un tirón, lo cerró y miró el título.

—*Círculos de protección y altares wiccanos* —Leyó en voz alta—. ¿A ti te parece que esto es una lectura adecuada para una niña de tu edad? Esto es peligroso.

—Me aburría y solo quería leer un rato —susurró Amy con la cabeza baja.

—Nadie te ha dado permiso para entrar aquí cuando te dé la gana y toquetear mis cosas —siguió gritando Eli.

—Eli, ya basta. Deja a la niña —intervino Al.

Ella le lanzó una mirada de furia y se marchó a la parte trasera de la caravana. Él se acercó a Amy, le puso una mano en el brazo para reconfortarla y le dirigió una sonrisa.

—Perdona a Eli. Está muy nerviosa últimamente. No ha querido gritarte. — Les llegó un bufido de Eli que parecía indicar que gritar era precisamente lo que había querido hacer—. Creo que será mejor que vuelvas a casa. Tu madre estará preguntándose dónde estás.

Amy asintió con los ojos llorosos, se levantó sin decir nada y salió de la caravana cerrando despacio para no molestar más. Al suspiró mientras negaba con la cabeza y se acercó a Eli.

—¿Te parece normal gritarle así a una niña pequeña? —preguntó enfadado.

—¿Y a ti te parece normal que una niña tenga este interés por los temas sobrenaturales? Aquí hay algo raro.

—¿Qué quieres decir?

—La otra vez que la pillamos cotilleando estaba leyendo sobre muñecas poseídas y objetos malditos... Y un par de días después, nos vino con la historia de que su muñeca le hablaba y la obligaba a hacer cosas.

—No entiendo... ¿Estás diciendo que se lo inventó?

—Sí. Cada vez me parece más claro —contestó ella—. Ya viste que no encontramos ningún espíritu ni demonio en esa cosa. Creo que estuvimos haciendo el gilipollas con una muñeca normal y corriente.

—Eli, tía... Te estás volviendo paranoica. ¿Qué razón iba a tener Amy para engañarnos?

—No lo sé, pero voy a descubrirlo. —Eli se levantó, sacó de un armario la caja en la que Al guardaba el instrumental que utilizaba en las investigaciones y rebuscó hasta encontrar una grabadora, un detector de movimiento y una cámara de fotos—. Explícame cómo funcionan estas cosas.

—¿Qué vas a hacer?

—Colarme en su casa y colocar todo esto —contestó ella resuelta—. Si no están dispuestas a contarnos la verdad, tendremos que descubrirla por otros medios.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Esperé en el jardín hasta que vi algo de luz colándose a través de las cortinas de las habitaciones del piso de arriba. Parecía que los Matthews ya estaban preparándose para ir a dormir. Decidí no esperar más, así que corrí hacia la casa. Abrí la puerta con mucho cuidado y, tratando de no hacer ningún ruido, me colé dentro.

Aún había varias luces encendidas en el piso de abajo: una pequeña lámpara de pie en un rincón del salón y la fluorescente de la cocina. Dudé durante un par de segundos. Aquello podía querer decir que quedaba alguien en ese piso o que iban a volver a bajar. Pensé que quizá sería mejor que me marchara y regresara al cabo de un par de horas, cuando estuviera segura de que todos estaban dormidos. Descarté la idea. Necesitaba conseguir información. No quería que Al siguiera pensando que estaba inventando excusas para no marcharme con él ni soportaba que me mirase como si estuviera volviéndome loca. Además, necesitaba demostrarme a mí misma que en aquella casa había algo extraño. Yo también empezaba a temer estar volviéndome paranoica.

Avancé de puntillas hasta la cocina y me dirigí a una puerta, situada en un

lateral, que correspondía a una pequeña despensa. Había sitio suficiente para una persona, así que me metí dentro. Dejé la cámara y la grabadora sobre uno de los estantes y empecé a calcular cómo colocar el sensor de movimiento para que pudiese captar si alguien entraba en la cocina. La idea era conectar la grabadora y la cámara a aquel aparato para que se pusieran en funcionamiento cuando hubiese alguien. Iba a tener que dejar la puerta abierta y era posible que lo descubrieran. Además, ni siquiera estaba segura de haber entendido las instrucciones de Al para conectar todos aquellos cacharros. Lo mío eran los conjuros y sortilegios, no los cables y botones. Aquel era el campo de Al, pero me había dicho que espiar a los Matthews sin su permiso era una locura y que no pensaba acompañarme, así que tendría que valerme por mí misma.

Acababa de dejar el detector en el suelo, en una posición en la que abarcaba la mayoría de la cocina, cuando escuché unos pasos que se acercaban por el pasillo. Me quedé paralizada. No había otra salida. Pensé durante un segundo en tratar de escapar por la ventana, pero los pasos ya estaban demasiado cerca como para que no me descubrieran. Tendría que quedarme allí y rezar para que la persona que entraba no necesitara nada de la despensa. Entorné aún más la puerta, dejando apenas una rendija a través de la cual podía observar lo que pasaba.

Lucy entró, se dirigió a la nevera, sacó una botella de leche y puso un vaso a calentar en el microondas. Luché por controlar los nervios. Me daba la impresión de que mi respiración sonaba como la de un toro embravecido y que mi corazón retumbaba tan fuerte como para levantar ecos. Por suerte, Lucy no pareció darse cuenta de mi presencia. Mientras esperaba a que la leche se calentara, apartó un poco las cortinas de la ventana y se dedicó a observar el jardín. Estaba segura de que miraba hacia nuestra caravana para ver lo que hacíamos.

Escuché más pasos que se acercaban y Amy entró en la cocina. Lucy se giró hacia ella con gesto serio. La niña tenía el ceño fruncido y una mirada dura en sus ojos. No quedaba nada de la expresión risueña y encantadora que solía lucir siempre.

—¿Has preparado ya el vaso de leche de Tony? —preguntó la niña—. Tengo que llevárselo.

¿Tóny? ¿Amy llamaba Tony a su padre? Aquello me pareció tan extraño que cogí la grabadora y la puse en funcionamiento.

—Enseguida estará.

Lucy apoyó las manos sobre la encimera, se giró hacia su hija y la miró con un gesto de preocupación en la cara.

—¿Tenemos que seguir haciendo esto? Tu padre está muy mal. No sé si podrá resistir mucho más.

—Sabes que sí, que lo necesito —contestó Amy con voz firme y autoritaria—. No es mi problema que no hayas conseguido que esos dos se marchen.

—Estoy haciendo todo lo que puedo. Solo tendrás que aguantar dos o tres días más.

—Pues eso mismo sirve para Tony.

—No sé si lo soportará. Está muy débil.

—Me da igual. Es él quien ha traído a esos dos entrometidos y quien les ha permitido quedarse. —La voz de Amy sonó fría y cruel—. Que pague por sus decisiones.

Lucy soltó un suspiro resignado y sacó el vaso de leche del microondas. Después metió la mano en su bolsillo y extrajo un pequeño frasco. Dejó la grabadora en una balda y, a toda velocidad, cogió la cámara y saqué un par de

fotos en las que se podía ver a Lucy vertiendo unas cuantas gotas en el vaso de leche.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —Amy apoyó los codos en la encimera y colocó la barbilla sobre las manos. Se quedó mirando al techo de la cocina con aire soñador—. Si no se marchan, a lo mejor podría quedármelos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lucy asustada.

—La chica no me interesa, me cae mal. Creo que a ella podría matarla enseguida. Pero Al... Me gusta mucho ese chico. Podría encerrarlo en el sótano y jugar con él...

—Ni lo pienses... La gente del pueblo les ha visto. Harían demasiadas preguntas.

—No preguntarían nada. Solo son un par de vagabundos que recorren el mundo en su caravana. Podríamos decir que se han marchado y nadie sospecharía.

—No. —La voz de Lucy sonó firme—. Te lo he dicho muchas veces: si matas a alguien, dejaré de ayudarte.

—Eres tan aburrida —contestó Amy antes de soltar una risita burlona.

La niña cogió el vaso que su madre le tendía y salió. Lucy se quedó unos segundos observando angustiada el pasillo por el que se alejaba. Después, soltó un largo suspiro, apagó la luz de la cocina y se marchó.

Me quedé mucho tiempo dentro de la despensa, luchando por frenar el temblor que recorría todo mi cuerpo. Seguía sin saber qué era lo que estaba sucediendo en aquella casa, pero al fin estaba segura de que no estaba loca ni lo estaba imaginando. Amy llevaba dentro algo terrible y mortal contra lo que debíamos luchar.

Cuando conseguí controlar mis nervios y dejé de escuchar pasos en el piso de arriba, salí con cuidado de la despensa llevándome el detector de movimiento, la grabadora y la cámara. Ya no necesitaba dejar aquellas cosas allí. Tenía las pruebas que necesitaba.

La grabación terminó, así que pulsé el botón que detenía el aparato y levanté la cabeza para observar la reacción de Al. Él seguía mirando la grabadora con los ojos muy abiertos, recostado hacia atrás en el asiento como si temiera que algo fuera a saltar para morderle.

—¿Qué opinas? —pregunté sarcástica—. ¿Sigues creyendo que estoy loca o que me lo invento?

—Joder, Eli... No me lo puedo creer. —Resopló y siguió contemplando la grabadora. Parecía que esperara que, si la miraba con la suficiente insistencia, podría cambiar las palabras que acababa de escuchar—. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? Amy parece una cría tan encantadora...

—Yo creo que lo es —repuse.

—¿Pero no acabas de oír lo mismo que yo? —Al levantó la cabeza para mirarme—. Esa niña es un monstruo. Quiere matarte y secuestrarme...

—No. No te equivoques. Esa niña lleva un monstruo dentro, algo que la controla en ocasiones y que la obliga a hacer cosas horribles. Tenemos que liberarla.

—¿Cómo sabes que no es siempre así y está fingiendo?

—He tratado mucho con Amy y tengo un sexto sentido para esas cosas, ¿recuerdas? —contesté mientras negaba con la cabeza—. Si siempre fuera un monstruo, me habría dado cuenta.

Al volvió a resoplar, sacó un cigarrillo y lo encendió. Me moría de ganas de pedirle uno. Tuve que pensar en Lara y convencerme a mí misma de que no debía hacerlo, pero me costó muchísimo contenerme. A pesar de que hacía rato que había conseguido detener el temblor de mis manos, seguía sintiéndome muy nerviosa. Me iba a ser imposible dormir después de lo que había oído.

—¿Qué crees que puede ser lo que lleva dentro? —preguntó Al después de dar un par de caladas.

—No puede ser un espíritu. Lo habría notado en algún momento. Tiene que ser un demonio, aunque su comportamiento me parece raro.

—¿A qué te refieres?

—Ya hemos estado un montón de veces con gente poseída y sabes cómo se comportan...

—Sí, todo eso de los vómitos, los escupitajos, las palabrotas y los gruñidos... Todo muy asqueroso.

—Exacto. Sin embargo, este se comporta de una manera normal. Es cruel, pero educado. Nunca he oído ni he leído sobre algo así.

—A lo mejor es otra cosa —sugirió Al.

—¿El qué? —pregunté, apoyando los brazos sobre la mesa e inclinándome hacia él.

—Un vampiro. —Cuando escuchó mi risa sarcástica, Al alzó las manos para pedirme tiempo para explicarse—. No te rías, que todo cuadra. Lo primero es que tiene alergia al sol.

—Los vampiros no tienen alergia al sol. La luz les achicharra en segundos. No hay sombrilla ni crema de protección que pueda frenar eso.

—Tranquila, tengo más pruebas —dijo él eufórico—. Piénsalo durante un segundo: ¿La has visto comer alguna vez?

Iba a contestar que sí, pero las palabras murieron en mi boca antes de poder pronunciarlas. La verdad era que la había visto un montón de veces sentada delante de su plato de comida, quejándose porque no le gustaba, jugando a dar vueltas a los cubiertos, desmenuzándola en trozos pequeños, pero, por mucho que trataba de recordar, no conseguía acordarme de una sola vez en que la hubiera visto meterse comida en la boca.

—Es una niña enfermiza y come muy mal —repuse—. No consigo recordarlo, pero estoy segura de que come.

—Claro que come: sangre. ¿Acaso no cuadra el mal aspecto de Tony con el de una persona a la que estuvieran desangrando poco a poco?

Volví a quedarme en silencio, negando con la cabeza. Todo lo que decía Al parecía coherente, pero sabía que no podía ser.

—Lo que dices tiene sentido, pero hay un gran fallo en tu razonamiento. —Él inclinó la cabeza hacia un lado, esperando mi explicación—. Los vampiros no existen. Son solo antiguas leyendas europeas.

—Lo que hay que oír. —Aquel fue el turno de Al de echarse hacia atrás y soltar una carcajada—. Resulta que yo, que era totalmente escéptico, he tenido que acabar creyendo en espíritus, demonios y sortilegios y ahora la niña no quiere creer en vampiros aunque tenga uno durmiendo a menos de veinte pasos.

—Te digo que no puede ser, Al —protesté—. Según esas leyendas, en las que ya te digo que no creo, los vampiros duermen de día y no soportan la luz del sol. Además, son inmortales y no crecen ni envejecen. Amy lleva toda la vida en este pueblo y ha estado yendo al colegio, pasando de curso... ¿No crees

que los vecinos habrían sospechado algo si no hubiera cambiado en ocho años?

—Pues algo está mal en esas leyendas, porque te aseguro que esa cría es un vampiro —insistió él.

—Y yo te aseguro que es una niña normal que lleva dentro algún ser que la está corrompiendo. Encontraré lo que es y la salvaré.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Hablando con Lucy —dije señalando la grabadora—. Estoy segura de que si la amenazamos con enseñarle esta grabación a Tony, se mostrará muy colaboradora.

A la mañana siguiente, esperamos a que Tony se marchara rumbo al trabajo antes de acercarnos a la casa. A pesar de que teníamos llave, pensé que sería mejor llamar a la puerta. Mientras esperábamos, escuchamos las notas del piano y la voz de Lucy ordenándole a Amy que no dejara de tocar. Nos abrió unos segundos después. Su expresión volvió a mostrar desagrado, como cada vez que nos veía.

—Buenos días, Lucy —saludé—. Nos gustaría hablar un momento contigo.

—No tengo nada que hablar con vosotros —dijo ella cruzando los brazos frente al pecho—. Lo único que quiero es que os marchéis.

Al se adelantó un paso, le puso la grabadora delante de la cara e hizo que comenzara la reproducción mientras le dirigía una sonrisa sarcástica.

—*¿Tenemos que seguir haciendo esto? Tu padre está muy mal. No sé si podrá resistir mucho más.*

—*Sabes que sí, que lo necesito. No es mi problema que no hayas conseguido*

que esos dos se marchen.

Mientras la conversación se reproducía, Lucy se quedó paralizada, con la mirada fija en la grabadora. Cuando Al la detuvo, empezó a negar con la cabeza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Habéis estado espiándonos? —preguntó escandalizada—. Quiero que me deis esa grabación ahora mismo u os denunciaré a la policía.

—¿Qué es lo que vas a denunciar? —preguntó Al, adelantándose otro paso para hacer que ella reculara—. Tu marido nos ha contratado para que investiguemos qué sucede en esta casa. Él es nuestro cliente y nos ha dado su permiso. Lo único que se puede denunciar es que hemos descubierto que tú y tu hija le estáis envenenando. Tenemos esta grabación y fotos que lo prueban.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó ella sin poder contener más las lágrimas.

—Lo que te hemos dicho al principio —intervine—. Hablar contigo en privado.

—Está bien —consintió ella abriendo la puerta de par en par para que pasáramos—. Seguidme a mi habitación.

No me hacía ninguna gracia entrar en aquella casa. Seguía sin saber qué era lo que estaba poseyendo a Amy y podía ser muy peligroso. Habría preferido tener la conversación en la caravana, pero Lucy ya le había indicado a Amy que siguiera tocando mientras atravesábamos el salón y en aquel momento se dirigía al piso de arriba seguida por Al. Pensé que, al menos, podría estar tranquila mientras escuchara las notas del piano. Si se detenían, habría llegado el momento de echar a correr.

Lucy ya había llegado a la puerta de la habitación y esperaba en el umbral a que entráramos. Cuando lo hicimos, cerró detrás de nosotros y se quedó

apoyada en la puerta, como si no quisiera dejarnos salir.

—Decidme ya qué queréis y acabemos con esto.

—Creo que no estás en disposición de exigir nada, así que te sugiero que dejes de comportarte como una estirada y seas un poco más amable —dije mientras me acercaba a ella.

Los ojos de Lucy se abrieron de par en par, al igual que su boca. Sin embargo, de sus labios no surgió una sola palabra, solo un gemido asustado. Me dio un poco de pena, pero decidí seguir utilizando el mismo tono en venganza por todos los malos gestos que había tenido hacia nosotros desde que habíamos llegado... Y por lo que le estaba haciendo a su marido... Y por haberme hecho limpiar los baños hasta que me salieron ampollas.

—Está bien —contestó al fin, agachando la cabeza—. ¿Qué queréis de mí?

—La verdad. Sabemos que estáis drogando a Tony y que le estáis haciendo algo que está acabando con su salud. —Ella negó con la cabeza, dispuesta a negarlo todo, pero yo le quité a Al la grabadora que aún llevaba en la mano y la agité frente a su cara—. No intentes mentirnos. Lo tenemos todo aquí y estamos seguros de que a Tony le encantaría escuchar esto.

Lucy se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar como una niña pequeña. Vi que Al se adelantaba un paso, como si estuviera dispuesto a consolarla, pero puse una mano en su pecho y negué con la cabeza para pedirle que no interviniera. Tenía a aquella mujer dónde quería y no estaba dispuesta a permitir que pensara que podía obtener compasión por nuestra parte.

—Solo estoy intentando ayudar a mi hija —contestó por fin Lucy entre gimoteos.

—¿Matando a su padre? —la acusé—. ¿Qué clase de ayuda es esa?

—No le estamos matando. Solo estamos sacándole un poco de sangre cada

noche. —Lucy se quitó las manos de la cara y nos lanzó una mirada asesina—. Y es por vuestra culpa. Si no estuvierais aquí, nada de esto estaría pasando.

—Espero que puedas explicarte mejor, porque, de momento, no estamos entendiendo una mierda —intervino Al.

—Os lo enseñaré. —Lucy nos esquivó para dirigirse hacia la mesilla de su lado de la cama.

Mientras la mujer rebuscaba en el cajón, Al se acercó a mi oído para susurrarme.

—¿Ves? Le sacan sangre. Es un vampiro, como yo te decía.

A pesar de lo tensa que era la situación, no pude contener una sonrisa. Me llevé un dedo a los labios para pedirle silencio y esperamos a que Lucy regresara llevando un papel en las manos.

—Amy tiene una enfermedad genética grave: porfiria de Günther. —Me tendió el papel y pude ver que era un informe médico firmado por un tal doctor Stern con el sello de un lugar llamado Northern Light Acadia Hospital, en Bangor—. Es una enfermedad que produce una grave alergia al sol. Los enfermos se queman con mucha facilidad y sufren terribles mutilaciones. Por eso tenemos a Amy tan protegida.

—Todo eso me parece muy bien, pero ¿qué tiene que ver con que estéis drogando a Tony para sacarle sangre y para qué digas que es culpa nuestra? —preguntó Al.

—Los tratamientos que nos dan los médicos no funcionan. Estuvimos probando durante años y Amy cada vez estaba peor. —La voz de Lucy se quebró durante un segundo, pero consiguió recomponerse y seguir hablando—. Hace unos años me encontré en el hospital con una mujer, la madre de otro niño con la misma enfermedad. Me dijo que solo había una manera de retrasar

los efectos de la enfermedad: la sangre.

—¿Y no pensaron pedir en el hospital que le hicieran transfusiones? —
intervine.

—Por supuesto, pero los médicos dijeron que la eficacia de la sangre no
estaba probada y que debíamos seguir con el tratamiento que ellos nos habían
prescrito. —Lucy nos lanzó una mirada suplicante—. Tenéis que
comprenderme. Yo veía que mi niña empeoraba día tras día y que los
tratamientos no le hacían nada. Se estaba muriendo...

—¿Y qué hiciste? —preguntó Al.

Me giré hacia él, enfadada. Se había acercado y le había puesto una mano en
el hombro a Lucy para reconfortarla. Decidí no decirle nada en aquel momento
y esperar a estar a solas para advertirle, por enésima vez, de que no debía ser
tan empático y comprensivo con nuestros sospechosos. No había nada más que
pudiera hacer en aquel momento. Tendríamos que jugar a “poli bueno, poli
malo” y me tocaba ser la mala, como siempre.

—Empecé a darle mi propia sangre. —Lucy se irguió y levantó la cabeza,
orgullosa de su respuesta—. Y funcionó. Amy empezó a sentirse mejor, se
puso más fuerte. Pudo salir de la cama, retomar sus lecciones de piano, volver
al colegio... Incluso comenzó a resistir un poco más la luz del sol.

—Eso no explica lo que estáis haciendo con Tony —insistí yo.

—Según Amy fue creciendo, comenzó a necesitar cada vez más sangre —
explicó Lucy—. Yo empecé a enfermar y pronto me di cuenta de que no podría
proporcionarle toda la que necesitaba, así que, hace unos meses, le di una
copia de la llave para que saliera de noche a cazar animales. Todo iba
perfecto, pero Tony vio las manchas de barro y sangre en su camión y empezó
a preocuparse. Cuando os contrató y empezasteis a vigilar la casa, Amy ya no

pudo salir. Yo seguía estando muy débil, así que la única solución que se nos ocurrió fue darle un sedante y extraerle un poco de sangre cada noche, lo suficiente como para que Amy pudiera sobrevivir hasta que os marcharais.

Volví a mirar a Al y vi que estaba contemplando a Lucy con un gesto de compasión infinita. No podía creerme que estuviera tragándose toda aquella sarta de mentiras. Solté un bufido y volví a agitar la grabadora frente a su cara.

—Basta de mentiras, Lucy. Lo que se escucha en esta grabación no concuerda con lo que nos estás contando. Amy habla de matarme y de secuestrar a Al. ¿Cómo explicas eso?

—Es otro de los síntomas de la porfiria: se vuelven locos. —Lucy se esforzó por tragar saliva antes de seguir hablando, como si las palabras que iba a pronunciar le hicieran daño al pasar por su garganta—. En los últimos meses, Amy ha desarrollado un delirio relacionado con su enfermedad y su necesidad de beber sangre. Cree que es un vampiro, que es inmortal y tiene poderes especiales... Incluso piensa que es hija del mismísimo Drácula y ha empezado a referirse a su padre como Tony en lugar de llamarle papá cuando él no está presente. Me ha dicho varias veces que quiere salir a cazar humanos, pero, al menos de momento, he conseguido contenerla.

—¿Y no has pensado en llevarla a un psiquiatra? —preguntó Al.

—¿Para qué? Su enfermedad es crónica y no va a mejorar. Tanto su salud física como mental seguirán empeorando haga lo que haga.

Al me dirigió una mirada triste, como si me estuviera pidiendo que dejáramos de torturar a aquella mujer. Negué con la cabeza y volví a encararme a ella.

—Solo hay una cosa que sigue sonándome muy rara en todo esto —dije desafiante—. ¿Cómo es que no le has contado nada a Tony? Él es su padre. Quizá os habría dado la sangre voluntariamente.

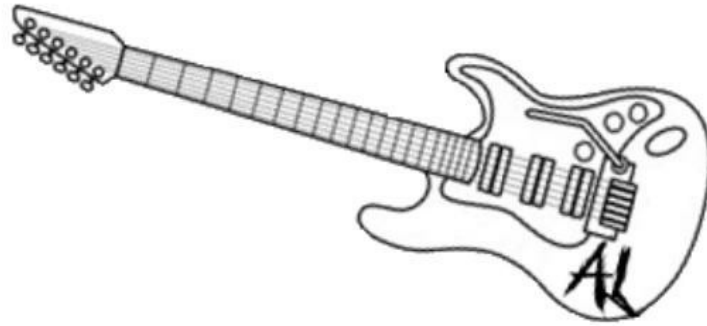
—Tony no sabe nada desde el principio. Cuando me dieron el diagnóstico de Amy, decidí no contarle nada y llevar yo sola esta carga.

—¿Y eso por qué?

—Porque los enfermos de porfiria tienen una esperanza de vida muy corta. Suelen morir sobre los diez años. —Lucy no pudo contener las lágrimas por más tiempo—. A mi niña solo le quedan dos años de vida y no quiero que ni ella ni Tony lo sepan. Quiero que puedan disfrutar el uno del otro el tiempo que les queda, aunque a mí se me esté rompiendo el alma en pedazos. ¿Es eso un pecado?

Al bajó la cabeza, avergonzado. Lucy volvió a llevarse las manos al rostro para ocultar su llanto. Cuando las retiró, me lanzó una mirada suplicante.

—Si de verdad queréis ayudar a esta familia, marchaos y dejadnos continuar con nuestra vida. No le estamos haciendo daño a nadie.



CAPITULO DIECINUEVE

Al salió de casa, seguido por Eli, con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y la cabeza baja. Se sentía fatal por todo lo que les había contado Lucy. Era muy triste lo que estaba pasando aquella mujer y aún era peor saber que la pobre Amy, una niña tan bonita, dulce e inteligente, estaba condenada a muerte. Solo había una cosa que podían hacer por ellas y, curiosamente, era lo mismo que él llevaba deseando con toda su alma desde hacía días: largarse de allí.

Cuando entraron en la caravana, se sentó a un lado de la mesa y esperó hasta que Eli se colocó enfrente. La miró a los ojos y no le gustó lo que vio. Eli tenía el entrecejo fruncido y la mirada perdida, como si estuviera muy concentrada en algo que él desconocía. Decidió empezar la conversación de inmediato, antes de que ella empezara a tomar decisiones equivocadas.

—Bueno, pues creo que ya está todo aclarado —dijo tras soltar un suspiro—. ¿Esperamos a Tony para que nos pague lo que nos debe o nos marchamos directamente? Si te soy sincero, no me importaría no cobrar por este caso. Esta familia me da mucha pena...

—Al, para —le cortó Eli—. No vamos a irnos. Sigo pensando que hay algo raro en todo esto...

—¿En serio? —Al bufó, desesperado—. No me puedo creer que seas tan cabezota.

—Y yo no me puedo creer que tú vayas a tragarte una historia tan descabellada sin querer comprobar los datos.

—Perdona, perdona, perdona... ¿No era yo el que siempre quería contrastar datos y tú la que te movías por fe? ¿En qué momento hemos cambiado los papeles? —Al levantó las manos, pidiéndole tiempo para seguir hablando—. Esa mujer nos ha contado una historia en la que todo se explica perfectamente por pruebas médicas. Incluso nos ha enseñado el informe de un hospital. Puede que las decisiones que ha tomado no sean las más adecuadas, todo eso de darle sangre a su niña y de ocultárselo al padre, pero la historia tiene lógica y no hace aguas por ninguna parte. Es mucho más fácil creer eso que pensar que algún ente maligno está poseyendo a Amy.

—¿De verdad te parece lógico? ¿De verdad crees que una niña de ocho años sale sola cada noche al bosque a cazar animales con sus propias manos? ¿De verdad crees que tiene un delirio que le hace pensar que es un vampiro que quiere sacrificar seres humanos y su madre, por muy protectora que sea, no la ha llevado a un psiquiatra? —Eli esperó un par de segundos a que él contestara—. A mí esta historia me hace aguas por todas partes y no pienso marcharme sin haber intentado al menos contrastar la información.

—Y a mí me parece que sigues aferrándote a cualquier cosa con tal de no marcharte —dijo Al con voz triste.

—No empieces con eso otra vez, Al —repuso ella, molesta—. No hay nada en el mundo que me apetezca más que dejar atrás esta casa y a esa niña. Joder, le había cogido mucho cariño y he tenido que escuchar cómo planeaba matarme y

quedarse con mi novio. No puedo creer que todo haya sido mentira. Necesito comprobar si hay algo dentro de ella que le hace comportarse de esa manera.

—Lo entiendo, pero, por una vez, podrías aceptar la explicación más lógica y seguir adelante. —Al extendió el brazo por encima de la mesa y agarró su mano con cariño.

—No puedo, porque esa explicación no me parece lógica en absoluto. —Ella le dirigió una mirada suplicante—. Me concediste tres días para solucionar esto y todavía me quedan dos. No te estoy pidiendo más. Si en estos dos días no consigo desmentir la historia de Lucy, nos marcharemos sin mirar atrás.

—Está bien —concedió Al antes de soltar un suspiro—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Vamos al pueblo. Quiero llevar las fotos a revelar por si tenemos que acabar enseñándoselas a Tony. —Ella se levantó para dirigirse hacia el asiento del conductor—. Y quiero llamar por teléfono al hospital que aparecía en ese informe. Con un poco de suerte, quizá consigamos hablar con el médico que lo firmó.

Ya estaba terminando de fumar cuando Eli salió de la tienda de fotografía con cara de pocos amigos. Caminó hasta él y se colocó a su lado, con la espalda apoyada contra la caravana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Al—. ¿No tenemos las fotos?

—No. El tío de la tienda dice que está hasta arriba de trabajo y que no podrá tenerlas listas hasta mañana. Le he ofrecido pagarle el doble, pero me ha dicho que es imposible. —Eli soltó un gruñido de frustración y le dio una patada a la rueda de la caravana—. Te he dicho mil veces que deberíamos comprar una Polaroid.

—Las Polaroid hacen mucho ruido cuando sale la foto. Con una cámara de esas te habrían descubierto y, si tal y como tú crees, Lucy y Amy son unas adoradoras de Satán o unos monstruos reencarnados, te habrían sacrificado y habrían extendido tus intestinos en todas direcciones.

—Pues deberíamos comprar un equipo para revelar las fotos nosotros mismos —insistió ella, furiosa.

—¿Y dónde ponemos el cuarto oscuro? No creo que tengamos sitio en la caravana —comentó él, burlón—. A no ser que estés dispuesta a prescindir del cuarto de baño...

—No. No pienso hacer pis en el arcén de la carretera. —Eli dejó de apoyarse en la caravana y se puso firme—. Esperaremos hasta mañana. Venga, vámonos.

—¿Adónde se supone que vamos ahora?

—A buscar una cabina de teléfono. Tenemos que llamar al hospital que emitió el informe sobre Amy.

—¿Y qué vas a preguntarles? Supongo que esos informes serán confidenciales y que no van a querer contarte nada.

—Me haré pasar por su madre o algo así —contestó Eli encogiéndose de hombros—. Algo me inventaré.

Estuvieron paseando sin rumbo durante un par de minutos por Milford hasta que vieron una cabina de teléfonos al final de una calle. Cuando entraron, Al descolgó el auricular y se lo puso en la oreja.

—¿Qué haces? —preguntó Eli—. ¿No iba a llamar yo?

—No. Tú eres capaz de tergiversar cualquier cosa que te digan para imaginarte que hay algo paranormal detrás. Quiero oír todo lo que diga ese doctor. —Al ignoró la mirada de enfado que ella le dirigió—. Dime el nombre

de ese sitio.

—El Northern Light Acadia Hospital, en Bangor —contestó ella después de unos segundos de taladrarle con una mirada asesina—. Tienes que preguntar por el doctor Stern.

Él le dirigió una sonrisa de agradecimiento antes de marcar el número de la centralita y pedir que le pusieran con el hospital. Tras esperar un par de tonos, escuchó cómo descolgaban la llamada al otro lado de la línea.

—Northern Light Acadia Hospital. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Soy el doctor McNeal, de Milford. Disculpe que le moleste, pero acabo de ser asignado al servicio de pediatría de esta localidad y, al comprobar los informes de una de mis pacientes, he visto que tiene un diagnóstico de porfiria de su hospital. Me gustaría hablar con el doctor que llevo su caso para preguntarle unas dudas.

—Lo siento, pero no podemos dar datos confidenciales de nuestros pacientes por teléfono —contestó la operadora.

—Lo comprendo, pero no necesito ningún dato sobre la paciente, sino sobre la enfermedad —insistió Al, tratando de mantener un tono tranquilo y profesional—. La porfiria de Günther es una enfermedad muy poco común y me gustaría comentar algunos puntos sobre el diagnóstico y el tratamiento con un especialista.

—Está bien. Veré si podemos ayudarle —respondió la mujer—. ¿Podría decirme el nombre del doctor que trató a esa niña?

—Sí, por supuesto. Es el doctor Stern.

—No tenemos ningún doctor con ese nombre. ¿Está seguro de que se llama así?

—Sí, lo estoy. —Dudó antes de seguir hablando—. El informe es antiguo. Quizá el doctor Stern ya no trabaja ahí.

—Tendría que ser muy antiguo. Llevo veinte años trabajando en este hospital y nunca hemos tenido un doctor Stern. —La mujer también se mantuvo en silencio durante unos segundos, como si estuviera planteándose si debía ayudarle—. Lo más seguro es que haya algún error en la transcripción del nombre. Dígame cómo se llama la paciente y la buscaré en nuestros archivos.

—Amy —contestó Al—. Amy Matthews.

—Deme unos minutos. Enseguida estoy con usted.

La secretaria le dejó en espera escuchando un tema de música clásica. Utilizó aquellos minutos para explicarle a Eli lo que aquella mujer le había dicho. Ella no hizo ningún comentario, pero su sonrisa era más que suficiente. Solo le faltaba llevar un letrero luminoso en la frente con las palabras “Te lo dije”. Fue un alivio para Al escuchar el clic al otro lado de la línea que indicaba que la mujer había vuelto.

—Disculpe, pero no tenemos ningún informe con ese nombre. Según nuestros archivos, esa niña nunca ha sido una de nuestros pacientes. —La operadora volvió a dudar antes de preguntar, como si no quisiera ofenderle—. ¿Está seguro de que está llamando al hospital adecuado?

—Puede que me haya equivocado. Estoy en casa, intentando aclarar algunas dudas sobre mis nuevos pacientes y no tengo los informes delante. Quizá me haya confundido con el informe de otro caso —se disculpó Al—. Volveré a mirarlo mañana y llamaré de nuevo cuando lo compruebe. Espero que pueda perdonarme por las molestias.

—No es molestia. Que pase un buen día— dijo la mujer antes de colgar.

Se giró hacia Eli y le explicó lo que acababan de decirle. Mientras hablaba,

ella no abandonó ni un por solo segundo aquella mirada de superioridad, pero él decidió fingir que no se estaba dando cuenta.

—Te lo dije. —Sonrió triunfante. Al pensó que habría dado mucho dinero para conseguir que se tragara aquellas palabras—. Sabía que no me equivocaba, que estaba pasando algo extraño.

—Por el momento solo sabemos que ese informe es falso.

—Al igual que el resto de su historia. ¿Por qué iba a mentirnos solo en eso?

—No lo sé, Eli. Todo este caso me está sacando de quicio. —Él resopló y se echó hacia atrás el flequillo, tratando de pensar—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Volver y decirle que sabemos que nos ha mentido para tratar de que nos cuente la verdad o contárselo todo a Tony directamente?

—Ni una cosa ni la otra —respondió ella—. Creo que Lucy no nos diría la verdad ni aunque la torturáramos. Es solo una impresión, pero me parece que le tiene mucho más miedo a Amy que a nosotros.

—¿Y de dónde sacas esa idea?

—El otro día trató de advertirme. Me dijo que nos marcháramos y que nos avisaba por nuestro bien —explicó Eli—. Había miedo en sus ojos. Es la única ocasión en todo el tiempo que llevamos allí en la que me ha parecido sincera.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Vamos a seguir investigando. Quiero descubrir a qué nos estamos enfrentando antes de tomar ninguna decisión.

—¿Y qué es lo que quieres investigar?

—Bueno, ahora sabemos que todo eso de la porfiria es mentira, así que vamos a intentar comprobar si el resto de sus enfermedades son reales. Quiero saber

si algún médico ha diagnosticado su alergia al sol y a la mayoría de los alimentos o también es un invento de su madre para ocultar otra cosa.

—¿Y cómo piensas descubrir eso?

—Haciendo una visita al centro de salud del pueblo—respondió ella poniéndose en marcha.

Cuando llegaron a la recepción del centro de salud, se colocaron en la cola detrás de un par de ancianos que esperaban turno. Al se inclinó hacia Eli para hablarle al oído sin que nadie más le oyera.

—Supongo que aquí tampoco van a querer darnos ningún dato confidencial sobre Amy. ¿Qué vas a decirles?

—No sé —confesó ella—. No creo que cuele decir que soy su madre. Supongo que todo el mundo en este pueblo conoce a Amy, la niña rara y enfermiza que no puede ni ir al colegio, y a su abnegada madre.

—Pues a ver qué te inventas porque ya nos toca.

Se acercaron al mostrador con paso dubitativo. Una joven con el pelo recogido en una coleta descuidada y gafas de montura redonda estaba apuntando algo en unos papeles. Cuando terminó de escribir, levantó la cabeza, les miró y su expresión aburrida se transformó en un segundo, dejando ver una enorme sonrisa. Se levantó del asiento y abrió los ojos como platos mientras daba pequeños saltos en el sitio.

—¡Ay, dios mío! —gritó emocionada—. Sois vosotros.

Al cruzó su mirada con la de Eli, pero, por la expresión de asombro que ella mostraba, comprendió que tampoco tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Sois los chicos que ganasteis el otro día en el concurso de talentos,

¿verdad? —preguntó la mujer—. Fue una actuación estupenda. De lo mejor que he visto en este pueblo en años.

A pesar de que la chica estaba hablando de los dos, Al se dio cuenta de que le estaba mirando a él con cara embobada. Dio un paso adelante y apoyó el brazo en el mostrador mientras le dirigía su sonrisa más deslumbrante y le guiñaba un ojo.

—Sí, somos nosotros. Me alegro mucho de que disfrutaras de la actuación... Bonnie —dijo, tras leer la chapa que llevaba prendida en la blusa.

Ella sonrió y soltó una risita nerviosa. Al escuchó un bufido de Eli a sus espaldas, pero fingió no darse cuenta y centró toda su atención en la chica, que seguía mirándole como si el mismísimo Elvis acabara de aparecerse frente a ella.

—¿Vas a quedarte más tiempo en el pueblo? ¿Podré volver a verte actuar? —preguntó Bonnie.

—Bueno, no sabemos cuánto tiempo vamos a quedarnos. Depende de los Matthews. Estamos haciendo unos arreglos en su casa y ayudándoles a cuidar de su hija. No sé si tendremos ocasión de actuar en algún sitio. —Dejó escapar una risa al ver su cara de decepción. Se inclinó aún más sobre el mostrador, hasta quedar a unas pulgadas del oído de la chica—. Pero, si quieres, puedo cantar solo para ti.

Sin esperar su respuesta, empezó a susurrar la primera estrofa de *Everything I do, I do it for you*, de Bryan Adams. El suspiro que ella dejó escapar cuando se separó le indicó que había surtido efecto. Estaba seguro de que, en aquel momento, aquella chica haría cualquier cosa que él le pidiera. Decidió no dejar escapar la oportunidad e ir al grano.

—Me encantaría cantar más para ti y estoy seguro de que habrá más

oportunidades —dijo tras guiñarle un ojo—, pero hemos venido aquí por algo importante. Como te acabo de comentar, estamos cuidando a Amy y nos gustaría hablar con su médico.

—Me gustaría mucho poder ayudarlos, pero Amy no viene a este centro —contestó apenada.

—¿Cómo que no? —Eli se adelantó un paso para colocarse frente al mostrador—. Es una niña enfermiza. Tiene muchísimas alergias, está muy débil... Tiene que haber algún médico que esté llevando su caso.

—No lo dudo, pero supongo que acudirá a algún especialista privado. —La joven se encogió de hombros—. Nunca la hemos visto por aquí. De hecho, creo que ni siquiera tenemos su ficha. Dadme un minuto y lo comprobaré.

La chica caminó hacia unos enormes armarios archivadores que ocupaban toda la pared del fondo y estuvo un par de minutos abriendo cajones y extrayendo carpetas hasta encontrar lo que buscaba. Se acercó a ellos y depositó sobre el mostrador una carpeta en la que aparecía el nombre de Amy.

—Me equivocaba. Sí tenemos su ficha. —Bonnie abrió la carpeta frente a ellos y empezó a poner papeles sobre el mostrador—. Aquí tenemos una copia de su partida de nacimiento, la ficha de paciente que se le abrió en su primera visita y sus primeras vacunas y análisis. Sobre los dieciocho meses de edad, se le detectó una fuerte anemia. Desde entonces, no ha vuelto.

Eli cogió todos los papeles y empezó a estudiarlos. Bonnie pareció molesta por su interés. Una arruga de preocupación se formó en su entrecejo. Seguramente estaba empezando a plantearse si era correcto mostrarles aquellos documentos a unos completos desconocidos. Al decidió intervenir para que dejara de hacerse preguntas. Tenía que conseguir algo de tiempo para que Eli pudiera obtener la información que necesitaban. Se inclinó de nuevo sobre el mostrador y cogió con delicadeza la mano de Bonnie. Ella soltó un

respingo, le miró a los ojos y se quedó hipnotizada como un conejo ante los faros de un coche.

—Dime, Bonnie... ¿Crees que hay algún sitio en este pueblo en el que me dejen actuar? Me encantaría que vinieras a verme.

—Bueno... En el bar de Sam a veces hacen actuaciones en directo. Su hija es amiga mía —contestó ella mientras intentaba adecentarse el peinado con la mano que le quedaba libre—. Si les digo lo bien que cantas, estoy segura de que te dejarían actuar.

—Sería un placer, sobre todo sabiendo que vas a estar entre el público.

—Tenemos que irnos, Al —le cortó Eli—. Se nos hace tarde.

—Claro —respondió él antes de dirigirle una última sonrisa a la chica—. Nos vemos.

Salieron del centro de salud y caminaron unos pasos antes de que Eli se detuviera y se encarara con él:

—¿Es que no puedes dejar de ligar ni siquiera cuando yo estoy presente?

—Eli, por favor... Sabes perfectamente que no quiero nada con esa tía. Solo intentaba conseguirte información. —Pensó en seguir disculpándose, pero vio que Eli le miraba con una sonrisa burlona—. Serás cabrona. Te ha hecho gracia.

—Pues sí. No sé cómo lo haces, pero consigues desactivar todas sus neuronas con una sonrisa. —Soltó una risita burlona—. Algún día voy a tener que investigarte. Creo que hay algo paranormal en ese poder tuyo.

—No lo investigues. No quiero que te libres de mi hechizo. —Él la agarró por la cintura para atraerla hacia su cuerpo—. ¿Has conseguido algo?

—Sí. He encontrado un dato que puede ser interesante. Amy no nació en los

Estados Unidos, sino en un lugar de Perú llamado Pisco.

—¿Y en qué puede ayudarnos eso?

—Es un lugar muy diferente, con otra cultura, otras leyendas, otros monstruos... Llevo perdida desde que empezamos a investigar este caso y puede deberse a que el ser que está poseyendo a Amy sea totalmente desconocido aquí. Quizá lleva con ella desde el momento en que nació. Quizá se lo trajo aquí desde Perú.

—¿Y cómo vamos a investigar eso? —preguntó Al—. No creo que Tony vaya a pagarnos lo suficiente como para que podamos permitirnos volar a Perú.

—Lo sé, pero tenemos una universidad justo aquí al lado —contestó Eli—. Tendremos que preguntarle a Tony si hay algún experto en leyendas y mitos sudamericanos y si podría concertarnos una cita con él.



CAPITULO VEINTE

Subimos de nuevo a la caravana y condujimos hasta la Universidad de Orono. Sabía que podía haber esperado a que Tony regresara a casa para hablar con él, pero algo me urgía a averiguar qué estaba pasando lo antes posible. No era solo la convicción, cada vez más firme, de que había algo maligno y peligroso controlando a Amy, sino también el plazo que Al me había dado para acabar de resolver el caso y que terminaba al día siguiente. Era posible que, al estar cada vez más seguros de que estaba sucediendo algo extraño en aquella casa, pudiera hablar con él y conseguir unos cuantos días más, pero no quería tensar la cuerda. Sabía que Al estaba al límite de su resistencia mental, que trataba de no pensar en lo que había sucedido en la prisión y seguir adelante, que incluso fingía que estábamos bien y que no sucedía nada, pero yo notaba que estaba nervioso y agobiado. Lo notaba en sus salidas de tono, en su impaciencia, en sus estallidos de mal humor... Incluso me daba la impresión de que me miraba de manera diferente. Teníamos que marcharnos cuanto antes, empezar nuestra nueva vida y olvidar. Sobre todo olvidar.

Aparcamos a la salida del campus y caminamos hacia el edificio en el que estaba el despacho de Tony. La recepcionista le avisó por teléfono de nuestra

llegada y él aceptó recibirnos de inmediato. Cuando llegamos a su puerta, estaba esperándonos de pie en el pasillo con cara de impaciencia.

—¿Le ha pasado algo a Amy? —preguntó preocupado.

—No. Todo está bien —contesté—. Tan solo queríamos comentar contigo unas dudas sobre su nacimiento.

—Pasad —dijo señalando hacia el interior del despacho.

Tony ocupó su sillón y nosotros nos sentamos frente a él. A pesar de que le habíamos dicho que no había sucedido nada malo, se le veía inquieto. No pude dejar de fijarme en su aspecto enfermizo y demacrado y sentir una nueva razón para mi urgencia, así que decidí ir directa al grano:

—Hemos estado en el centro de salud de Milford y nos han informado de que la niña no acude allí. ¿La lleváis a algún médico privado para que la trate?

—Eso no puede ser —respondió confuso—. Amy lleva toda su vida acudiendo a ese centro. Lucy es quien se encarga de esas cosas, pero estoy seguro de que van allí al pediatra.

—Pues siento informarte de que no es así. Allí solamente tienen la ficha que le hicieron en su primera visita y los informes de sus primeras revisiones y vacunas, pero no ha vuelto desde hace años. —Esperé unos segundos para que Tony asimilase la información—. Es increíble que una niña tan enfermiza vaya tan poco al médico. ¿No crees?

—No lo entiendo. Tendré que hablar con Lucy —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Preferiríamos que no lo hicieras —intervino Al—. Sea lo que sea lo que está pasando, Lucy está metida en el ajo. Lleva años mintiéndote.

Tony abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla sin decir nada.

Apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entre las manos. Cuando volvió a mirarnos, pude ver en sus ojos el brillo de unas lágrimas de rabia e impotencia.

—No entiendo nada y no puedo más. ¿Cuándo va a terminar esto?

—Estamos haciendo todo lo que podemos y lo solucionaremos cuanto antes— dije, tratando de transmitir seguridad con mi voz—, pero para ello tenemos que hacerte unas preguntas.

—Lo que necesitéis.

—Hemos visto en la ficha de Amy que no nació en Estados Unidos, sino en Perú —comenté.

—Sí. Tuvimos que vivir una temporada en ese país porque conseguí un trabajo en una prospección petrolífera. Teníamos todo preparado para volver y que Amy naciese aquí, pero el parto se adelantó y acabó naciendo en una carretera solitaria entre Pisco e Independencia. Yo mismo tuve que atender el parto, sin ayuda de nadie más —Lanzó una sonrisa melancólica—. Creo que no he pasado tanto miedo en toda mi vida.

—¿Pasó algo extraño esa noche? —pregunté—. Cualquier cosa que se saliera de lo normal podría ayudarnos.

—¿Te parece poco raro que el parto se adelantara varias semanas y que, en cuestión de minutos, Lucy pasara de sentirse totalmente normal a parir a la niña? Yo siempre había oído que los partos podían durar horas, sobre todo en el caso de las primerizas, pero con Amy no fue así. Ni siquiera pude conducir hasta el hospital más cercano. Me dio la impresión de que la niña había decidido nacer allí, en medio de la nada, por alguna razón que desconozco.

—Sí. Reconozco que es muy raro y lo tendremos en cuenta. ¿Recuerdas algo más?

—Ahora que lo pienso, hay algo más. —Tony desvió la mirada y se quedó pensativo, perdido en sus recuerdos—. Cuando pasamos por Pisco, nos asustamos un poco. Hacía una noche preciosa, pero no había un alma en la calle. Toda la ciudad estaba desierta, a pesar de que se veía luz en la mayoría de las ventanas. Me dio la impresión de que todos los habitantes de la ciudad estaban escondiéndose de algo. Y luego está lo del cementerio, claro...

—¿Qué pasó en el cementerio? —pregunté interesada.

—No lo sé con exactitud. Había una multitud congregada a sus puertas. Llevaban antorchas y cruces... Había muchos policías intentando evitar que entraran. Pensé que podía ser alguna extraña celebración local y quise parar para ver qué pasaba, pero Lucy se asustó y me pidió que siguiera conduciendo. Recuerdo que pensé en mirarlo al día siguiente en el periódico, pero con el nacimiento de Amy lo olvidé.

—Esto podría ser de ayuda. Lo investigaremos —comenté—. ¿Podrías decirnos la fecha de nacimiento de Amy?

—Sí, el nueve de junio de 1983.

—Muchas gracias. —Le dirigí una sonrisa después de coger un papel de su escritorio y apuntar la fecha—. Lo investigaremos. Como comprenderás, no podemos ir hasta Perú para hacerlo, así que esa es otra de las razones por las que hemos venido a verte.

—¿Qué queréis? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Qué os pague el viaje?

—Por supuesto que no —respondí tras soltar una risita—. Queríamos saber si conoces a alguien en esta universidad que pueda hablarnos sobre mitos y leyendas de ese país.

—A lo mejor el profesor White puede ayudaros —contestó pensativo—. Es

uno de los catedráticos de la Facultad de Historia. Somos muy amigos. Seguro que puede hacerme ese favor. Dadme un minuto.

Cogió una agenda que tenía sobre la mesa, rebuscó durante unos segundos y marcó el número en el teléfono. Yo miré a Al. No sabía por qué, pero estaba nerviosa. Me daba la impresión de que nos estábamos acercando a la respuesta, pero algo dentro de mí me sugería que no la buscara más. Sentía el estómago encogido y una sensación de peligro latente que nos sobrevolaba. Meforcé a contestar a la sonrisa que Al me dirigió y traté de convencerme a mí misma de que estaba dejando que mi imaginación se desbocara.

—¿Adam? —La voz de Tony cortó mis pensamientos—. Me alegro de encontrarte. No estaba seguro de pillarte en el despacho... Sí, todo bien. ¿Y tu familia? Me alegro mucho... Sí, te llamaba para pedirte un favor personal. Tengo aquí a un par de chicos que tienen que hacerte unas preguntas sobre mitos y leyendas sudamericanas. Sí, estoy seguro de que podrás ayudarles. Sus preguntas igual te parecen un poco raras, pero intenta contestarlas... Sí, es algo muy importante para mí... Gracias, te debo una.

Tony colgó el teléfono y se giró hacia nosotros con una sonrisa en la cara.

—¿Nos va a atender? —preguntó Al.

—Sí. Os recibirá en su despacho en media hora —contestó Tony—. Espero que pueda ayudaros.

—Nosotros también —dije levantándome del asiento—. Si nos indicas cómo llegar a la Facultad de Historia, iremos a verle inmediatamente.

A la hora prevista estábamos llamando a la puerta del profesor White. Al cabo de unos segundos, nos abrió un joven moreno con barba de tres días, vestido con unos pantalones de color arena con muchos bolsillos y una amplia camisa

blanca con tres botones sueltos. Intenté mirar por encima de su hombro hacia la mesa del despacho para ver al profesor al que veníamos a visitar, pero no había nadie más allí dentro.

—Disculpe. Estábamos buscando al profesor White —dije confusa—. No sé si nos hemos equivocado de despacho.

—No. Soy yo —contestó mostrando una sonrisa de dientes perfectos—. Habéis acertado.

—Perdone... Esperábamos a alguien más... —No supe cómo terminar la frase.

—¿Más viejo, más calvo, con más barriguita y gafas de pasta? —preguntó, soltando una risa que hizo que me sonrojara—. Lo siento, pero tendréis que conformaros conmigo. Entrad, por favor.

Pasamos al despacho y nos sentamos en las sillas que él nos indicó. Miré a Al por un segundo y me di cuenta de que tenía el ceño fruncido.

—Somos Aleister McNeal y Eloise Carter —nos presentó Al—. No sé lo que le habrá dicho el doctor Matthews sobre nosotros, pero somos investigadores psíquicos y necesitamos su ayuda para resolver un caso.

—¿Eres una investigadora psíquica? —me preguntó el profesor ignorando a Al como si no existiera—. ¡Qué interesante! Os ayudaré en todo lo que pueda.

—Muchas gracias, señor White.

—Llámame Adam, por favor —dijo él clavándome una brillante mirada de color verde.

—Vayamos al grano, señor White —le cortó Al, molesto—. Estamos buscando información sobre mitos y leyendas sudamericanas. ¿Qué podría contarnos sobre eso?

—Podría estar hablando sobre eso durante horas. ¿Estáis buscando información sobre las religiones precolombinas, sobre el sincretismo entre esas creencias y la religión católica o sobre mitos y leyendas posteriores a la evangelización cristiana?

Nos miramos durante unos segundos, sin saber qué contestar. Al debió decidir que aquello le quedaba muy grande, se encogió de hombros y se me quedó mirando, esperando a que fuera yo la que continuara la conversación.

—No estamos muy seguros... —contesté con voz dubitativa—. Podría ser cualquier cosa. ¿Hay alguna leyenda similar a los mitos europeos sobre vampiros?

—Ahora mismo lo único que me viene a la cabeza son las historias sobre murciélagos vampiro que habitan en América central y del sur, pero no creo que sea eso lo que estáis buscando. Son criaturas reales, que se alimentan de la sangre de sus víctimas, pero no suelen causar la muerte y normalmente solo atacan al ganado. El único peligro real que suponen es la posibilidad de transmitir la rabia. Supongo que no es eso lo que necesitáis.

—No. Creo que lo que buscamos es algo más extraño —contesté, negando con la cabeza—, pero tampoco sé exactamente qué es.

—Si me das algo de tiempo, puedo buscar algunos libros en los que haya información general sobre los mitos y leyendas más populares de Sudamérica. Podrías leerlos y, cuando encuentres algo interesante, podrías pasar por mi despacho para estudiarlo con más profundidad.

—Creo que podemos acotar un poco la búsqueda para no molestarle —cortó Al—. El ser que buscamos procede de Perú, de una ciudad llamada Pisco. ¿Conoce leyendas de esa zona?

—No, pero se de alguien que podría conocerlas. —Adam cogió su agenda y

rebuscó durante unos segundos—. Aquí está: el doctor Bailey de la Universidad de Albany, en el estado de Nueva York. Trabaja en el Centro para estudios latinos, latinoamericanos y del Caribe, pero, además, ha pasado muchos años en Perú. Creo que ha estado en todos los yacimientos arqueológicos de ese país y que lo sabe todo sobre sus costumbres y leyendas. Si él no puede ayudaros, nadie lo hará.

—Bufff, ¿Albany? —intervino Al—. Eso está lejísimos.

—Lo sé, pero, si te consigo una cita, podrías ir hasta allí para entrevistarte con él, mientras yo ayudó a la señorita a investigar aquí. —A pesar de que estaba hablando con Al, Adam no apartaba sus ojos de mí—. Todo depende de lo importante que sea esta investigación para vosotros.

—Es muy importante —contesté antes de que Al pudiera decir nada—. ¿Podría intentar conseguirnos esa entrevista?

Adam asintió y me dirigió una sonrisa antes de marcar el número en el teléfono. Desvié mi mirada hacia Al y tuve que luchar para contener una risa al ver su entrecejo fruncido. Él llevaba toda la vida utilizando sus encantos para conseguir información. Ya era hora de que probara un poco de su propia medicina.

Esperamos en silencio unos minutos mientras Adam hablaba con su colega. Cuando colgó, volvió a girar la silla para mirarme de frente y dedicarme una de aquellas sonrisas que debían de tener enamoradas a todas sus estudiantes.

—Todo arreglado. Está dispuesto a recibir a tu compañero mañana sobre las tres de la tarde.

—Perfecto. ¿Cuándo podría tener usted preparada la documentación que tengo que estudiar? —pregunté.

—No me trates de usted. Me haces sentir mayor —pidió arrugando la nariz en

un gesto encantador—. Te estaré esperando sobre las diez, aquí, en mi despacho.

—Genial. Nos vemos mañana entonces.

Nos levantamos y le tendimos la mano. Él sostuvo la mía un par de segundos más de lo necesario y Al apretó la suya con más fuerza de la que se consideraría correcta, pero Adam le mantuvo la mirada y no dio muestras de haberse dado cuenta.

Cuando salimos del despacho, Al echó a andar a paso rápido. Yo corrí un poco para alcanzarle y le miré. Aún mantenía el ceño fruncido y los labios apretados. Tuve que contener la risa. Le agarré por un brazo y le obligué a pararse.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Estás enfadado?

—Pues claro que estoy enfadado. —Sacudió el brazo para que le soltara—. No me hace ninguna gracia tener que recorrer ochocientas millas mientras dejó a mi chica con ese aspirante a Indiana Jones.

—¿Estás celoso? —pregunté incrédula.

—Pues claro que estoy celoso. ¿No has visto las miradas que te ha echado, las sonrisitas...? Te estaba comiendo con los ojos. Era como si yo no existiera.

—¿Y qué diferencia hay con lo que ha pasado entre tú y Bonnie hace un rato en el centro de salud?

—Pues todas las diferencias del mundo —contestó enfadado—. Yo no quiero nada con esa tía. Solo estaba tratando de conseguir información para el caso.

—¿Y crees que yo si quiero algo con Adam?

—Si hasta le llamas por su nombre... —dijo él antes de soltar un bufido—. Lo que ha pasado ahí dentro no tiene nada que ver con lo que he hecho yo. Ese tío

es un guaperas que va de chulo y cree que puede llevarse de calle a todas las tías solo con sonreír.

—¿Tanto molesta verse reflejado en un espejo? —pregunté burlona.

—Yo no me parezco en nada a ese tío —protestó Al.

—¿Seguro? A mí me ha recordado mucho a ti.

—Qué más quisiera ese gilipollas... Yo tengo mucha más clase. —Mi carcajada solo consiguió que se enfadara aún más—. Y estoy mucho más bueno.

Sin decir nada más, empezó a andar de nuevo a grandes zancadas. Tuve que esforzarme para que no me dejara atrás. Cuando salió del edificio, se detuvo un segundo a sacar un cigarrillo y pude alcanzarle. Me coloqué frente a él y sonreí, divertida.

—No te enfades —dije agarrándole por la cintura—. Ya sabes que yo solo tengo ojos para ti.

—Pues no lo parecía ahí dentro —refunfuñó como un niño enfadado.

—Puedes estar tranquilo. —Le abracé con fuerza y, aunque intentó seguir haciéndose el ofendido, al cabo de un par de segundos, rodeó mi cintura con sus brazos—. No se puede caer bajo dos embrujos al mismo tiempo y yo estoy totalmente hechizada por ti.

—Sí, sí... Muy bonito —contestó él—. Aún así, voy a hacer el viaje en caravana más rápido de la historia.

—¿Pero es que no confías en mí? —protesté.

—En ti sí, pero no me fio un pelo de ese imbécil.

Antes de soltarme, me estampó un beso en los labios. No fue un beso dulce ni tierno. Fue un beso furioso, posesivo, como si realmente temiera que fuera a

perderme. Después, arrancó a andar hacia la caravana con porte orgulloso. Le seguí a unos pasos para que no pudiera ver la sonrisa que se me había instalado en la cara. Por una vez, sentaba bien vivir la historia desde el otro lado.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Se despertó sintiéndose agotado y de mal humor. Había dormido fatal aquella noche. Se había despertado mil veces y, en cada una de ellas, había buscado el calor y la paz que siempre le proporcionaba abrazar el cuerpo de Eli, pero ella no estaba en la cama, sino haciendo guardia en el exterior de la caravana. Estaban seguros de que no iban a pillar a Amy escapándose de la casa, pero, aún así, preferían seguir teniéndola vigilada. Habría sido una temeridad quedarse los dos dormidos sabiendo que había algo maligno y peligroso en el interior de esa niña, algo que podría venir a por ellos en cualquier momento.

Se vistió y empezó a preparar el desayuno. Cuando tuvo los dos cafés listos, los dejó durante un momento sobre la mesa, se sentó, apoyó los codos en las rodillas y escondió el rostro entre sus manos. Durante unos segundos, trató de respirar de forma profunda y acompasada, como Eli le había enseñado. No sabía qué le pasaba, pero no se encontraba bien. Notaba algo extraño, una opresión en el pecho que le impedía respirar con normalidad. Supuso que serían los nervios por tener que dejar sola a Eli en aquel lugar y por saber que ella iba a pasarse todo el día con Adam. Se permitió una sonrisa sarcástica. Nunca antes había sentido el agudo mordisco de los celos y no era nada

agradable. Tomó aire una vez más y se irguió. Aquella sensación era ridícula. Ese tío no le llegaba ni a la altura de los tobillos y Eli lo sabía. No tenía nada de lo que preocuparse.

Se puso su chaqueta de cuero y salió a la calle. A pesar de que estaban a finales de agosto, las madrugadas seguían siendo frías. Se encontró a Eli sentada en una silla de camping con la mirada fija en la ventana de Amy. Cuando ella escuchó cerrarse la puerta de la caravana, se giró hacia él y le sonrió. También estaba cansada y ojerosa, pero, con aquella sonrisa, le pareció la chica más guapa del mundo. Se sentó en el suelo a su lado, le pasó una de las tazas de café y sacó un cigarrillo.

—¿Qué tal la noche? —preguntó—. ¿Alguna novedad?

—Absolutamente nada —contestó ella—. ¿Qué tal tú?

—Cansado y de mala leche. No hago más que plantearme que tengo que recorrer ochocientas millas para mantener una conversación que podríamos haber tenido por teléfono.

—Bueno, vas a preguntarle cosas muy raras. Quizá por teléfono no te habría respondido —sugirió ella.

—El problema está en que tu amigo Adam ni siquiera me dejó intentarlo. Es mucho mejor para él mandar al novio a varios estados de distancia y tener el campo libre.

—Sigues celoso. —Eli no pudo contener la risa—. Serás bobo.

—Encima insúltame —contestó él molesto. Le dio un largo trago a su café para terminarlo y consultó su reloj—. Tengo que marcharme enseguida. ¿Quieres que te lleve hasta la universidad?

—No. Prefiero que me dejes en Milford —respondió ella mirando también el reloj—. Tengo que recoger las fotos que dejamos para revelar. ¿Me da tiempo

a darme una ducha y prepararme?

—Sí, claro. Te espero.

Eli se levantó y se inclinó hacia él para recoger la taza que le tendía. Él la agarró por la muñeca y tiró de ella para hacer que se agachara. Cuando estuvo de rodillas a su lado, le quitó la taza que ella llevaba y dejó las dos sobre la hierba.

—¿Qué haces? —preguntó Eli—. Tengo que llevar esto dentro.

—Eso puede esperar —contestó él.

Se inclinó hacia ella, puso una mano en su pecho y la empujó suavemente para hacer que se tumbara de espaldas sobre la hierba. Ella se dejó hacer mientras soltaba una risita. Se colocó sobre ella y acercó sus labios para besarla. No sabía qué le pasaba, pero necesitaba sentirla en su boca, percibir la forma y el calor de su cuerpo bajo el suyo, respirar su aliento y notar el roce de sus manos en la espalda.

—Buena meada de territorio —dijo ella cuando se separaron—. Puedes estar seguro de que no olvidaré este beso y que podré contenerme y serte fiel.

—Este beso es solo un anticipo de lo que te daré cuando vuelva. —Al le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa—. Recuérdalo cada vez que ese imbécil te entre.

Se apartó para dejar que ella se levantara y recogiera las tazas. En cuanto Eli desapareció dentro de la caravana, su sonrisa desapareció. Sacó otro cigarrillo y se quedó quieto, mirando cómo el sol se elevaba cada vez más por encima de las colinas. Sintió que la opresión en el pecho regresaba. Solo ella, su presencia y su contacto conseguían que desapareciese e iban a tener que pasar todo el día separados. Negó con la cabeza, intentando apartar todos aquellos pensamientos. Parecía un adolescente enamorado. No iba a pasar

nada por estar unas horas sin ella. Tan solo esperaba que aquel estúpido viaje sirviera para algo.

Aparcó en Milford, frente a la tienda de fotografía, y se giró hacia Eli. Ella se quitó el cinturón de seguridad, pero, en lugar de salir, pasó a la parte trasera de la caravana, recogió una mochila y abrió la nevera.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Voy a coger unos botellines de agua y algo de comer —contestó—. Ya he hablado con Tony para que me deje pasar la noche en casa por si tardas en volver, pero no pienso comer nada de lo que me ofrezcan allí. La última vez, cuando me dejaste tirada, estuve a punto de morir de inanición. Esta vez estaré preparada.

Él también se quitó el cinturón y se acercó a ella. Le quitó la mochila de las manos y la abrazó por la cintura.

—Siento lo de la otra vez. No volverá a suceder —prometió mirándola a los ojos.

—Lo sé, pero es un viaje muy largo. No sabes a qué horas vas a llegar...

—Lo he calculado y estaré de vuelta antes de medianoche.

—Genial. Tendré la luz encendida. Cuando vuelvas, tira unas piedrecillas a mi ventana y bajaré. Prefiero no tener que dormir en esa casa.

—Además de que estarás ansiosa por darle la bienvenida a tu chico. —Él continuaba con las manos alrededor de su cintura, resistiéndose a romper el contacto.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—No lo sé. Es solo una sensación —contestó él, forzando una media sonrisa

—. Este viaje me parece una mala idea. Tengo un mal presentimiento.

—No seas tonto. ¿Sigues pensando que voy a enrollarme con el tío ese?

—No, no es eso... O al menos no es solo eso. —Luchó durante unos segundos por poner en palabras lo que sentía, pero era algo difuso, una mezcla de miedo y angustia que no sabía explicar—. Prométeme que te portarás bien, que tendrás cuidado y, sobre todo, que no matarás a nadie en mi ausencia.

—Eres más tonto... —Ella le dio una palmada en el pecho antes de separarse y seguir preparando la mochila.

Él se quedó paralizado durante unos segundos. La angustia había ido creciendo en su interior. Nunca había creído en tonterías como la intuición, las premoniciones o el sexto sentido, pero, en aquel momento, la sensación era tan fuerte que le dejó sin aliento. La agarró por el brazo, tiró de ella hasta hacer que sus cuerpos chocaran y le suplicó con los labios a una pulgada de los suyos.

—Prométemelo, por favor.

—¿El qué? ¿Que no voy a matar a nadie?

Su tono de voz había cambiado. Parecía molesta y dolida. Él sabía que no era justo que le pidiera aquella promesa, que todo aquello había pasado hacía mucho tiempo y que a ella le dolía tanto como a él, pero, aunque no podía explicar por qué, necesitaba que ella se lo prometiera. Asintió sin separar la mirada de aquellos ojos negros misteriosos e insondables. Ella soltó una risita sarcástica y negó con la cabeza.

—Te lo prometo. Sé que me costará muchísimo contenerme, pero no voy a matar a nadie en tu ausencia.

Él soltó un suspiro resignado. Le habría gustado hacerle prometer que no iba a realizar ningún ritual mientras él estuviese fuera, pero se dio cuenta de que

estaba tensando demasiado la situación. Tendría que conformarse con aquello.

Ella se separó, aún molesta, terminó de llenar la mochila y se la colgó al hombro. Antes de salir de la caravana, se acercó a él y le dio un breve beso de despedida. Él la agarró, aunque seguía sintiéndose como un adolescente cansino y pegajoso, para no dejar que se marchara enfadada.

—¿No pensarás irte sin darme un beso de verdad?

Ella le dirigió una sonrisa que en aquella ocasión era sincera, le echó los brazos al cuello y le dio un beso largo y lento que le supo a promesas, a futuro, a todos los momentos que les quedaban por vivir juntos. Cuando ella se separó, volvió a sonreírle.

—Te echaré de menos —le dijo antes de abrir la puerta de la caravana.

—Yo también a ti.

Cuando ella bajó y cerró la puerta, él regresó al asiento del conductor y se quedó mirándola hasta que desapareció dentro de la tienda de fotos. Después arrancó y conectó la radio. En aquel momento estaba sonando *Wind of change*, de Scorpions. Por alguna extraña razón, aquella canción volvió a hacer que se sintiera angustiado. Notaba que a su alrededor había vientos de cambio, pero no podía asegurar que fueran favorables ni que les estuvieran llevando a un puerto seguro.



CAPÍTULO VEINTIDOS

Cuando entré en la tienda de fotos, me quedé parada mirando hacia el mostrador. Conocía de algo a la niña regordeta con la cara llena de pecas y las enormes gafas que estaba de pie al lado del hombre que me había atendido el día anterior. El recuerdo me llegó al cabo de un par de segundos. Era Mildred, la niña que me había confesado que Amy le daba miedo, que me había dicho que mordía. Tenía que conseguir hablar con ella a solas como fuera.

Me acerqué al mostrador y les saludé a los dos con una sonrisa. La niña también debía de acordarse de mí, porque me miró con sus enormes ojos de cervatillo asustado antes de esconderse un poco tras la figura de su padre, agarrando la tela de sus pantalones como si fuera un salvavidas.

—Buenos días. Quería saber si ya tienen mis fotos preparadas —dije mientras le tendía el resguardo al dependiente.

—Voy a mirarlo.

El hombre fue a entrar en la trastienda y estuvo a punto de tropezar con su hija, que seguía aferrada a él mientras me miraba asustada. Lanzó un bufido exasperado e hizo que la niña soltase sus pantalones.

—Mildred, hija... Deja de estar todo el día en medio. Quédate aquí mientras yo voy a buscar las fotos de la señorita.

Tuve que contenerme para no dar un grito de alegría. Aquello era justo lo que necesitaba: un par de minutos a solas con ella para interrogarla. En cuanto el padre desapareció tras una cortina, me acerqué al mostrador. Mildred dio un par de pasos atrás, hasta chocar contra la estantería, llena de fotos, cámaras y marcos, que se tambalearon por el golpe. Sabía que la niña estaba asustada y que sería difícil hacerle hablar, pero no podía entretenerme con sutilezas. No sabía cuánto tardaría su padre en regresar con mis fotos, pero estaba segura de que no sería mucho tiempo.

—Mildred, no te asustes. —Detuve mi avance y extendí las manos ante mí para demostrarle que no era peligrosa—. Estoy aquí para ayudarte. Sé que hay algo raro en Amy y quiero detenerla.

Los ojos y la boca de Mildred formaron tres oes perfectas. Dejó de apoyarse en la estantería y avanzó un par de pasos, hasta poner sus manos temblorosas sobre el mostrador.

—Dijiste que no querías estar con ella porque mordía. ¿A qué te referías exactamente? ¿Tuvisteis una pelea?

Mildred negó con la cabeza. En sus ojos distinguí el brillo de la duda. No sabía si podía fiarse de mí.

—Sé que seguramente nadie te ha creído cuando les has hablado de Amy, pero yo lo haré —prometí—. Puedes confiar en mí. ¿Qué pasó?

Ella asintió y se inclinó hacia delante para que pudiera escucharla sin que nadie más lo hiciera. Yo me adelanté un paso más y me agaché para colocar mi oído a la altura de su cabeza.

—Me llevó al baño del cole —susurró con voz asustada—. La campana del

fin del recreo sonó para que volviéramos a clase, pero ella me dijo que me quedara, que tenía caramelos y quería compartirlos conmigo. Cuando nos quedamos solas, cambió...

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté al ver que se había detenido y que un sollozo escapaba de sus labios.

—Los ojos... Se le pusieron rojos... Y los dientes se hicieron grandes.

Me separé un poco para contemplar su rostro cubierto de lágrimas. Me dio tanta pena que tuve ganas de decirle que era suficiente y de pasar al otro lado del mostrador para abrazarla, pero me contuve. Necesitaba que siguiera hablando.

—Me agarró del brazo para que no escapara y me lo mordió... No dolía... Era casi como quedarse dormida... Hacía ruidos raros, como si sorbiera sopa... De repente, me soltó, me dio un empujón y me dijo que, si se lo contaba a alguien, me mataría.

—Pero tú sí lo contaste.

—Sí. Sabía que lo que había hecho era malo y no quería que me lo volviera a hacer, así que se lo conté a la profe para que la echaran del cole, pero la profe llamó a mi mamá y me dijeron que no tenía que ver pelis de miedo y que no hay que contar mentiras sobre las otras niñas. —Mildred volvió a sollozar—. Nadie me creyó.

—Yo te creo —dije, extendiendo una mano para acariciar su mejilla y limpiar las lágrimas que la surcaban—. Voy a parar todo esto. No te preocupes.

Mildred asintió. La cortina que daba paso a la trastienda se movió y el padre de Mildred apareció con un sobre en las manos. La niña se fue a una esquina, fingiendo que observaba muy atenta las cámaras colocadas en un expositor, mientras se limpiaba con disimulo las lágrimas. Abrí el sobre que el

hombre me tendía, comprobé que en las fotos se veía perfectamente cómo Lucy echaba unas gotas en la bebida de Tony mientras Amy la contemplaba, pagué y me dirigí a la puerta. Antes de salir, me giré de nuevo y vi que Mildred estaba mirándome. Le dediqué una sonrisa y asentí. Aquel gesto fue una promesa. Acabaría con lo que fuera que estaba poseyendo a Amy y conseguiría que Mildred dejara de tener miedo.

El taxi me dejó a la entrada de la universidad. Recogí mi mochila y recorrí los senderos que llevaban hasta el edificio de la Facultad de Historia. Había estudiantes tumbados en los jardines bajo la sombra de los árboles, estudiando, escuchando música, hablando los unos con los otros... Nunca había sido una persona muy sociable, pero, en aquel momento, habría dado mucho dinero por poder sentarme con ellos. Eran chicos de mi edad, sin más preocupaciones que recuperar algunas asignaturas pendientes cuando comenzara el próximo curso, sin nada más que oscureciera sus pensamientos que saber si el chico o la chica que les gustaba les haría caso o a dónde ir el siguiente fin de semana. Por el contrario, yo acababa de hablar con una cría aterrorizada porque su compañera de curso se había convertido en un monstruo frente a sus ojos y estaba segura de que, no tardando mucho, yo misma tendría que enfrentarme a ese monstruo y acabar con él. La vida de los chicos sentados en aquellos jardines difería tanto de la mía que ni siquiera se nos podía considerar de la misma especie.

Entré en el edificio y recorrí sus oscuros y frescos pasillos. No me crucé con nadie en todo el camino. Tan solo el eco de mis pasos y mis turbadores pensamientos me acompañaron hasta el despacho de Adam. Cuando llamé a la puerta, me abrió y, con tan solo una sonrisa, consiguió que me sintiera mejor. Parecía feliz de verme mientras me indicaba con un gesto que era bienvenida.

—Me alegro de que hayas llegado —dijo, señalando una mesa auxiliar colocada en una esquina del despacho, cerca de la ventana—. Te he preparado un sitio para que puedas trabajar.

—No quiero ser una molestia. Podría haber ido a estudiar a la biblioteca.

—Se me ocurren mil palabras para describirte, pero “molestia” nunca sería una de ellas —respondió con una seductora sonrisa—. Además, la biblioteca es ruidosa y siempre está llena de gente. Es mejor que trabajes aquí. Así, si tienes alguna duda, podrás preguntarme. Estoy a tu entera disposición.

No sé cómo consiguió que aquella última frase sonara como una insinuación sexual. Me di cuenta de que me había sonrojado, así que bajé la cabeza hasta casi hundirla en el pecho y me dirigí a la mesa sin mirarle siquiera. En cuanto me senté, me puse a hojear los libros que me había dejado apilados en un ordenado montón para evitar mirarle.

Pasé las siguientes dos horas concentrada en aquellos libros. Intentaba no levantar la cabeza, porque, cada vez que lo hacía, me encontraba con los ojos verdes de Adam, que me miraba como un cazador a su presa. Tuve ganas de decirle que dejara de ponerme nerviosa, pero no me atreví a pronunciar una palabra. Aquel hombre me había ofrecido un sitio en su despacho, sus libros y su consejo. No quería ser descortés, pero me moría de ganas de terminar y salir de aquel lugar. Había sido agradable en un primer momento ser el centro de su atención y poner celoso a Al, pero, al cabo de un rato, empezaba a resultar agotador. Me planteé que iba a tener razón Al cuando decía que estar tan bueno era un castigo que tenía que soportar.

Abrí un nuevo libro y seguí estudiando. Había leído ya un montón de información sobre leyendas sudamericanas, centrándome sobre todo en las tribus indígenas de Perú, como los quechuas o los aimaras, pero seguía sin encontrar nada que se relacionara lo más mínimo con lo que le pasaba a Amy.

Solté un suspiro frustrado y miré por la ventana. Un sol radiante y un esplendido cielo azul parecían invitarme a dejarlo todo y salir.

Adam levantó la vista de sus papeles al escuchar mi suspiro y se quedó mirándome con una sonrisa. Después se levantó, se acercó a mi mesa y la rodeó para colocarse justo detrás de mí. Puso un brazo a cada lado de mi silla y se inclinó sobre mi hombro para mirar el libro que había estado leyendo. Pude notar su aroma a madera y hierba recién cortada. Aquel hombre me estaba poniendo tan nerviosa que no supe reaccionar y me quedé paralizada mientras él cogía el libro y miraba la portada.

—Mitos y leyendas de las tribus andinas. —Leyó el título en voz alta—. No suena tan aburrido como para justificar el suspiro de agobio que acabas de soltar. ¿Te pasa algo?

—Sí. Llevo horas leyendo historias y no encuentro nada útil —contesté—. He leído sobre el Tunchi, el Yanapuma, el Yacuruna, la Yarina, el Imbunche, el Pombero, la Llorona, la Ciguapa, la Viudita...

—Todas ellas son historias apasionantes —dijo él apartándose de mi espalda para ir a sentarse sobre la mesa.

—No te lo niego, pero no es lo que estoy buscando. No hay nada que se parezca al ser contra el que tengo que luchar. Me he enfrentado a espíritus, a demonios y a maldiciones, pero en este caso estoy tan perdida...

—Me resultas tan apasionante... —dijo él, clavándome de nuevo su intensa mirada—. ¿De verdad luchas contra seres sobrenaturales?

—Por favor, no hagas eso —dije, incapaz de seguir aguantando un segundo más.

—¿El qué? —preguntó él como si no fuera consciente de que llevaba intentando seducirme toda la mañana.

—Coquetear, mirarme de forma seductora, hablar con esa voz...

—Ya, ya... Lo entiendo. Te gusto, pero tienes novio.

—No. Al no es una excusa. No te voy a decir “Estoy loca por ti, pero no caigo rendida en tus brazos porque tengo novio”. He venido aquí a estudiar y a pedirte ayuda. Si no puedes ofrecérmela sin entrarme cada dos segundos, será mejor que me marche.

El cambio en su expresión fue radical. Dejó de sonreír de forma pícaro y el brillo seductor de sus ojos se extinguió. De repente, me miraba de manera diferente, como si acabara de darse cuenta de que tenía enfrente a un ser humano y no a una presa a la que cazar. Asintió, fue hasta su escritorio, recogió una silla y la puso al otro lado de mi mesa para sentarse enfrente.

—Tienes toda la razón —dijo mientras asentía—. Lamento haber sido tan descortés. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites. Dime, ¿cuál es el problema?

—Ya te lo he dicho. —Fijé la mirada en el libro, aún descolocada por aquel cambio de actitud—. No encuentro ninguna leyenda que tenga que ver con el ser que estoy buscando.

—Descríbeme lo que sabes de él. Quizá pueda recordar algo. —Adam apoyó el codo en la mesa y puso la barbilla sobre su mano.

—Está bien, pero todo esto es confidencial. —Esperé hasta que él asintió—. Estamos investigando el caso de una niña que muestra un comportamiento muy extraño: no puede exponerse a la luz del sol sin sufrir quemaduras, creemos que no come y sospechamos que bebe sangre.

—No creo que haga falta que sigas mirando mis libros. —Adam se encogió de hombros—. Eso es un vampiro.

—Pero no puede ser —le contradije—. Esa niña puede salir de día, aunque

sea con protección, no duerme en un ataúd y, lo más importante, no es inmortal ni inmutable. Lleva varios años en el mismo pueblo y la gente la ha visto crecer.

—No hay que tomarse las leyendas como hechos científicos —comentó él—. ¿Alguna vez te has enfrentado a un fantasma?

—Sí. Cientos de veces.

—¿Y cuántos de ellos iban cubiertos con una sábana y arrastraban cadenas? —preguntó burlón.

—Ninguno —contesté sin saber bien a dónde quería llegar.

—Las leyendas son solo la forma en la que la gente se explica las cosas que realmente no puede explicarse. Contienen parte de verdad, pero van mutando según se van transmitiendo. —Volvió a encogerse de hombros—. Solo te digo que, si tiene pinta de vampiro, anda como un vampiro y huele a vampiro, lo más seguro es que sea un vampiro.

—Pero los vampiros son una leyenda europea y esta niña nació en Perú —insistí, sin querer aceptar que pudiera tener razón y que lleváramos días con la verdad frente a nuestros ojos sin haber podido verla.

—Como dijo Stoker en su novela Drácula, “Los muertos viajan deprisa” —contestó con una sonrisa burlona en la cara—. No tengo ni idea de cómo habrá llegado ese monstruo europeo a Perú, pero, si yo fuera tú, dejaría de plantearme esas tonterías y empezaría a afilar unas estacas.

Me quedé muy seria, reflexionando sobre lo que Adam acababa de decirme. Ojalá fuera tan fácil como ir a buscar a Amy y atravesarle el corazón. Tenía que encontrar alguna manera de sacar a aquel ser de su interior sin hacerle daño a la niña. Además, le había prometido a Al que no mataría a nadie en su ausencia. Me levanté, cerré el libro que había estado leyendo y lo coloqué en

la pila con los demás. Después, me colgué la mochila al hombro y le tendí la mano a Adam para despedirme.

—Muchas gracias. Me has ayudado mucho.

—Ha sido un placer. —Él agarró mi mano, pero, en lugar de apretarla, se la llevó a los labios y depositó un suave beso sobre ella. Mi mirada de enfado provocó que una nueva sonrisa pícaro apareciese en su rostro—. Puedes reñirme, incluso puedes conseguir que me comporte bien durante un rato, pero no puedes impedir que te encuentre fascinante. Ya sabes dónde estoy si algún día te cansas de ese chico con el que sales.

—Sé que no me cansaré nunca —dije sin poder evitar devolverle la sonrisa.

—Pues felicítale de mi parte —contestó tras soltar mi mano—. No sabe lo afortunado que es al tener a su lado a alguien como tú.

Me habría gustado decirle que Al sí lo sabía, que él me veía tal y como era, que me aceptaba y me quería sin condiciones, pero no pude pronunciar aquellas palabras. Había una parte de mí que Al no quería ver, que no aceptaba y a la que me estaba obligando a renunciar para siempre. Le dediqué una sonrisa triste a Adam y salí de su despacho sintiéndome confusa y perdida. No me había planteado ni por un solo segundo todo lo que iba a perder en mi vida futura. Iba a dejar de ser una bruja. Aquello era todo lo que yo era, mi herencia, mi orgullo, mi esencia... e iba a dejarlo todo para ser una persona normal, para ser simplemente “la novia de Al”.

Salí a la calle y levanté la cabeza hacia el cielo para dejar que el sol calentara mi rostro y se llevara aquellas preocupaciones. Ser la novia de Al era todo lo que necesitaba para ser feliz, todo lo que deseaba. Llevé una mano a mi vientre y esboqué una sonrisa. También iba a ser la mamá de Lara. Aquello bastaría para llenar toda mi vida, haría que mereciese la pena el sacrificio... O eso quería creer.

Decidí dejar aquellos pensamientos para más adelante. Tenía cosas mucho más importantes en las que pensar en aquel momento. Salí de la universidad y busqué un taxi que me llevara de vuelta al pueblo. Cuando me senté en el asiento trasero, el conductor se giró hacia mí.

—¿A dónde vamos, señorita?

—¿Sabe si en Milford hay alguna iglesia católica?



CAPITULO VEINTITRES

Ya eran casi las tres de la tarde cuando consiguió llegar a la Universidad de Albany. Dejó la caravana en el aparcamiento y recorrió casi a la carrera el campus, preguntando a la gente con la que se cruzaba dónde podía encontrar el Centro de Estudios Latinoamericanos. Aquel lugar también era enorme y estaba compuesto por modernos edificios de color blanco rodeados por grandes jardines.

Cuando llegó frente a las puertas del edificio que buscaba, se detuvo unos segundos para recuperar el resuello y echar un vistazo a su reloj. Eran más de las tres y diez. Rezó para que el profesor Bailey le estuviera esperando. Sería realmente frustrante haber recorrido más de cuatrocientas millas para nada.

Entró a la carrera y se dirigió a una oficina acristalada. Una mujer joven vestida con uniforme de bedel le sonrió desde el otro lado del mostrador.

—Buenas tardes —saludó Al, aún con la respiración entrecortada—. Tengo una cita a las tres con el profesor Bailey. Sé que llego tarde, pero espero que todavía pueda recibirme.

—Tranquilo —contestó la mujer con una sonrisa—. ¿Es usted el señor

McNeal?

—Sí, soy yo.

—El doctor Bailey ha llamado hace un rato para dejarle un recado. —La mujer rebuscó entre los papeles que tenía sobre su mostrador hasta encontrar el que buscaba—. Esta mañana ha tenido que ir a dar una conferencia a la Universidad de Siracusa. Esperaba regresar a tiempo para reunirse con usted, pero, al parecer, ha tenido una avería en su coche y no sabe lo que tardarán en arreglarlo.

Maldijo entre dientes su mala suerte. Había esperado encontrarse con aquel hombre, sacarle la información que necesitaban en cinco minutos y regresar a toda prisa a Milford para reunirse con Eli lo antes posible. No sabía a qué se debía aquella sensación de urgencia, pero iba aumentando a cada minuto que estaba separado de ella. Tuvo ganas de pedirle a aquella mujer que le dijese al profesor que no había podido esperarle más y que se marchaba ya, pero era una estupidez haber hecho aquel viaje y volver con las manos vacías. Quizá Bailey tuviera la clave para poder resolver de una vez aquel maldito caso. Suspiró y asintió con la cabeza antes de responder.

—Si el profesor vuelve a llamar, dígame que le esperaré lo que haga falta, pero que haga el favor de darse prisa. Lo que tengo que consultarle es muy urgente.

—Se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón y giró hacia la salida del edificio—. Estaré al lado de la puerta, por si tiene algo que decirme.

Salió del centro, buscó un banco cercano que tuviera sombra y se sentó a fumarse un cigarrillo. Iba a ser una espera muy larga.

Dos horas después, Al vio a un hombrecillo de piernas cortas que se acercaba

al edificio a toda prisa. Llevaba un traje de tweed que no era, ni de lejos, la vestimenta más apropiada para aquella tarde de agosto. Cuando el hombre llegó hasta él, se detuvo, sacó un pañuelo de tela del bolsillo de su chaqueta y se secó el sudor que cubría su calva.

—¿El señor Aleister McNeal? —preguntó mientras trataba de recuperar el resuello.

—Sí. Soy yo. Supongo que es usted el profesor Bailey —contestó Al tendiéndole la mano.

—Doctor Bailey, por favor. —El hombre le tendió una mano sudorosa—. Siento el retraso. Se me pinchó una rueda y no tenía ninguna de recambio, así que he tenido que caminar hasta la gasolinera más cercana y pedir que me llevaran de vuelta y me ayudaran a cambiarla.

Al torció el gesto. Se suponía que aquel tío era un genio y ni siquiera era capaz de recordar que había que llevar una rueda de repuesto ni de cambiarla por sí mismo. Esperaba que fuera bastante mejor en la materia sobre la que venía a preguntarle.

—No se preocupe —dijo mientras se levantaba para entrar en el edificio—. Tengo bastante prisa. ¿Podríamos entrar ya?

—Sí, sí, por supuesto. Sígame.

El hombre le señaló la puerta del edificio y ambos entraron. A pesar de que Al trataba de no adelantarse, el profesor tenía que ir casi corriendo sobre sus piernecillas para seguirle el paso. Cuando llegaron a la puerta de su despacho, tuvo que detenerse un segundo para volver a secar el sudor de su calva.

—Ya estamos aquí —dijo tras abrir la puerta—. Tome asiento, por favor.

Al obedeció y se sentó en el lugar que Bailey le había señalado. La silla era mullida y cómoda, mucho más que el banco en el que había pasado dos horas

sentado, así que se reclinó contra el respaldo y cruzó las piernas, poniendo el tobillo de la derecha sobre la rodilla izquierda, y se dedicó a mirar las estanterías situadas tras el escritorio. Llegaban hasta el techo y en sus baldas no cabía un solo libro más. Cuando el profesor ocupó su sitio, en un enorme sillón de cuero, volvió a centrarse.

—Bien, ya estamos. —Bailey apoyó los brazos sobre la mesa—. El profesor White no me dejó muy claro qué era lo que necesitaba. ¿En qué se supone que puedo ayudarle?

—Estamos buscando mitos o antiguas leyendas peruanas... —empezó a explicar Al.

—Ufff... Ese es un tema amplísimo. Había decenas de tribus indígenas en esa zona antes de la conquista de América. Podría contarle miles de datos sobre la religión inca, sobre las tribus amazónicas, las andinas...

—Pare, pare, pare —le cortó Al extendiendo las manos frente a él—. No dudo de que podría contarme usted miles de datos y que todos serían interesantísimos, pero, como le he dicho, tengo un poco de prisa, así que vamos a intentar centrarnos.

—Usted dirá.

El doctor torció el gesto, incómodo por la interrupción. Al le ignoró y buscó en el bolsillo de su chaqueta el papel que le había entregado Eli, en el que aparecía el lugar y fecha de nacimiento de Amy. Lo colocó sobre la mesa para leerlo, pero el doctor se inclinó y lo cogió para mirarlo por sí mismo.

—¡Qué interesante! —comentó mientras leía—. Nueve de junio de 1983 en Pisco. ¿Qué es esto?

—La fecha y lugar de nacimiento de la persona que estamos investigando.

—¡Qué curioso! Pensaba que ese día no había nacido nadie en Pisco.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Al confuso.

—Que hay una historia que hace referencia a esa ciudad y a esa fecha exacta.

—Bailey le devolvió el papel y se inclinó para hablar en un tono más bajo y misterioso—: La leyenda del regreso de Sarah Ellen.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Mi mala suerte hizo que no hubiera ninguna iglesia católica en Milford, pero el taxista me informó de que podía encontrar un par de ellas en Old Town, el pueblo de al lado. En menos de diez minutos, el taxi se detuvo frente a unas escaleras que daban acceso a un alto edificio de ladrillo rojizo rematado con un campanario de color blanco. Bajé del taxi y me quedé unos segundos en la acera, contemplando sus puertas y ventanas en forma de arco y el enorme rosetón que adornaba su fachada. En el jardín, al lado de las escaleras, había un cartel que anunciaba el horario de las próximas misas. No había ninguna programada para aquella tarde, así que no podría robar ninguna hostia con mi método tradicional. Pensé durante un momento dejarlo y acudir a la eucaristía del día siguiente, pero algo dentro de mí me decía que no podía esperar. Sin pensarlo más, enfilé las escaleras, llegué hasta la entrada y empujé con la esperanza de que estuviera abierta.

Cuando la puerta se abrió, me quedé sorprendida. Había esperado un recinto oscuro, iluminado apenas por la luz de las velas, pero, en lugar de eso, me encontré con un lugar alegre y luminoso. Los rayos del sol se colaban a través de las vidrieras de colores, llenado el espacio de luz. Las paredes estaban

pintadas de color crema y el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra azul. Al fondo de la iglesia, tras el altar, había una gran cantidad de cuadros con escenas bíblicas pintadas en tonos pastel. A pesar de no ser católica, me sentí tranquila y a gusto, en paz. Pensé que era una lástima tener que dejar de lado aquella sensación y centrarme en mi misión. Había ido allí a robar.

Abrí la mochila y saqué un botellín de agua que había vaciado previamente. Me acerqué a la pila bautismal, sumergí el botellín y lo llené de agua bendita. Cuando terminé, volví a cerrarlo y le arranqué la etiqueta para no confundirlo con los otros.

Me encaminé por el pasillo central, entre las filas de bancos de madera clara, hacia el altar. A su lado izquierdo pude ver el sagrario, el lugar en el que se guardaba la copa con las hostias consagradas. Sabía que normalmente se cerraban con llave, pero aquella protección solía ser testimonial. No creía que fuera a costarme mucho romper la cerradura. Cuando llegué, dejé la mochila en el suelo y traté de meter los dedos en el pequeño espacio que dejaba la puerta para tirar de ella.

—Si lo que quieres es comulgar, puedes volver mañana —dijo una voz a mi espalda—. No entiendo a qué viene esa urgencia.

Me giré asustada, llevándome la mano al pecho como si intentara evitar que el corazón se me saliera. Frente a mí tenía a un hombre de unos cuarenta años, vestido con una camisa y unos pantalones negros. El alzacuellos me indicó que estaba frente al sacerdote encargado de aquella iglesia y que acababa de meterme en un enorme lío. Traté de encontrar una excusa convincente que impidiera que llamase a la policía, pero solo pude abrir la boca un par de veces para volver a cerrarla.

—Estoy esperando una explicación. —A pesar de tener el entrecejo fruncido, la voz de aquel hombre era amable.

—Esto no es lo que parece —conseguí decir al fin.

—Me alegro, porque parece que estabas intentando profanar una iglesia y eso es delito.

El sacerdote se separó del altar. Me di cuenta de que sus zapatos no hacían ningún ruido al pisar sobre aquella alfombra azulada. Aquella era la razón de que hubiera podido acercarse a mí y sorprenderme. Mientras yo maldecía mi mala suerte, él se sentó en el primer banco y dio un par de golpecitos a su lado para invitarme a acompañarle. Solté un largo suspiro, recogí mi mochila y me acerqué, mientras calculaba si podría salir corriendo sin que aquel hombre me alcanzara. Si hubiera sido un sacerdote anciano, de esos que llevaban una larga sotana con la que podrían tropezar, lo habría intentado, pero aquel hombre llevaba unos zapatos cómodos y parecía en buena forma. Estaba segura de que me daría alcance antes de llegar a la puerta. Tendría que hablar con él e intentar convencerle.

—Estoy esperando a que me expliques qué has venido a hacer aquí.

Me di cuenta de que me observaba de arriba abajo. Mis mallas negras y la camiseta con la portada del *Kill 'em all* de Metallica, en la que podía verse un martillo sobre un charco de sangre, no me ponían fácil convencerle de que era una abnegada creyente que había acudido allí a rezar y, en pleno éxtasis místico, no había podido resistirse a la tentación de subir al altar y tratar de abrir el sagrario para sentirse más cerca del Señor.

—Venga, dime la verdad —dijo él, como si pudiera leer mis pensamientos—. No va a pasarte nada. ¿Es una prueba para entrar en alguna hermandad de la universidad?

Aquella era una excusa muy buena y estuve tentada de asentir, pero, si le decía aquello, tendría que marcharme sin conseguir lo que había ido a buscar y sabía que lo necesitaba con urgencia. Negué con la cabeza y decidí arriesgarme a

contarle la verdad.

—No. Necesitaba unas hostias consagradas para mi trabajo.

—¿Y qué trabajo es ese? Pensaba que solo eran necesarias para el trabajo de sacerdote.

—Soy bruja. —Él abrió mucho los ojos y se echó un poco hacia atrás—. Investigadora psíquica, si se siente más cómodo con ese término.

—La verdad es que ninguno de ellos me tranquiliza. —Se permitió una sonrisa sarcástica—. ¿Qué pretendías hacer con ellas? ¿Un conjuro de amor? ¿Magia negra?

—Ya sé que suena raro, pero trabajo ayudando a la gente. Elimino maldiciones, ayudo a espíritus atrapados a proseguir su viaje en el más allá, expulso demonios... Después de todo, nuestros campos de trabajo no están tan alejados. La iglesia católica lleva siglos haciendo exorcismos.

—Bueno, podría decirse que sí, pero nosotros lo hacemos de forma muy controlada y con autorización... —Me dio la impresión de que el hombre estaba tratando de decidir si debía llamar a la policía o al psiquiátrico más cercano—. ¿Y en qué se supone que estás trabajando ahora?

—Lamento mucho haberle molestado. No he dañado ni he robado nada, así que espero que no me denuncie y me deje marchar —dije mientras me ponía en pie y recogía mi mochila.

—No. No te vayas. Estoy seguro de que, si yo no te ayudo, entrarás a robar en la siguiente iglesia que te encuentres. La iglesia de St. Ann te queda lejos, en la otra orilla del Penobscot, y el padre O'Hara es mucho menos comprensivo que yo. —El hombre me dedicó una sonrisa y volvió a dar un par de golpecitos en el banco.

—¿Por qué quiere ayudarme? —pregunté intrigada.

—Bueno, quizá pueda salvar el alma de una bruja. Eso sería todo un logro — bromeó. Al ver que yo no me sentaba, cambió su expresión por una más seria —. No sé por qué, pero no me pareces una loca peligrosa y has despertado mi curiosidad. Cuéntame qué estás haciendo y qué necesitas.

—Está bien —dije volviendo a sentarme—. Una familia de Milford nos ha contratado porque su hija se estaba comportando de una manera extraña. Llevamos varios días investigando y, aunque suene a locura, creo que la niña puede llevar dentro un vampiro o algo así.

—¿Se puede llevar dentro un vampiro? —preguntó interesado—. Pensaba que solo los espíritus y demonios podían poseer a las personas.

—Yo también, pero es lo único que explica su comportamiento. Durante la mayor parte del tiempo se comporta de forma normal, pero necesita sangre para sobrevivir. Sabemos que ha estado cazando animales, pero parece que su necesidad de sangre va creciendo y he hablado con una niña, una de sus compañeras de clase, que asegura que la mordió.

—¿Y qué es lo que pretendes hacer para ayudarla?

—No lo sé con seguridad... Nunca me he enfrentado a algo como esto — respondí tras encogerme de hombros—. Había pensado en hacer algún tipo de exorcismo. Si funciona con los demonios, quizá lo haga con los vampiros. Por eso he venido a por agua bendita y hostias consagradas.

El sacerdote se quedó en silencio, con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos juntas, como si rezase buscando consejo. Me giré hacia el altar y fijé la mirada en un cuadro que mostraba a un Jesucristo caminando pacíficamente entre un rebaño de blancos corderos. Le rogué que me ayudara y, como si hubiera respondido a mis plegarias, el sacerdote levantó la cabeza y asintió.

—Está bien. Te daré lo que necesitas si me aseguras que esa niña no va a

sufrir ningún daño.

Me molestó un poco aquella exigencia. Ya era la segunda vez en el mismo día que me hacían prometer que no iba a dañar ni matar a nadie. ¿Acaso tenía pinta de sádica o de asesina de niños? A pesar de mi enfado, conseguí devolverle una sonrisa al sacerdote y asentir.

—Se lo prometo.

El hombre se levantó, sacó un llavero de su bolsillo y abrió la puerta del sagrario. Con un respeto reverencial, extrajo la copa, la colocó sobre el altar y depositó un par de hostias sobre el blanco mantel. Yo abrí mi mochila, saqué un pañuelo y las envolví con él para después guardarlas con sumo cuidado.

—Muchísimas gracias —dije mientras volvía a cerrar la mochila.

—Espera. Te daré otra cosa.

Caminó hacia un lado de la iglesia y desapareció tras una pequeña puerta que supuse que llevaría a la sacristía. Regresó llevando en las manos un crucifijo de madera de un palmo de largo.

—Es un crucifijo muy especial —dijo mientras me lo tendía—. El mismísimo Papa lo bendijo en una visita que hice al Vaticano. Espero que me lo devuelvas.

—Lo haré. Volveré para traérselo y le informaré de mis avances.

—Perfecto. Yo aprovecharé para tratar de apartarte del mal camino y conseguir que dejes de ser una bruja.

—No es usted el único que está intentándolo. Es muy posible que lo deje para siempre cuando consiga resolver este caso.

—Me alegra escuchar eso. Que el Señor sea contigo —dijo mientras extendía las manos para trazar luego una cruz en el aire.

A pesar de no ser católica, me sentí bendecida por aquel gesto. Le dirigí una sonrisa sincera, me despedí y salí de la iglesia con una sensación de fuerza, paz y plenitud que hacía mucho tiempo que no sentía. Me colgué la mochila al hombro y miré al cielo. Seguía siendo azul, aunque en el horizonte empezaban a vislumbrarse unas nubes oscuras que presagiaban lluvia. Decidí hacer el camino de regreso andando. No me llevaría más de una hora y estaba segura de que podría llegar hasta la casa de los Matthews antes de que empezase a llover. Además, prefería pasar todo el tiempo posible fuera de aquella casa hasta que Al regresara de su viaje.



CAPÍTULO VEINTICINCO

—¿Quién es esa Sarah Ellen? —preguntó Al tras esperar unos segundos a que el profesor siguiera hablando.

—Fue —puntualizó él—. Según cuentan, era una mujer inglesa que, a principios del siglo XX, fue juzgada por brujería en Inglaterra. Algunas fuentes señalan que se la condenó al exilio y que, en compañía de su esposo, se trasladó a Pisco. Otras fuentes indican que fue ajusticiada y que lo que llegó a Pisco fue su ataúd, pero no hay pruebas de que se siguieran ejecutando brujas en Inglaterra en aquella época, así que me inclino por la primera opción.

—¿Una bruja? —preguntó Al—. Vaya, estábamos buscando algo más parecido a un vampiro.

—Pues estás de enhorabuena, porque eso es precisamente lo que se decía de Sarah Ellen. —Bailey se permitió soltar una risita aguda ante la cara de desconcierto de Al—. Según se cuenta, Sarah Ellen fue una mujer de gran belleza, pero su piel, pálida en extremo, y sus fríos ojos grises llamaron enseguida la atención de la población de Pisco. Parece ser que se quemaba

con facilidad, por lo que casi no salía de día y, cuando lo hacía, siempre iba muy tapada y usaba sombrilla. Aquel comportamiento pronto consiguió que empezaran a correr rumores sobre ella entre la población.

—¿Y qué era lo que se contaba?

—Miles de historias ridículas: que era una bruja y realizaba conjuros en el cementerio; que era un vampiro y salía de noche a cazar... Incluso había gente que decía que había sido convertida en vampiro por el mismísimo Drácula, que la consideraba una de sus esposas. La mayoría de la gente empezó a tenerle miedo e intentaban no cruzarse con ella, pero tampoco la molestaban... hasta que llegó la epidemia.

—¿Qué epidemia?

—Una extraña enfermedad empezó a propagarse entre los niños del pueblo, matando a muchos de ellos. No hay datos sobre qué pasó exactamente, así que pudo ser cualquier cosa: gripe, cólera, disentería... Fuese lo que fuese, las miradas de todo el mundo se centraron en Sarah. Ella era una mujer a la que le encantaban los niños. Organizaba meriendas en su casa y había tratado de enseñar a leer a aquellos a los que sus padres les permitían visitarla. También les enseñaba a tocar el piano.

—¿El piano? —preguntó Al interesado

—Sí, el piano. Cuentan que era una concertista extraordinaria y que tenía un gran talento para la música —explicó el doctor—. Como le comentaba, cuando los niños empezaron a morir, la gente comenzó a decir que ella era la culpable, que los había maldecido o que había aprovechado sus visitas para chuparles la sangre y debilitarlos.

—¿Y qué sucedió? ¿Volvieron a juzgarla por brujería?

—Ojalá hubieran hecho eso. Las multitudes aterrorizadas no suelen

comportarse de una manera tan civilizada como para llevar al monstruo que está asesinando a sus hijos ante la justicia. —Bailey soltó un suspiro, apenado—. La apresaron ellos mismos, la llevaron a la plaza del pueblo y la golpearon entre todos hasta matarla. Cuentan que, antes de morir, Sarah pronunció su maldición. Juró que regresaría setenta años después y que cobraría venganza de todo el pueblo por lo que le habían hecho. La fecha de su muerte fue el nueve de junio de 1913.

—Y, justo setenta años después, Amy nació en ese mismo pueblo —comentó Al, con la vista fija en el papel en el que tenía anotada la fecha.

—Eso es lo que me extraña —dijo Bailey—. Cuando la fecha del supuesto regreso de Sarah Ellen fue acercándose, el pánico empezó a extenderse por Pisco. Había dos corrientes acerca de cómo conseguiría aquella mujer cumplir su maldición. Una de ellas decía que se levantaría de su tumba para matarlos a todos. Para evitarlo, el cementerio estuvo vigilado por la policía día y noche.

—¿En serio la policía pensaba que un cadáver iba a levantarse para empezar a asesinar? —preguntó Al sorprendido.

—En realidad, lo que más les preocupaba era que alguien pudiera robar el cuerpo, hacer que desapareciese y que la gente se pusiera aún más histérica. Además, tenían que mantener el orden. Durante los días previos a la supuesta resurrección, la ciudad se convirtió en un circo. Llegaron miles de turistas y se vendían crucifijos, ajos y estacas en los puestos callejeros. La multitud se agolpaba a las puertas del cementerio intentando entrar. Algunos solo habían acudido llamados por el morbo y la curiosidad, pero otros querían profanar el cuerpo para destruirlo definitivamente antes de que Sarah regresase.

—Tuvo que ser una locura —comentó Al.

—Sí. Lo fue. Por eso la policía tuvo que cerrar el cementerio e impedir el paso durante días. Solo se permitió entrar a varios chamanes, que estuvieron

realizando ritos día y noche para impedir que el espíritu de Sarah pudiera regresar a su cuerpo.

—¿Y qué sucedió?

—Absolutamente nada. La fecha se cumplió y el cuerpo de Sarah Ellen continuó en su tumba. Los chamanes dijeron que habían evitado su regreso gracias a sus ritos y la multitud se dispersó.

—Vaya... Entonces esta leyenda tampoco nos sirve para nada —dijo Al desanimado.

—Te olvidas de que te he dicho que había dos hipótesis sobre su retorno —apuntó Bailey, enarcando una ceja.

—¿Y cuál es la segunda?

—Que Sarah Ellen regresaría encarnada en el cuerpo de una niña nacida en el pueblo ese mismo día —explicó el profesor—. Se intentó por todos los medios que no se produjesen nacimientos en esa fecha: algunas mujeres se marcharon a tener sus hijos en otras ciudades, se adelantaron partos... Tenía entendido que lo habían conseguido y que ningún niño nació en la localidad el nueve de junio de ese año, pero, según lo que traes apuntado en ese papel, se equivocaron.

Se quedaron en silencio unos segundos. Al seguía observando la fecha apuntada en aquel papel. Todo aquello sonaba a locura, pero, ¿qué probabilidades había de que el nacimiento de Amy coincidiese con una leyenda que se ajustaba tanto a su extraño comportamiento? Apartó la vista del papel y la fijó en el profesor, que se había quedado en silencio esperando por si quería hacerle alguna pregunta más.

—¿Usted qué opina? —preguntó Al por fin—. ¿Cree que puede haber algo de verdad en esa leyenda? ¿Cree que es posible que el espíritu de esa mujer se

haya introducido en el cuerpo de una niña y esté convirtiéndola en un vampiro?

—Yo soy un hombre racional —respondió Bailey negando con la cabeza—. Me encantan los mitos y las leyendas, pero no creo que sean más que la expresión de los miedos y la ignorancia del pueblo. Mientras no me digas que esa niña a la que investigas se alimenta de la sangre de sus víctimas, lo único que pensaré es que fue una casualidad que naciera en ese lugar y en esa fecha y que tuvo mucha suerte de que la gente de Pisco no se enterase.

—¿Y qué me diría si le contara que esa niña se está alimentando de sangre para sobrevivir y que cree ser un vampiro?

—Bueno, en ese caso habría dos posibilidades. La más racional es que la niña conoce la historia y se ha sugestionado. La otra posibilidad es que Sarah Ellen ha conseguido cumplir su maldición, se ha reencarnado en ella y pronto comenzará con su venganza. —Bailey se permitió una sonrisa sarcástica—. Sin embargo, me da la impresión de que ambos somos hombres escépticos que no creeríamos en una locura como esa. ¿No es así?

—Si me hubiera preguntado hace años, le habría contestado con un sí rotundo —respondió Al—, pero ahora mismo ya no sé ni en qué creo. Muchas gracias por su ayuda.

Se levantó y salió del despacho. En cuanto cerró la puerta a su espalda, echó a correr hacia la caravana. Su parte racional seguía viva y le decía que toda aquella historia era ridícula, pero hacía ya tiempo que aquella parte de su mente había dejado de llevar la voz cantante.



CAPÍTULO VEINTISEIS

Cuando dejé atrás la calle en la que se encontraba la iglesia, decidí que realmente no me apetecía nada regresar a casa de los Matthews. No quería pasar allí varias horas sola esperando a que llegara Al. Iba a estar acompañada por una mujer que me odiaba y una niña que podía estar poseída por un vampiro que quería matarme. Pensar en eso solo conseguía que mis ganas disminuyesen más con cada paso que me acercaba a aquella casa.

Me dediqué a vagabundear un rato por el pueblo. Entré en una librería en la que descubrí con agrado que el dicho “Nadie es profeta en su tierra” no se cumplía con Stephen King. El autor vivía casi en el pueblo de al lado y sus vecinos de la librería se lo agradecían con una enorme estantería muy bien señalizada y cercana a la entrada en la que podían encontrarse todas sus obras publicadas. Aproveché para hacerme con un ejemplar de *Apocalipsis* y con el tercer volumen de *La torre oscura*, aunque estaba segura de que me arrepentiría de tener que llevar aquellos dos libros enormes en la mochila durante todo el camino de regreso.

Seguí dando vueltas por el pueblo y, cuando ya empezaba a aburrirme, me

encontré de frente con una tienda de ropita para bebés. Sabía que todavía era muy pronto para pensar en aquellas cosas, pero no tenía mucho más que hacer y no iban a cobrarme solo por mirar. Nada más abrir, una sonrisa se instaló en mi cara. Toda la tienda estaba pintada en suaves tonos pastel y había flores y peluches por todos los rincones. Incluso olía a algo dulce que recordaba a las golosinas y los polvos de talco. Le dije a la dependienta que solo quería echar un vistazo y decidió dejarme tranquila.

No sé cuánto tiempo pasé mirando patucos, zapatitos que cabían en la mitad de la palma de mi mano y vestidos llenos de tules, volantes y lazos. Estaba segura de que Al se negaría en redondo a que su hija llevara aquellas cosas y que querría ponerle vaqueros desde antes de que pudiese andar. Iban a ser unas discusiones muy divertidas.

Seguía mirando toda la ropa de la sección de niña cuando encontré algo que hizo que mi corazón se acelerase: una diminuta chaqueta de cuero, con sus hebillas y sus remaches plateados. Seguro que en algún lugar podría conseguir que me bordasen en la espalda unas alas blancas y el nombre de los NewArkangels. Pensé que darle aquello a Al sería la mejor manera de anunciarle que estaba confirmado que íbamos a ser padres.

La chaqueta era muy cara, pero no lo dudé un segundo. Me dirigí al mostrador con ella en las manos, pagué y salí de la tienda con una sonrisa radiante iluminando mi cara. Estaba tan contenta que ya ni siquiera me preocupaba tener que volver a casa de los Matthews. Metí la chaqueta en la mochila, la cerré con esfuerzo y emprendí el camino de vuelta.

Mi paseo por el pueblo me había llevado más tiempo del que había pensado y el sol ya declinaba, escondido entre las nubes, cada vez más negras, que casi ocultaban el cielo. Si no tenía suerte, acabaría empapada. Apresuré el paso y salí del pueblo. En cuanto dejé atrás los últimos edificios, solo tuve frente a

mí una carretera recta y solitaria rodeada de un espeso bosque. De vez en cuando pasaba al lado de alguna casa. En aquella tarde oscura, en la que un viento frío empezaba a soplar desde el norte, no vi a nadie en los jardines. Tan solo me crucé con algunos coches que pasaban levantando una nube de humo y polvo. Más o menos a mitad de camino, después de que la carretera cruzara por encima de uno de los afluentes del Penobscot, empezaron a caer las primeras gotas.

La lluvia arreció de repente y, en cuestión de minutos, estaba totalmente empapada. Me refugié bajo un grupo de frondosos árboles a esperar a que pasase la tormenta mientras maldecía mi mala suerte. No había caído ni una sola gota en todos los días que llevábamos en Maine y justo tenía que pillarme la lluvia cuando me encontraba en mitad de ninguna parte. Yo era la única culpable. Hacía horas que había visto como empezaban a formarse esas nubes que anunciaban tormenta y, aun así, había preferido perder el tiempo en el pueblo hasta que había sido demasiado tarde.

La tormenta duró más de media hora. Cuando la lluvia amainó, vi que el cielo seguía cubierto. Además, el sol estaba ya muy bajo y casi no se veía. Tendría que darme prisa si quería llegar a casa de los Matthews antes de que se hiciera de noche. Aquel paisaje era precioso durante el día, pero estaba segura de que, a solas y a oscuras, aquella carretera no resultaría nada apacible ni tranquilizadora.

Caminé tan rápido como pude y me eché la bronca un par de veces por haber llenado la mochila con tantas cosas innecesarias. Pocos minutos después, tras cruzar un horrible puente metálico, supe que ya estaba cerca de la casa. El cielo decidió respetarme un rato más y no volvió a descargar hasta que puse un pie en el jardín delantero de los Matthews.

Había luces encendidas en el piso de abajo. En cuanto entré en la casa,

escuché unos pasos acercándose por el pasillo y vi a Lucy aparecer en el salón. Se me quedó mirando con los brazos en jarras y el ceño fruncido, como se miraría a un perro que estuviera empapando y llenando de barro una carísima alfombra. En realidad, no podía culparla, porque aquello era exactamente lo que yo estaba haciendo.

—Deberías ir a ducharte y a cambiarte de ropa —sugirió con tono brusco—. Nosotros estábamos acabando de cenar y nos íbamos a ir a la cama, pero puedo dejarte un sándwich y un vaso de leche para cuando termines.

—Muchas gracias, pero he comido algo en el pueblo antes de venir.

Enarcó una ceja, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que no me fiaba de ella y que no tomaría nada que preparase, así que decidió no insistir. Se giró para regresar a la cocina, pero yo decidí aprovechar que estábamos a solas para enfrentarme a ella.

—Espera, Lucy. No te vayas. Tengo que hablar contigo.

Se detuvo y se giró despacio, como si esperase encontrar a sus espaldas a una serpiente venenosa dispuesta a saltar. Me gustó saber que estaba asustada. Aquello podía facilitarme la conversación.

—Como supondrás, hemos estado investigando los datos que nos diste. —Me acerqué a un par de pasos de ella para poder contemplar la expresión de su rostro en la penumbra de la habitación—. Sabemos que no hay ningún doctor Stern en el Northern Light Acadia Hospital, que Amy nunca ha estado en ese centro, que nunca le han diagnosticado porfiria y que lleva años sin acudir al centro médico de Milford y, por lo tanto, nadie le ha diagnosticado ni tratado nunca su alergia al sol ni sus intolerancias alimentarias. ¿Quieres inventarte alguna otra historia antes de que mañana le enseñemos a Tony todo lo que hemos descubierto?

Esperaba que se pusiera furiosa, que me gritase, incluso que tratara de agredirme. Lo que no esperaba era que se arrojase sobre un sillón, se cubriera la cara con las manos y se pusiera a llorar.

—Por favor, dejadnos en paz —suplicó—. Amy no le ha hecho daño a nadie. ¿Por qué no podéis marcharos y olvidarlo todo?

—Sabes que eso no es cierto. Mordió a una de sus compañeras de colegio. — Me incliné hacia ella para resultar más amenazadora y demostrarle que su llanto no iba a conmoverme.

—Perdió el control una vez... ¡Una sola vez! No volverá a suceder —contestó mirándome con ojos suplicantes.

—¿Cómo puedes asegurar eso? Tú misma sabes que, según va creciendo, sus necesidades de sangre aumentan. —Me detuve durante unos segundos, pensando en decirle la verdad a la cara para ver si se atrevía a negármela. Decidí que era el momento adecuado—. Sabes que tu hija lleva dentro un vampiro. ¿Desde cuándo lo sabes?

Al contrario de lo que yo esperaba, no lo negó. Se levantó del sillón como si estuviera impulsada por un resorte y plantó su cara a pocas pulgadas de la mía. Su porte era orgulloso y sus ojos destilaban rabia.

—Lo supe desde la primera vez que me mordió. En cuanto le salieron los colmillos, dejó de beber leche para morderme el pecho y extraer mi sangre. Creí volverme loca... Había parido un monstruo, pero era mi hija... Intenté acabar con la vida de las dos. Me metí en la bañera con Amy y me corté las venas, pensando que ella se ahogaría cuando yo dejase de sostenerla. Cuando desperté, me encontré ingresada en una unidad de psiquiatría. Creí morirme de angustia al pensar en lo que había hecho, pero, por suerte y sin que nadie supiera cómo, Amy había conseguido salir de la bañera por sus propios medios y estaba viva. Me di cuenta de que había estado a punto de matar a mi

niña, que yo misma había estado a punto de convertirme en un monstruo. ¿Qué más daba si prefería beber sangre? Yo podría alimentarla, al igual que llevaba haciendo desde que nació. Podría controlarla y conseguir que fuera una buena niña. Era mi hija. ¿No harías tú lo mismo por una hija tuya?

No supe qué contestar y, casi sin darme cuenta, coloqué la mano derecha sobre mi vientre, como si quisiera proteger a Lara. No podía decir lo que haría por mi niña, pero estaba segura de que nunca permitiría que le pasase nada malo. No pude hacer otra cosa que asentir.

—Te comprendo más de lo que crees, pero no podemos dejar que esto continúe así. No sabes si podrás controlarla durante más tiempo y estás poniendo en peligro tu vida y la de Tony. —Alargué la mano para tomar la suya y tratar de reconfortarla, pero ella la apartó como si mi contacto la quemase—. Mañana, cuando Al regrese, hablaremos contigo y con Tony y trataremos de encontrar una forma de sacar a ese ser que controla a Amy.

—No, no, no... Le haréis daño.

—No se lo haremos. —Intenté que mi voz sonara segura—. Hemos hecho cosas así cientos de veces. Hemos eliminado maldiciones, hemos expulsados espíritus y demonios del cuerpo de muchas personas y hemos conseguido liberarlos y que lleven una vida normal. También podremos conseguirlo con Amy. ¿No es eso lo que quieres para tu hija?

Lucy asintió y se limpió las mejillas con ambas manos. Cuando volvió a mirarme, a pesar de que aún parecía enfadada y nerviosa, pude ver algo más en sus ojos: un ligero brillo de esperanza. Sin decirme nada más, fue ella quien alargó la mano en aquella ocasión para coger la mía y apretarla con cariño. Después, se giró hacia la cocina y se marchó pasillo adelante.

Subí las escaleras y entré en mi habitación. Antes de quitarme la ropa, abrí la mochila y saqué varias chocolatinas y los dos botellines de agua que me

quedaban y los dejé sobre la mesilla. No quería confundirme y acabar bebiéndome por error el agua bendita. Saqué también el tercer libro de *La torre oscura* y lo coloqué sobre la cama. Hacía tiempo que había leído los dos anteriores y tenía muchas ganas de saber cómo continuaba la historia. Además, aquello me permitiría estar entretenida y no dormirme hasta que Al regresara.

Cuando lo dejé todo preparado, decidí darme una ducha caliente. El problema era que no tenía más ropa que ponerme y no quería volver a vestirme con aquellas prendas empapadas. Busqué en el armario, saqué una manta con la que envolverme tras la ducha y me metí en el cuarto de baño.

Estuve mucho tiempo bajo el agua caliente, dejando que se llevase la sensación de frío, la ansiedad y el cansancio de las últimas horas. Cuando terminé, estuve un rato dándole con el secador de pelo a mi ropa interior hasta que conseguí que estuviera lo bastante seca como para volver a ponérmela. Colgué los vaqueros y la camiseta en la barra de la ducha, esperando que se secaran antes de que volviera Al. Después, me envolví con la manta, regresé a la cama y me senté con las piernas cruzadas, dispuesta a disfrutar de unas horas de lectura. En cuanto empecé, me sumergí de lleno en la historia. Solo paraba para morder alguna de las chokolatinas o darle un trago a uno de los botellines de agua.

No debía llevar ni una hora leyendo cuando me di cuenta de que la cabeza me empezaba a pesar y los párpados se me cerraban. Era normal. Me había levantado a las cuatro de la mañana para relevar a Al en la guardia y eran ya más de las diez de la noche. Aun así, no quería quedarme dormida en aquella casa. Tenía que aguantar hasta que Al regresara.

Me levanté y entré de nuevo en el cuarto de baño. Me lavé la cara con agua fría para despejarme y volví a la cama. Intenté volver a leer, pero la sensación de sueño era cada vez mayor. Si seguía allí sentada, no tardaría en caer

dormida. Traté de levantarme, pero me pareció que la habitación daba vueltas a mi alrededor. Aquello no era solo sueño. Giré la cabeza hacia la mesilla y observé los dos botellines de agua. No recordaba si había roto el precinto del primero antes de empezar a beber, pero de lo que estaba segura era de que no había roto el del segundo. Sin embargo, los dos estaban abiertos. Sentí una oleada de terror recorrer mi cuerpo. Lucy debía haber entrado en la habitación mientras yo me duchaba y había echado aquel maldito somnífero en mis botellines. No pude entender por qué. La última vez que había hablado con ella había parecido de acuerdo con mi plan. ¿Por qué iba a querer drogarme? ¿Y para qué?

Aunque no pudiese entenderlo, lo que no podía negar era que habían echado algo en mi bebida. A pesar de la ansiedad que tendría que haber estado invadiéndome, mi corazón latía de forma lenta y acompasada y mi respiración se volvía cada vez más profunda. Luché contra aquellas sensaciones, pero había dejado de ser la dueña de mi cuerpo. Caí hacia atrás sobre la cama y me pareció que el colchón y la almohada se amoldaban a mi figura y me envolvían con un cálido y acogedor abrazo. Los párpados me pesaban cada vez más y me sentía incapaz de mover ninguno de mis miembros.

Estaba a punto de cerrar los ojos y dejarme llevar por el sueño cuando escuché una risita infantil que procedía del interior de la habitación. Se me congeló la sangre en las venas y, a pesar de la potente droga, noté que mi respiración se aceleraba, en un inútil intento de mi cuerpo de despertarme para que pudiera defenderme. Escuché un siseo cerca de mí, el ruido que haría una tela suave al arrastrarse por el suelo. Algo estaba escondido debajo de la cama y trataba de reptar para salir a por mí.

Luché por moverme, pero mi cuerpo se había convertido en una rígida barra de acero. Escuché cómo aquel ser seguía arrastrándose. Tuve que utilizar toda

mi fuerza de voluntad para mover el cuello y girar la cabeza hacia el lado de la cama por el que iba a aparecer. De repente, todo quedó en silencio. El ser ya había salido de debajo de la cama, pero parecía disfrutar con la espera, con el miedo que me daba no poder verlo. O quizá seguía esperando a que cayera dormida para poder devorarme sin ninguna resistencia por mi parte. Intenté abrir la boca y gritar para pedir ayuda. No sé si se debió a la droga o al terror que me atenazaba, pero de mis labios solo brotó un gemido ahogado. En aquel momento, el ser empezó a elevarse poco a poco, permitiéndome ver primero su largo pelo rubio, después sus fríos ojos grises y, por último, su sonrisa cruel y burlona.

Amy alargó su mano y acarició con cariño mi pelo y mi mejilla, como si estuviera tratando de calmar a una niña pequeña, mientras cantaba con su voz dulce y aguda una estrofa de *Enter Sandman*.

Sueños de guerra,

sueños de mentirosos,

sueños de fuego de dragón,

y de cosas que muerden.

Duerme con un ojo abierto,

agarrando tu almohada con fuerza.

Que salga la luz,

que entre la noche.

Toma mi mano,

nos vamos al país de Nunca Jamás.

Estaba segura de que aquella era la peor canción de cuna de la historia, pero, sin poder evitarlo, fui notando como mis párpados se iban cerrando. Aún

estaba en ese estado de duermevela en el que puedes notar los estímulos a tu alrededor, cuando sentí que Amy había dejado de acariciar mi pelo. Escuché como abría la puerta de la habitación y se marchaba. Incluso en mi estado de atontamiento, fui capaz de preguntarme por qué se había ido, por qué no había aprovechado que me tenía totalmente a su merced para morderme.

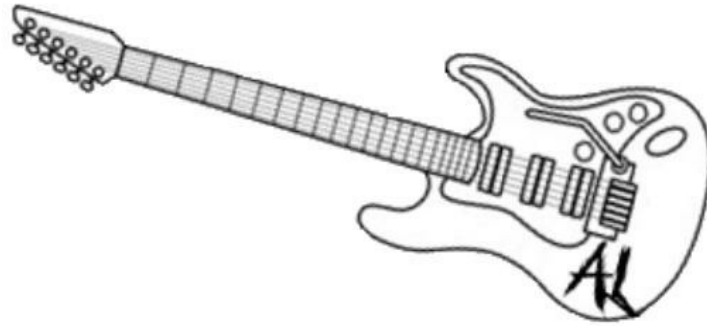
Unos segundos después, oí el ruido de la puerta principal al abrirse. Lo siguiente que escuché fueron los sollozos y los gritos angustiados de Amy.

—¡Papá! ¡Mamá! Venid.

Oí el ruido que hacían Lucy y Tony al levantarse y bajar corriendo por las escaleras. Intenté abrir los ojos y gritar para llamarles, pero no pude mover ni un solo músculo.

—A Eli le pasa algo —Seguía gritando Amy—. Está en el bosque. Está sangrando y no contesta. Tenéis que venir conmigo.

Ya no pude escuchar más. El mundo se fundió a negro y caí en la más completa inconsciencia.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Pocas millas después de pasar Brunswick, al ver la señal que indicaba un área de servicio cercana, no pudo aguantar más y desvió la caravana en aquella dirección. Sabía que ya era muy tarde y que, probablemente, toda la familia Matthews estaría dormida, pero le daba igual. Aquella horrible sensación en la boca del estómago que llevaba molestándole desde la mañana no hacía otra cosa que acrecentarse. Sentía el corazón a mil por hora, le sudaban las manos... Incluso le costaba trabajo respirar con normalidad.

Había intentado conducir a toda la velocidad que le permitía la caravana para llegar a Milford cuanto antes, pero todo parecía estar en su contra. El tiempo había ido empeorando y se había cruzado ya con varias tormentas. La lluvia caía de forma torrencial, hasta el punto de que, en ocasiones, había tenido dificultades para ver la carretera. Para colmo de males, un camión había volcado entre Hampton y Porsmouth, lo que había provocado una retención que le había retrasado algo más de una hora.

Ya había conseguido entrar en Maine, pero aquel maldito estado era enorme y todavía le quedaban alrededor de dos horas para llegar a Milford. Tenía que

encontrar un sitio desde el que poder llamarla por teléfono. No quería que Eli pasara un minuto más en aquella casa. Sabía que había un motel a la entrada del pueblo. Le diría que fuese allí y que le esperase. Le daba igual que protestara o que le pidiera explicaciones. Él había confiado en sus premoniciones un millón de veces. Le tocaba el turno a ella de hacer cosas ridículas solo porque él se lo pidiera.

Aparcó en la gasolinera y esperó impaciente a que un joven vestido con un mono naranja y cara de estar medio dormido se acercara a la caravana. Le pidió que llenara el depósito y le preguntó si tenían una cabina de teléfono. El chico señaló con desgana a una esquina del edificio y Al se encaminó hacia allí, conteniéndose para no echar a correr.

Cuando llegó, marcó el número de los Matthews. El sonido de llamada se repitió una y otra vez, pero nadie contestó. Se dijo a sí mismo que era normal. Si les había pillado dormidos, era posible que no les hubiera dado tiempo a espabilarse y llegar hasta el teléfono antes de que la llamada se cortara. Quizá Eli sí lo había escuchado, porque había prometido esperarle despierta, pero seguramente no se atrevía a contestar el teléfono en una casa ajena.

Volvió a meter las monedas y repitió la llamada. El resultado fue el mismo. Escuchó el sonido del tono hasta que acabó por cortarse. Lo intentó una y otra vez, sintiéndose cada vez más nervioso. Aquello no era normal. El teléfono tenía que oírse perfectamente en una casa en la que todos sus habitantes dormían y la gente solía apresurarse a contestar si sonaba una llamada en mitad de la noche.

Se giró para mirar hacia la caravana. El chico ya había terminado de llenar el depósito y esperaba a que le pagase con los brazos en jarras y cara de pocos amigos. Seguramente estaba deseando que se largara para poder volver a dormir un poco hasta que llegara el próximo cliente. Suspiró y colgó el

teléfono. Tampoco tenía sentido que siguiera perdiendo el tiempo llamando una y otra vez. Si no habían contestado, no lo harían en los siguientes intentos. Cada vez estaba más seguro de que algo había sucedido en aquella casa y la única manera de detenerlo era llegar allí cuanto antes.

Corrió hacia la caravana, le tendió al chico un billete de veinte dólares y montó sin esperar siquiera a que le diese el cambio. Salió de la gasolinera y se incorporó a la interestatal, mientras maldecía por todas las millas que le quedaban por delante. Algo en su interior le decía que ya llegaba tarde.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Me desperté mareada y con un terrible dolor de cabeza. En mis sueños había estado corriendo por pasillos interminables, acosada por un ser invisible que trataba de atraparme. Había un sonido que parecía llamarme, el timbre de un teléfono que sonaba y sonaba de manera insistente y que siempre parecía a la misma distancia. No sabía por qué, pero sentía que tenía que contestar aquella llamada, que aquello me salvaría, pero, por más que corría, el sonido siempre continuaba siendo algo lejano e inaccesible.

Me senté en la cama y me agarré la cabeza con las manos en un vano intento de que la habitación dejara de girar. Sentí que el estómago se me revolvía, como si hubieran instalado una centrifugadora dentro de mi cuerpo, pero la sensación solo duró unos segundos. Enseguida fue reemplazada por los recuerdos, que me produjeron una sensación aún mayor de vértigo y mareo.

Amy había estado en mi habitación y me había drogado. Me había tenido totalmente a su merced y, a pesar de ello, había decidido no atacarme. Lo último que había escuchado antes de caer inconsciente había sido cómo la niña llamaba a sus padres para que la siguieran al bosque.

Miré el reloj. Ya eran más de las doce de la noche. Había estado durmiendo unas dos horas. En aquel tiempo podía haber sucedido cualquier cosa. Me levanté con cuidado y tuve que apoyarme en la pared para no caer. Me sentía torpe y las piernas se negaban a sostenerme. Renqueé hasta el baño y me lavé la cara con agua fría para despejarme. Pareció surtir efecto, porque el mareo fue desvaneciéndose, aunque seguía sintiéndome torpe y cansada. Recogí mi ropa de la barra de la ducha. A pesar de que seguía húmeda, no tuve otro remedio que ponérmela. Mientras me vestía a toda prisa, me pregunté dónde estaría Al. Había prometido que regresaría antes de medianoche. El miedo se instaló en mi alma, cortando mi respiración e impidiéndome pensar en nada más. ¿Y si había vuelto mientras yo dormía y Amy le había hecho daño?

Aún a medio vestir, corrí hacia la ventana y abrí las cortinas. La caravana no estaba. Eso me tranquilizó un poco. En aquel momento, sin saber dónde estaba Amy ni qué estaba haciendo, prefería que Al no hubiera llegado. Así no tendría que preocuparme por él.

Terminé de vestirme y comprobé que dentro de la mochila tenía el pañuelo con las hostias consagradas, el botellín de agua bendita y el crucifijo que me había prestado el sacerdote de Old Town. Me colgué la mochila al hombro y abrí despacio la puerta de la habitación. Miré a un lado y a otro y, cuando estuve segura de que no había nadie oculto entre las sombras del pasillo, me atreví a salir. Di un par de pasos rápidos hacia el interruptor de la luz y lo encendí. Nunca había entendido aquella obsesión de los protagonistas de las películas de terror por recorrer a oscuras la casa en la que el monstruo les esperaba, preparado para saltar sobre ellos y devorarlos.

Revisé primero la habitación de Tony y Lucy. Las sábanas estaban revueltas y la manta tirada en el suelo. Debían de haberlas apartado a toda prisa cuando su hija empezó a llamarles desde el piso de abajo. Entré y puse la mano sobre

la cama. Estaba fría. No habían regresado en ningún momento desde que me había quedado dormida. Recorrí después el pasillo en la otra dirección hasta llegar a la habitación de Amy. La puerta estaba cerrada. Mi mano tembló hasta agarrar el picaporte. Podía imaginarla al otro lado, esperándome en medio del cuarto. Tragué saliva con esfuerzo y, sin pensarlo más, empujé la puerta y la abrí con un rápido movimiento. La habitación estaba vacía. Tan solo me encontré con las decenas de ojitos brillantes de sus muñecas y peluches, que parecían contemplarme desde su lugar en las ordenadas estanterías como si me echaran en cara que hubiera entrado sin permiso en los dominios de su pequeña princesa.

Bajé las escaleras y recorrí el resto de la casa a la carrera mientras llamaba a Tony y a Lucy, encendiendo todas las luces a mi paso. No me atreví a llamar a Amy. En aquel momento, no podía imaginar nada que me diera más miedo que el que ella respondiera a mi llamada.

Cuando estuve segura de que no había nadie en la casa, abrí la puerta principal y salí al jardín. Tampoco había rastro de ningún miembro de la familia allí. Justo antes de caer dormida, había escuchado a Amy gritarles a sus padres que tenían que seguirla al bosque, pero la idea de internarme en él me parecía aterradora. Mi mente me decía que no me moviera de donde estaba, que no diera un paso más allá del estrecho terreno iluminado por las tenues luces del porche. Lo más sensato era quedarse allí, esperar a que llegase Al, montar en la caravana y no mirar atrás.

Sin embargo, no pude hacer eso. Escuché unos pasos justo en la linde del bosque. Había alguien oculto allí, alguien que me espiaba. Me quedé mirando aquel punto de la espesura sin saber si debía acercarme a descubrir qué era.

—¡Eliiii! —me llamó la suave voz de Amy. Parecía triste, como si me estuviera pidiendo ayuda.

Sin pensarlo siquiera, di un par de pasos en la dirección de aquella voz. Escuché una risita y sus pasos apresurados internándose en el bosque. Negué con la cabeza y me detuve. Tenía que mantener la cabeza fría y no hacer tonterías. Sabía que el ser que me llamaba no era una niña indefensa que me necesitara. Llevaba dentro un monstruo al que tendría que enfrentarme si quería sobrevivir a aquella noche. Descolgué la mochila de mi hombro y saqué el botellín de agua bendita. Después, rebusqué hasta encontrar el crucifijo. Lo agarré con tanta fuerza que sus aristas se clavaron en mis dedos, pero me dio igual. En aquel momento, era mi único escudo. No pensaba soltarlo por nada del mundo.

Volví a cerrar la mochila, me la colgué a la espalda, tomé aire y comencé a andar hacia el bosque. No podía quedarme allí plantada esperando a que Al regresara. Amy podría estar haciéndoles cualquier cosa a sus padres y era mi deber detenerla. Me sentía preparada y fuerte. Sabía que podía enfrentarme a aquella cosa. Había luchado con monstruos horribles en el pasado. Aquella puta cría de mierda no iba a hacerme recular. A pesar de aquellos pensamientos, en cuanto la espesura del bosque se cerró a mi espalda, devorando todo rastro de luz procedente de la casa, sentí que mis piernas flaqueaban durante un segundo y vi cómo el crucifijo que llevaba en la mano temblaba. Aun así, continué avanzando, sin estar segura de adónde debía dirigirme.

—¡Eliiii! —volvió a llamar Amy con su voz cantarina.

El sonido procedía de varios pasos más adelante. Tendría que adentrarme aún más en el bosque. Seguí andando, sin intentar siquiera ser sigilosa. Estaba segura de que Amy ya sabía que estaba allí, que podía verme desde el punto en el que estaba escondida. Ella pensaba que estaba jugando conmigo, se divertía creyendo que me tenía bajo su control, pero aquello no me preocupaba.

Aquella niña no sabía a quién se enfrentaba. Yo no era una víctima más, no era una chica asustada a la que podría vencer sin que opusiera resistencia. Aunque Amy no lo supiera, yo no era la presa y ella no era la cazadora. En aquel juego los papeles iban a cambiar.

—¡Elíiii! Acércate, no tengas miedo.

Seguí el sonido de su voz y vislumbré algo de claridad varios pasos más adelante. Eran unas luces extrañas, rojizas y fluctuantes. Cuando estuve más cerca, me di cuenta de que eran antorchas. Los árboles empezaron a separarse para dar paso a un claro. Cuando entré, me quedé paralizada. Las manos me temblaban tanto que temí que se me cayera el botellín de agua bendita y el crucifijo, así que los apreté con más fuerza. Durante unos segundos, recé para que todo aquello fuera una pesadilla, para seguir durmiendo en la cama y despertar de un momento a otro con un grito de terror atascado en la garganta. Sin embargo, no sucedió. Las imágenes que tenía frente a mí no cambiaron. Siguieron fijas y tan nítidas como si estuvieran iluminadas por el sol de mediodía.

Lucy y Tony estaban allí. Cada uno de ellos estaba sentado bajo un árbol, con los brazos sujetos a la espalda por sendas cuerdas. Las cabezas colgaban hacia delante, como si se hubieran quedado dormidos, pero supe al instante que nunca más despertarían. La ingente cantidad de sangre que manchaba la parte delantera de sus ropas era prueba suficiente. Me alegré de que su postura me impidiera ver sus rostros o las horribles heridas de sus cuellos que debían de haber sido la causa de su muerte.

Escuché un llanto infantil a mi espalda. Me giré de inmediato con el crucifijo en alto, pero no vi a nadie. Los sollozos volvieron a sonar, esta vez más cerca. Oí el sonido que haría alguien apartando unas ramas y el suave crujir de unos pies descalzos sobre la hojarasca. Entonces la vi acercarse. Estaba vestida

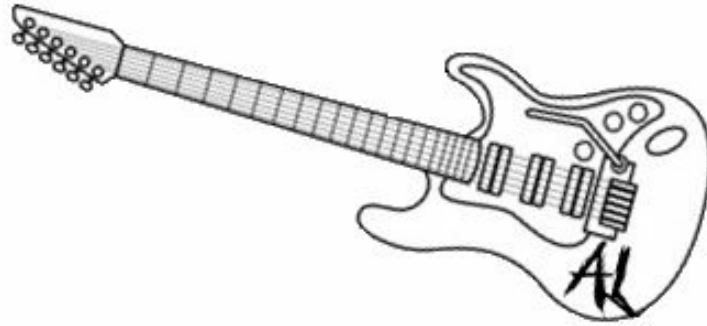
con un largo camisón blanco y llevaba entre sus brazos un oso de peluche tan grande que ocultaba la mitad de su rostro y le llegaba hasta la cintura. Se abrazaba a él como si estuviera asustada y aquel oso supusiera su única salvación. Cuando estuvo lo bastante cerca, vi las lágrimas que surcaban su cara. ¿Por qué lloraba? ¿Aún mantenía la esperanza de engañarme y hacerme creer que era una niña asustada e inocente?

—Eli... —Volvió a llamarme entre sollozos—. No sé qué les pasa a papá y a mamá. No se mueven.

—Basta de tonterías, Amy. —Levanté el crucifijo ante ella—. Sé que les has matado tú.

Vi como su cuerpo se sacudía, aún medio oculto por el oso de peluche. Pensé que seguía llorando, que había decidido continuar con la pantomima, hasta que me di cuenta de que en realidad luchaba por contener la risa. Hizo que el oso fuera descendiendo poco a poco para mostrarme su sonrisa de colmillos afilados y la pechera de su camisón empapada por la sangre aún fresca de sus padres.

—Lo haremos como tú quieras. Después de todo, eres la invitada de honor —dijo tras arrojar el peluche al suelo. Empezó a acercarse a mí con pasos lentos, permitiendo que viera a la luz de las antorchas el brillo rojizo de sus ojos—. Bienvenida al día de tu muerte.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Tras dejar atrás el pueblo de Hampden, pasó junto a un cartel que indicaba que ya solo quedaban dieciocho millas para llegar a Milford. Si no había ningún problema, estaría con Eli en menos de media hora. A pesar de ello, su ansiedad no se redujo. Cada vez tenía más miedo. Algo en su interior le decía que ya llegaba tarde. Apretó aún con más fuerza el acelerador, aunque ya hacía tiempo que el pedal había llegado al fondo. Sabía que no serviría de nada intentar que aquel cacharro fuera aún más rápido, pero se estaba muriendo de angustia al sentir que no había nada más que pudiera hacer.

En aquel momento estaba atravesando otra tormenta. La lluvia caía con violencia sobre la caravana, como si un millón de diminutas manos la estuvieran golpeando. La cortina de agua era tan densa que no veía las curvas hasta que estaba encima de ellas. Se dijo a sí mismo que debería aflojar un poco la velocidad. A Eli no le sería de gran ayuda si acababa matándose en aquella carretera. Ignoró aquel pensamiento, por muy racional que fuera. Tenía que llegar a su lado y sabía que no tenía un segundo que perder.

De repente, la caravana se volvió loca. Empezó a derrapar en una curva

cerrada. Intentó frenar y controlarla, luchando con todas sus fuerzas con el volante, pero no consiguió que le obedeciera. En aquel momento, era un simple pasajero que sólo podía contemplar como su vehículo se deslizaba, cruzaba la carretera de lado a lado sin ningún control e invadía el carril contrario. Por suerte, a aquella hora de la noche no había casi tráfico y no se encontró con ningún coche que viniera de frente. La caravana continuó su loco viaje sobre el asfalto mojado, se salió de la carretera y siguió avanzando por un prado cubierto de barro y maleza hasta detenerse.

Se quedó unos segundos totalmente quieto, concentrado tan solo en recuperar el ritmo de su respiración. El corazón le golpeaba en el pecho con tanta violencia que tuvo miedo de morir allí mismo de un infarto. Se cubrió la cara con las manos y soltó el aire en un largo resoplido. Después, volvió a agarrar el volante. Aunque seguía muy alterado y su respiración sonaba como si acabara de correr un maratón, tenía que seguir adelante. Intentó arrancar, pero la caravana no se movió. Escuchó como las ruedas resbalaban sobre el barro sin que avanzaran una sola pulgada. Lanzó un gruñido de furia y pisó a fondo el acelerador. El motor rugió y las ruedas giraron enloquecidas, pero la caravana continuó sin moverse.

Dejó de pisar el acelerador, sintiéndose un gilipollas. Al acelerar, lo único que había conseguido había sido enterrar aún más las ruedas en el barro. Detuvo el motor, abrió la puerta y salió de la caravana. Una lluvia fría le golpeó nada más bajarse. La tormenta seguía azotando el lugar con toda su fuerza. Un par de relámpagos iluminaron la noche y le permitieron ver que, tal y como había temido, las ruedas se habían hundido en un profundo charco. Iba a ser imposible sacar la caravana de allí.

Lanzó un grito de rabia al cielo. Sentía ganas de llorar, de destrozar cosas, de patear la caravana para conseguir sacarla. Estaba tan desesperado que incluso

se planteó echar a correr para intentar llegar a Milford por su propio pie. Aquello era ridículo. Tardaría horas en llegar. Necesitaba desatascar aquel cacharro como fuera. Empezó a mirar alrededor, buscando alguna piedra plana o algún trozo de madera para poner delante de las ruedas y que sirvieran como apoyo para que dejaran de resbalar, pero no vio nada.

El lugar quedó iluminado durante un par de segundos por los faros de un coche. Corrió hacia la carretera, desesperado. Tenía que conseguir que alguien le ayudase. Por desgracia, para cuando llegó al arcén el coche ya se alejaba y desaparecía en la oscuridad. Maldijo al conductor unas cuantas veces. Estaba seguro de que le había visto. Aunque fuese vestido de negro en una noche oscura, su enorme caravana blanca tenía que verse desde la curva anterior.

Se quedó parado al borde de la carretera, esperando a que pasara el siguiente coche. Miró a un lado y a otro, pero no se divisaban las luces de ningún vehículo. Tampoco podía oírse el ruido de ningún motor al acercarse. Tan sólo escuchó el sonido de las miles de gotas de lluvia repiqueteando con fuerza sobre el asfalto y el ulular del viento entre las copas de los árboles de un bosque cercano. Maldijo su mala suerte. No podía creer que se hubiera quedado atrapado en medio de ninguna parte en el preciso momento en el que más prisa tenía.

Sus nervios iban en aumento. Aquella sensación de urgencia le estaba volviendo loco. Trató de controlarse, diciendo que no tenía por qué estar sucediéndole nada malo a Eli. Ella era fuerte, valiente y capaz de enfrentarse a cualquier cosa. Además, llevaban días en aquella casa sin que Amy les hubiera atacado o hubiese dado muestras de que podía ser peligrosa. No tenía por qué cambiar justo en aquel momento.

Aquellos argumentos no le convencieron en absoluto. Había llamado a aquella casa y no había contestado nadie. Ya no era una sensación ni una premonición.

Estaba seguro de que Eli estaba en peligro y que era urgente que llegara a su lado cuanto antes. Sentía, además, que todo en aquel viaje le estaba saliendo mal. Le parecía que llevaba todo el día intentando superar obstáculos para regresar a su lado, pero siempre aparecía otro y otro más, casi como si algo o alguien estuviera conspirando para que no pudiera llegar hasta ella.

En aquel momento, escuchó un sonido que se imponía al ruido de la lluvia. Era el ronroneo de un motor acercándose. Dio un par de pasos hacia la carretera para estar seguro de que podían verle y esperó hasta que el coche apareció tras superar una curva. En cuanto empezó a acercarse, sacudió los brazos, indicándole que se detuviera. El coche frenó un poco, se apartó hacia el centro de la carretera para esquivarle y siguió su camino, acelerando una vez que le hubo sobrepasado.

Al soltó todas las palabrotas que conocía y maldijo a los ocupantes del coche y a todos sus descendientes hasta la séptima generación. Cuando el vehículo desapareció, soltó un rugido de rabia. ¿Qué clase de hijos de puta circulaban por aquel lugar? ¿Cómo podían pasar de largo ante alguien que se encontraba en apuros en una carretera solitaria?

Estuvo gritando y dando patadas a las piedras del arcén hasta que se cansó, pero no consiguió calmarse. Sentía que la rabia y la desesperación invadían cada célula de su cuerpo, como una corriente eléctrica cada vez más potente que crecía y crecía y amenazaba con hacerle estallar. Con manos temblorosas, se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y sacó el paquete de tabaco. Se llevó un cigarrillo a los labios y trató de encenderlo, pero la lluvia y el viento no se lo pusieron nada fácil. Tras varios intentos, dio un par de caladas profundas y dejó salir el humo. En tan solo unos segundos, el cigarrillo quedó empapado y dejó de tirar. Lo arrojó a la carretera mientras soltaba otro rugido de rabia. Ya ni fumar se le daba bien.

Nunca antes en su vida se había sentido tan solo, tan desamparado, tan inútil... Se quedó parado en el arcén, mirando la carretera con tanta insistencia como si esperase que su desesperación fuera a hacer que se obrase el milagro, mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza sobre él y un viento cada vez más frío le atravesaba el cuerpo y le congelaba el alma. Rezó, rezó por primera vez en su vida, con una fe que nunca había sabido que tenía.

Y entonces lo escuchó. El ruido de otro motor que se acercaba. Era un sonido potente que rasgaba el silencio de la noche y despertaba ecos. El vehículo que se acercaba debía de ser muy grande. Lo bastante grande como para poder tirar de su caravana y sacarla del barro. Cuando el camión apareció ante sus ojos y sus potentes faros rasgaron la oscuridad, decidió que no iba a permitir que pasara de largo. Si quería seguir adelante, iba a tener que atropellarle.

No le importó estar vestido con ropas negras en una carretera oscura ni la posibilidad de que el conductor pudiera estar distraído con alguna otra cosa. Avanzó hasta el centro del carril, separó ambas piernas y empezó a mover los brazos arriba y abajo. Le pareció que el camión no frenaba en absoluto. Movié los brazos aún más y empezó a escuchar el agudo chillido de los frenos. Se dio cuenta de que el suelo estaba mojado, de que el camión venía muy deprisa, de que debía de ser muy difícil detener aquella mole... y supo que iba a morir. Durante los escasos momentos que le quedaban, no vio toda su vida pasando delante de sus ojos. Lo único en lo que pudo pensar fue en que aquella era una manera realmente estúpida de abandonar el mundo. Cuando vio que ya tenía al camión casi encima, bajó la cabeza, cerró los ojos y extendió las manos ante sí, como si fuera a ser capaz de detener a aquel monstruo y evitar que lo arrollara.

Los frenos del camión seguían chirriando, como el grito agónico de una bestia moribunda. Cerró los ojos aún con más fuerza y apretó los dientes, esperando

el impacto que acabaría con todo, pero no llegó. Cuando se atrevió a volver a mirar, los faros del camión le deslumbraron, impidiéndole ver nada. Lo único que pudo apreciar fue que aquella bestia se había detenido tan cerca de él que podría tocarla con sólo extender un poco las manos.

—¡Maldita sea, chico! ¿Es que te has vuelto loco? —Escuchó la puerta del camión al cerrarse y vio la figura borrosa de un hombre corpulento acercándose a él—. ¡Joder, he estado a punto de matarte!

No pudo decir nada en los primeros segundos. Todo su cuerpo temblaba y las piernas amenazaban con dejar de sostenerle. Además, sentía unas ganas incontenibles de vomitar. Se inclinó hacia delante, con la respiración entrecortada, y dejó salir un chorro de bilis que le empapó las botas.

—¿Estás borracho, chaval? —preguntó el camionero.

Negó con la cabeza, se incorporó y se limpió la boca con la manga de la chaqueta. Tenía que recuperarse y conseguir que aquel hombre le ayudara. No podía permitir que se enfadase y se marchara después de haber estado a punto de morir para conseguir que se detuviera.

—No. Son los nervios... —Tomó aire un par de veces antes de seguir hablando—. He tenido un accidente con la caravana. Me he salido de la carretera y las ruedas se han quedado atascadas en el barro. Necesito ayuda.

—Lo comprendo, pero estás como una cabra. He estado a punto de convertirme en papilla. ¿Tan urgente es?

Dudó un par de segundos antes de contestar. No podía contarle a aquel hombre que su novia, una poderosa bruja, podía estar enfrentándose a una niña que era, en realidad, la reencarnación de una malvada mujer vampiro. Si decía aquello, ese hombre pensaría que estaba loco, regresaría a su camión y lo pondría de nuevo en marcha sin importarle tener que pasar por encima de él.

—Es por mi madre. Me han avisado de que ha tenido un accidente. Está muy grave. Tengo que llegar al hospital cuanto antes...

A pesar de que todo aquello era mentira, la desesperación que se notaba en su voz era tan real que el camionero no dudó ni un segundo. Regresó a su cabina y bajó llevando en las manos una gruesa cadena de metal.

—Te ayudaré, chico —dijo mientras le tendía uno de los extremos de la cadena—. Engancha esto a la parte delantera de tu caravana.

Al asintió, tomó la cadena y trató de echar a correr con ella, pero pesaba aún más de lo que aparentaba. Se acercó a la caravana con cuidado de no resbalar. El suelo estaba tan embarrado que, en algunas zonas, las botas se le hundían hasta los tobillos. No tardó más de un minuto en recorrer aquella distancia, pero le pareció una eternidad.

Mientras tanto, el hombre había adelantado un poco su camión y había enganchado el otro extremo de la cadena a la parte trasera de su vehículo. En aquel momento, le esperaba con el motor en funcionamiento. Al se arrodilló delante de su caravana, sin importarle el agua ni el barro, y consiguió enganchar la cadena al parachoques delantero. Después, se levantó, le hizo una señal al camionero para indicarle que estaba preparado y subió a la caravana. Puso el motor en marcha y encendió y apagó los faros como señal para que el camionero empezase a tirar. Vio que el camión avanzaba y que la cadena se tensaba, pero, en un primer momento, no sintió que la caravana se moviera una sola pulgada. El parachoques crujió como si se quejara y Al sintió que el pánico se instalaba de nuevo en su estómago. No podía romperse. La caravana no podía estar tan atascada como para que aquel camión no pudiera sacarla. Era imposible que todo saliera mal.

Por suerte, después de un nuevo chirrido, notó que la caravana empezaba a deslizarse poco a poco. Apretó un poco el acelerador, con miedo a volver a

quedarse atascado, pero notó que las ruedas cogían tracción y, en tan solo unos segundos, se encontró de vuelta en la carretera. Se detuvo, bajó de un salto y desenganchó la cadena. El camionero ya se acercaba a él con una sonrisa satisfecha en la cara. Lo correcto habría sido hablar un rato con él y ayudarlo a volver a guardar la cadena, pero se limitó a dejarla en el suelo, dedicarle una sonrisa y volver corriendo hacia la caravana.

—Muchísimas gracias. Ha sido usted muy amable —gritó justo antes de cerrar la puerta.

Pasó al lado del camionero, que le miraba con el ceño fruncido y los brazos en jarras, y le saludó con la mano antes de dejarle atrás. A pesar de que seguía lloviendo y el asfalto continuaba siendo resbaladizo, volvió a pisar el acelerador hasta el fondo. Ya había perdido mucho tiempo... Quizá demasiado.



CAPÍTULO TREINTA

No pude responder nada. Todo mi cuerpo me pedía que huyese de allí. Me invadió el pánico ancestral que se siente al saberse ante la mirada del depredador. Conseguí controlarme lo suficiente como para no girarme y echar a correr. Sabía que, si lo hacía, estaría perdida. Mi única oportunidad era recular poco a poco sin desviar la mirada, poniendo toda mi fe en que aquel crucifijo impidiera que me atacara.

Noté algo extraño bajo mis pies y bajé la cabeza durante un segundo para saber qué era lo que pisaba. Había sal en el suelo. Miré alrededor y me sentí aún más confusa y perdida. Cuando había llegado al claro del bosque, me había quedado tan sorprendida ante la visión de los cadáveres de Tony y Lucy que no había podido fijarme en nada más. Paseé la mirada por el lugar en un rápido vistazo. Lo que vi no tenía sentido. Había un enorme círculo de sal dibujado en el suelo. También había velas de diferentes colores encendidas cada pocos pasos, símbolos arcanos dibujados con sal, mi athame, uno de mis incensarios... Negué con la cabeza y volví a mirar a Amy.

—¿Cómo has conseguido todo esto? —pregunté.

—He ido robándote poco a poco, sin que te dieras cuenta —contestó burlona—. Deberías tener más cuidado. No hay que dejar estas cosas al alcance de una niña. Son peligrosas.

Recordé entonces que la había sorprendido estudiando uno de mis libros sobre círculos de protección, pero todo aquello seguía sin tener ningún sentido para mí. Observé los símbolos arcanos dibujados en el suelo. Eran símbolos aleatorios. Podían parecer parte de un ritual a los ojos de alguien no iniciado en los misterios de la magia, pero no para mí, que conocía su significado y su función.

—¿Qué se supone que intentas hacer? Esto no significa nada.

—Lo sé. Es solo un montaje, una representación teatral.

—¿Para quién? ¿Para mí?

—No, no, no... —Volvió a soltar una risita desquiciada—. Lamento informarte de que el universo no gira alrededor de ti, bruja. Es una representación para Al.

La miré fijamente, sin saber qué decir. Seguía sin entender absolutamente nada.

—Pensaba que eras más lista, Eli. —Se adelantó otro paso, pero me di cuenta de que evitaba acercarse demasiado al crucifijo—. ¿Qué crees que pensará Al cuando llegue y se encuentre este ritual, a mis padres muertos y a mí malherida? ¿A quién crees que culpará?

—No funcionará. Yo le contaré la verdad y me creerá.

—No podrás contársela, porque estarás muerta. —Volvió a mostrarme sus colmillos afilados al sonreír—. Le diré que intentaste matarnos a todos, que tuviste que sacrificar a mis padres para hacer un ritual que acabara con el ser maligno que yo llevaba dentro y que, al ver que no funcionaba, trataste de

matarme a mí también. Yo tuve que acabar contigo en legítima defensa.

—Al nunca se creería una historia así.

—Claro que se la creerá, porque está deseando creérsela. He pasado horas fuera de la caravana escuchando cómo discutíais. —Me miró con expresión apenada, como si sintiera lástima de mí—. Eres una asesina, bruja. Tu novio ya no confía en ti y está esperando que le des la más mínima excusa para abandonarte. No te preocupes, no tendrá que hacerlo. Cuando llegue aquí y te encuentre muerta, le dejaré llorar sobre tu cadáver y luego le convenceré de que, ya que has sido tú la que me has dejado desvalida y sin familia, tendrá que hacerse cargo de mí.

Quise protestar, decirle que todo su plan era solo el delirio de una loca, pero las palabras murieron en mi garganta. Conocía a Al y su ridículo sentido del deber y el honor. Aunque fuese remota, había una posibilidad de que se sintiera responsable y decidiera hacerse cargo de aquel monstruo.

—Ese plan es estúpido —dije tratando de imprimir a mi voz una seguridad que no sentía—. ¿Crees que se quedará contigo para siempre y que recorreréis el mundo como dos enamorados? No eres más que una cría.

—Eso se me pasará con el tiempo. Cuando yo quiera, detendré mi envejecimiento y le convertiré... Eso si Al me sigue gustando, claro.

Aquellas palabras me sacaron de mi estupor y me hicieron reaccionar. No iba a permitir que se llevara a Al con engaños ni que acabara convirtiéndolo en un monstruo. Agarré con más fuerza el crucifijo, lo alcé frente a mí y empecé a recitar:

—Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii...

La carcajada de Amy hizo que las palabras murieran en mis labios. Negó con

la cabeza y se aproximó un paso más.

—¿Sigues creyendo que hay algo dentro de mí que puedes expulsar? Pobre imbécil. No hay una Amy que esté siendo controlada por un espíritu, un demonio o cualquier otro ente maligno. Nunca ha habido una Amy. Devoré su alma en el mismo momento de su nacimiento y me apropié de su cuerpo. Aquí dentro solo estoy yo.

—¿Y quién eres tú?

—Sarah Ellen. Encantada.

Volvió a mirarme con una sonrisa sarcástica y decidió completar la burla haciendo una elegante reverencia. En un solo segundo, decidí que aquella era mi oportunidad. Aprovechando que había bajado la cabeza, salté hacia ella con el crucifijo por delante hasta estamparlo contra su pecho. Volvió a levantar la cabeza y me lanzó una mirada furiosa mientras su boca se abría para soltar un aullido de dolor. Noté que el crucifijo se calentaba hasta el punto de quemarme y que empezaba a brotar humo del pecho de Amy. Lo siguiente que sentí fue un empujón tan brutal que me hizo volar varios pasos hacia atrás. Caí rodando y, a pesar de que traté de no soltar el crucifijo, se me acabó escapando de la mano y se perdió entre la hierba alta.

Intenté incorporarme de inmediato para buscarlo, pero el golpe me había dejado dolorida y atontada. Tan solo pude levantar la cabeza para ver como Amy se aproximaba a mí con paso tranquilo, segura de que no podría escaparme.

—Putra bruja de mierda —siseó entre dientes—. Pensaba matarte rápido y no hacerte sufrir demasiado, pero acabo de cambiar de idea.

Luché por levantarme de nuevo, pero las piernas no me sostenían. Entonces me di cuenta de que, aunque había perdido el crucifijo, seguía conservando en las

manos el botellín con agua bendita. Conseguí girarme hacia abajo, para poner mi cuerpo entre Amy y el botellín y que no viera cómo lo abría, mientras escuchaba cómo se acercaba. Pensé que se lanzaría sobre mí de inmediato, pero, en lugar de hacerlo, se quedó de pie a mi lado y me pateó el costado. Sentí un dolor terrible que subía desde mis costillas hasta estallar en mi cabeza. Nunca habría imaginado que el cuerpo de aquella cría débil y enfermiza pudiera golpear con tanta fuerza. A aquella primera patada le siguió otra y otra y otra más. Acabé hecha un ovillo en el suelo, tratando de protegerme de los golpes, pero sin soltar en ningún momento aquel botellín que, en ese momento, representaba mi única esperanza de escapar con vida.

A pesar de que había apretado los dientes, dispuesta a no darle a aquel ser la satisfacción de saber el daño que me estaba haciendo, la siguiente patada hizo que se me escapara un gemido de dolor. Aquello pareció contentarla, porque dejó de golpearme, se puso de rodillas a mi lado y se inclinó hacia mí.

—Pídeme perdón por el daño que me has hecho —me susurró al oído.

Aquello era lo que había estado esperando. Me incorporé y le eché a la cara el agua bendita que quedaba en la botella. Amy se cubrió el rostro con las manos y pude ver que el humo brotaba entre sus dedos como si se estuviera quemando. No sé de dónde saqué las fuerzas suficientes para levantarme y empezar a huir por el bosque.

Corrí hasta que ya no vi la luz de las antorchas. Me detuve durante unos segundos para recuperar el resuello e intentar escuchar el sonido de sus pasos. Estaba segura de que no me dejaría escapar tan fácilmente y dudaba mucho de que las heridas que hubiese podido causarle el agua bendita la hubieran dejado fuera de combate. Iba a perseguirme. Tenía que salir de aquel bosque y encontrar ayuda, pero ni siquiera era capaz de saber si estaba acercándome a la casa o internándome aún más en la espesura.

Me puse en marcha de nuevo. Recordé que había dejado todas las luces de la casa encendidas. En algún momento tendría que volver a verlas. Fui esquivando árboles y apartando ramas y espinos que herían mis manos mientras trataba de no hacer el más mínimo ruido.

Ella surgió de repente desde detrás de un árbol. Estaba aún a unos pasos y no pude distinguir su rostro en aquella oscuridad, pero su camión blanco destacaba como un faro en mitad de la noche. No corrió hacia mí, ni siquiera se movió. Se quedó quieta, como si solo quisiera indicarme que no podía continuar por aquel camino.

Me giré, cambié de dirección y volví a correr con todas mis fuerzas. Ya no me importaba no hacer ruido, ni notaba los golpes y arañazos de las ramas bajas en mi cara. Solo sentía el pánico más absoluto inundando cada célula de mi cuerpo. Había sido una ilusa. Era una presa en manos de un cazador que se divertía conmigo. Empecé a temer que no saldría con vida de aquel bosque.

Mi carrera fue inútil. Volví a verla de repente, surgiendo entre los árboles unos pasos más adelante. Conseguí distinguir que movía la cabeza a un lado y a otro para indicarme que aquella salida también estaba cerrada. Frené en seco, me giré y volví a correr enloquecida. Estaba totalmente desorientada y las lágrimas que habían empezado a manar de mis ojos me impedían ver el camino. Me las limpié con el brazo, sintiéndome furiosa conmigo misma. Llorar no iba a arreglar nada. Cuando conseguí aclarar mi visión, distinguí algo de claridad que se colaba entre los troncos de los árboles. Corrí desesperada hacia la fuente de aquella luz... y volví a encontrarme en el claro.

Escuché el ruido de las hojas de los árboles al moverse por encima de mí. Amy se deslizó hasta las primeras ramas, saltó desde varios pies de altura y cayó frente a mí con la elegancia de un gato.

—Aquí es donde quería tenerte, bruja. ¿No pretenderás estropearme la

representación?

No fui capaz de pronunciar una palabra. Me había quedado hipnotizada por las horribles heridas de su cara. La piel estaba tirante y enrojecida. En algunos lugares había desaparecido y dejaba ver la tonalidad rojiza del músculo. Uno de sus ojos permanecía cerrado y el párpado estaba arrugado y hundido hacia dentro, como si se hubiera fundido en un amasijo informe y reblandecido.

—¿No te gusta mi aspecto? —preguntó con tono sarcástico—. No te preocupes. Me he hecho heridas otras veces y puedo regenerarlas. Solo necesito beber un poquito de sangre. Es irónico, ¿verdad? Será tu propia sangre la que me permitirá estar guapa para cuando llegue Al.

Empecé a recular a medida que ella se aproximaba. Ya no me quedaba nada con lo que luchar. Había perdido el crucifijo, había utilizado toda el agua bendita... Recordé que tenía las hostias consagradas dentro de la mochila, pero dudaba de que fueran a hacerle verdadero daño y, además, sabía que no me daría tiempo a sacarlas antes de que Amy se lanzara sobre mí. Sarah, me corregí a mí misma. El puto ser que me iba a matar se llamaba Sarah. Debía recordarlo en el otro mundo si quería conseguir venganza.

Fuimos atravesando el claro hasta llegar al centro. Ella avanzaba poco a poco mientras yo seguía retrocediendo. Parecía segura de que ya me había rendido, de que había aceptado que no tenía escapatoria posible. Tan solo estaba jugando conmigo, como un gato juega con un indefenso pajarillo, divirtiéndose mientras se imaginaba la manera más satisfactoria de matarme. Decidí que no moriría sin luchar y, aunque sabía que no serviría para nada, eché el brazo hacia atrás y le estampé un puñetazo en plena cara.

Ni siquiera reculó. Me miró un par de segundos, como si le sorprendiera mi osadía, antes de echar los brazos hacia atrás y empujarme con todas sus fuerzas. Volví a volar varios pasos y aterricé de espaldas sobre las hojas que

cubrían el suelo. Noté un dolor intenso que subía desde mi pierna derecha. Ví que estaba doblada bajo mi cuerpo en un ángulo extraño. El dolor estalló en el centro de mi mente con un fogonazo blanco y rojo antes de que el paisaje empezara a difuminarse. Temí desmayarme y quedar a merced de aquel ser, así que me mordí el labio inferior y corté el grito de dolor que quería escapar de mi garganta. Fue inútil. No había nada que pudiera provocarme más dolor que aquel lanzazo punzante y agudo que subía desde mi rodilla. Aún así, la sensación de mareo desapareció. Aunque sabía que solo serviría para divertir aún más a aquel monstruo y alargar la agonía, conseguí girarme y empecé a reptar hacia el límite del claro.

Escuché sus pasos, lentos y cadenciosos sobre la hojarasca. Llegaba el fin. Estaba segura de que no lo postergaría más y de que iba a matarme. Mi mano chocó con una rama caída. Era una rama gruesa, arrancada por alguna tormenta. Su extremo parecía afilado. Me agarré a aquella última esperanza y, cuando escuché a Amy lanzándose sobre mí, me giré, tratando de apuntar al centro de su pecho.

La rama atravesó su cuerpo como una lanza y, a pesar de la fuerza con la que Amy había saltado, resistió el embate sin romperse. Sentí el impacto contra mi hombro como si el cuerpo de la niña me hubiera golpeado a mí. El dolor hizo que más lágrimas acudieran a mis ojos, pero lo ignoré, apoyé el otro extremo de la rama en el suelo y aguanté, mientras sentía como el pecho de Amy continuaba desgarrándose. Aquella improvisada estaca estaba atravesándola de parte a parte.

Su sangre empezó a manar a borbotones. Ella chillaba con una voz tan aguda que me hacía daño en los oídos mientras meneaba los brazos y las piernas como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. A pesar del dolor de mi hombro, conseguí aguantar en la misma postura hasta que dejó de gritar y

agitarse.

Solté la rama y me quedé sentada en el suelo, tratando de recuperar el resuello. Me giré hacia ella y vi que aún respiraba débilmente. Con cada exhalación, una pequeña burbuja de sangre oscura se formaba en su boca antes de romperse y deslizarse por la barbilla y el cuello. Noté que algo había cambiado en ella. Sus dientes ya no eran colmillos afilados y el único ojo que mantenía abierto ya no era rojo, sino que había recuperado su color gris. Por un momento, temí que aquel ser me hubiera engañado, que sí hubiera existido una Amy dentro de aquel cuerpo y que yo acabara de matarla en mi lucha por acabar con él. No lo había planeado, no me había quedado más remedio, pero, aún así, sentí que la culpa se instalaba en mi alma. Si la Amy que yo había conocido era real y había vuelto, no podía dejarla morir sola y asustada. Por eso, cuando la niña giró la cabeza hacia mí y me lanzó una mirada suplicante mientras movía sus labios tratando de decirme algo, no lo pensé y me arrastré hacia ella para colocarme de rodillas a su lado.

—¿Amy? —pregunté con la voz cargada de llanto—. ¿Estás ahí?

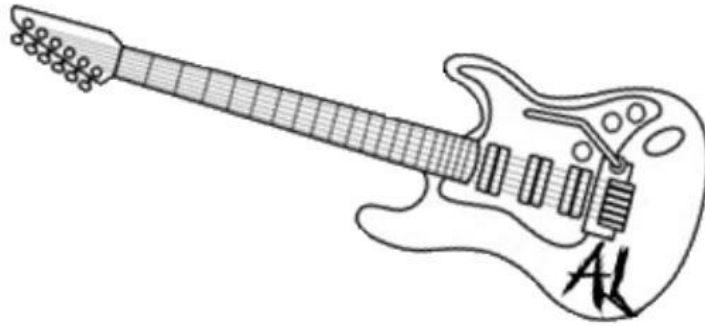
No me dio tiempo a reaccionar. Su mirada volvió a teñirse de odio y locura. Me agarró por un brazo con la fuerza suficiente para que no pudiera escapar mientras colocaba su mano derecha sobre mi abdomen.

—Y maldito sea el fruto de tu vientre —pronunció entre esputos de sangre—. Amén.

Tras decir aquellas palabras, se desplomó y dejó de respirar. El dolor de mi rodilla y de mi hombro pasaron a un segundo plano, relegadas por el fuego que pareció desatarse en mis entrañas. Caí al suelo, apretándome el vientre con las manos mientras gritaba y aullaba. Nunca en mi vida había sufrido algo comparable. Algo dentro de mí me quemaba, me mordía, retorció mis órganos internos... Sin embargo, aquello no era lo peor. Lo peor era el miedo.

Había sido yo la que le había hablado a Amy de mi niña, de mi Lara, y ella acababa de utilizar aquel conocimiento para hacerme todo el daño posible en el momento de su muerte. Me tumbé sobre la espalda, con las manos sobre mi vientre, tratando de proteger a mi futura hija, rogando a cualquier ser que quisiera ayudarme para que la salvara.

El paisaje a mi alrededor cambió mientras mi mente, incapaz de soportar tanto dolor, me iba llevando a la inconsciencia. Volví a ver a Lara con su alborotada melena morena, con aquellos ojos azules tan parecidos a los de Al, con aquella esplendida sonrisa que siempre ponía al verme. Estaba de pie en mitad del campo de lavanda, esperando a que me acercara, con los brazos alzados hacía mí para darme un abrazo. Todo empezó a difuminarse, a volverse pálido e impreciso. Su sonrisa, sus ojos, sus rasgos, su figura, el campo de lavanda... Todo desapareció y se convirtió en bruma.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Nada más llegar al sendero de entrada de la casa de los Matthews, sintió un nuevo pinchazo en el estómago. A pesar de que las cortinas cubrían las ventanas, pudo distinguir a través de ellas que todas las luces estaban encendidas. Se acercó a la puerta, que estaba abierta de par en par, y frenó en seco la caravana. Se bajó de un salto y miró hacia aquella puerta que parecía confirmar todos sus temores. Nadie dejaba la puerta así en mitad de la noche. Había sucedido algo, algo muy malo.

—¡Eli! —gritó mientras entraba en la casa a la carrera—. ¡Eli! ¿Estás aquí?

No recibió respuesta. La casa estaba silenciosa como un cementerio. Recorrió a toda prisa la parte baja, subió los escalones de dos en dos y buscó la habitación que ella le había dicho que ocuparía. La puerta también estaba abierta. La cama estaba hecha y, sobre ella, vio una manta y un libro de aquel escritor que tanto le gustaba a Eli. Sobre la mesilla encontró un par de botellines de agua y envoltorios de chocolatinas. Nada más. Ni una nota ni una explicación.

Sin importarle estar en una casa ajena sin permiso, empezó a registrar el resto

de las habitaciones. La cama de los Matthews estaba deshecha, pero en la de Amy parecía que tampoco había dormido nadie. No encontró ni rastro de ellos, así que salió y volvió a acercarse a la caravana, preguntándose por dónde seguir buscando.

Intentó encontrar alguna explicación racional para la desaparición de la familia. Quizá Amy se había puesto enferma y habían tenido que salir corriendo hacia el hospital más cercano. Negó con la cabeza. Si Amy se hubiera puesto mala en mitad de la noche, habría estado acostada en su cama y ni siquiera estaba deshecha. Nadie se poner a hacer la cama antes de llevar a su hija a urgencias. Además, el coche de Tony continuaba aparcado en el jardín, así que, estuvieran donde estuvieran, habían ido a pie.

Miró hacia el bosque. No había ninguna razón para que estuvieran allí, pero algo en aquel lugar le atraía. Entró en la caravana, buscó una linterna y volvió a salir. Echó a andar hacia los primeros árboles y, en aquel momento, empezó a escuchar la música. Eran unas notas muy suaves, pero podían escucharse perfectamente en la quietud de la noche. Aunque aquello no tenía sentido, se dio cuenta de que sonaba como las notas de una caja de música.

Fue avanzando lentamente, internándose cada vez más en busca del origen de aquella melodía. A pesar de la linterna, el bosque era tan espeso y oscuro que tropezaba continuamente con piedras o ramas caídas. Debía de estar haciendo muchísimo ruido, pero no le importó. Lo único que quería era encontrar a Eli y asegurarse de que estaba bien.

Divisó una fuente de luz rojiza un poco más adelante. Pensó que parecían antorchas, aunque tampoco podía encontrarle el sentido a encender antorchas en medio de un bosque. Se dio cuenta de que la música había cesado. Aquello debía significar que ya no la necesitaba para llegar a su destino. Aunque se sintió ridículo por ello, dio gracias en voz baja a quien hubiera hecho sonar

aquella melodía. No habría podido encontrar el lugar por sí mismo ni en mil años.

Caminó hacia las luces, sintiendo como la opresión en su pecho se acrecentaba a cada segundo. No se oían pasos ni voces. Tan solo pudo escuchar el ulular lejano de un búho y el aleteo de algunos pájaros entre las ramas altas. Los árboles fueron espaciándose y abriéndole camino, como si quisieran facilitar su llegada a aquel claro.

Se quedó paralizado cuando aún le quedaban varios pasos para llegar. Sus manos empezaron a temblar y estuvo a punto de dejar caer la linterna. El espectáculo era dantesco. Los cuerpos de Lucy y Tony estaban sentados en el suelo con las cabezas echadas hacia delante. Sus ropas estaban manchadas de una sangre oscura que parecía brillar a la luz de las antorchas. El centro del claro estaba ocupado por un enorme círculo ritual, rodeado de velas y símbolos arcanos. Distinguió el pequeño cuerpo de Amy. Una gruesa rama de varios palmos de longitud parecía surgir del centro de su pecho, como el mástil de una bandera clavado allí por un conquistador. A su lado yacía Eli. En cuanto la vio, pálida y cubierta de sangre, sintió que su corazón se detenía. No podía ser. No podía estar muerta. No podía haber llegado tarde.

Se lanzó hacia ella, se arrodilló a su lado y puso una mano en su espalda para incorporarla y abrazarla mientras la llamaba una y otra vez entre sollozos. Ella no abrió los ojos, pero de sus labios brotó un gemido de dolor casi imperceptible. Volvió a acostarla en el suelo, se inclinó sobre su boca para percibir su aliento y puso dos dedos en su cuello. Respiraba y tenía pulso, aunque fuese muy débil. Estaba viva.

Tenía que sacarla de allí y llevarla a un médico cuanto antes. La cogió en brazos y le pareció que pesaba muy poco, como si estuviera desvaneciéndose, como si cada vez fuera menos física y estuviera más alejada del mundo real.

Empezó a caminar hacia la salida del claro, pero no pudo evitar detenerse un segundo y volver a observar la espeluznante imagen que ya no le abandonaría nunca.

—¿Qué has hecho, Eli? —preguntó llorando—. Por Dios, ¿qué has hecho?

Empezó a correr por el bosque sin pensar siquiera en que podría perderse. Acababa de recorrer aquel camino y, además, en pocos minutos, pudo ver la luz que seguía saliendo por la puerta principal de la casa. Cuando llegaron a la caravana, abrió con dificultad la puerta del copiloto y depositó con todo el cuidado posible el cuerpo de Eli en el asiento. Ella hizo una mueca de dolor y volvió a soltar un gemido, pero continuó inconsciente.

Dio la vuelta a la caravana, se sentó en su asiento y arrancó. Mientras aceleraba por el sendero de gravilla, se pasó un brazo por la cara para secarse las lágrimas que casi no le dejaban distinguir el camino. ¡Joder! Ni siquiera sabía dónde estaba el hospital más cercano ni qué decir cuando llegase a él. Sintió que la respiración se le aceleraba, pero que, al mismo tiempo, no le llegaba el aire necesario para pensar con claridad. Los ojos volvieron a nublársele, como si se estuviera mareando. Se estaba dejando llevar por el pánico. Tenía que controlarse. Tenía que salvar a Eli.

A pesar de la sensación de ahogo, consiguió forzarse a tomar bocanadas de aire más lentas y profundas, mientras se repetía a sí mismo que debía tranquilizarse. Notó que el pánico cedía un poco, aunque las manos seguían temblándole tanto que le costaba manejar el volante. Eli volvió a soltar un gemido de dolor al pasar por un bache. Giró durante un segundo la cabeza hacia ella y sintió que los ojos se le volvían a anegar. En aquel momento la odió, aunque seguía queriéndola con toda su alma. Solo le había pedido que le esperase un día, que no hiciera nada hasta su regreso. ¿Tan difícil le había resultado concederle aquello?

Sintió que la pena y la angustia eran reemplazadas por una furia imparable que le invadió como si dentro de su cuerpo se hubiera desatado un voraz incendio. Por supuesto que no había podido esperarle. Si él hubiera estado allí, nunca le habría permitido hacer eso. Acababa de asesinar a sangre fría a tres personas y una de ellas era una cría indefensa. Le daba igual que dentro hubiera llevado el espíritu reencarnado de un vampiro o al mismísimo Satanás. Solo era una niña y estaba muerta. Eli la había matado.

La ira aumentó aún más al pensar que Eli lo habría planeado todo desde el principio. Le había enviado a cientos de millas de distancia con la excusa de hablar con aquel profesor para mantenerle alejado y poder hacer su voluntad sin interferencias. Siempre era igual. Siempre acababa decidiendo por sí misma lo que en su cada vez más enloquecida mente consideraba correcto y justo. No importaba lo que él pudiera pensar o sentir, lo que pudieran dolerle aquellas decisiones. Por mucho que se empeñara en no verlo, él solo era un peón en aquella cruzada contra el mal en la que ella se había embarcado. Había sido un peón importante, uno que siempre estaba a su lado y que la hacía feliz, pero llevaba años haciendo el gilipollas, pensando que era su rey, que eran iguales, que tomaban las decisiones entre los dos.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Fue golpeando el volante con el puño con cada una de aquellas preguntas, cada vez más fuerte, en un vano intento de dejar salir aquella rabia que amenazaba con volverle loco. Eli no reaccionó. Continuaba quieta y con los ojos cerrados, tan pálida que por un momento temió que se hubiera muerto.

Volvió a limpiarse las lágrimas e intentó concentrarse en los carteles de la carretera. Por suerte, no había recorrido ni dos millas cuando vio una señal que indicaba que había un hospital en Bangor. A la velocidad a la que iban, no tardarían ni diez minutos en llegar allí.

—Aguanta, mi vida. Ya casi estamos.

Pronunció aquellas palabras en un susurro. Volvió a sentir que el vértigo invadía su mente, como si estuviera subido en la montaña rusa emocional más rápida del mundo. ¿Por qué tenía que amarla tanto? Solo quería odiarla por todo el daño que le estaba haciendo, pero aquello era imposible. Le habría sido más fácil arrancarse el corazón.

Divisó la señal que indicaba que iban a entrar en Bangor. Seguía sin saber qué iba a decir en el hospital. Tenía que tranquilizarse y pensar. No podía contarles la verdad. Eli acababa de matar a tres personas durante la realización de un ritual de brujería de una forma metódica y calculada. La condenarían a pasar el resto de su vida en la cárcel... O algo peor. Ni siquiera estaba seguro de que no hubiera pena de muerte en el estado de Maine.

Volvió a girarse para mirarla. Era cierto que ella era culpable, que lo que había hecho era horrible y no tenía justificación, pero no podía permitir que le pasara nada malo.

—Yo me ocuparé de todo, pequeña —dijo mientras extendía una mano para rozar la piel de su brazo durante unos segundos.

Apretó los dientes para contener el llanto que volvía a acumularse en sus ojos y fue siguiendo las señales que le indicaban el camino al hospital, mientras trataba de no arrepentirse de la decisión que acababa de tomar. No había marcha atrás. No había nada más que pensar.

Cuando entró en el recinto, condujo la caravana hacia la entrada de urgencias. La detuvo y esperó unos segundos mientras se aseguraba de que no había nadie. Era muy tarde y la entrada estaba vacía y solitaria. Buscó un papel y un boli en la guantera, apuntó el nombre del hermano de Eli y su número de teléfono y, después, lo colocó en la mano de ella y le hizo apretar el puño.

Dejó el motor en marcha, se bajó de un salto, rodeó la caravana corriendo y abrió la puerta del copiloto. Cogió a Eli y, con ella en brazos, se dirigió a la entrada. Casi podía escuchar el sonido de su corazón al romperse, pedazo a pedazo, con cada paso que daba. Aquella era la última vez que iba a tenerla en sus brazos, la última vez que iba a tener su cuerpo cerca. Antes de depositarla en el suelo, le dio un fuerte y largo beso en la frente, mientras bañaba su rostro de lágrimas.

—Adiós, mi amor. Adiós para siempre.

Se inclinó un momento sobre su figura inerte y le quitó del dedo la alianza que le había dado. Esperaba que ella pudiera entender que aquello era un símbolo de que lo suyo había terminado, de que el compromiso se había roto, de que él ya no era capaz de seguir a su lado.

Pulsó el timbre situado al lado de la puerta y salió corriendo hacia la caravana para marcharse antes de que alguien pudiera verle. No se giró ni una sola vez. Sabía que, si se volvía a contemplarla, no sería capaz de marcharse.

Cuando regresó a casa de los Matthews, lo primero que hizo fue coger una bolsa de basura y subir a la habitación que había ocupado Eli. Recogió los botellines de agua, el libro que había dejado sobre la cama, los envoltorios de chokolatinas... Incluso metió la manta que ella había estado usando. Revisó la habitación y el cuarto de baño y, cuando estuvo seguro que ya no quedaba nada que revelase que ella había estado allí, salió de la casa. Fue apagando todas las luces hasta llegar al salón. Amy le había contado a Eli que su madre guardaba las llaves en un cajón del armario, así que rebuscó hasta encontrarlas. Había llaves de todos los tamaños y colores, pero no le costó mucho encontrar la llave del coche de Tony. Se la metió en el bolsillo, apagó la luz del salón y salió de la casa, cerrando tras de sí.

Caminó hasta la caravana, dejó la bolsa de basura dentro y recogió unas cuantas más. Después se metió la linterna en el bolsillo trasero de los pantalones, salió y se dirigió al coche de Tony. Arrancó y lo llevó hacia el bosque. En lugar de dejarlo justo al lado de los primeros árboles, decidió internarse con él en la espesura. Quería asegurarse de que nadie pudiera ver lo que hacía y, además, cuanto más cerca estuviese del claro, menos terreno tendría que recorrer con los cuerpos a cuestas. Cuando los árboles empezaron a estar demasiado juntos, detuvo el vehículo, bajó y encendió la linterna.

A pesar de que debería haber tenido dificultades para orientarse, el camino parecía haberse grabado a fuego en su mente. Lo recorrió con paso decidido, sin dudar ni un solo segundo. En unos minutos, ya tenía frente a sí el claro, con su círculo mágico, con sus cuerpos abandonados, con aquella sangre que parecía impregnarlo todo... Las velas y las antorchas ya se habían apagado y todo parecía más oscuro, más gris... Habría agradecido aquella ausencia de luz que no le permitía distinguir los detalles si no fuera porque estaban tan nítidos en su recuerdo como para no olvidarlos nunca.

Decidió no pensar y ponerse manos a la obra. Tenía mucho trabajo por delante y debía terminarlo antes de que empezara a amanecer. Se dirigió al cuerpo de Lucy. Cuando estuvo a su lado, se dio cuenta de que ni siquiera se había parado ni un segundo a comprobar si alguno de los tres seguía vivo. Cuando levantó la cabeza de la mujer para mirar su rostro, se dio cuenta de que no tenía que sentirse culpable por eso. Era imposible que Lucy hubiera sobrevivido más que unos pocos segundos al horrible corte que seccionaba su cuello de lado a lado. Su estómago se revolvió de forma violenta y empezó a sentir arcadas. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no vomitar. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le costaba creer que Eli hubiera podido hacer aquello, que la chica dulce y cariñosa a la que llevaba tantos años amando y que tan bien creía conocer hubiera llegado a pervertirse hasta tal

punto. Volvió a repetirse que no debía detenerse a pensar, que tenía que actuar y moverse rápido. Si se dejaba llevar por la angustia, se quedaría paralizado.

Desató las manos de Lucy y se cargó su cuerpo al hombro. Por suerte, la mujer había estado muy delgada y le pareció que pesaba muy poco. Empezó a andar hacia la salida del bosque, mientras sentía como los brazos laxos y la cabeza de la mujer iban golpeando contra su espalda con cada paso, como si pretendiera llamar su atención para darle un último mensaje. Durante un segundo, pensó que el corte en su cuello podía ser tan profundo como para que la cabeza se desprendiese. Vio en su mente la imagen de la cabeza rodando por el suelo y a sí mismo deteniéndose para recogerla y llevarla hasta el coche agarrándola por el pelo. La cabeza se bamboleaba en su mano, dejando ver una mueca de desagrado en su boca, como si no le gustara lo que veía con sus ojos muertos. La imagen le pareció tan real, tan detallada, que tuvo que luchar de nuevo para contener las ganas de vomitar.

Pocos minutos después, llegó al coche. Dejó el cuerpo de Lucy en el asiento del copiloto y lo aseguró con el cinturón de seguridad. La cabeza de la mujer volvió a caer hacia delante. Su melena rubia le cubrió el rostro. Aquello no hizo que Al se sintiera mejor. Le daba la impresión de que los ojos de la mujer seguían observándole desde detrás de aquella maraña de pelo, que le miraban acusadores por no haber sido capaz de evitar lo que les había pasado.

Se alejó del coche a paso rápido y regresó al claro. Decidió recoger el cuerpo de Tony. Misma postura, mismo corte mortal recorriendo su cuello. Pensó en lo fácil que era acostumbrarse a las situaciones nuevas, por desagradables que fueran. En aquella ocasión, no sintió ni la pena ni la culpa ni el asco que le había dado tocar el cadáver de Lucy. Tan solo se sentía muy cansado y con ganas de terminar con todo aquello cuanto antes.

Tony había sido un hombre grande y fuerte. No iba a poder cargarlo sobre un

hombro con la misma facilidad con la que había llevado a Lucy. Le agarró por debajo de las axilas y empezó a avanzar, moviéndose hacia atrás. El camino hasta el coche se le hizo eterno. Las ropas de Tony se enganchaban con cada arbusto y rama baja y tenía que detenerse a soltarlo. En una ocasión, incluso perdió un zapato y Al tuvo que regresar a por él y volver a ponérselo. Todo aquello le estaba poniendo enfermo. Sentía ganas de llorar, de acurrucarse hecho un ovillo bajo un árbol y dejar que toda la angustia, el miedo y la rabia que le consumían salieran en forma de llanto y gritos desgarradores que romperían para siempre la quietud de aquel bosque. Sin embargo, no podía hacerlo. Tenía que acabar con todo aquello. Por Eli.

Cuando llegó al coche, abrió el maletero y metió dentro el cuerpo de Tony. Tuvo que doblarle las rodillas para que entrase. Antes de cerrar, se quedó un par de segundos mirando aquel cuerpo doblado, tumbado de medio lado como si estuviera dormido. Soltó un rugido de rabia y cerró con fuerza. No podía perder el control. Ya casi había terminado, aunque todavía quedaba la peor parte.

Regresó por última vez al claro. Se acercó al pequeño cuerpo de Amy y no pudo contener las lágrimas. La niña tenía una quemadura en forma de cruz sobre la pechera del camisón. La tela se había calcinado y dejaba ver la piel ennegrecida. Sin embargo, aquello no era lo peor. Su cara estaba enrojecida, la piel tirante y arrugada. Incluso tenía un parpado cerrado y deforme, como si le hubieran arrojado ácido y la piel se hubiera derretido. No podía creerse aquello. ¿Eli había sido capaz de torturar a aquella criatura antes de asesinarla? Sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo al pensar en los años que había pasado con ella sin sospechar por un momento que un monstruo así se escondía tras su sonrisa.

Plantó con fuerza los pies en el suelo y tiró de la rama que atravesaba el pecho

de Amy. Se desprendió haciendo un desagradable sonido de succión. Con la rama en la mano, se dirigió a las bolsas de basura que había dejado cerca de los árboles en los que había encontrado atados a Lucy y Tony. Fue metiéndolo todo en las bolsas: las velas, el incensario, el athame teñido con la sangre de los Matthews, la rama con la que había asesinado a Amy, las antorchas ya apagadas... Cuando lo hubo recogido todo, fue pateando la sal con la que estaban dibujados el círculo y los símbolos arcanos hasta no dejar ni rastro de ellos. En su camino encontró un botellín vacío y un gran crucifijo de madera. Recogió también ambos objetos, los metió en las bolsas de basura y las cerró. Cuando lo tuvo todo preparado, elevó la mirada hacia lo alto. El cielo seguía gris y encapotado. Si tenía suerte y volvía a llover con fuerza, el agua acabaría por borrar cualquier rastro.

Se agachó sobre el cuerpo de Amy y se lo cargó a la espalda, como había hecho con su madre, mientras llevaba las bolsas de basura en la otra mano. Cuando llegó al coche, tumbó el cuerpo de Amy con mucho cuidado sobre el asiento trasero, como si le diera miedo que despertara. Después se sentó al volante y condujo marcha atrás hasta sacar el coche del bosque y llegar al jardín de los Matthews. Volvió a bajar, sacó las bolsas de basura y las dejó en la caravana.

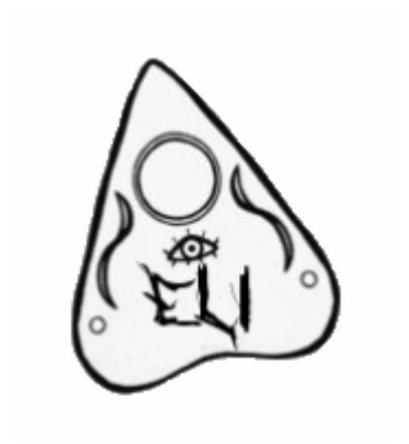
Regresó al coche y arrancó. El cielo aún estaba oscuro, pero, a lo lejos, tras las colinas, empezaba a iluminarse con un leve fulgor amarillento. Tenía que darse prisa. Por suerte, no le llevaría mucho tiempo encontrar un sitio adecuado. Aquella zona estaba rodeada de estanques, pozas y afluentes del Penobscot.

Estuvo conduciendo a poca velocidad, en la dirección contraria a Milford, hasta que, al cabo de unos pocos minutos, divisó un estanque de aguas oscuras que parecía profundo. Aparcó a poca distancia y se acercó a la orilla. Tal y

como había pensado, en cuanto se avanzaba unos pasos, las aguas se oscurecían tanto que no permitían que se viera nada. Asintió y se puso a buscar por los alrededores hasta encontrar una piedra plana y pesada.

Se sentó durante un momento en el asiento del conductor, accionó el contacto y puso la piedra sobre el acelerador. Salió del coche a toda prisa y cerró la puerta de un golpe. El coche fue deslizándose hacia la orilla y empezó a internarse en las oscuras aguas. En pocos segundos, comenzó a inclinarse hacia delante y a hundirse a una velocidad tan lenta que Al temió que fuera a quedarse así, con la parte trasera a la vista, fuera del agua. Sin embargo, poco a poco fue hundiéndose cada vez más hasta que desapareció por completo. Volvió a acercarse, se aseguró de que no se podía ver nada desde la orilla y emprendió el camino de regreso hacia la caravana.

Ya solo tenía que conducir hasta salir del estado y deshacerse de las bolsas de basura. Si tenía suerte, los cuerpos de los Matthews no aparecerían nunca y su caso se archivaría como una extraña desaparición sin resolver. Si algún día los encontraban y empezaban a investigar, era poco probable que pudieran relacionarlos. Ni Eli ni él estaban fichados, así que sus datos no aparecerían en ningún archivo de la policía. Y, en el improbable caso de que les relacionaran con aquellas muertes, había dejado las suficientes huellas en la casa, en el coche y en los cadáveres como para convertirse en el único sospechoso. Eli estaba a salvo.



ST. ALBANS (VERMONT)

SEPTIEMBRE DE 1991

CAPÍTULO UNO

Dolor. Eso era lo único que sentía. Cada vez que abría los ojos, percibía imágenes grises y borrosas y un dolor intenso que parecía brotar de cada célula de mi cuerpo. En cuanto los recuerdos amenazaban con regresar a mi memoria, mi cerebro decidía resguardar mi cordura y volvía a sumergirme en la inconsciencia.

Casi no tengo recuerdos claros de aquella época: el rostro de una mujer, cubierto por una mascarilla verde y desenfocado por una potente luz, que acariciaba mi pelo mientras me decía que todo iba a salir bien; la mirada preocupada de un hombre con bata blanca; la sensación de estar tumbada en una camilla dentro de un vehículo rumbo a un destino desconocido...

No sé cuánto tiempo pasé en aquel estado. Me dijeron que unos diez días. Finalmente, desperté, aún dolorida y confusa, y eché un vistazo a mi alrededor. No sabía dónde estaba, pero parecía un hospital. La habitación estaba pintada en un desvaído color verde y, al lado de mi cama, había un aparato que cada pocos segundos emitía un desagradable pitido para anunciarle al mundo que yo seguía viva.

Seguía sintiendo dolor, pero ya no era insoportable. Era una sensación vaga que invadía todo mi cuerpo, acompañada de un agotamiento absoluto. Tuve ganas de volver a dormirme y dejar de sentir, pero, en lugar de ello, giré la cabeza hacia la ventana. El sol entraba con fuerza, difuminando la figura masculina situada de pie frente a ella. Mis ojos estaban nublados y poco acostumbrados a la luz, pero, aún así, los mantuve fijos en aquella figura mientras una sonrisa se iba abriendo paso en mi cara.

—Al —le llamé—. Estás aquí.

La figura se giró y se acercó a la cama con pasos rápidos. Cuando le vi inclinado sobre mí, interponiendo su cuerpo entre mis ojos y la brillante luz del sol, sus rasgos se hicieron más claros.

—No, no soy Al —dijo mientras me acariciaba el pelo—. Soy David.

No supe qué contestar. Aquello no tenía sentido. La última vez que había hablado con David me había dicho que yo ya no era de su familia y que no quería volver a verme en la vida. Además, David estaba en Vermont, a cientos de millas de distancia.

—¡Qué bien que hayas despertado! Estaba tan preocupado por ti...

—¿Dónde está Al?

Sé que debería haberle dicho otra cosa, haber agradecido su presencia a pesar de nuestra última discusión o haber preguntado sobre la razón de que estuviera allí o sobre mi estado, pero nada de aquello me importaba. Solo quería saber dónde estaba Al.

—No lo sé —contestó David, frunciendo el ceño—. No te preocupes por eso ahora.

Decirme que no me preocupara solo consiguió que mi ansiedad se multiplicara por mil. A medida que los recuerdos regresaban, mi mente se llenaba de miles de angustiosas preguntas. ¿Había conseguido acabar definitivamente con Amy? ¿Al habría regresado y se habría encontrado con ella? ¿O se habría encontrado la casa vacía y llevaba todo el tiempo que yo había estado inconsciente sin saber de mi paradero, preguntándose dónde estaría y si seguiría viva?

—Tengo que hablar con él —dije mientras intentaba incorporarme.

—Ahora eso no es lo importante. Tienes que descansar y recuperarte.

Para mí no había nada más importante en el mundo, así que quise insistir, pero toda la habitación se había puesto a girar y tuve que volver a recostarme sobre la almohada para que se detuviera. David asintió y sonrió, pensando que yo estaba conforme con sus palabras.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté—. ¿Has venido hasta Maine por mí?

—Sí. Fui hasta Maine a por ti. Encontraron un papel con mi nombre y mi teléfono en tu mano y me llamaron desde el hospital de Bangor —explicó—, pero ya no estamos en Maine. Estamos en St. Albans. En cuanto te operaron y dijeron que estabas fuera de peligro, solicité el traslado.

Me quedé en silencio durante unos segundos, tratando de procesar toda la información que acababa de darme. Mi mente estaba demasiado confusa para comprenderlo todo.

—¿Operación? ¿Qué operación?

—Será mejor que el doctor Gray te lo explique.

Sin darme tiempo a protestar, David salió de la habitación y me dejó a solas. Intenté ordenar mis pensamientos, pero me fue imposible. Supuse que me habían dado drogas suficientes como para dormir a un elefante y que aquella era la razón por la que mi cerebro se negaba a funcionar de forma correcta. Tan solo quería volver a dormir y olvidarme de todo.

Ya había vuelto a cerrar los ojos y a dejarme llevar por el sueño cuando escuché cómo la puerta de la habitación se abría de nuevo. David entró escoltado por un hombre de pelo gris y gesto serio y por una mujer que llevaba una alta coleta y lucía una sonrisa tierna y comprensiva en la cara. El hombre se acercó hasta situarse a los pies de mi cama y recogió de allí unos papeles que supuse que serían mi historial.

—Buenos días, Eloise —saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

—Cansada, confusa y dolorida —contesté.

Se acercó al cabecero de la cama, sacó una pequeña linterna del bolsillo de su bata blanca y fue iluminando mis ojos. Lo que vio debió de gustarle, porque asintió antes de apartarse.

—¿Podrías decirme tu nombre completo?

—Eloise Ryanne Carter.

—¿Sabes dónde estás y qué día es?

—Me acaban de decir que estoy en el hospital de St. Albans y supongo que estaremos a finales de agosto.

—¿De qué año?

—1991.

—Ya estamos en septiembre, pero es lógico que no lo sepas porque llevas inconsciente muchos días —dijo él—. ¿Podrías extender ambos brazos?

Lo intenté, pero llevaba un aparatoso vendaje que me cubría el pecho y el hombro derecho. Aquel movimiento me arrancó una mueca de dolor. El doctor se dio cuenta y, después de asentir, hizo que volviera a bajar los brazos.

—Parece que estás consciente y orientada. Eso es bueno. No sabíamos si había daño neurológico.

—¿Alguien me va a decir qué me pasa? —pregunté, sintiendo que mi paciencia empezaba a agotarse—. David ha dicho algo de una operación.

—Por supuesto. —El doctor regresó a los pies de la cama e hizo un par de anotaciones antes de empezar a hablar—. No sé lo que recordarás de la noche de tu agresión. Lo que sabemos es que alguien te dejó en la puerta del Northern Light Acadia Hospital con múltiples contusiones. Tienes un esguince de rodilla, una dislocación de clavícula y fisuras en varias costillas, además

de múltiples hematomas. Por suerte, todo va evolucionando como esperábamos y creemos que en una o dos semanas podremos darte de alta.

—¿Y la operación? —insistí.

El doctor enarcó una ceja y se giró hacia la mujer que le acompañaba. Ella asintió y avanzó hasta sentarse en la cama y colocar una mano sobre mi muslo, como si tratara de reconfortarme. La jugada le salió mal, porque aquella familiaridad y su mirada de lástima solo sirvieron para que mis temores se acrecentaran.

—Hola, Eloise. Soy la doctora Morgan, del servicio de psiquiatría. Cuando llegaste al hospital, presentabas una fuerte hemorragia vaginal —empezó a explicar—. Las pruebas revelaron que todo tu sistema reproductivo estaba necrosado, por lo que se te tuvo que practicar una histerectomía total.

—¿Me lo podría decir en cristiano, por favor? —pregunté con un tono más duro de lo que pretendía.

—Todo el tejido de tu útero se había degenerado. Para que lo entiendas, es como si se hubiera podrido. Han tenido que extirpártelo por completo.

Empecé a negar con la cabeza, incapaz de decir nada. Aquello tenía que ser una pesadilla o una alucinación provocada por las drogas que me habían estado dando.

—Por el momento no han podido explicar la causa de tu enfermedad. No han encontrado ninguna razón médica que explique lo que te ha sucedido, pero están estudiándolo y nos darán una respuesta tan pronto como sea posible.

La mujer volvió a sonreírme, como si esperase que el hecho de haberme informado de que mi útero estaba en un bote, a millas de distancia, siendo el objeto de estudio de un grupo de científicos que lo consideraban un enigma médico, fuera a hacerme sentir mejor. Negué con la cabeza con violencia

mientras sentía como las lágrimas empezaban a escapar de mis ojos.

—¿Y mi niña? —pregunté.

—¿Qué niña? —dijo la mujer, confusa.

—Estaba embarazada. ¿Dónde está mi niña? —grité enloquecida.

—Lo siento, pero, dado el estado en el que se encontraba tu sistema reproductivo, es totalmente imposible que estuvieras embarazada. —Era el doctor Gray el que hablaba, con la vista fija en aquel maldito informe—. Puede que lo piensas porque no estabas teniendo la regla, pero eso se debía a tu enfermedad...

No escuché nada más. Intenté levantarme, sin saber siquiera para qué, mientras gritaba y lloraba sin parar. Sentí dolor en el brazo y vi que me había arrancado la vía que me unía a varios botes de suero que colgaban de una especie de perchero. Todo se cayó al suelo, pero me dio igual. Solo quería escapar de aquella habitación, de aquellas palabras, de aquella realidad... El doctor me agarró y trató de volver a tumbarme sin hacerme daño, pero yo luchaba como si estuviera poseída. Vi a la mujer salir corriendo y gritando para pedir ayuda, mientras David contemplaba la escena paralizado y con lágrimas en los ojos. Fijé mi mirada en él, esperando que hiciera algo, que me salvara, que me sacara de allí, pero no se movió.

Un par de hombres entraron en la habitación y ayudaron al doctor a inmovilizarme y volver a tumbarme sobre la cama. A pesar del dolor que sentía con cada movimiento, yo seguía pateando e intentando golpearles. Vi como la doctora Morgan se acercaba a mí, llevando una jeringuilla en la mano. Me resistí aún con más fuerza, pero no pude evitar que me pinchara. En unos segundos todo se volvió negro. Mi último pensamiento consciente fue un ruego: que todo aquello fuera una pesadilla, que, cuando volviera a despertar, todo hubiera cambiado.

CAPÍTULO DOS

Volví a despertarme varias horas después. Seguía enganchada a todos aquellos botes de suero y a aquella máquina que insistía en lanzar un agudo pitido cada pocos segundos.

El sol ya no entraba por la ventana. Las cortinas estaban echadas y la habitación solo estaba iluminada por una leve luz situada sobre mi cama. Con aquella claridad, distinguí a David, dormido en un viejo sillón que no parecía nada cómodo.

Pasé unos minutos contemplando el mobiliario de la habitación, el cuerpo de mi hermano, las gotas de suero que iban deslizándose por los tubos hasta introducirse en mi torrente sanguíneo. Me daba la impresión de que estaba sucediendo algo extraño, pero no conseguía descubrir qué era. Tardé unos minutos en darme cuenta: No tenía sentimientos. Recordaba lo que me había contado la doctora y, a pesar de saber que debería estar llorando y sintiéndome la persona más desgraciada del mundo, no conseguía sentir nada. No sabía qué droga me habían inyectado, pero debía de ser muy potente para haber aislado todo mi dolor y permitirme verlo como algo ajeno. Era como si hubieran desconectado mi corazón de mi cabeza.

Me pasé las manos por la cara para tratar de despejarme un poco más y entonces me di cuenta de algo horrible. Mi alianza no estaba. Extendí la mano y observé mi dedo anular. Aún se veía la marca blanca que indicaba que, durante años, había llevado allí un anillo, pero ya no lo tenía. No podía haberlo perdido. La impresión fue tan grande que noté que mi respiración se aceleraba. Aquello me hizo sentir inexplicablemente bien. Parecía que el

efecto de la droga empezaba a pasarse. Mi corazón comenzaba a conectarse de nuevo a mi mente.

Traté de recordar si había hecho algo con el anillo, si me lo había quitado y lo había dejado en algún sitio, pero sabía que era inútil. Nunca me quitaba el anillo para nada. Desde que Al me lo había regalado, se había convertido en una parte inseparable de mi cuerpo. Seguramente, me lo habrían quitado para operarme. Creía recordar que no se permitía que la gente entrase a quirófano con joyas. Si esa era la causa, ¿dónde lo habrían puesto? ¿Cómo podría recuperarlo?

Pensé que tenía que estar con el resto de mis posesiones. En algún sitio tendrían que haber guardado la ropa que llevaba, mis botas... Sabía que lo mejor era esperar al día siguiente para preguntarle a alguna enfermera si sabía dónde habían guardado todas mis cosas, pero no podía esperar. Necesitaba el anillo. No sabía por qué, pero sabía que tenerlo en mi mano me haría sentirme mejor, menos sola...

Durante un segundo, pensé en despertar a David y preguntarle, pero me dio pena hacerlo. A saber el tiempo que llevaba el pobre sin dormir bien por cuidar de mí... Me incorporé y, muy despacio y con mucho cuidado, me senté en la cama. La habitación volvió a girar de inmediato, pero me mantuve quieta y conseguí que la sensación de vértigo fuera reduciéndose poco a poco. Cuando me sentí menos mareada, me puse en pie. Mis piernas no me obedecieron y estuve a punto de caer. Además, la rodilla derecha me lanzó un agudo pinchazo, recordándome que estaba lesionada. Me dio igual. Me apoyé en la cama con una mano mientras con la otra empujaba la barra de hierro con ruedas de la que colgaban los botes de suero y empecé a avanzar hacia el armario.

Cuando conseguí llegar a la pared y apoyarme en ella me sentí más

segura. Miré hacia la cama. Solo estaba a tres o cuatro pasos de distancia, pero me sentía tan agotada como si acabara de escalar el Everest. Incluso tuve que detenerme para recuperar el aliento. Cuando me sentí preparada, seguí avanzando poco a poco hasta llegar a la puerta del armario y lo abrí.

Dentro encontré la chaqueta de David colgada de una percha. También había un par de libros y unas cuantas revistas que él debía haber utilizado para entretenerse en las largas horas que pasó esperando a que yo despertara. En la balda superior encontré una gran bolsa de papel. Intenté alargar mi brazo derecho para cogerla, pero solo conseguí hacerme daño en el hombro y que las costillas me lanzaran una dolorosa descarga. Me mordí el labio para ahogar un gemido de dolor y lo intenté con el otro brazo. Cuando tuve la bolsa en mi mano, regresé a la cama. Ya no podía apoyarme en nada, pero me daba igual. Mis piernas parecían responderme algo mejor y me sentía tan ansiosa por descubrir lo que había en aquella bolsa que olvidé el dolor y el miedo a caerme.

Cuando me senté en la cama, la abrí. Encontré las ropas que había llevado aquella noche. Parecían harapos. Estaban desgarradas y cubiertas de unas manchas oscuras y parduzcas. Supe que eran manchas de sangre, de mi sangre, de la de Amy... Traté de no mirarlas y empecé a rebuscar en todos los bolsillos, pero la alianza no estaba allí.

Saqué mis botas y las dejé sobre la cama. Ya solo quedaba un objeto dentro de la bolsa: mi mochila. Miré en el bolsillo delantero en busca del anillo, pero tampoco lo encontré, así que la abrí. Allí seguía el otro libro de King que había comprado aquella tarde, un par de chocolatinas... y la chaqueta. Tan solo con notar el tacto del cuero en mis manos, sentí cómo las compuertas que aislaban mis sentimientos caían destrozadas ante la intensidad de mi dolor. Saqué aquella pequeña chaqueta, en la que había pensado grabar

el nombre del grupo de Al con un par de pequeñas alitas blancas, y volví a recordar la ilusión que me había hecho comprarla, la sonrisa que se había instalado en mi cara al imaginar el brillo de los ojos de Al cuando se la diera y le contase que íbamos a tener una niña... Recordé de nuevo todos aquellos sueños en los que me veía junto a ella, en los que sentía su cuerpo abrazado al mío, en los que caía hipnotizada con la sonrisa más bonita que había visto nunca, en los que tan solo con sentir su manita en la mía me sentía la mujer más feliz del universo.

Lara, mi Lara... Ya no existía. La había perdido. Para siempre.

Me abracé a la chaqueta y la estrujé contra mi cuerpo mientras clavaba los dientes en ella para evitar que el sonido de mis sollozos despertara a David. Pasé así horas, vertiendo sobre ella mil lágrimas amargas.

Mantenia la mirada fija en el techo de la habitación, sin hacer ningún movimiento ni decir una palabra, fingiendo que ni siquiera era consciente de la presencia y la charla incesante de la doctora Morgan. No sabía por qué se tomaba tantas molestias con mi caso, pero venía a visitarme dos o tres veces por día, se sentaba en mi cama y hablaba sin parar sobre pérdidas, depresión y duelo.

Yo nunca le decía nada, pero aquel mutismo, lejos de desanimarla, la incitaba a volver. Creo que me había tomado como un reto personal. Aquella tarde ya no lo aguanté más y me giré hacia ella.

—Pare —ordené.

—¿Cómo dices, Eli? —Una sonrisa se abrió paso en su cara, como si considerase un triunfo que por fin hubiera decidido mirarla y hablarle.

—He dicho que se pare, que no quiero oír una palabra más.

—¿A qué se debe esa actitud tan negativa? —preguntó interesada.

—A que no me importa una mierda todo lo que me está diciendo —contesté.

Me habría gustado imprimir emoción a mis palabras, pero aquellas malditas drogas seguían teniendo mis sentimientos adormecidos. Aquello no era justo. Mi ira debería haber tenido la fuerza de un tsunami que se interna tierra adentro para arrasarlo todo y, sin embargo, era plana e inerte como un lago en calma.

—Comprendo cómo te sientes —continuó la doctora, ignorando mis palabras—. El proceso de duelo pasa por diferentes fases, pero que sientas ira significa que estás avanzando...

—No puedo sentir nada con esta mierda que me estáis dando. —Sentí un chispazo de rabia en mi interior. Parecía que mi corazón se iba despertando. Aquello me dio fuerzas para continuar—. Usted no puede ayudarme a superar ese duelo del que habla porque ni siquiera está dispuesta a creerme...

—Ya hemos hablado de eso, Eli. —Me cortó ella—. Bastante duro es tener que soportar tu enfermedad como para que añadas la pérdida de una niña que solo está en tu imaginación. Ya te ha dicho el doctor Gray que es imposible que estuvieras embarazada. Supongo que la pérdida de tu capacidad reproductiva te está afectando demasiado y has decidido crear esa idea delirante...

—¡Basta!

La rabia había despertado y no quería detenerla, aunque me recordé a mí misma que no debía darle rienda suelta si no quería que la doctora Morgan sacase otra de sus jeringuillas, así que intenté controlar el tono de voz y me agarré a las sábanas con fuerza para no hacer ningún movimiento brusco.

—¿Qué pasa, Eli? —preguntó ella, confusa—. No te pongas así. Tú

eres una chica tranquila.

—Usted no tiene ni puta idea de cómo soy, de las cosas que he pasado, de todo lo que he perdido. No tiene ni puta idea de nada —dije remarcando cada palabra—. Quiero que se marche de mi habitación y que no vuelva.

—Pero Eli...

—¡Que salga de mi habitación! —grité.

La mujer frunció los labios hasta que casi desaparecieron. Noté que trataba de mantener el control y seguir comportándose como si nada de aquello importase, pero vi rabia y frustración en sus ojos. Aquello me reconfortó de una extraña manera. Al menos no era la única persona que se sentía mal en aquel cuarto. La vi girarse y dirigirse a la puerta, pero, antes de que agarrara el picaporte, volví a hablar.

—Doctora Morgan —llamé—. Una última cosa.

Ella se giró hacia mí. Había recuperado su habitual sonrisa de confianza. Seguramente pensaba que, sin que ella llegara a salir de la habitación, yo ya me había arrepentido de perderla.

—Quiero que me quite la medicación.

—No puedo hacer eso —protestó—. La necesitas.

—Necesito llorar, necesito sentir, necesito que me duela. Usted no puede entenderlo.

—No estás preparada para afrontar lo que te está pasando sin medicación —insistió.

—Espero que no se ofenda, pero yo soy la persona más capacitada de esta habitación para decidir qué es lo mejor para mi alma y estoy segura de que lo que necesito no son sus puñeteras drogas.

—Lo hablaré con tu hermano.

—Soy una mujer adulta y, aunque usted no lo crea, estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Mi hermano no tiene ni voz ni voto en mis decisiones —dije con tono firme—. Si no me retira la medicación, pediré el alta voluntaria mañana mismo.

La doctora Morgan no protestó más. Salió de la habitación e incluso dio un pequeño portazo al salir. Se me escapó una sonrisa. No sabía por qué, pero me sentaba bien sacarla de sus casillas. Eché un vistazo a los botes de suero y al modo en el que las gotas iban deslizándose de una forma lenta y monótona hasta invadir mi cuerpo. Uno de aquellos botes era el que adormecía mis emociones, el que me impedía sentir todo el dolor que albergaba mi alma. A pesar de lo segura que había parecido frente a la doctora, sentí miedo. Esperaba ser lo bastante fuerte como para no arrepentirme de mi decisión.

CAPÍTULO TRES

Un par de días después, la puerta de mi habitación volvió a abrirse para mostrar el rostro de la doctora Morgan. No había regresado desde nuestra última conversación y me había retirado la medicación, tal y como le pedí, pero, si pensaba que con eso se iba a ganar mi confianza y que iba a aceptar hablar con ella, lo llevaba claro. Iba a decirle que se marchara por donde había venido cuando me di cuenta de que no estaba sola.

Tras ella entró un joven rubio, con el pelo cortado a cepillo y andares de robot. Antes de que la doctora pudiera presentarnos, me aposté a mí misma diez dólares a que aquel tipo era policía.

—Buenos días, Eli —saludó la doctora—. Te presento al agente Rogers del departamento de policía de Milford.

Me limité a saludar con la cabeza mientras seguía observándole. No debía de tener más edad que yo, así que supuse que sería el novato del departamento y que por ello le habían asignado la misión de recorrer casi trescientas millas para interrogarme.

—Buenos días, señorita Carter. —El chico cogió una silla, se sentó y sacó una libreta y un bolígrafo de su chaqueta—. Vengo a hablar con usted sobre los hechos acontecidos la noche del 23 de agosto.

—¿No está muy lejos de su jurisdicción? —pregunté interesada.

—Sí, tiene razón. Quisimos interrogarla mientras estaba en Maine, pero su hermano solicitó el traslado y no vimos razón para negarnos —contestó él azorado—. Llamamos ayer para interesarnos por su estado y nos informaron

de que ya estaba consciente, así que he venido para preguntarle por su agresión para poder tramitar la denuncia pertinente.

Me quedé en silencio un par de segundos. ¿Qué podía contarle a aquel hombre? ¿Que había sido atacada por un vampiro encerrado en el cuerpo de una niña y que había acabado ensartándola en una rama como si fuera una brocheta? ¿Que aquella niña había asesinado a sus propios padres, montando un simulacro de ritual para incriminarme y que no había tenido más remedio que matarla en defensa propia?

—Siento que haya hecho este viaje en vano —dije al fin—. No recuerdo absolutamente nada de aquella noche.

—¿Cómo que no recuerda nada?—El policía me miró como si acabara de hablarle en una lengua muerta.

—No. Lo siento. —Me llevé las manos a las sienes y las froté con los dedos, fingiendo que estaba haciendo un esfuerzo por recordar—. Todo está en blanco.

—No puede ser —insistió él—. Tiene que acordarse de con quién estaba, qué pasó, quiénes la agredieron...

—La señorita Carter sufrió una agresión brutal, que además se complicó con una enfermedad que padecía y de la que no tenía conocimiento —explicó la doctora Morgan como si yo no estuviera delante—. El trauma ha sido tan grande que su mente ha bloqueado todos sus recuerdos. Estrés postraumático, ya sabe...

El agente Rogers asintió, aunque por su expresión pude deducir que no entendía nada de lo que estaba diciendo la doctora. Por un segundo tuve ganas de encararme con ella de nuevo y decirle que no tenía ni puñetera idea del trauma que yo había sufrido para borrar aquella sonrisa de suficiencia de su

cara. Sin embargo, lo que estaba contando me venía de maravilla para no tener que dar más explicaciones, así que decidí callarme y quedarme mirando la pared como si estuviera medio ida.

—Está bien... Es una lástima. —El policía sacó una tarjeta de su bolsillo y me la tendió. Yo la cogí y la observé como si estuviera tan confusa como para no saber ni qué era aquello—. Ahí tiene el teléfono de nuestra comisaría. Si en algún momento recuerda algo, llámeme.

—Lo haré —prometí mientras le dirigía una sonrisa apenada por no poder ayudarle más.

—Una última cosa antes de irme —dijo el chico—. En las mismas fechas en las que usted sufrió su agresión, hubo otro suceso extraño en el pueblo. ¿Recuerda a los Matthews?

—Sí. Estuve trabajando unos días para ellos, cuidando a su niña. Una cría encantadora —contesté luchando para que la voz no me temblara.

—Han desaparecido. Los tres —anunció el policía—. No hay rastro de ellos ni de su coche. ¿Sabe algo sobre eso? ¿Cree que su desaparición puede estar relacionada con la agresión que sufrió?

—Me encantaría ayudarle, pero no recuerdo nada desde varios días antes de lo que me pasó.

—¿Eso es normal? —preguntó el agente Rogers, girándose hacia la doctora.

—Sí. Incluso hay gente que puede perder la memoria por completo.

—¡Qué faena! —dijo mientras se levantaba y me tendía la mano—. Espero que se recupere, señorita Carter. Si recuerda cualquier cosa, por insignificante que le parezca, llámeme.

—Lo haré. Espero que encuentren a los Matthews.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano.

Cuando salieron de la habitación, la puerta volvió a abrirse y entró David. Se acercó a mí, se sentó en la cama y puso una mano sobre mi muslo. Le miré a los ojos. No me gustaba su expresión. Parecía incómodo e intranquilo.

—¿Qué pasa, David?

—¿Qué tal te ha ido con el policía? —preguntó él en lugar de contestarme.

—Mal. No he podido ayudarle mucho. —Negué con la cabeza, apenada—. No recuerdo nada de aquella noche.

—¿No le estarás encubriendo? —David clavó su mirada acusadora en mis ojos.

—¿A quién?

—A Al... Si ese hijo de puta te ha hecho esto, yo mismo le mataré con mis propias manos...

Se me escapó una risita y negué con la cabeza, pero aquello no sirvió para tranquilizar a David.

—No ha sido Al.

—No puedes saberlo. No lo recuerdas —insistió él.

—Sé que Al no te cae bien, pero estoy segura de que él no ha tenido nada que ver. Él nunca me haría daño.

—¿Seguro? ¿Y por qué no está aquí contigo? ¿Por qué no sabemos nada de él?

No pude contestarle, porque yo también me hacía esas mismas preguntas. Además, el miedo había empezado a adueñarse de mí. Parecía que, al haber acabado tan malherida, la policía me consideraba una víctima y me descartaba como sospechosa en la desaparición de los Matthews, pero eso podía hacer

que todas las sospechas recayesen sobre Al. Tenía que encontrarle y advertirle.

Tuve que esperar hasta las tres de la mañana para estar segura de que David estaba profundamente dormido. Después de escucharle roncar durante unos diez minutos, por fin reuní el valor para levantarme de la cama y caminar hasta el armario. Mi rodilla derecha seguía fallando y aún tenía que arrastrar aquel maldito perchero lleno de botes de suero, pero nada de aquello iba a detenerme.

Cuando conseguí llegar al armario, volví a sacar la bolsa de papel que contenía todas mis pertenencias y la volqué sobre la cama. Encontré mis pantalones y rebusqué en sus bolsillos hasta encontrar las suficientes monedas como para hacer una llamada interestatal. Después salí de la habitación, despacio y con esfuerzo, y cerré la puerta tras de mí tratando de no hacer ningún ruido.

El pasillo estaba vacío, oscuro y silencioso a aquellas horas. Apoyé mi mano derecha en la pared para estar segura de que no iba a caerme si la rodilla me fallaba y fui avanzando en busca de algún teléfono. Recorrí todo el pasillo hasta llegar a la zona de las escaleras. Por suerte, justo al lado había una pequeña sala de estar, también vacía, en la que encontré varias máquinas expendedoras, un par de bancos y lo que estaba buscando: un teléfono.

Metí todas las monedas que había llevado en la mano y marqué el número de la casa de los padres de Al. Sabía que no eran horas para llamar a ningún sitio, pero no podía esperar más. Tenía que saber dónde estaba Al y si estaba bien. Escuché varios tonos de llamada antes de que sonara un clic en la línea.

—¿Quién es? —contestó la adormecida voz de Lucrecia.

—Soy yo: Eli.

—¡Eli, cariño! Estábamos preocupadísimos por ti. Al nos dijo que estabas en un hospital, pero no quiso decirnos en cuál.

—Estoy bien. No te preocupes. Tengo algunas contusiones, pero me estoy recuperando.

—¿De verdad estás bien?

Su tono de voz sonó tan preocupado que me conmovió. Me habría encantado contarle toda la verdad, decirle que me estaba muriendo de pena y angustia, que había perdido a mi niña y que estaba muy asustada porque Al no estaba conmigo. Habría dado cualquier cosa por poder llorar en su hombro mientras ella me abrazaba, pero supe que no podía contárselo. Aquella pena era solo mía.

—Sí, de verdad. Te llamo porque no sé dónde está Al y estoy muy preocupada por él. ¿Os ha llamado? ¿Sabéis dónde está?

Esperé su respuesta, pero, en lugar de escuchar sus palabras, solo me llegó el sonido de su llanto. Me asusté muchísimo y tuve ganas de gritarle que me dijera de inmediato si le había pasado algo a Al, pero oí como sus sollozos se alejaban y fue la voz de James la que se puso al teléfono.

—Hola, Eli.

—James, ¿qué ha pasado? ¿Al está bien? —pregunté angustiada.

—Sí, está bien. No te preocupes. —Escuché como James soltaba un largo suspiro antes de seguir hablando—. Nos llamó hace unos días y dejó varios mensajes para ti.

—¿Qué mensajes?

—A ver... Dijo que había arreglado todo lo del vampiro y su familia, que no

tienes por qué preocuparte. ¿Entiendes algo de eso?

—Sí, sí lo entiendo. ¿Qué más?

James volvió a quedarse en silencio. Aquellos segundos hicieron que mis nervios estallasen, así que, antes de darme cuenta, estaba gritándole al auricular.

—James, por Dios... ¿Quieres decirme de una vez qué pasa?

—Ha dicho que lo nuestro se acabó —contestó por fin—. Dice que no quiere volver a verte en la vida, que no le busques... No ha querido contarnos nada ni decirnos dónde está para que no podamos decírtelo a ti... ¿Qué ha pasado, Eli?

No pude contestarle. La verdad se había abierto paso en mi mente desgarrándolo todo, haciendo jirones mi alma... Ahora lo comprendía todo. Había sido él quien me había encontrado malherida, quien me había llevado al hospital, quien había colocado en mi mano el número de teléfono de mi hermano, quien se había llevado la alianza... Me había dejado en la puerta de aquel hospital, sin estar siquiera seguro de si yo viviría o no, sin darme una oportunidad de explicar lo que había pasado... Me había abandonado mientras nuestra hija se moría en mis entrañas.

Mi mente se negó a procesar todo aquello. Sentí que el mundo se volvía difuso y que el suelo dejaba de ser algo sólido y consistente y todo se volvió negro.

Aquella noche tuve un sueño. Era un sueño extraño, porque no había paisaje ni ningún punto de referencia. Todo estaba cubierto de niebla blanquecina, como si estuviera paseando entre nubes.

Escuché una risita infantil en la distancia. La reconocí al instante. Era Lara, mi niña. Corrí hacia ella tan rápido como pude, con miedo a haberla imaginado.

Pero entonces la vi. Les vi. Lara estaba en brazos de Al. Él la arrojaba al aire y volvía a recogerla, mientras ella llenaba el espacio con sus risas. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Les había recuperado. Tal y como me había repetido a mí misma infinitas veces durante aquellos días, todo había sido una espantosa pesadilla.

Retomé mi carrera para acercarme a ellos, pero, por mucho que corría, siempre estaban a la misma distancia. Tan felices, tan hermosos, tan inaccesibles... Y entonces vi como otra figura entraba en escena.

Era un hombre joven de raza negra, totalmente vestido de rojo. Caminaba hacia ellos con paso seguro. Aunque no resultaba amenazador ni parecía acercarse con intención de hacerles daño, sentí que el pánico invadía mi cuerpo. El hombre se giró hacia mí y me sonrió. Supe quién era a pesar de la distancia: Kalfou, el maestro de la encrucijada y de la hechicería al que yo había invocado en Sing Sing para acabar con Fish.

Intenté correr aún más rápido, mientras gritaba desesperada para advertir a Al y a Lara de que debían alejarse de él. No me oyeron. Seguían jugando y riéndose, ajenos a todo. Vi como Kalfou llegaba hasta ellos. Hablaron durante un momento, aunque no pude escuchar sus palabras. Al sonrió y, llevando a Lara en brazos, empezó a caminar siguiendo a aquel hombre.

—¡No, Al! ¡No vayas con él! —grité desesperada.

Noté que una mano se posaba en mi hombro y me giré para encontrarme con un anciano. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha, un bastón en su mano derecha y una pipa en la izquierda. También lo reconocí al instante: era Papá Legba, el protector del mundo espiritual, el mediador entre los hombres y los espíritus. Caí de rodillas ante él.

—Papá Legba, ayúdame. No dejes que se los lleve —supliqué.

—Tratamos de advertirte, joven bruja —contestó él con una mirada apenada—. La magia negra tiene un precio y en algún momento debías pagarlo. Estuviste de acuerdo con ello.

—No puede llevárselos. Ellos no han hecho nada.

—Ellos estarán bien. Lara tendrá su sitio en el mundo de los espíritus y Al aprenderá a vivir sin ti. Eres tú la que está siendo castigada...

—¿Vais a matarme?

—No. Tendrás una larga vida para pensar en lo que hiciste. La soledad es peor castigo que la muerte.

Me desperté con un grito de angustia atascado en la garganta y el rostro cubierto de llanto. Me incliné hacia delante y me tapé la cara con las manos mientras sollozaba desesperada. David se despertó, asustado, corrió hacia la cama y me abrazó. No pude contestar a sus preguntas ni contarle lo que me pasaba. No quería hablar, no quería sentir, no quería vivir... Sin embargo, sabía que la salida del suicidio también me estaba vedada. Los Loas habían resuelto que aquel era el precio que tenía que pagar por mis decisiones y no permitirían que escapara a mi destino. Tenía toda la vida por delante para arrepentirme.

CAPÍTULO CUATRO

El mes de septiembre ya estaba muy avanzado cuando conseguí que me dieran de alta en el hospital. Aún cojeaba levemente y las costillas me dolían cuando hacía algún movimiento brusco, pero los médicos me habían dicho que todo aquello se curaría con el tiempo. Ojalá hubieran podido decirme lo mismo sobre las heridas de mi alma.

David había venido a recogerme y me había traído un horrible chándal de Sally, su mujer, que me quedaba enorme, pero aquello era preferible a vestirme con la ropa destrozada y cubierta de sangre que había llevado antes de ingresar. No tenía nada más que ponerme. Mi ropa, mis libros y todos mis recuerdos estaban en la caravana. Al haber desaparecido llevándose todo, arrasando como un huracán.

Me senté en el asiento del copiloto y me quedé mirando al frente. Me sentía perdida y confusa. Todo el resto de mi vida me parecía un laberinto oscuro y tenebroso que no quería recorrer. Sabía que no llevaba a ningún sitio, que no había salida.

—Bueno, nos vamos a casa —dijo David animado, mientras se sentaba en el asiento del conductor—. ¿No estás emocionada?

Me giré hacia él y negué con la cabeza. ¿Qué clase de pregunta estúpida era aquella? Mi actitud no consiguió disminuir el entusiasmo de mi hermano. Arrancó el coche y siguió parloteando sin parar.

—Te hemos preparado una habitación para que te quedes el tiempo que necesites —explicó—. Te van a encantar los gemelos. Son geniales. Dave es mucho más serio, pero ya habla de maravilla y se pasa el día preguntando

cosas. Jake, por el contrario, es un terremoto. Tenemos que estar todo el día detrás de él para que no se abra la cabeza.

No contesté nada. No sabía cómo decirle a mi hermano que lo último que me apetecía en aquel momento era estar con niños mientras me planteaba una y otra vez que yo nunca podría tenerlos.

—Sally está encantada con la idea de que vengas a vivir con nosotros. — David soltó una risita—. Dice que, desde que tuvo a los gemelos, casi no ha tenido una conversación decente con alguien adulto.

Forcé una media sonrisa, pero continué con la cabeza baja sin contestar nada. David se quedó esperando una respuesta. Cuando el silencio dentro del coche empezó a hacerse demasiado incómodo, encendió la radio. La última estrofa de *Dust in the wind* se me clavó en el alma como una afilada flecha.

No te resistas.

Nada es para siempre

salvo la Tierra y el cielo.

Se escapa

y todo tu dinero

no podrá comprar otro minuto más.

Sentí que las lágrimas se deslizaban sin control. David se giró hacia mí y negó con la cabeza.

—Lo siento mucho. Pondré otra cosa.

—No, déjala —le ordené.

—¿Por qué? —preguntó confuso—. Te está haciendo daño.

—Toda la música me hace daño. Todo en el mundo me hace daño desde que

Al no está. No puedes protegerme de todo.

Seguimos en silencio hasta entrar en Swanton. Cuando llegamos al centro del pueblo, volví a hablar.

—Te agradezco muchísimo todo lo que estás haciendo por mí, pero no voy a ir a tu casa —dije con tono firme—. Llévame a casa de mamá.

—No, Eli, por favor... —suplicó él—. No te preocupes por molestar. Ya te he dicho que estamos encantados de que vengas a vivir con nosotros.

—No es eso, David. —Conseguí forzar una sonrisa—. Esa es mi casa ahora. Quiero estar allí.

Él torció el gesto, pero debió de percibir en mis palabras que yo estaba totalmente convencida y que no iba a cambiar de opinión, así que giró en dirección a Liberty Street. Mientras recorriamos las calles de aquel pueblo al que había jurado no regresar nunca, no pude evitar pensar que, si mi condena tenía que doler, no se me ocurría un lugar mejor en el que cumplirla.

—¿Sabes quién trabaja en mi edificio? —preguntó David, en un nuevo intento de romper el silencio—. Kev, ese chico que iba a clase contigo. Creo que mamá me dijo alguna vez que te gustaba. He oído que se acaba de divorciar. Si quieres, podría decirle que te invite a tomar una copa alguna vez.

Le lancé una mirada capaz de fundir el acero. ¿Cómo podía estar proponiéndome algo así? Negué con la cabeza y no dije nada. Aquella estupidez no merecía respuesta. En un par de minutos, llegamos frente a mi casa. Miré por la ventanilla. Era aún más triste y deprimente de lo que recordaba, una casa alargada y oscura con estrechas ventanas. Todo lo que debería estar creciendo en el jardín se había muerto hacía tiempo.

—No puedes quedarte aquí —insistió David—. ¿Qué vas a hacer? ¿Encerrarte ahí dentro y dejar el mundo al otro lado?

Abrí la puerta del copiloto y me bajé. Antes de volver a cerrar, me incliné para que me viera la cara y asentí.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Ya no queda nada en el mundo que me interese.



SWANTON (VERMONT)

OCTUBRE DE 1991

CAPÍTULO UNO

Pasó horas escondido como un criminal, observando desde lejos la casa de Eli. Había dejado la caravana a varias calles de distancia para que ella no pudiera siquiera escucharla. No quería que saliera. No estaba preparado para encontrarse con ella y marcharse de nuevo.

Durante aquellas horas, estuvo temiendo que apareciera, que le descubriera y fuese hacia él. No sabía en realidad si lo temía o si lo deseaba. Si volvía a tenerla frente a él, si dejaba que se explicara, ella le prometería que aquella había sido la última vez o le daría argumentos que justificasen que lo que había hecho era lo correcto, que no había tenido más remedio... y él la creería, porque deseaba creerla, porque aquellas semanas sin tenerla a su lado habían sido un infierno, porque prefería que le faltase el aire a que le faltase ella.

Una y otra vez había tenido que contenerse para no cruzar la carretera, plantarse en su jardín, llamar a su puerta y abrazarla mientras le pedía, sollozando como un chiquillo, que le mintiera, que le convenciera, que le asegurara que tenían un futuro juntos... Cada una de esas veces, había apretado con fuerza los puños y se había forzado a recordar los cuerpos asesinados, las horribles heridas, los ojos muertos de sus víctimas... No podía seguir con ella. La persona que había sido capaz de llevar a cabo aquellos horribles crímenes ya no era su Eli. La chica a la que había amado, a la que todavía amaba, se había perdido en algún punto del camino y ya no existía. Y él no había sido capaz de evitar que se perdiera.

Había continuado allí, firme, mirando la fachada de su casa,

observando cómo se encendían las luces de las diferentes habitaciones. Ella estaba dentro. Tan cerca, tan lejos... Una y otra vez tuvo que cerrar los ojos y luchar para contener el llanto. Sería tan fácil correr hacia ella y refugiarse en sus brazos... En cada una de aquellas ocasiones, volvía a repetirse que ya no era ella. Incluso la fachada de su casa parecía indicárselo. Estaba cubierta de símbolos arcanos y amuletos. Era la casa de una bruja, de una poderosa hechicera, no la casa de su chica. Cuanto antes admitiese que ya no había nada que recuperar, antes dejaría de doler la herida.

Cuando ya había pasado más de una hora desde que la última luz de la casa se apagó, regresó hasta la caravana, arrancó y condujo muy despacio hacia la casa de Eli, tratando de que el motor hiciera el menor ruido posible. Aparcó frente a su verja, se bajó de la caravana y abrió la puerta lateral. Allí estaban las cajas en las que había guardado todas sus cosas: su ropa, sus libros, la cartilla del banco con los ahorros de los dos, el tablero de John... Recordó todas las lágrimas que había vertido mientras preparaba aquellas cajas. Cada una de aquellas cosas le traía recuerdos. Parecía que habían pasado juntos toda una vida. De hecho, no recordaba cómo era su vida antes de Eli y no se veía con fuerzas para afrontar lo que sería después de ella.

Fue pasando las cajas por encima de la verja, depositándolas sobre el césped reseco. Cada uno de aquellos movimientos machacaba un poco más los fragmentos de su destrozado corazón hasta convertirlos en minúsculas partículas de un polvo gris y estéril en el que ya nunca podría crecer nada.

Cuando terminó, se quedó unos segundos mirando hacia su casa, incapaz de moverse y acabar con aquella tortura de una vez por todas. Rezó, sin saber a quién, para que ella le descubriera, para que saliera corriendo de casa y le echara los brazos al cuello, para que volviera a atraparlo en sus mentiras. Se frotó los ojos con rabia para borrar las lágrimas traidoras que

habían conseguido escapar y volvió a montarse en la caravana.

Estiró una mano temblorosa e hizo que empezara a sonar *The River*. Las notas de la armónica más triste del mundo le arrancaron un nuevo sollozo. Qué estúpido había sido al pensar que aquella canción nunca hablaría de ellos, que a ellos nunca les alcanzaría el dolor, que el amor perdido nunca les perseguiría como una maldición... Encendió un cigarrillo y echó una última mirada a la casa.

—Arranca este cacharro —se dijo a sí mismo, apretando los dientes—. No tengo ni idea de adónde voy, pero tengo toda la puta vida por delante para descubrirlo.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 25 de marzo de 2019

NOTA DE DISCULPA

Sí, lo sé, ahora mismo me odiáis. No os culpo, yo también me odio. Por eso, en lugar de los agradecimientos que suelen incluirse al final de todo libro, he decidido escribir esta nota de disculpa.

Sé que os lo estoy haciendo pasar mal con la historia de Al y Eli. De hecho, me he pasado la mitad de la novela llorando al pensar en todo lo que les iba a hacer. Incluso me he encontrado a mí misma pidiéndoles perdón y diciéndome que no son reales, que los he inventado yo. No me ha servido de nada. He seguido sintiéndome culpable, pero es que la historia es así y así debía contarla.

Ahora estáis pensando eso de “¿Cómo que la historia es así? Tú la has inventado”. Lo sé, pero esta historia no podía transcurrir de otra manera. Os explico por qué:

En el año 2017 escribí *Los crímenes del lago*, una novela en la que un chico llamado Eric Armstrong, acosado por los fantasmas de sus amigos asesinados, regresa a Swanton, el pueblo de su niñez, para tratar de averiguar qué sucedió y darle descanso a sus almas. Una vez allí, se encuentra con Eloise Carter, una bruja que lleva veinte años recluida en su casa, temida y respetada al mismo tiempo, que será la única persona dispuesta a creerle y tratar de ayudarlo. Por cierto, os animo a leer *Los crímenes del lago*. Os servirá para hacer tiempo hasta que salga la siguiente, os ayudará a saber cosas de la vida de Eloise durante esos años, conoceréis a Eric, que va a ser un personaje importante en la última novela de *¿Tú me ves?* y, además, os va a gustar.

Bueno, que me voy del tema... Al año siguiente, traté de escribir *La maldición de la casa Cavendish* uniendo un par de ideas que tenía para algunas novelas, pero me encontré con que el personaje de la chica, una bruja adolescente con el don de ver a los muertos, no me terminaba de salir. Entonces me di cuenta de que tenía al personaje perfecto para ese papel: Eloise Carter, la bruja de *Los crímenes del lago*. Tan solo tenía que ambientar la historia en los 80, cuando ella era una jovencita de diecisiete años.

Funcionó. Funcionó de maravilla. En cuanto me puse a escribir sobre ella, toda la historia fluyó. Y, cuando la junté con Al, surgió la magia. Me gustaron tanto los dos personajes juntos y su historia de amor que incluso me planteé quedarme la historia para mí y no publicarla para que nadie pudiese decir nunca nada malo de ellos.

Por suerte, la publiqué y, aunque era una historia rara que mezclaba terror y amor, a la gente le encantó. Yo había pensado que *La maldición de la casa Cavendish* fuera una historia independiente y cerrada y, aunque me encantaban los personajes, no tenía planeado escribir nada más sobre ellos. Sin embargo, una duda empezó a abrirse paso en mi mente y en la de los lectores que se dieron cuenta de que la Eli de 1984 que aparecía en *La maldición de la casa Cavendish* era la Eloise Carter de 2016 de *Los crímenes del lago*. Esa pregunta, que empezaba a robarme el sueño era la siguiente: ¿Dónde está Al en *Los crímenes del lago*?

Al principio intenté pasar del tema, diciéndome cosas como “¿Y yo qué sé? Pues se habrá muerto o la habrá abandonado”. Aquello no me tranquilizaba en absoluto. Os confieso que estaba enamorada de Al y no podía imaginar que se hubiera muerto y, después de conocer su historia de amor, sabía que era lo bastante fuerte como para que no se rompiera por cualquier tontería.

Pasé varias semanas con mis dudas hasta que un día, dando un paseo, la

respuesta llegó a mí como una revelación. Una puñetera revelación que exigía escribir cuatro novelas más sobre ellos. Por un lado, pensé que era una auténtica faena tener que escribir todo eso por una pregunta que en aquel momento solo me interesaba a mí, pero, por otro lado, me sentí muy feliz con la idea de volver a reunirme con ellos.

Y así surgieron *Carpe diem*, *El susurro de los condenados* y *El regreso de Sarah Ellen*, la novela que acabáis de leer. Reconozco que todo lo que les he hecho es una auténtica putada, pero era necesario para explicar por qué se habían separado y por qué Eli llevaba tanto tiempo viviendo sola.

Queda un último libro, que espero sea mi redención ante vuestros ojos y, sobre todo, ante los de Al y Eli. No os enfadéis demasiado conmigo. Os prometo que el final valdrá la pena.

Ya que estoy disculpándome, aprovecho para pedir perdón por una pequeña licencia histórica que me he tomado al escribir el libro. Sarah Ellen existió y prometió regresar a Pisco, tal y como narro en la novela. La única diferencia es que prometió volver ochenta años después de su muerte en lugar de los setenta que yo he indicado para me cuadrara con las fechas en las que Al y Eli estaban investigando. Espero que podáis perdonarme también este cambio de fechas.

Creo que no tengo que pedir perdón por nada más. Espero que no seáis muy crueles o tendré que abandonar las redes sociales y recluirme en una cueva hasta que publique el último. A pesar del miedo que me dais, os dejo mis medios de contacto:

- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto

- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte* o *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete)

Me despido ya hasta el último libro, que espero publicar en septiembre u octubre. Leed mucho y sed felices. Un besazo enorme,

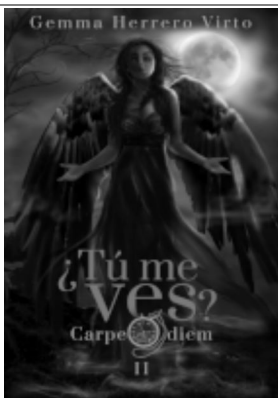
Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

TERROR/FANTASÍA URBANA: SAGA ¿TÚ ME VES?



Al, un joven escéptico que no cree en nada salvo en sus sueños y en su guitarra, se ve obligado a acudir a la mansión para acompañar a su familia, que ha sido contratada para terminar con los extraños acontecimientos que allí suceden. Ante el poder que exhiben los seres que la habitan, tendrán que pedirle ayuda a Eli, una joven bruja con el don de ver a los muertos y comunicarse con ellos, don que, hasta el momento, no le ha traído otra cosa más que problemas. ¿Serán capaces de unir sus fuerzas y terminar con la maldición de la casa Cavendish?



La paz del tranquilo pueblo de Rockport se ve alterada tras la desaparición de varios ancianos y los asesinatos de algunos jóvenes en sus idílicas playas.

John Campbell, antiguo investigador psíquico del Grupo Alpha de Boston, empieza a sospechar que algo sobrenatural se esconde tras esos hechos, por lo que acude a Aleister McNeal y Eloise Carter, los jóvenes investigadores que consiguieron terminar con la maldición de la casa Cavendish.

¿Conseguirán descubrir qué peligro acecha a los habitantes de ese pequeño pueblo?

Posesiones, extrañas ejecuciones, sueños proféticos,



inquietantes presencias, un asesino sanguinario venido del más allá... y todo ello en los oscuros corredores y pabellones de Sing Sing, una de las prisiones más tenebrosas y peligrosas de Estados Unidos.

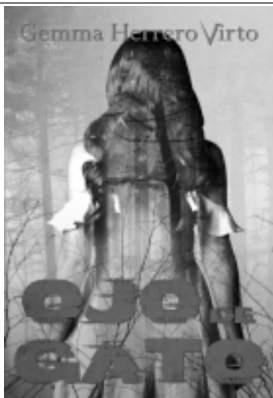
Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos jóvenes investigadores de lo sobrenatural que terminaron con la maldición de la casa Cavendish y con los crímenes de Rockport, deberán enfrentarse a un nuevo caso que pondrá en peligro su vida, su cordura... y su propia alma.

THRILLER PARANORMAL



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



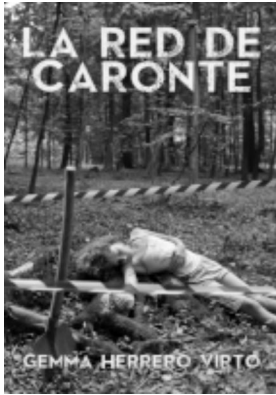
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

NOVELA POLICÍACA: SAGA CARONTE



BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una joven salta desde el Puente de la Salve tras recibir una llamada de móvil. Aunque en un primer momento el caso se cierra al considerarlo un suicidio, todas las alarmas saltan para la joven forense de la Ertzaintza Natalia Egaña cuando nuevas muertes van uniéndose a este primer misterio.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



¿Por qué el asesino deja los cadáveres de las víctimas en canteras abandonadas de Vizcaya y las coloca sobre una piedra con los brazos en cruz como si fueran una ofrenda en un altar?

¿Por qué cubre sus cuerpos con maquillaje blanco y quema sus caras y sus manos con ácido? ¿Qué significan las máscaras blancas sobre sus rostros y las extrañas inscripciones escritas en ellas?

Carlos, Natalia y Gus tendrán que descubrir el código del asesino y desentrañar el misterio que esconden los cadáveres

blancos. Aventuras, pistas, caminos cerrados, perfiles psicológicos... Una trama trepidante que te atrapará desde la primera hasta la última página.

FANTASÍA

TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?